Fannie

FLAGG

Tomates verdes fritos



Edición digital: **Administrador**
Revisión: **buxara**, 2007

Título original:
Fried Green Tomatoes at the Whistle Stop Cafe

Traducción: Víctor Pozanco

1.ª edición: junio 1995

Bailen, 84 - 08009 Barcelona (España)

Printed in Spain
ISBN: 84-406-5702-1
Depósito legal: NA. 939-1995

Impreso por GraphyCems
Ctra. Estella-Lodosa, km 6
31264 Morentin (Navarra)

Realización de cubierta:
Damià Mathews

Fannie

FLAGG

Tomates verdes fritos

Para Tommy Thompson

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi reconocimiento a las siguientes personas, cuyo aliento y apoyo tan valioso me ha sido para escribir este libro. En primer lugar y muy especialmente a mi agente, Wendy Weil, que siempre confió en mí; a mi editor Sam Vaughan, por tanta dedicación como ha puesto en mi obra y por lo mucho que me ha hecho reír incluso corrigiéndome; a Martha Levin, mi primera amiga en la editorial Random House. Y deseo también dar las gracias a Gloria Safier, Liz Hock, Margaret Cafarelli, Anne Howard Baily, Julie Florence, James «Daddy» Hatcher, al doctor John Nixon, a Gerry Hannah, a Jay Sawyer y a Frank Self. Gracias a De Thomas/Bobo and Associates por apoyarme en las horas bajas. También a Barnaby, a Mary Conrad y a la Writer's Conference de Santa Barbara, a Jo Roy y a la Biblioteca Pública de Birmingham, a Jeff Norell y al Birmingham Southern College, a Ann Harvey y John Loque, y a la editorial Oxmoor House Publishing. Mi mayor reconocimiento asimismo a mi mecanógrafa y mano derecha Lisa McDonald y a su hija Jessaiah por no enredar y estarse quietecita viendo la tele mientras su madre y yo trabajábamos. Y mi agradecimiento muy especial a la encantadora gente de Alabama, del pasado y del presente. Mi corazón. Mi hogar.

Aunque esté sentada aquí en la Residencia Rose Terrace, mentalmente estoy dando cuenta de un plato de tomates verdes fritos en el café de Whistle Stop.

MRS. VIRGINIA THREADGOODE
Junio de 1986

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

12 DE JUNIO DE 1929

UN NUEVO CAFÉ

El café Whistle Stop abrió la semana pasada, justo al lado de casa, junto a Correos, y las propietarias Idgie Threadgoode y Ruth Jamison dicen que les va muy bien. Idgie dice que como la gente sabe que a ella no le importa envenenarse, no cocina.

Todo se lo guisan dos morenitas, Sipsey y Onzell; sólo la barbacoa está a cargo de Big George, que es el marido de Onzell.

Por si acaso hay alguien que aún no haya ido, dice Idgie que el desayuno se sirve desde las 5.30 a las 7.30 y que tiene huevos, tortas, bizcocho, beicon, salchichas, jamón, salsa picante y café por 25 centavos.

Para almorzar y para cenar tiene pollo frito, chuletas de cerdo con salsa picante, pescado, empanadillas, parrillada de carne, guarnición de verduras a elegir, pan, bizcocho, bebida y postre por 35 centavos.

Dice Idgie que las verduras que entran como guarnición son: maíz a la crema, tomates verdes fritos, bolondrón frito, grelos, guisantes, ñame glaseado, limas o habitas tiernas.

Y de postre pastel.

Mi media naranja y yo cenamos allí la otra noche, tan bien que dice él que se está planteando no volver a cenar en casa. Ja, ja. Ojala. Me paso el día cocinando para ese grandullón y nunca tiene bastante.

Por cierto: dice Idgie que una de sus gallinas ha puesto un huevo con un billete de diez dólares dentro.

DOT WEEMS

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

15 DE DICIEMBRE DE 1985

Evelyn Couch había llegado a la Residencia Rose Terrace con su marido Ed, que iba a visitar a su madre Big Momma, a la que habían ingresado hacía poco y a regañadientes. Evelyn acababa de darles esquinazo a ambos y había ido al salón de las visitas de la parte trasera para poder chupar su piruleta en paz. Pero, nada más sentarse, la anciana que estaba sentada a su lado empezó a hablar...

«Si me preguntan el día que se casó Fulano... con quién se casó... o qué llevaba la madre de la novia, el noventa por ciento de las veces lo sé; pero, por más que lo intente, no sabría decir cuándo me hice tan vieja. Fue algo que se me echó encima. La primera vez que me di cuenta de ello fue el pasado junio, cuando estuve en el hospital por lo de mi vesícula, que se me la han quedado, o puede que ya la hayan tirado... cualquiera sabe. Aquel percherón de enfermera acababa de darme otra de esas lavativas de insecticida, a la que tan aficionados son allí, cuando me percaté de lo que me habían puesto en el brazo. Era una banda blanca que decía: "Mrs. Virginia Threadgoode... anciana de ochenta y seis años". ¡Madre mía!

»A1 volver a casa le dije a mi amiga Otis que me temía que lo único que nos quedaba era esperar sentadas y prepararnos para palmar... Pero ella me replicó que prefería la expresión: pasar a mejor vida. Pobrecita, no tuve valor para decirle que, lo llamemos como lo llamemos, palmaremos...

»Lo curioso es que, en la infancia, parece como si el tiempo no transcurriese, pero, en cuanto se cumplen los veinte, el tiempo empieza a correr como si una fuese montada en una locomotora. Me temo que la vida se nos escurre a todos entre las manos. O por lo menos a mí. Pasé de niña a mujer sin darme cuenta, con pechos y vello púbico (no público) de un día para otro. Ni me enteré. Además, nunca fui muy espabilada en el colegio, ni en nada...

»Mrs. Otis y yo somos de Whistle Stop, una pequeña ciudad que está a unos quince kilómetros de aquí, por donde quedan las cocheras del ferrocarril... Ha sido mi vecina de enfrente durante los últimos treinta años poco más o menos y, tras la muerte de su esposo, a su hijo y a su nuera les dio por mandarla a la residencia, y me pidieron que fuese con ella. Yo les dije que me quedaría con ella una temporada, y aunque ella aún no lo sabe, el caso es que me vuelvo a casa en cuanto se adapte a esto.

»La verdad es que aquí no se está tan mal. El otro día nos dieron a todos unos chalequitos navideños. El mío llevaba unas brillantes bolas rojas y el de Mrs. Otis llevaba estampada la cara de Santa Claus. Lo que me fastidió es tener que dejar a mi gatita.

»Aquí no te dejan tenerla, y la echo de menos. Siempre he tenido uno o dos gatitos. Se la di a la jovencita que vive al lado, que últimamente se ocupaba de regar mis geranios. Porque es que tengo cuatro jardineras en el porche, todas con geranios.

»Mi amiga Mrs. Otis tiene sólo setenta y ocho y es un encanto, aunque es bastante nerviosa. Tenía las piedras de mi vesícula en un tarro transparente junto a mi cama, pero me las hizo esconder porque dice que la deprimen. Mrs. Otis es poquita cosa, en cambio yo, ya puede ver que soy una mujerona: fuerte complexión y grandes huesos.

»Pero nunca he conducido... He andado casi toda mi vida colgada. Siempre cerca de casa. Siempre teniendo que aguardar a que alguien viniese para llevarme a comprar o al médico o a la iglesia. Años atrás se podía coger un trolebús hasta Birmingham, pero dejó de funcionar hace tiempo. La única modificación que introduciría en mi vida si pudiese volver atrás es sacarme el carné de conducir.

»Es curioso las cosas que una echa de menos cuando está lejos de casa. Yo, por ejemplo, echo de menos el olor a café... y al beicon mientras se fríe por las mañanas. Aquí no hay quien huela nada de lo que cocinan, ni te dan nada frito. Todo te lo dan hervido, ¡y sin una pizca de sal! Lo que es yo, los hervidos ni verlos; ¿y tú?»

La anciana no aguardó la respuesta. «... Me encantaban las saladitas con mantequilla, y el maíz con nata por las tardes. Me gusta revolverlo todo en la copa y comerlo a cucharadas, pero en público no se puede comer como en casa...; ¿no te parece?... Y echo de menos la *madera.*

»Mi casa es poco más que una de esas garitas del ferrocarril; una salita, un dormitorio y una cocina. Pero es de madera, con paredes de madera de pino. Justo lo que me gusta. No me gustan las paredes de cemento. Resultan..., no sé, frías y poco acogedoras.

»Me traje de casa un portarretratos con la fotografía de una niña en un columpio con un castillo y unas nubecillas azules al fondo, para tenerla en mi dormitorio, pero esa enfermera me dijo que no resultaba apropiado porque la chica iba desnuda de cintura para arriba. Pero es que yo he tenido esa fotografía durante cincuenta años y nunca me fijé en que fuese desnuda. Y, a decir verdad, no creo que los viejos de aquí estén tan bien de la vista como para reparar en que lleva los pechos al aire. Pero es que ésta es una residencia metodista y, claro, he tenido que guardar la fotografía en el armario junto a las piedras de la vesícula.

»Tengo muchas ganas de volver a casa... Aunque la verdad es que está hecha una leonera. Hace no sé cuánto que no barro. Porque es que un día salí y les tiré la escoba a unos ruidosos arrendajos, que debían de estar peleándose, y se quedó la escoba enganchada en la copa del árbol. Tendré que pedirle a alguien que me la alcance cuando vuelva.

»Qué se le va a hacer. Bueno, y la otra noche, cuando el hijo de Mrs. Otis nos llevó a casa después de la merienda de Navidad que dieron en la iglesia, nos condujo con el coche al otro lado de la vía del ferrocarril, por donde estuvo el café y hasta First Street, justo al otro lado del antiguo local de los Threadgoode. Claro que casi toda la casa está en ruinas y con las puertas y las ventanas tapiadas. Pero, al pasar por delante, los faros del coche iluminaron las ventanas de una manera que, por un instante, la casa me pareció igual que tantas otras noches de hace ahora setenta años, dejando ver la luz y el bullicio del interior. Podía oír cómo reía la gente, y a Essie Rue aporreando el piano en el salón, y casi podía ver a Idgie Threadgoode sentada en un remedo de árbol, de cerámica, aullando como un perro cada vez que Essie Rue intentaba cantar. Idgie siempre decía que Essie Rue, cantando, era como una vaca bailando. Supongo que el hecho de pasar frente a aquella casa en el coche hizo que añorase muchas cosas y que volviese mentalmente al pasado...

»Lo recuerdo como si fuese ayer, pero es que creo que no hay nada de la familia Threadgoode que no recuerde. Por Dios santo, es que no podría ser de otra manera, porque fuimos vecinos puerta con puerta desde el día que nací y me casé con uno de ellos.

«Tenían nueve hijos, y tres de las chicas, Essie Rue y las gemelas, eran poco más o menos de mi misma edad, así que siempre estaba allí, jugando en las fiestas que daban, e incluso me quedaba a veces a dormir. Mi madre murió tísica cuando yo tenía cuatro años y, al morir mi padre en Nashville, me quedé a vivir con ellas...»

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

8 DE OCTUBRE DE 1929

CAE UN METEORITO EN UNA CASA DE WHISTLE STOP

Mrs. Biddie Louise Otis, que vive en el 401 de First Street, nos ha informado de que el jueves por la noche un meteorito de un quilo atravesó el tejado de su casa y, aunque no le dio, fue a caer sobre la radio, que estaba escuchando en aquel momento. Dice que estaba sentada en el sofá, porque el perro estaba en la silla, y que había acabado de sintonizar en aquel momento *La hora del carnicero.* Dice que tiene un agujero de más de un metro en el tejado y que el aparato de radio se partió por la mitad.

Bertha y Harold Vick celebraron su aniversario de boda en el jardín para que lo viesen todos. Y nuestras felicitaciones a Earl Adcock padre, alto cargo de los ferrocarriles L & N, que acaba de ser nombrado Grande y Aclamado Dirigente de la Benevolente y Protectora Orden de los Alces, orden n.° 37, de la que es miembro mi otra mitad.

Por cierto: dice Idgie que si quieren que se les haga algo a la barbacoa pueden traerlo al café y Big George lo hará. Los pollos, a 10 centavos, y los tostones según el tamaño.

DOT WEEMS

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

15 DE DICIEMBRE DE 1985

Una hora después Mrs. Threadgoode seguía hablando. Evelyn Couch ya había dado cuenta de tres tabletas de chocolate con leche y estaba desenvolviendo su segundo emparedado, preguntándose cuándo se callaría de una vez la anciana.

«Es que es una lástima que la casa de los Threadgoode esté en un estado tan ruinoso. Sucedieron tantas cosas allí, nacieron tantos niños, y lo pasamos tan bien... Era un caserón grande, de dos plantas, pintado de blanco, con un gran porche que se prolongaba por los lados... y todos los dormitorios estaban decorados con un papel de rosas estampadas que hacían muy bonito cuando se encendían las luces por la noche.

»La vía del tren pasaba justo frente al patio trasero y, en las noches de verano, olía a madreselvas que crecían a su aire y se llenaba todo de luciérnagas junto a los raíles. Papá había plantado higueras en la parte de atrás y también manzanos, y le había hecho a mamá un precioso emparrado de rejilla blanca que rebosaba de hojas de wistaria... y las rosas de pitiminí crecían por todas partes en el patio. Cómo me gustaría que lo hubieses visto.

»Mamá y papá Threadgoode me criaron como si fuese una hija, y yo quería mucho a todos los Threadgoode. Sobre todo a Buddy. Pero me casé con Cleo, su hermano mayor, el masajista, y fíjate tú que a la larga empezó a darme la lata la espalda, así que me fue estupendamente.

»Así que ya puedes ver que he estado en contacto con Idgie y con los Threadgoode durante toda mi vida. Y puedes estar segura de que ha sido mejor que una película..., ya lo creo. Lo único malo es que yo siempre he ido un poco a remolque. Lo creas o no, nunca fui muy habladora hasta que cumplí los cincuenta, pero desde entonces no paro. Una vez Cleo me dijo: "Ninny", me llamo Virginia pero me llaman Ninny; me dijo, "Ninny, todo lo que te oigo es Idgie dijo esto, Idgie hizo lo otro. ¿Es que no tienes otra cosa que hacer que estar todo el día metida en el café?".

»Yo me quedé pensativa un largo rato y le repuse: "Pues no...", y lo dije sin el menor ánimo de desairar a Cleo, pero era la verdad.

»El pasado febrero hizo treinta y un años que enterré a Cleo, y a menudo me pregunto si heriría sus sentimientos por decirle aquello, pero no lo creo, porque, cuando nosotros ya nos lo teníamos todo más que dicho, él quería a Idgie tanto como al resto de nosotros y todo lo que ella hacía le parecía gracioso. Era su hermana pequeña y un verdadero trasto. Ella y Ruth eran las propietarias del café de Whistle Stop.

»Idgie hacía siempre las cosas más disparatadas sólo para hacerte reír. Una vez echó patatas fritas en el cestito de la colecta de la Iglesia Baptista. De que tenía un carácter fuerte no cabe duda, pero no me entra en la cabeza que alguien pudiera pensar que ella mató a aquel hombre.»

Por primera vez en todo aquel rato Evelyn dejó de comer y miró por el rabillo del ojo a aquella anciana de dulce aspecto y descolorido vestido azul con estampado de flores, que no paraba de tamborilear con sus plateadas uñas.

«Hay quienes creen que todo empezó el día que conoció a Ruth, pero yo creo que fue en la cena de aquel domingo, el primero de abril de 1919, el mismo año en que Leona se casó con John Justice. Recuerdo que fue el primero de abril porque, aquel día, Idgie se sentó a la mesa a la hora de cenar y nos mostró a todos aquella cajita blanca que tenía, con un dedo humano dentro

sobre un trocito de algodón. Dijo que lo había encontrado en el patio de atrás. Pero luego resultó que era su propio dedo, que lo había metido por un agujero por el fondo de la caja. ¡INOCENTE!

»A todos nos pareció gracioso salvo a Leona, que era la mayor y la más bonita de las hermanas y a quien papá Threadgoode tenía muy consentida... como todos, diría yo.

»Idgie tenía por entonces diez u once años y llevaba un vestido blanco de organdí, recién estrenado, y todas le habíamos dicho que estaba preciosa. Lo estábamos pasando en grande y ya a punto de dar cuenta de una tarta de arándanos cuando, de pronto, allí, bajo un claro cielo azul, Idgie se levantó y anunció así de fuerte: "¡No volveré a llevar un vestido en mi vida!".

Y, chica, que se fue derecha para arriba y se puso unos pantalones viejos de Buddy y una camisa. Aún no me explico por qué le dio aquel arranque. Ni los demás tampoco.

»Pero Leona, que sabía que Idgie nunca decía las cosas por decir, empezó a lamentarse: "Ay, papá, esta Idgie me va a fastidiar la boda; ¡como si lo viera!".

»Pero papá le dijo: "Qué va, pequeña; ya verás como no. Vas a ser la novia más bonita de todo el estado de Alabama".

»Papá, que llevó siempre un enorme mostacho, nos miró y nos dijo: "¿Verdad que sí?", y todos pusimos nuestro granito de arena para contentarla y hacer que se callase.

»Todos excepto Buddy, a decir verdad, que no paraba de reír, Idgie era la niñita de sus ojos y todo lo que ella hacía le parecía bien.

»Bueno, el caso es que Leona estaba terminando de comer su trozo de tarta y, cuando creíamos que ya se había calmado, empezó a gritar tan fuerte que a Sipsey, la morenita, se le cayó no sé qué en la cocina. "Oh, papá", dijo Leona, "¿qué pasará si uno de nosotros muere?".

»Era para dar que pensar, ¿no?

»Todos miramos a mamá, que dejó caer el tenedor en la mesa. "Bueno, niños, estoy segura de que vuestra hermana hará una pequeña concesión y se pondrá un vestido adecuado para cuando llegue la ocasión. Porque es testaruda pero razonable."

«Entonces, un par de semanas después, oí que mamá le decía a Ida Simms, la costurera a quien habían encargado el ajuar, que iba a necesitar un traje de terciopelo verde y una corbata de lazo para Idgie.

»Ida miró a mamá divertida y le dijo: "¿Un traje?". Y mamá dijo: "Sí, ya sé, Ida, ya sé. He intentado convencerla de todas las maneras para que se ponga algo más propio de una boda, pero esa niña tiene ideas propias".

»Y las tenía; incluso a aquella edad. Creo que quería ser como Buddy, pienso yo, porque... "¡vaya par de trastos!", exclamó la anciana riendo.

»Tenían aquel mapache llamado Cookie y yo me pasaba horas mirándolo, viendo cómo mojaba las galletas. Le ponían una cacerola con agua en el patio y le daban galletas, y él mojaba una galleta tras otra sin entender por qué le desaparecían en la cacerola. Cada vez se miraba sus manitas vacías con cara de asombro. Y nunca acertó a averiguar adonde iban a parar las galletas. Pasó gran parte de su vida mojando galletas. Y también caramelos, pero no era tan divertido... Una vez hizo lo mismo con un helado...

»Me parece que será mejor que deje de pensar en el mapache, o van a creer que estoy tan loca como esa Mrs. Philbeam del fondo del pasillo; una bendita que cree que está en el Barco del Amor rumbo a Alaska.

»Muchas de las pobres criaturitas que hay aquí ni siquiera saben quiénes son.»

El marido de Evelyn, Ed, asomó en aquel momento por la puerta del salón gesticulando. Evelyn hizo una pelotita con los papelillos de los caramelos, la metió en el monedero y se levantó.

—Perdone, pero es mi marido. Me parece que ya quiere que nos vayamos.

—Oh, ¿tienes que irte ya? —dijo Mrs. Threadgoode, alzando los ojos sorprendida.

—Sí, creo que no hay más remedio. Se está impacientando —dijo Evelyn.

—Bueno, pues encantada de haber hablado contigo... ¿Cómo te llamas, encanto?

—Evelyn.

—A ver si vuelves otro día a verme, ¿de acuerdo? Me ha encantado hablar contigo... Adiós —dijo despidiéndose de Evelyn y disponiéndose a esperar otra visita.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

15 DE OCTUBRE DE 1929

RECLAMAN LA PROPIEDAD
DEL METEORITO

Mrs. Vesta Adcock y su hijo Earl aseguran ser los legítimos propietarios del meteorito porque, según aduce Mrs. Vesta, los Otis le alquilaron la casa en la que cayó, pero siendo la casa de su propiedad, también lo es el meteorito.

Preguntada Mrs. Biddie Louise Otis, replica que el meteorito es suyo, porque fue en su aparato de radio donde cayó. Su esposo, Roy, que es guardabarreras de la compañía de ferrocarriles Southern Railroad, trabajaba aquel día en el último turno y llegó tarde a casa, pero dice que el fenómeno no es infrecuente, porque en 1833 cayeron diez mil meteoritos en una sola noche y que ahora se trata sólo de uno, por lo que no merece la pena armar tanto alboroto.

Biddie dice que se lo quiere quedar como recuerdo.

Por cierto, ¿son imaginaciones mías o es que las cosas se están poniendo feas? Porque mi otra mitad dice que la semana pasada se presentaron otros cinco temporeros sin trabajo en el café pidiendo algo que comer.

DOT WEEMS

DAVENPORT,
IOWA

CAMPAMENTO DE TEMPOREROS

15 DE OCTUBRE DE 1929

Había cinco hombres sentados alrededor de un fuego de llama débil. Sombras negras y anaranjadas bailaban en sus rostros mientras tomaban un café aguado en botes de lata. Eran Jim Smokey Phillips, Elmo Inky Williams, Boweevil Jake, Crackshot Sackett y Chattanooga Red Barker, cinco de los doscientos mil que vagaban por los campos aquel año.

Smokey Phillips miró hacia arriba pero no dijo nada, y otro tanto hicieron los demás. Estaban cansados y contrariados aquella noche, porque sabían que el viento gélido que soplaba anunciaba el principio de otro crudo e inmisericorde invierno, y Smokey sabía que pronto tendría que ir hacia el sur, como las grandes bandadas de gansos, igual que había hecho otros muchos años.

Había nacido una escarchada mañana, allá en Smoky Mountains, en Tennessee. Su padre, un tipo que había vivido a salto de mata, que se convirtió en destilador de licores de la segunda generación y que se enamoró de su propio producto, cometió el fatal error de casarse con una «buena mujer», una sencilla provinciana cuya vida giraba alrededor de la Iglesia Baptista del Libre Albedrío de Pine Grove. Smokey pasó casi toda su infancia sentado durante horas en duros bancos de madera, junto a su hermanita Bernice, asistiendo a los oficios, cántico tras cántico y lavatorio de pies tras lavatorio de pies. Durante los oficios, su madre era una de las que solía levantarse a hablar disparatando en una extraña lengua.

A la larga, conforme ella fue impregnándose cada vez más del Espíritu, su padre fue vaciándose de él y dejó radicalmente de acudir a la iglesia. Y les dijo a sus hijos: «Creo en Dios, pero no me parece que haya que hacer el imbécil para demostrarlo».

Entonces, una primavera, cuando Smokey tenía ocho años, las cosas empeoraron. Su madre dijo que el Señor le había dicho que su esposo era malo y estaba poseído por el demonio y lo denunció a la brigada del Fisco, que velaba por el cumplimiento de la Ley Seca.

Smokey recordaba el día que sacaron a su padre de la destilería y lo llevaron camino adelante con un revólver en las costillas. Al pasar frente a su esposa la miró estupefacto y le dijo: «¿Sabes lo que has hecho, mujer? Te has quitado tu propio pan de la boca».

Fue la última vez que Smokey lo vio.

Al faltar su padre, su madre acabó de perder del todo la chaveta y empezó a juntarse con los miembros de la secta del Santo Conjuro, que trataban con serpientes vivas. Una noche, después de una hora de exprimir la Biblia vociferando versículos, el predicador, un tipo que tenía la cara roja como un tomate y el pelo alborotado, dejó de una pieza a sus descalzos feligreses. Estaban todos cantando y pateando el suelo cuando, de pronto, metió la mano en un saco y extrajo dos enormes serpientes de cascabel que empezó a agitar en el aire. El hombre estaba en trance con el Espíritu.

Smokey se quedó atónito, sentado allí con su hermanita y apretándole la mano. El predicador iba danzando en círculos, incitando a los creyentes a que cogiesen las serpientes y limpiasen sus almas en la fe de Abraham cuando, de pronto, su madre fue hacia el predicador, le arrebató una de las serpientes y se la quedó mirando fijamente. Empezó entonces a farfullar en la extraña lengua, sin dejar de mirar a los amarillos ojos de la serpiente. Todos los presentes empezaron a balancearse y a gemir. Y ella empezó a dar vueltas con la serpiente en la mano mientras los feligreses caían redondos al suelo, gritaban y se retorcían bajo los bancos y en los pasillos. Se

desencadenó un auténtico frenesí mientras ella farfullaba: «HOSSA... HELAM... HESSAMIA...».

Antes de que Smokey se percatase de lo que sucedía, su hermanita Bernice se soltó de su mano, corrió hacia su madre y le tiró de la falda.

—¡No, mamá!

Con la mirada todavía extraviada y en trance, ella miró a su hija un momento, y en ese mismo instante la serpiente de cascabel se arqueó y la mordió en la mejilla. Ella volvió a mirar a la serpiente, estupefacta, que la volvió a morder, esta vez más fuerte, clavándole los colmillos en la yugular. Dejó entonces caer a la enfurecida serpiente con un ruido sordo, y el animal empezó a reptar displicentemente pasillo adelante.

Su madre miró en derredor. Se había hecho un silencio de muerte y, con incrédula expresión, con los ojos cada vez más vidriosos, se desplomó. En menos de un minuto había muerto.

En aquel mismo instante, el tío de Smokey les cogió de la mano y enfiló la puerta. Bernice fue a vivir con una vecina y Smokey se quedó en casa de su tío.

Al cumplir los trece años, Smokey se fue un día siguiendo la vía del tren y jamás volvió. Sólo llevó con él una fotografía de su hermana. Y, cada dos por tres, la sacaba para mirarla. Allí estaban los dos en la borrosa fotografía, con los labios y los mofletes coloreados de rosa: ella, mofletudita, con flequillo y una cinta rosa sujetándoselo, y con un collarcito de perlas; y él, sentado a su lado, con su pelo castaño alisado en media melena y la mejilla pegada a la de su hermana.

Se preguntaba a menudo qué sería de ella y pensaba ir a verla cualquier día, si es que alguna vez regresaba.

Rondaría los veinte cuando perdió la fotografía, al echarlo un inspector a patadas de un mercancías e ir a parar a un amarillento y gélido río, allá por Georgia; ya apenas se acordaba de su hermana, salvo cuando iba montado en algún tren, cruzando las Smoky Mountains de noche, en dirección a cualquier parte...

Aquella mañana, Smokey Phillips iba en un tren que transportaba mercancías y pasajeros desde Georgia a Florida. Llevaba dos días sin comer y recordaba que su amigo Elmo Williams le había dicho que, en las afueras de Birmingham, había un local regentado por dos mujeres con quienes se podía contar para una o dos comidas. Durante el trayecto, cuando ya estaba cerca, había visto el nombre del café escrito en varios furgones, de manera que cuando vio el rótulo que ponía WHISTLE STOP, ALABAMA, saltó del tren.

Encontró el café justo al cruzar las vías, tal como Elmo le había dicho. Era una pequeña construcción pintada de verde y con un toldo a franjas blancas y verdes bajo un anuncio de Coca-Cola que decía: THE WHISTLE STOP CAFÉ. Fue por la parte trasera y llamó con los nudillos en el marco de la puerta de tela metálica. Una negra bajita estaba trajinando en la cocina, friendo pollo y cortando a rodajas unos tomates verdes. «¡Miss Idgie!», llamó la negrita al verlo.

Casi al instante, una guapa, alta y pecosa rubia de pelo rizado fue hacia la puerta, con una inmaculada camisa blanca y pantalones de hombre. Aparentaba poco más de veinte años.

Smokey se quitó el sombrero.

—Perdone, señora —dijo—, pero he pensado que a lo mejor tenía usted algún trabajito, algo que pudiera yo hacer. Estoy pasando una mala racha.

Idgie miró a aquel hombre de raída chaqueta, con la misa hecha jirones, los zapatos reventados y sin cordones, y comprendió que no mentía.

—Entre usted —dijo abriéndole la puerta—. Algo habrá aquí para darle. ¿Cómo se llama usted?

—Smokey, señora.

Ella se dirigió entonces a la mujer que estaba detrás de la barra. Smokey llevaba meses sin ver a una mujer limpia y aseada, y aquélla era la mujer más bonita que había visto en toda su vida. Llevaba un vestido de organdí con estampado de lunares y el pelo, de color castaño, recogido por detrás con una cinta roja.

—Mira, Ruth, este señor se llama Smokey; va a hacernos unos trabajitos.

—Ah, pues estupendo —dijo Ruth mirándolo sonriente—. Encantada de conocerle.

Idgie señaló entonces hacia los lavabos.

—¿Por qué no va un momento a refrescarse y viene luego a comer algo?

—Sí, señora.

El lavabo de caballeros era en realidad un cuarto de baño grande, con una perilla que colgaba del techo; al tirar de la perilla y encenderse la luz, vio que había una de esas bañeras en las que hay que lavarse de pie con un gran tapón negro de goma colgando de una cadena. En el lavabo, todo allí bien dispuesto, había una navaja barbera, un cuenco con jabón de afeitar y una brocha.

Al mirarse en el espejo, se avergonzó de que le hubiesen visto tan sucio, porque hacía siglos que el jabón y él no tenían el más mínimo contacto. Cogió la enorme pastilla de jabón y trató de limpiarse toda la mugre y la carbonilla que tenía en la cara y en las manos. Llevaba veinticuatro horas sin beber nada, y le temblaban tanto las manos que no acertaba a afeitarse como es debido, pero hizo lo que pudo. Después de darse unas fricciones con loción para después del afeitado, y de peinarse con el peine que encontró en la estantería de encima del lavabo, salió ya con mejor aspecto.

Idgie y Ruth le habían puesto el cubierto en una mesa. Y él se sentó entonces frente a un plato de pollo frito con guarnición de guisantes, nabos, tomates verdes fritos, pan y té frío.

Cogió el tenedor e intentó comer. Pero le seguían temblando las manos y no podía llevarse la comida a la boca. Incluso se le derramó el té por toda la camisa.

Pensó que acaso no estuviesen mirándole, pero, al instante, la rubia se le acercó.

—Venga usted, Smokey. Salgamos un momento fuera.

Él se puso el sombrero y se limpió con la servilleta creyendo que lo echaban.

—Sí, señora —dijo.

Ella lo condujo hacia la parte de atrás del café, que daba a pleno campo.

—Está usted un poco nervioso, ¿verdad?

—Siento haber derramado el té, señora, pero le aseguro a usted... bueno... que ya desaparezco... Y gracias de todas formas...

Idgie metió la mano en el bolsillo de su delantal y sacó una botella de cuartillo de Old Joe Whiskey y se la dio.

—Que Dios la bendiga —dijo él como hombre agradecido que era—. Es usted una santa, señora.

Y se sentaron los dos en un tronco bajo el cobertizo.

Mientras Smokey calmaba sus nervios, ella se lo quedó mirando y señaló a lo lejos.

—¿Ve usted aquel erial?

—Sí, señora —dijo él mirando hacia donde señalaba ella.

—Hace muchos años había allí el lago más bonito de Whistle Stop... y en el verano íbamos a nadar y a pescar, e incluso se podía remar si se quería —dijo moviendo la cabeza, entristecida—. No sabe cómo lo echo de menos.

Smokey miró hacia el erial.

—¿Y qué pasó? ¿Se secó?

Ella le encendió un cigarrillo.

—Qué va; fue peor. Un noviembre, una bandada de patos (habría unos cuarenta por lo menos) se posó justo en el centro del lago y, mientras estaban allí posados por la tarde, ocurrió algo pasmoso. La temperatura descendió tan súbitamente que todo el lago se heló y se quedó duro como una piedra en cuestión de dos o tres segundos. Así como lo oye.

—¿No lo dirá en serio? —dijo Smokey asombrado.

—Pues sí.

—Y, claro, los patos debieron de morir todos, ¿no?

—¡Qué va! —exclamó Idgie—. Salieron volando y se llevaron el lago con ellos. Y el lago está ahora en Georgia, desde entonces...

Él ladeó la cabeza y se la quedó mirando y, al percatarse de que le estaba tomando el pelo, sus azules ojos se iluminaron y se echó a reír con tantas ganas que le dio la tos y ella tuvo que darle unas palmaditas en la espalda.

Aún seguía él limpiándose los lagrimones de la risa cuando volvieron a entrar en el café, donde aguardaba su cena. Al volver a sentarse a la mesa notó que la comida estaba caliente, que se la habían mantenido caliente en el horno.

Y flotó entonces en el aire el estribillo de una vieja canción:

¿Dónde rondará mi muchacho esta noche?
¿Dónde habrá ido a rondar mi muchacho?
Con todos sus líos y el colchón a cuestas
Cabalgando a la grupa del macho
¿Dónde habrá ido a rondar mi muchacho?

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

22 DE OCTUBRE DE 1929

EL METEORITO EXPUESTO EN EL CAFÉ

Mrs. Biddie Louise Otis ha anunciado hoy que se propone llevar al café el meteorito que la semana pasada le entró por el tejado, para que la gente deje de ir a preguntarle por él, porque está muy ocupada. Dice que no es más que una piedra grande de color gris, pero que así podrá verla todo el que quiera. Dice Idgie que se puede ir al café cuando se quiera y que tendrá el meteorito en la barra. Lamento no tener más noticias que dar esta semana, pero mi otra mitad, Wilbur, tiene gripe y he tenido que estar pendiente de él. ¿Hay algo peor que un hombre enfermo?

Sentimos tener que informar, no obstante, que nuestra querida Bessie Vick, la suegra de Bertha, murió ayer a los 98 años, de vieja, claro.

DOT WEEMS

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

22 DE DICIEMBRE DE 1985

El domingo siguiente, al entrar Evelyn en el salón de las visitas, Mrs. Threadgoode estaba sentada en la misma silla, con el mismo vestido, aguardándola.

Con expresión risueña retomó el hilo de su monólogo sobre la casa de los Threadgoode, como si no hubiese mediado aquella semana, y nada pudo hacer Evelyn, salvo desenvolver su tableta de chocolate almendrado y aguardar allí sentada.

«En el jardín de la parte delantera había un viejo y enorme cinamomo. Recuerdo que recogíamos las bolitas rojas durante todo el año y, por Navidad, las ensartábamos y rodeábamos con ellas todo el árbol de arriba abajo. Mamá siempre nos decía que no nos metiésemos las bolitas en la nariz y, como es natural, lo primero que hizo Idgie en cuanto aprendió a andar fue salir al jardín y meterse las bolitas de cinamomo en la nariz y en las orejas. ¡Hasta tuvieron que llamar al Dr. Hadley! Y el médico le dijo a mamá: "Mrs. Threadgoode, me parece que le ha caído a usted en suerte un verdadero trasto".

»Y, claro, a Buddy le encantó oír aquello. Siempre estaba de parte de Idgie. Pero eso es algo que ocurre en todas las familias. Siempre hay un preferido. En realidad se llamaba Imogene, pero Buddy empezó a llamarla Idgie. Buddy tenía ocho años cuando ella nació, y la llevaba con él por la ciudad como si fuese un muñeco. Cuando ya andaba, iba pegada a sus talones como un patito, tirando de un gallo de madera que llevaba atado con un cordel.

»Y es que Buddy tenía personalidad para parar un tren, con aquellos ojos negros y la dentadura tan blanca... Te camelaba sin que te dieses cuenta. No sé de ninguna chica de Whistle Stop que no haya estado enamorada de él alguna vez.

»Se dice que una nunca olvida su fiesta del aniversario de los dieciséis años, y es verdad. Todavía recuerdo aquel pastel blanco y rosado rematado con un tiovivo, y aquel pálido ponche de lima que mamá preparó en la ponchera de cristal. Y todos aquellos farolillos de papel colgando en el jardín. Pero el recuerdo más indeleble es el del beso que me robó Buddy Threadgoode bajo el emparrado. ¡Vaya que sí! Pero para él yo era una más...

»Idgie era la que se pasaba la vida recibiendo billetitos amorosos de Buddy y escribiéndoselos. Incluso empezamos a llamarla Cupido. Idgie era rubia y llevaba el pelo corto, con rizos; tenía los ojos azules y era pecosilla. Había salido a la familia de mamá. Los apellidos de soltera de mamá, que se llamaba Alice, eran Lee Cloud, y siempre decía: "Como buena Cloud, *cloudiqué* y me casé". Era encantadora. En la familia casi todos tenían los ojos azules, salvo Buddy y la pobre Essie Rue que tenía uno marrón y el otro azul. Mamá le decía que ésa era la razón de que tuviese tanto talento para la música. Siempre veía el lado bueno en todo. Un día, cuando Idgie y Buddy le robaron cuatro enormes sandías al viejo Sockwell, las fueron a esconder a su morral predilecto. Y, fíjate tú, encanto, que por la mañana del día siguiente, antes de que ellos se levantasen y fuesen por ellas, mamá las encontró y creyó que habían brotado de la noche a la mañana. Cleo decía que no pasaba año sin que se desilusionase al ver que aquello no volvía a pasar. Y nadie tuvo nunca valor para contarle que aquellas sandías habían sido robadas.

»Mamá era baptista y papá metodista. Y él decía que tenía aversión a que lo metiesen bajo el agua. Así que, todos los domingos, papá tomaba el caminito de la izquierda hacia la capilla de la Primera Iglesia Metodista, y nosotros el caminito de la derecha que llevaba hasta la Iglesia

Baptista. A veces, Buddy iba con papá, pero dejó de ir, no me acuerdo a partir de cuándo, porque decía que las chicas baptistas eran más monas.

»En casa de los Threadgoode siempre había alguien de visita. Un verano, mamá alojó en casa a aquel gordo predicador baptista que había llegado a la ciudad para unas jornadas de campamentos y, aprovechando un momento en que no estaba, entraron en su dormitorio y se pusieron a jugar con sus pantalones. Patsy Ruth se metió en una pernera y Mildred en la otra. Se lo pasaron en grande hasta que lo oyeron subir por las escaleras... Se asustaron tanto que Mildred echó para un lado y Patsy Ruth para el otro, y le partieron los pantalones por la mitad. Mamá decía que si papá no les dio una buena somanta fue porque el predicador era baptista. Pero las diferencias religiosas nunca causaron problemas serios, porque, después de ir a la iglesia, todos nos reuníamos en casa para la cena del domingo.

»Papá Threadgoode no era rico, pero a nosotros por entonces nos parecía que sí. Era el dueño de la única tienda de la ciudad. Tenía de todo. Igual podías comprar una tabla para lavar la ropa, que cordones para los zapatos, un corsé, o unas sardinas en salmuera que podías coger tú misma del barril.

»Buddy ayudaba a veces en la sección de farmacia. Y yo habría dado cualquier cosa por ganarme de esa manera el helado de fresa que se ganaba él. En Whistle Stop todos compraban allí. Por eso nos sorprendió tanto que cerrase la tienda el año veintidós.

»Cleo decía que la razón de que la tienda fuese mal era que papá no tenía un no para nadie, fuese blanco o negro. Si alguien quería o necesitaba algo, a él le faltaba tiempo para dárselo fiado. Cleo decía que la fortuna de papá había ido saliendo por la puerta en aquellas bolsas de color beige. Pero es que nunca ningún Threadgoode tuvo un no para nadie. Hasta la camisa te habrían dado encantados, de habérsela pedido. Y Cleo era igual. Cleo y yo nunca tuvimos mucho, pero Dios nos ayudaba y nunca nos faltó lo necesario. Yo creo que los pobres son buena gente, excepto los mezquinos, que serían igualmente mezquinos aunque fuesen ricos. Casi todos los residentes en Rose Terrace son pobres. No tienen más que lo que les cubre la Seguridad Social, y la mayoría tienen cartilla.»

La anciana se interrumpió un momento y ladeó la cabeza mirando a Evelyn antes de proseguir.

«Ya sabes, encanto, que tienes que tener cartilla para que todo vaya bien. Si no, mal asunto.

»Hay algunas que tienen dinero. Hace un par de semanas, Mrs. Vesta Adcock, esa menudita pechugona que sé que es de Whistle Stop, se presentó toda enjoyada y con pieles de zorro. Es de las que tienen pasta. Pero las que tienen dinero no me parece a mí que sean felices. Y te diré más: sus hijos no las visitan más que a las demás.

»Norris y Francis, el hijo de Otis y su nuera, vienen a verla todas las semanas, aunque caigan chuzos de punta. Por eso me vengo aquí al salón los domingos, para dejarlos a solas... porque es que te partiría el corazón ver con qué ansia esperan a que lleguen a verlos. Los sábados se peinan como de peluquería y el domingo se presentan de lo más endomingadas para que, al final, no venga nadie. Me entra un no sé qué, pero ¿qué hacer? Tener hijos no es ninguna garantía de que vayan a venir a verte... en absoluto.»

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

2 DE JULIO DE 1930

¡CÓMO CRECE WHISTLE STOP!

Opal Threadgoode, la esposa de Julián, ha alquilado la casa que está dos puertas más allá de la mía, junto a Correos, y va a inaugurar su propia peluquería. Hasta ahora tenía la peluquería en la cocina, pero Julián le dijo que eso tenía que acabarse porque, con tantas mujeres entrando y saliendo todo el día por la puerta del patio de atrás, que da a la cocina, las gallinas se distraen y no ponen.

Opal dice que los precios seguirán siendo los mismos: lavar y marcar, cincuenta centavos; y la permanente, dólar y medio. Personalmente estoy encantada de que haya un nuevo local en nuestra concurrida calle. Porque ahora ya puede una echar una carta al correo, comer e ir a la peluquería en la misma manzana. Sólo nos falta un cinematógrafo, para no tener que ir a Birmingham.

Mr. y Mrs. Roy Glass celebran la anual reunión familiar de los Glass en el patio de atrás, y llegan Glass de todo el Estado. Según Wilma, el pastel tenía mejor sabor que aspecto.

Por cierto, mi otra mitad se ha clavado el anzuelo en el dedo mientras pescaba, así que lo tengo de nuevo en casa todo el día, quejándose y gruñendo.

DOT WEEMS

CAFÉ DE WHISTLE STOP

WHISTLE STOP (ALABAMA)

18 DE NOVIEMBRE DE 1931

Por entonces, el nombre del café estaba escrito en centenares de furgonetas desde Seattle a Florida. Splinter Belly Jones dice que ha llegado a verlo incluso en Canadá.

Las cosas fueron bastante mal aquel año y, por la noche, todos los bosques que rodean Whistle Stop titilaban con las llamas de los fuegos de los campamentos de temporeros sin trabajo a quienes, en una u otra ocasión, Idgie y Ruth tuvieron que dar de comer.

Cleo, el hermano de Idgie, estaba preocupado. Había llegado al café a recoger a su esposa Ninny y a su hijo, el pequeño Albert. Estaba tomando café y comiendo cacahuetes.

—Mira, Idgie, no tienes por qué darle de comer a todo el que asome por la puerta. Esto es un negocio. Me ha dicho Julián que, al llegar el otro día, se encontró con siete comiendo de gorra. Y me dijo que serías capaz de quitárselo a Ruth y a la criatura para dárselo a esos vagabundos.

—Bah, Cleo —dijo Idgie con un desdeñoso ademán—, ¿qué sabrá Julián? Se moriría de hambre de no ser porque Opal ha puesto la peluquería. ¿Qué caso has de hacerle a él? ¿No ves que tiene menos seso que un mosquito?

Cleo no podía decir que estuviese en desacuerdo en esto.

—No se trata sólo de Julián, cariño. Es que me preocupas.

—Ya sé.

—Lo que quiero es que tengas un poco de cabeza y no seas tan tonta como para regalar todas las ganancias.

—Mira, Cleo —dijo Idgie mirándolo sonriente—, sé de buena tinta que la mitad de la gente de la ciudad lleva cinco años sin pagarte. Y no veo que por eso les des con la puerta en las narices.

Ninny, que por lo general tenía la boca cerrada, metió baza.

—Tiene razón, Cleo.

Cleo se comió un cacahuete. Idgie se levantó y le rodeó el cuello con el brazo con talante juguetón.

—Pero no ves, cascarrabias, más que cascarrabias, que tú eres el primero que no tienes un no para quien necesita comer.

—No sé cómo voy a decirles que no si se lo toman —dijo él aclarándose la garganta—. Pero mira, en serio, Idgie, no pretendo darte lecciones sobre cómo debes llevar tu negocio, pero lo único que quiero saber es si, por lo menos, ahorras algo.

—¿Ahorrar? ¿Para qué? —dijo Idgie—. ¿Sabes lo que te digo? Que el dinero acaba con uno. Hoy, sin ir más lejos: llega uno y me cuenta que un tío suyo tenía un empleo muy bien pagado en Kentucky, en la Casa de la Moneda, haciendo dinero para el Gobierno; y que todo le iba muy bien hasta que un día le dio a la palanca equivocada y murió aplastado bajo trescientos quilos de perras gordas.

—¡Oh, qué espanto! —exclamó Ninny horrorizada.

Cleo miró a su esposa como si estuviese loca.

—Por Dios santo, mujer, ¡te crees todo lo que esta chifladilla de mi hermana te dice!

—Pues podría ser verdad, ¿no? ¿De verdad lo mataron las perras gordas, Idgie?

—Y tan de verdad. No sé si fueron perras gordas o chicas, pero el caso es que palmó.

Cleo meneó la cabeza y su hermana Idgie no pudo contener la risa.

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

29 DE ENERO DE 1986

Todos los domingos que tocaba visita, Ed Couch y su madre se pasaban la tarde en su atestada habitación viendo la televisión. Pero aquel día Evelyn se dijo que, si no salía de allí en seguida, acabaría echándose a gritar. Se excusó y salió hacia los lavabos, pasillo adelante. En realidad sólo quería ir a sentarse en el coche, pero había olvidado que Ed tenía las llaves; así que... de nuevo fue a parar al salón, donde estaba Mrs. Threadgoode; y empezó a desenvolver una tableta de chocolate de coco mientras Mrs. Threadgoode empezaba a contarle lo de la última cena en la Residencia.

—Y allí estaba ella, encanto, presidiendo la mesa y dándose importancia...

—¿Quién?

—Mrs. Adcock.

—¿Mrs. Adcock?

—Sí, mujer, Mrs. Adcock. ¿No recuerdas a Mrs. Adcock? La de las pieles de zorro...

Evelyn se quedó unos instantes pensativa.

—¿La de la pasta?

—Eso es. Mrs. Adcock, la que va siempre tan enjoyada.

—Aja —dijo Evelyn ofreciéndole chocolate.

—Oh, gracias, me encanta —dijo cogiendo un trocito—. ¿No te parece, Evelyn, que con una Cocacola pasaría mejor? Tengo suelto en mi dormitorio; te traeré una si quieres. Hay una máquina al fondo del pasillo.

—No, Mrs. Threadgoode, por mí no, pero ¿quiere usted una? —dijo Evelyn.

—No, encanto. Te la aceptaría de buena gana, pero es que hoy voy sobrada de gases, y será mejor que beba sólo agua, si no te importa.

Evelyn salió al pasillo y volvió con dos vasitos de plástico blanco llenos de agua.

—Muchísimas gracias.

—¿Y qué pasó con Mrs. Adcock?

—¿Mrs. Adcock? —dijo Mrs. Threadgoode mirándola—. ¿La conoces?

—No, no la conozco, pero iba usted diciendo que se daba mucha importancia no sé por qué.

—Ah, sí, claro. Es que Mrs. Adcock nos dijo anoche, durante la cena, que todo lo que tiene en casa son auténticas antigüedades... de más de cincuenta años... y que todo vale mucho dinero. Y yo le dije a Mrs. Otis: «Pues mira, yo empecé no valiendo un pito y me he convertido en una inapreciable antigüedad que probablemente valdría una fortuna para los coleccionistas» —dijo divertida ante su ocurrencia—. Me pregunto —prosiguió— adonde habrán ido a parar aquellos platitos de porcelana de la casa de muñecas, y el carrito tirado por una cabrita con el que jugábamos. Los sábados montábamos en aquel carrito que papá nos hizo a las pequeñas y nos divertía más que un viaje a París. No me sorprendería que aquella vieja cabra aún viviese. Bueno, a decir verdad, era un... un macho. Se llamaba Harry... Perdona... Pero es que me da la risa... ¡El cabrito de Harry! ¡Se lo tragaba todo! Una vez Idgie le dio un gel desodorante que mamá se ponía en las axilas y lo lamió todo como si fuese un helado... Jugábamos a muchas

cosas, pero en lo que las Threadgoode nos llevábamos la palma era en disfrazarnos. Un año mamá nos disfrazó a cuatro niñas de reinas de la baraja española para un concurso que organizaba la Parroquia. Yo iba de bastos, las gemelas de oros y copas, y Essie de espadas, y en éstas que asoma Idgie por detrás disfrazada de comodín del póquer. ¡Nos llevamos el premio!

»Recuerdo que, un cuatro de julio, íbamos todas vestidas de bandera con nuestras coronas de papel. Estábamos en el patio de atrás, comiéndonos un helado que mamá había hecho y aguardando a que empezasen los fuegos artificiales, cuando de pronto apareció Buddy Threadgoode por las escaleras de atrás con uno de los vestiditos de marinero de Leona y con una corbata ceñida a la cabeza, haciendo la pizpireta. Imitaba a Leona, ¿sabes? Entonces, para acabarlo de arreglar, no sé si Edward o Julián u otro de los chicos, sacó la radiogramola al patio y pusieron *Scheherazade* mientras Buddy se meneaba como una mora por todo el patio. Nos tronchamos. Luego Buddy fue a darle un beso a Leona. A Buddy se le podía perdonar todo.

»Papá contrataba a los de los fuegos artificiales y, en cuanto se hacía de noche, encendían el castillo para que lo viera toda la ciudad... y venían a verlo todos los negros de Troutville. ¡Qué bonito! Las carcasas explotaban e iluminaban todo el cielo. Y, claro, todos los chicos andaban por allí prendiendo sus triquitraques. Luego, cuando se terminaban los fuegos, entrábamos a casa y nos sentábamos en el salón a oír cómo Essie Rue aporreaba el piano. Siempre tocaba la canción que estuviese de moda aquel año... mientras Idgie se sentaba en el cinamomo de cerámica y le... ¡ladraba! Rara era la vez que Idgie no iba con mono y descalza. Y era lo mejor que podía hacer, porque habría hecho trizas cualquier vestido; siempre subiéndose a los árboles, y yendo siempre de caza y de pesca con Buddy y sus hermanos. Decía Buddy que tiraba tan bien como cualquiera de ellos. Era una monada, aunque cuando Buddy le cortó el pelo parecía un chico.

»Pero todas las Threadgoode eran guapas. Aunque la verdad es que se lo trabajaban. Sobre todo Leona, que era de lo más presumida, aunque no quería reconocerlo y no encajaba bien que se bromease sobre ello.

»Yo... bueno, era del montón, porque es que era demasiado alta y andaba siempre un poco encorvada... pero mamá Threadgoode decía: "Ninny, Dios te ha hecho alta para que estés más cerca del cielo...". Claro que ahora no soy tan alta. Al envejecer se encoge una.

»¡Y no me digas que lo del pelo...! La cantidad de gente que hay preocupadísima por el pelo. Supongo que es lógico. Porque es que se habla del pelo en toda la Biblia: Sansón y aquella mujer de Saba, y aquella chica que le lavó los pies a Jesús con el pelo... Y no me digas que no es curioso: los negros empeñados en tener el cabello liso y nosotros venga a rizárnoslo. Yo antes lo tenía castaño, pero ahora uso Argentín con acondicionador n.° 15... Antes usaba el n.° 16, pero me lo oscurecía demasiado, y parecía teñido.

»Antes me lo lavaba, me lo recogía en un moño, y listo. Pero Leona no. Su pelo era siempre causa de piques entre ella y la tremenda Idgie. Recuerdo que Idgie debía de tener nueve o diez años; había estado en Troutville jugando con los chicos de allí, y llegó a casa con piojos. Así que todos tuvimos que lavarnos la cabeza con aquella plasta de azufre, queroseno y manteca. Nunca he oído chillar tan alto. Cualquiera hubiese dicho que estaban quemando a Leona en la hoguera. No sé cuánto tiempo estuvo Leona sin hablarse con Idgie después de aquello.

»Buddy acababa de llegar por entonces del colegio. Notó que Idgie estaba baja de moral y, como por la noche tenía un partido de rugby, cuando ya iba a salir le dijo: "Anda, vente, corrusco", y se la llevó al campo y dejó que se sentara en el banquillo con los jugadores. Así te trataba siempre Buddy...

»Creo que Leona no le perdonó aquello a Idgie hasta después de casada. Leona era presumida hasta la saciedad, y lo fue hasta el día que murió. Una vez leyó un artículo en una revista de la peluquería que decía que la ira y el odio producían arrugas. Y aunque siempre le decía a Idgie que un día la iba a matar, se lo decía sonriendo.

»Desde luego, Leona pescó al marido más rico, y tuvo una boda por todo lo alto. Temblaba pensando que Idgie pudiese estropeársela, y sin razón ninguna, porque Idgie se pasó todo el día

con la familia del novio y estuvo tan simpática con ellos que luego dijeron que era maravillosa. Tan pequeña y ya tenía todo el encanto de los Threadgoode... Aunque nunca ha habido en la familia nadie más simpático que Buddy Threadgoode.»

Mrs. Threadgoode hizo una breve pausa para tomar un sorbo de agua y reflexionar.

—¿Sabes? —prosiguió—, este chocolate de coco me recuerda un espantoso día de campo.

»Yo ya estaba prometida con Cleo, así que debía tener diecisiete años. Era en junio, un sábado por la tarde, y acabábamos de pasarlo en grande con el almuerzo que dio la Parroquia al aire libre. Los jóvenes del grupo de la Iglesia Baptista de Andalusia se habían pasado todo el día en tren, y mamá y Sipsey hicieron más de diez tartas de coco para la ocasión. Los chicos llevaban sus trajes de verano blancos y Cleo se había agenciado un sombrero de paja nuevecito de la tienda de papá, aunque Buddy, no sé cómo, le convenció para que se lo dejase llevar aquel día.

»Cuando terminó la fiesta, Essie Rue y yo recogimos los platos y todos los Threadgoode, los chicos, fueron a la estación a despedir al grupo de Andalusia, como hacían siempre.

»Mamá estaba en el jardín con una cacerola, cogiendo higos, y yo estaba allí fuera con ella en aquel momento...

»Oímos cómo arrancaba el tren y, al instante, sonó el silbato.

«Entonces oímos un chirrido de ruedas y que el tren se detenía, a la vez que los gritos de las niñas.

»Yo miré a mamá, que de pronto se llevó la mano al corazón y cayó de rodillas gritando: "¡Oh, no, mis niños no! ¡Por Dios santo, mis niños no!".

»Papá Threadgoode había oído el estrépito desde la tienda y corrió a la estación. Yo estaba en el porche con mamá cuando llegaron todos aquellos hombres.

»En cuanto vi que Edward llevaba el sombrero de paja en la mano comprendí que se trataba de Buddy.

»Había estado coqueteando todo el día con aquella monada de Marie Miller y, al arrancar el tren, se plantó en medio de la vía, ladeó el sombrero y le dirigió a Marie aquella mirada de conquistador... cuando ya había sonado el silbato. Luego dijeron que ni se había enterado de que el tren se le echaba encima. Ojala Cleo nunca le hubiese prestado aquel sombrero.»

La anciana meneó la cabeza, entristecida.

—No puedes hacerte una idea del golpe que representó para todos. Pero a quien más le afectó fue a Idgie. Debía de tener doce o trece años por aquel entonces, y estaba en Troutville jugando a la pelota en aquel momento. Cleo fue a recogerla.

»No puedes imaginarte cómo se quedó Idgie. Creí que se iba a morir ella también. Te partía el corazón verla.

»Se fue corriendo a mitad del funeral. No lo pudo soportar. Al volver a casa, subió al cuarto de Buddy y se quedó allí sentada durante horas, sentada allí, sin más, a oscuras. Y cuando no podía soportar más estar en casa sin Buddy, se iba con Sipsey a Troutville... Pero nunca lloró. Estaba demasiado afectada para llorar... Aunque se te parta, el corazón sigue latiendo.

»Mamá Threadgoode estuvo a punto de enfermar de preocupación por Idgie, pero papá dijo que era mejor dejarla y que lo superase a su modo. La verdad es que nunca volvió a ser la misma, por lo menos hasta que conoció a Ruth, y entonces sí, entonces volvió a ser como antes. Aunque estoy segura de que nunca llegó a superar del todo lo de Buddy..., ni ninguno de nosotros.

»Pero, bah, no quiero pensar más en cosas tristes. No sería justo. Además, como se demostró al conocer Idgie a Ruth, Dios nunca cierra una puerta sin abrir otra, y creo que El envió a Ruth a pasar aquel verano con nosotros sabiendo lo que hacía... *"¡Yo sé que Él vela por mí, porque está hasta en el ojo de la más humilde de las criaturas!"*

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

1 DE DICIEMBRE DE 1931

ESTRELLA DE LA RADIODIFUSIÓN EN WHISTLE STOP

A nosotros, Hollywood no nos impresiona. Tenemos a nuestra Essie Rue Limeway, que es la organista de la Iglesia Baptista y que acompaña al Jolly Beles Ladies' Barber Shop Quartet, que podemos oír todas las mañanas a las 6.30 este mes en *La hora de las galletas marías,* de la emisora regional, tocando el piano en un anuncio que hizo para la tienda de pianos y órganos de Stanley Charles. Cuando Mr. Charles dice: «Recuerden ustedes que les reservo su piano o su órgano hasta Navidad», es Essie Rue quien toca *Jingle Bells* como música de fondo. Así que no dejen de oírlo.

Essie me ha dicho que Stanley Charles tiene demasiados pianos y órganos almacenados este año y que necesita venderlos pronto. Dice Essie que si van y dan su nombre, les hará descuento. La tienda está en el centro de Birmingham, justo al lado de la parada del autobús, enfrente del frankfurter de Gus.

Por cierto, se le ha caído la O al letrero de la Peluquería Opal, y por poco le da en la cabeza a Biddie Louise Otis. Opal dice que se alegra de que no le diese, pero, ¿verdad que no deja de ser una coincidencia que el nombre de Mrs. Otis también empiece por O? Julián dice que lo arreglará esta semana, pero Biddie dice que a partir de ahora entrará por la puerta trasera.

DOT WEEMS

P. D. Me cuenta Opal que acaba de recibir un surtido de mechones de pelo humano... Así que si les falta un poco de pelo en alguna parte... dice que vayan...

EN EL 212 DE RHODES CIRCLE

BIRMINGHAM (ALABAMA)

5 DE ENERO DE 1986

Evelyn Couch se había encerrado en el cuarto de costura y estaba dando cuenta de una segunda tableta de chocolate con leche con la vista fija en la mesa, atestada de patrones de la revista de modas, que tenía allí, sin tocar, desde el día que los compró en un arranque de buenas intenciones. Ed estaba en su refugio, absorto en su partido de rugby. Tanto mejor porque, últimamente, él no le quitaba ojo en cuanto veía que se llevaba a la boca algo que engordase, y se lo decía con talante burlón: «Conque dieta, ¿eh?».

Evelyn le había mentido al mozo de la tienda. Le había dicho que el chocolate era para una fiesta de sus nietos. Y no tenía nietos. Lo que sí tenía era cuarenta y ocho años y andaba como perdida desde hacía cierto tiempo.

Las cosas habían cambiado muy deprisa. Mientras criaba a los dos hijos de rigor —«un chico para él y una niña para mí»—, el mundo se había convertido en un lugar distinto, en un lugar que ya no reconocía.

Ya no entendía los chistes. Le parecían muy soeces, aparte de que muchas palabras ni siquiera las entendía. Y allí estaba, a su edad, y sin haber dicho un taco. Casi toda su diversión se reducía a ver viejas películas y reposiciones del legendario programa de variedades de la televisión *The Lucy Show*. Durante la guerra del Vietnam creyó lo que Ed le decía, que era una guerra justa y necesaria, y que todo el que se oponía a ella era comunista. Pero luego, mucho después, cuando llegó a la conclusión de que quizá no hubiese sido una guerra tan justa, Jane Fonda se había pasado ya al aeróbic y a nadie le importaba lo que Evelyn pensase. Seguía estando de uñas con Jane Fonda y deseaba que la echasen de la televisión para que dejase de exhibir sus raquíticas piernas de una vez.

Y no sería porque Evelyn no lo hubiese intentado todo. Lo había intentado todo. Había intentado, por ejemplo, educar a su hijo para que fuese una persona con sensibilidad, pero Ed le había metido el miedo en el cuerpo diciéndole que lo iba a convertir en un marica, y había terminado por retraerse y por perder el contacto con él. Incluso entonces su hijo le parecía un extraño.

Tanto su hijo como su hija la habían desbordado. Su hija, Janice, había aprendido ya más del sexo a los quince años que Evelyn en toda su vida. Algo andaba mal.

Cuando ella iba al Instituto, las cosas eran muy sencillas. Había buenas chicas y malas chicas, y todo el mundo sabía quién era quién. Y estaba una entre el grupo de los que contaban, o fuera de él. Evelyn formaba parte del grupo de los privilegiados; y era una de las cabecillas. No conocía a ninguno de los integrantes del grupo musical del Instituto, ni a ninguno de los chicos de pantalones ajustados ni a sus novias de transparentes blusas de nailon y pulseras en los tobillos. Su grupo era el de los de pelo corto, camisas de madras abrochadas hasta arriba, pantalones bien planchados, blusas decentes y pelo recogido. Ella y sus amigas se fumaban, a lo sumo, un kent en sus reuniones, y si daban una fiesta en casa sin los padres se tomaban, todo lo más, una cerveza. Y de magreo ni hablar.

Luego se sentiría como una idiota al ir con su hija a que le colocasen un diafragma. Evelyn había tenido que esperar hasta su noche de bodas.

Y ¡vaya trago! Nadie le había advertido de que dolía mucho. Y aún no había logrado disfrutar del sexo. En cuanto empezaba a relajarse, se le representaba la imagen de la chica mala.

Había sido siempre una buena chica, comportándose siempre como una señora, sin jamás alzar la voz, mostrándose delicada con todo el mundo y en todo. Daba por sentado que tras esa línea de conducta habría una recompensa, un premio. Pero cuando su hija le preguntó si había hecho el amor con alguien más, aparte de su padre, y ella le había contestado: «No, por supuesto que no», la respuesta de su hija había sido: «Pero, mamá, qué latazo. ¿Cómo sabes entonces que lo hace bien? ¡Qué horror!».

Y tenía razón. Estaba *in albis.*

Así que, a la postre, habría dado lo mismo ser buena chica o no. Las chicas del Instituto que se habían «descarriado» no habían terminado en ningún barrio bajo, fulminadas por la vergüenza y la desgracia, como creía ella por entonces. Simplemente, habrían tenido un matrimonio feliz o desgraciado, igual que las demás. Así que toda aquella lucha para mantenerse pura, el temor a que la tocasen, el temor a volver loco de pasión a un muchacho por cualquier gesto, y el mayor de los temores, el de quedar embarazada, todo había sido un inútil gasto de energías. Ahora las estrellas tenían hijos fuera del matrimonio a montones, y encima lo aireaban.

¿Y cuál era la recompensa por ser abstemia? Siempre había oído que no había nada peor que una mujer borracha, y nunca había pasado de un *whiskey* rebajado. Ahora, la gente bien iba a los centros de desintoxicación como si fuesen al balneario, se dejaban retratar e incluso les daban fiestas en su honor al salir. A veces se preguntaba si no valdría la pena *colarse* en alguno de esos centros o, por lo menos, ir a los de curas de adelgazamiento —que tampoco se privaban de nada.

Una vez, su hija le dio a probar un porro, pero empezó en seguida a darle vueltas la cabeza y se asustó tanto que no lo volvió a probar. Así que drogas tampoco.

Se preguntaba Evelyn en qué había quedado su grupo, dónde encajaba...

Diez años atrás, cuando Ed empezó a salir con una mujer con la que trabajaba en la compañía de seguros, estuvo asistiendo a unas reuniones de un grupo llamado La Mujer Total, tratando de salvar su matrimonio. No estaba segura de querer tanto a Ed como para intentarlo, pero lo quería lo bastante como para no querer perderlo. Además, ¿qué haría sin él? Había vivido con él tanto tiempo como con sus padres. El grupo en cuestión aseguraba que las mujeres podían ser completamente felices si consagraban totalmente sus vidas a hacer felices a sus maridos.

La mujer que dirigía el grupo les decía que todas las mujeres ricas y que triunfaban profesionalmente, que aparentaban ser tan felices, estaban en realidad terriblemente solas, se sentían muy desgraciadas y envidiaban, para sus adentros, a las familias tradicionales.

Costaba imaginar que Barbara Walters fuese a renunciar a Ed Couch, pero Evelyn decidió intentarlo al máximo. Y, aunque no era mujer religiosa, no dejaba de ser un consuelo que la Biblia la avalase en su papel de cordera. ¿No había dicho el apóstol San Pablo que la esposa no debía nunca usurpar el papel del esposo sino guardar silencio?

Así que, creyendo estar en el buen camino, empezó a subir poquito a poco Los Diez Peldaños que Conducen a la Completa Felicidad. El primer paso fue recibir a Ed abriéndole la puerta completamente desnuda y envuelta en un velo. Pero Ed se horrorizó; saltó —literalmente— al interior y cerró de un portazo: «¡Cristo, Evelyn! ¡Y si llego a ser el butanero! ¡Es que te has vuelto loca!».

Puestos así, el segundo peldaño lo dejó correr: presentarse en su despacho vestida de puta.

Pero, al poco, la directora del grupo, Nadine Fingerhutt, se divorció y tuvo que ponerse a trabajar, y el grupo digamos que se desperdigó. Luego, al cabo de una temporada, Ed dejó de verse con aquella mujer y las cosas se normalizaron.

Posteriormente, persistiendo en su búsqueda de la realización, Evelyn trató de relacionarse con la Comunidad de Mujeres. Le gustaba lo que defendían aunque, en el fondo, habría preferido que se pintasen un poco los labios y se depilasen las piernas. La primera vez que acudió, fue la única en ir maquillada, con *panties y* pendientes. Habría querido integrarse, pero cuando la líder del

grupo dijo que a la semana siguiente fuesen con un espejito de mano para estudiar sus vaginas, no volvió.

Ed decía que aquellas mujeres no eran más que un hatajo de frustradas solteronas demasiado feas para conquistar a ningún hombre. Así que allí estaba, acoquinada por su destape y sin valor para mirarse la vagina.

La noche que ella y Ed fueron a su trigésima reunión con los ex alumnos del Instituto, fue confiando en encontrar a alguien con quien charlar sobre lo que pasaba. Pero todas las demás mujeres que había allí estaban tan confusas como ella, pegadas a sus maridos y bebiendo para no desaparecer. Su generación parecía estar como frente a una cerca, sin saber por dónde saltar.

Después de la reunión, se sentó durante horas a mirar todas sus fotografías de colegiala y luego condujo el coche por el barrio donde había vivido.

Ed no era para ella ningún consuelo. Últimamente se comportaba cada vez más como si fuera su padre, tratando de hacer las cosas como creía que era la obligación del hombre de la casa. Se había vuelto más retraído con los años, y los sábados iba solo al Palacio del bricolaje y se pasaba allí las horas muertas, buscando quién sabe qué. Iba de caza y de pesca y veía los partidos de rugby igual que la mayoría de los hombres, pero Evelyn empezó a sospechar que también él estaba representando un papel.

Evelyn miró al vacío envoltorio de la tableta de chocolate, preguntándose en qué se había convertido aquella sonriente colegiala de las fotografías.

EL SEMANARIO DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

2 DE NOVIEMBRE DE 1932

SE CONSTITUYE EL CLUB DE LOS CERDOS

Secundando la campaña del Servicio de Extensión Agropecuaria de Alabama, se ha constituido en Whistle Stop el Club de los Cerdos. Para más información dirigirse a Mrs. Bertha Vick (en su casa). Dice Bertha que Zula Hight de Kitrel, Carolina del Norte, ha conseguido amaestrar un cerdo de pura raza china con *pedigree* en sólo siete días, y dice Bertha que cualquiera puede hacer lo mismo si se aplica. Afirma que tener cerdos de pura raza es un signo de distinción personal y social, y que además puede ponerte en el camino de la prosperidad. Puede constituir la base de unos saneados ingresos de cara al futuro y de unos ahorros para la vejez.

A Idgie le acaban de traer una radio nueva al café, y dice que todo el que quiera escuchar la novela, o cualquier otro programa, puede ir aunque no tome nada. Dice que, sobre todo por la noche, se oye muy bien.

Por cierto, ¿sabe alguien cómo borrar huellas de pezuña de perro en cemento fresco? Si alguien lo sabe, que me llame o que venga a casa, aquí, junto a Correos.

DOT WEEMS

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

12 DE ENERO DE 1986

Evelyn abrió el bolso y le dio a Mrs. Threadgoode uno de los emparedados de queso y pimiento que llevaba envueltos en papel parafinado, preparados en casa.

Mrs. Threadgoode lo aceptó de mil amores.

—Oh, gracias. Me encantan los emparedados de queso y pimiento. La verdad es que me gusta comer todo lo que tenga buen color. ¿A que los de queso con pimiento tienen buen color? Tan vivo. También me gustan los morrones; y antes me gustaban mucho las manzanas cubiertas de caramelo, pero ya no puedo comerlas; por las muelas. Bien pensado, me gusta todo lo que sea rojo.

La anciana se interrumpió un instante con expresión reflexiva.

—Una vez tuvimos una gallina roja que se llamaba *Sister* —prosiguió— y, cada vez que yo salía al patio, le decía: «Si me das picotazos en los dedos de los pies, te freiré con manteca», y ella levantaba la cabeza y se alejaba. Le daba picotazos a todos, menos a mí y al pequeño Albert. Nunca tuvimos valor para comérnosla, ni siquiera durante la Gran Depresión del 29. Murió de vieja. Cuando yo vaya al cielo con todos los míos, espero que la gallina *Sister* y el mapache *Cookíe* estén allí... La vieja Sipsey seguro que estará.

»No tengo ni idea de dónde era Sipsey... Nunca se sabe de dónde son los negros. Debía de tener diez u once años cuando empezó a trabajar para mamá Threadgoode. Se fue de Troutville, que era como una colonia de gente de color que estaba al otro lado de la vía del tren, y dijo que se llamaba Sipsey Peavey y que buscaba trabajo, y mamá se la quedó. La ayudó a criar a todos los Threadgoode.

»Sipsey era un alfeñique, y de lo más divertida. Creía en todas esas supersticiones de los negros de los viejos tiempos. Su madre había sido una esclava, y le tenía pánico al mal de ojo y a todo tipo de hechizos. A mamá le dijo que una vecina de Troutville le ponía a su marido unos polvos amarillos todas las noches en los zapatos, y lo dejó impotente. Pero lo que le causaba verdadero terror era la cabeza de los animales. Si le dabas una cabeza de pollo o de pescado, o si Big George mataba un cerdo, no lo tocaba ni lo guisaba hasta no haberla enterrado en el jardín. Decía que, si no se enterraba la cabeza, el espíritu del animal se te metía en el cuerpo y te volvía loca. Una vez, papá, sin pensar en ello, trajo a casa embutido de cabeza de jabalí, y Sipsey salió corriendo a Troutville gritando como una posesa, y no quiso regresar hasta que un amigo suyo hizo un conjuro para deshacer el maleficio. Debió de enterrar en el jardín centenares de cabezas. Pero, bueno, gracias a eso ¡nos crecían las calabazas y los tomates más hermosos de la ciudad!

La anciana rió con ganas al pensar en ello.

—Buddy lo llamaba el jardín de las cabezas —prosiguió—. Pero, a pesar de todas sus supersticiones, no había mejor cocinera en todo el estado de Alabama. Ya con once años, decían que sus empanadillas de pollo y verduras eran las mejores. Y sus buñuelos eran tan ligeros que flotaban en el aire y tenías que atraparlos al vuelo para poder comértelos. Todas las recetas de cocina que utilizaban en el café eran suyas. Todo lo que Idgie y Ruth sabían de cocina se lo había enseñado ella. No sé por qué Sipsey nunca tuvo hijos. Dudo que haya existido nadie a quien le gustasen más los niños. Todas las morenitas de Troutville le pedían que se quedase con sus hijos por la noche cuando salían a divertirse. Sabían que los cuidaría bien. Y decía Sipsey que nada la

hacía más feliz que acunar a un bebé. Los acunaba y les cantaba toda la noche, en ocasiones hasta a dos a la vez. Y mira tú que no tener ninguno propio, ¡con lo que lo deseaba!

»Y entonces, una tarde de noviembre, justo después del Día de Acción de Gracias (contaba mamá que hacía un frío que pelaba y que todos los árboles estaban sin hojas), Sipsey estaba arriba haciendo las camas cuando llegó una muchacha negra de su iglesia y se puso a llamarla a gritos desde el patio. Su amiga estaba muy nerviosa y le dijo que había una chica de Birmingham que estaba dando a luz en la estación. Y le dijo que se diese prisa "¡porque el tren no tardaría en partir!".

»A Sipsey le faltó tiempo para correr escaleras abajo sin más que un vestidito y el delantal. Al pasar corriendo por la puerta de atrás, mamá Threadgoode le gritó que se pusiese una chaqueta, pero ella contestó: "No puedo entretenerme, Mrs. Threadgoode, tengo que ir por lo de ese niño", y salió disparada. Mamá se quedó allí en el porche de atrás a esperarla y, al poco, vio que arrancaba el tren y que llegaba Sipsey con una sonrisa de oreja a oreja, con todas las piernas arañadas y sangrando por haber corrido entre las zarzas, llevando en brazos al más rollizo negrito que se haya visto nunca, envuelto en una toalla que decía: HOTEL DIXIE, MEMPHIS, TENNESSEE. Sipsey dijo que la madre, una mujer joven, había vuelto a su casa y que no se había atrevido a ir con el niño porque su marido llevaba tres años en la cárcel.

»Así que nunca supimos el apellido del niño. Sipsey dijo que, puesto que había llegado en tren, lo llamaría George Pullman Peavey en honor al inventor del coche-cama. Pero, quienquiera que fuese su verdadero padre, debió de ser un hombretón, porque George se hizo un mocetón de casi dos metros y más de ciento veinte quilos. Cuando era pequeño, papá se lo llevaba a la tienda y le enseñaba a trocear la carne. Y a los diez años ya sabía matar cerdos, y Sipsey estaba muy orgullosa de él; no creo que hubiese podido querer más a un hijo propio. Lo abrazaba y le decía: "Que no seamos parientes, cariño, no quiere decir que no seas mi pequeño". Y luego, cuando Big George, así es como le llamábamos, se hizo mayor y lo llevaron a juicio, ella se vistió de punta en blanco para ir al Juzgado, aunque cayesen chuzos de punta, todos los días que duró la vista, y eso que por entonces ya debía de tener casi noventa años. Aunque, claro, nunca se sabe qué edad tienen los negros.

»Siempre cantaba espirituales como *En el furgón de equipajes* y *Voy a casa en el tren de la mañana...* siempre cosas relacionadas con los trenes. La noche anterior a su muerte, le dijo a George que había visto a Jesús en sueños, todo vestido de blanco. Que era el conductor de un tren de espíritus y que iba a venir por ella para llevársela al cielo.

»Que yo recuerde, tenía ochenta y tantos años y todavía cocinaba en el café. Era por eso por lo que iba la gente, por lo bien que cocinaba. Porque, desde luego, por el aspecto del local no era. Cuando Idgie y Ruth lo compraron no era más que un caserón destartalado, justo frente a la vía del tren, al lado de Correos, donde Dot Weems trabajaba.

»Recuerdo el día que pusieron los pies en lo que sería el café. Fuimos todos a ayudar, y Sipsey estaba barriendo y se fijó en que Ruth colgaba en la pared su cuadro de la Santa Cena. Sipsey dejó de barrer, se quedó mirando el cuadro y luego preguntó: "Miss Ruth, ¿quiénes son esos que están ahí sentados con Mr. Jesús?".

»Ruth, tratando de ser amable, le dijo: "Pues, mira Sipsey, son Mr. Jesús y sus hermanos". Y Sipsey se la quedó mirando y le dijo: "¡Anda! ¡Y yo que creía que su madre sólo había tenido un hijo!", y siguió barriendo. Casi nos da un ataque de risa. Sipsey sabía muy bien lo que representaba el cuadro. Pero le gustaba bromear con la gente.

»Julian y Cleo hicieron cuatro rinconeras de madera, levantaron un tabique y les hicieron una habitación a Idgie y a Ruth para que pudiesen vivir allí. Las paredes de la parte del café eran de ese pino nudoso de Georgia, y el suelo de tablas viejas.

»Ruth trató de decorarlo un poco. Colgó un cuadro de un barco navegando a la luz de la luna, pero Idgie llegó por detrás, lo descolgó y puso en su lugar otro que representaba a unos perros sentados alrededor de una mesa, fumando puros y jugando al póquer; y escribió debajo: "El Club

del Manojo de Hinojo", que era el nombre de esa bobada de club que ella y su amigo Grady Kilgore habían empezado. Aparte de la decoración navideña que pusieron el primer año, y que Idgie nunca quitó, y de un calendario del ferrocarril, eso era todo.

»No había más que las cuatro mesas de las rinconeras y unas destartaladas sillas, que una nunca sabía si te iban a sostener o no. Y nunca tuvieron caja registradora. Metían el dinero en una caja de puros, y sacaban de allí para darte el cambio. En la barra tenían patatas fritas o cortezas de cerdo en una bandeja, peines y tabaco de mascar, anzuelos y mazorcas.

»Idgie abría al amanecer y no cerraba, como decía ella, "hasta que se iba el último mono".

»Como la cochera de la L & N estaba sólo a dos manzanas, todos los del ferrocarril comían allí, blancos y negros. A los negros les servía por la puerta de atrás. Claro que a muchos no les gustaba que se sirviese a los negros, y tuvo algunos problemas, pero ella replicaba que nadie iba a decirle lo que debía o no debía hacer. Cleo decía que ella sola le plantaba cara al Ku Klux Klan. Porque, aunque tenía buen carácter, Idgie sabía sacar el genio si la pinchaban...»

CAFÉ DE WHISTLE STOP

WHISTLE STOP (ALABAMA)

22 DE MARZO DE 1933

Idgie estaba tomando café y hablando de cosas intrascendentes con su amigo Smokey, el temporero sin trabajo. Dentro en la cocina, Sipsey y Onzell estaban friendo tomates para la gente que iba a almorzar, sobre las once y media, y escuchando espirituales por la radio, cuando Ocie Smith llamó con los nudillos a la puerta de la cocina. Sipsey se asomó al café limpiándose las manos con el delantal.

—Miss Idgie, hay un joven negro que quiere hablar con usted.

Idgie fue hacia la puerta de tela metálica que daba a la parte de atrás de la cocina e inmediatamente reconoció a Ocie Smith, un amigo de Troutville que trabajaba en la cochera del ferrocarril.

—¡Anda, pero si es Ocie! ¿Cómo estás?

—Estupendamente, Miss Idgie.

—¿Quieres algo?

—Pues, verá, Miss Idgie, es que somos un grupo de chicos de las cocheras que llevamos oliendo su carne a la brasa desde hace dos meses, y es que ya no podemos más, y hemos pensado que a lo mejor nos querría vender unos bocadillos con carne de ésa. Tenemos dinero.

Idgie suspiró y meneó la cabeza.

—Mira, Ocie: ya sabes que, si por mí fuera, os dejaría entrar por la puerta principal y sentaros a la mesa, pero sabéis que no lo puedo hacer.

—Sí, señora.

—Hay en la ciudad una pandilla que me incendiaría el local, y tengo que vivir.

—Sí, señora, lo sabemos.

—Pero quiero que vuelvas a la cochera y les digas a tus amigos que siempre que quieran algo no tienen más que venir por la puerta de la cocina.

—Sí, señora —dijo él sonriente.

—Dile a Sipsey lo que quieres y ella te lo preparará.

—Sí, señora. Gracias, señora.

—Sipsey, dale los bocadillos de carne y lo que quiera. Dale también empanada.

Sipsey empezó a refunfuñar por lo bajo...

—Ya verás tú la que te van a montar los kukluxklanes —dijo—. Lo que es yo... me largo. No me vuelve usted a ver el pelo por aquí, señora.

Pero, a pesar de ello, preparó los bocadillos, botellines de zumo de uva y la empanada, y lo metió en bolsas de papel con servilletas.

Unos tres días después, Grady Kilgore, que era el *sheriff* y que trabajaba ocasionalmente como policía secreta en la línea del ferrocarril, se presentó allí muy acalorado. Era un gigantón que había sido amigo de su hermano Buddy.

Colgó su sombrero en el perchero, como hacía siempre, y le dijo a Idgie que tenía que hablar muy seriamente con ella. Ella le llevó el café a una de las rinconeras y se sentó con él. Grady se inclinó sobre la mesa y empezó con su desagradable cometido.

—Mira, Idgie —le dijo—, no debes venderles comida a los negros; que no eres tan tonta. En esta ciudad hay tipos a los que eso no les gusta nada. Nadie quiere comer donde comen los negros. No está bien, y no deberías hacerlo.

Idgie reflexionó un momento y asintió con la cabeza.

—Tienes razón, Grady —le contestó—, no soy tan tonta; y la verdad es que no debería hacerlo.

Grady se recostó en el respaldo, complacido.

—Sí, Grady —prosiguió ella—, es curioso que la gente haga muchas veces cosas que no debería hacer. Tú, por ejemplo. Supongo que mucha gente podría pensar que, después de ir a la iglesia el domingo, no deberías ir al río a ver a Eva Bates. Me temo que Gladys sería de la opinión de que no deberías hacerlo.

Grady, quien por entonces era diácono de la Iglesia Baptista y que se había casado con Gladys Moats, conocida por su fuerte carácter, la miró azorado.

—Anda, Idgie, que eso no tiene gracia.

—Pues yo creo que sí la tiene. Lo que ya no me parece que tenga tanta gracia es que una pandilla se emborrache y vaya por ahí con sábanas en la cabeza.

Grady apeló entonces a Ruth, que estaba detrás de la barra.

—¿Por qué no vienes un momento, Ruth, y tratas de hacerla entrar en razón? No me escucha. Sólo estoy tratando de ahorrarle problemas, nada más. Yo no voy a decir quién, pero en la ciudad hay gente que no quiere que les venda comida a los negros.

Idgie encendió un Camel y sonrió.

—Mira, Grady, te voy a decir una cosa: la próxima vez que venga por aquí «esa gente» como Jack Butts, Wilbur Weems y Pete Tidwell, les preguntaré si tienen algún interés en ocultar que van por ahí a esas estúpidas marchas paramilitares que os montáis. Por lo menos se podrían limpiar el barro de las botas.

—Eh, un momento, Idgie...

—Qué diantre, Grady, ¿te crees que a mí me la das? Sé el número que calzan esos patanes en cuanto los veo.

Grady se miró los pies. Idgie le estaba ganando por la mano.

—Pero bueno, Idgie, el caso es que algo tengo que decirles, y ayúdame a convencer a ésta, que es más terca que una mula.

Ruth se acercó a la mesa.

—Pero, Grady, ¿qué mal hay en vender unos pocos bocadillos por la puerta de atrás? No es lo mismo que si entrasen y se sentasen a la mesa.

—Pues, no sé qué quieres que te diga, Ruth... Tendré que hablar con ellos.

—No hacen daño a nadie, Grady.

Grady reflexionó unos instantes.

—Bueno... Dejémoslo de momento —dijo señalando a Idgie con el dedo—. Pero que sea verdad eso de que no pasan de la puerta de atrás, ¿entendido?

Se levantó, disponiéndose a marcharse, y se puso el sombrero.

Luego miró a Idgie.

—¿Supongo que seguiremos jugando al póquer los viernes ?

—Pues claro. A las ocho. Y trae mucho dinero, que me huelo que voy a tener un buen día.

—Así se lo diré a Jack y a los demás... Hasta la vista, Ruth.

—Hasta la vista, Grady.

Idgie meneó la cabeza y lo siguió con la vista mientras él se alejaba calle adelante.

—No sabes, Ruth, cómo me gustaría que hubieses visto a ese grandullón borracho perdido junto al río y llorando como un niño durante tres días porque Joe, el negro que le crió, había muerto. Te juro que a veces creo que la gente ha perdido el juicio. Y esos tipos: les aterra comer sentados al lado de un negro, pero se comen los huevos que las gallinas echan por el culo.

—¡Idgie!

—Perdona —dijo Idgie riendo—, pero es que a veces todo esto me saca de quicio.

—Lo sé, cariño, pero no debería afectarte tanto. La gente es así y no vas a cambiarla por más que lo intentes. No hay que darle vueltas.

Idgie le sonrió preguntándose qué sería de ella de no poder desahogarse con Ruth, que le sonrió a su vez.

Ambas sabían que tenían que tomar una decisión sobre aquel asunto. Y la tomaron. A partir de aquel día, lo único que cambió fue la lista de precios que colgaba de la puerta trasera: todo cinco, e incluso diez centavos más barato. Pensaron que lo justo era lo justo...

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

6 DE ABRIL DE 1933

CAMBIOS EN EL MENÚ DEL CAFÉ

Los clientes del café se llevaron una sorpresa al leer el menú la pasada semana, que entre otras cosas incluía: filete de zarigüeya, costillas de zorro, hígado de cabra crudo con cebolla, *pudding* de sapo y empanada de buitre *a la mode*.

Una sorprendida pareja, que se había desplazado expresamente desde Gate City para cenar allí, leyó el menú y dio media vuelta. Iban ya a doblar la esquina cuando Idgie abrió la puerta y les gritó que era una inocentada (que en estas tierras se acostumbran por abril).

La pareja de Gate City eligió entonces platos del menú normal y de postre les dieron helado de coco gratis.

Por cierto, mi otra mitad dejó el otro día entrar en casa a uno de sus perros de caza que traía un hueso, y yo fui y lo pisé, resbalé y me rompí el dedo gordo. El doctor Hadley me lo vendó, pero tengo que llevar zapatillas para trabajar y no puedo andar por ahí recogiendo noticias, como sería mi deseo. Así que, si tienen alguna, tráiganmela a Correos.

DOT WEEMS

EN EL 212 DE RHODES CIRCLE

BIRMINGHAM (ALABAMA)

19 DE ENERO DE 1986

De nuevo era domingo. Evelyn y Ed Couch se disponían a salir hacia la Residencia. Ella desenchufó la cafetera diciéndose para sus adentros que no tenía ganas de ir, pero Ed era tan sensible respecto a todo lo que afectase a su madre que no se atrevió a negarse a ir y saludar, por lo menos, a aquella quejica y exigente de su suegra. Para ella ir allí era una tortura. Detestaba el olor a potingues, a enfermedad y a muerte. Le recordaba a su madre, a los médicos y a los hospitales.

Evelyn tenía cuarenta años al morir su madre y, a partir de entonces, se volvió aprensiva. Ahora, al leer el periódico por la mañana, lo primero que leía eran las esquelas, incluso antes que su horóscopo. Se alegraba cuando veía que moría gente pasados ya los setenta o los ochenta, y aún más si el finado había rebasado los noventa. Le infundía confianza. Pero si leía que alguien había muerto con cuarenta o cincuenta, le amargaba el día, sobre todo si al final de la esquela la familia pedía que se hiciesen más donaciones a la Asociación de Lucha contra el Cáncer.

Pero, lo que más le afectaba era que no dijesen la causa de la muerte.

... tras una breve enfermedad, *¿de qué clase?*

... muerta de repente, *¿de qué?*

¿Qué clase de accidente?

Quería ver escrito bien clarito en letra impresa todos los detalles. Nada de conjeturas. Y detestaba que las familias pidiesen donaciones para las distintas organizaciones sociales. ¿Qué significaba eso? ¿Rabia? ¿Mordida por un perro o por un gato?

Pero, últimamente, lo que más se pedía eran donativos para la Asociación de Lucha contra el Cáncer. Se preguntaba por qué tenía que vivir en un cuerpo que envejecería, que se deterioraría y le causaría dolor.

¿Por qué no tener una mesa por cuerpo? ¿Una mesa de esas macizas? ¿O una estufa? ¿O una lavadora? Puestos a que le metiesen mano, prefería al fontanero antes que al médico. En cuanto le empezaron los dolores del parto, el doctor Clyde, su tocólogo, se le plantó allí delante mintiéndole en toda su cara. «Puede estar segura, Mrs. Couch, de que no sentirá el menor dolor en cuanto vea asomar a su hijita. Así que empuje con más ímpetu. Ni se acordará del dolor siquiera.»

¡VAYA QUE NO! Recordaba sus dolores uno por uno, y no habría picado una segunda vez de no haber insistido Ed en ir a buscar el niño... Otra mentira descarada: porque la segunda vez duele tanto como la primera, y hasta puede que más, porque entonces se lo ve una venir. Estuvo maldiciéndole los huesos a Ed durante los nueve meses, y gracias a Dios que tuvo a Tommy —por fin el chico—, con lo que, por su parte, había más que cumplido.

Siempre le habían dado miedo los médicos; dejémoslo sólo en recelo, al principio, pero lo que era entonces...: los odiaba, los detestaba, los despreciaba. Eso era lo que le inspiraban desde que aquel médico entró contoneándose en la habitación del hospital donde estaba su madre con su bloc de visitas...

Aquel reyezuelo de traje de poliéster y zapatos de saldo, aquel tipo tan pagado de sí mismo, tan arrogante, con las enfermeras revoloteando a su alrededor como geishas, ni siquiera era el médico de su madre. Simplemente era un sustituto que le hacía las visitas de la mañana a otro

médico. Evelyn estaba allí de pie, cogiendo la mano de su madre. El mequetrefe en cuestión ni siquiera se dignó presentarse.

—Qué tal, doctor —dijo ella—. Soy su hija, Evelyn Couch.

Y él, sin levantar los ojos del bloc, se lo dijo en voz alta.

—Su madre tiene un cáncer de pulmón en fase avanzada con metástasis que interesa al hígado, páncreas y bazo, y síntomas de afectar también a la médula espinal.

Hasta aquel momento, su madre ni siquiera sabía que tenía cáncer. Evelyn no había querido que se enterase porque le habría entrado pánico. Recordaría el aterrado rostro de su madre mientras viviese, y a aquel médico, que siguió pasillo adelante, como si tal cosa, con su cortejo de enfermeras.

Dos días después su madre entró en coma.

Tampoco olvidaría nunca aquella gris y aséptica sala de espera de la UCI, con sus frías paredes de cemento, en la que había pasado todas aquellas semanas, asustada y confusa, igual que todos los demás que allí aguardaban, sabiendo que su ser querido yacía al fondo del pasillo en un frío cuarto interior esperando la muerte.

Y allí estaban, unos perfectos desconocidos, en la pequeña sala de espera, compartiendo el que probablemente sería el más íntimo y doloroso momento de sus vidas, sin saber cómo comportarse ni qué decir. Para aquel ceremonial no existían reglas de etiqueta. Nadie estaba preparado para aquel calvario. Pobres gentes, tan aterradas como ella, tratando de armarse de valor, hablando de cosas cotidianas, sin poder ocultar lo afectados que estaban, pero fingiendo que todo iba bien.

Una familia estaba tan aterrada que incluso se negaba interiormente a aceptar el hecho de que la mujer del fondo del pasillo, agonizante, fuese la madre. Siempre se referían a ella como a su «paciente», y le preguntaban a Evelyn cómo estaba su «paciente» para alejar la verdad lo más posible, y tratar así de aliviar el dolor.

Aguardaron juntos día tras día sabiendo que el desenlace era inevitable, que de un momento a otro los llamarían para tomar la «decisión» de desconectar o no los tubos...

—Es por su bien.

—Es mejor para ellos.

—Es lo que ellos habrían querido.

—El médico ha dicho que, prácticamente, están muertos.

—Lo demás es pura técnica.

¿Pura técnica?

Todas aquellas sosegadas y sesudas conversaciones... cuando lo que en realidad tenía ganas de hacer era gritar, gritar el nombre de su madre, de su dulce madre, la persona que más la quería en el mundo, más de lo que nadie pudiese llegar a quererla nunca.

Aquel sábado el médico entró en la sala de espera y miró en derredor. Todos los ojos se clavaron en él y la conversación ceso.

—¿Podríamos hablar un momento en mi despacho, Mrs. Couch, por favor?

Al recoger ella el bolso, con manos temblorosas y el corazón latiéndole aceleradamente, los demás la miraron compasivos, y una mujer le tocó el brazo. Pero, en su fuero interno, todos se sintieron aliviados por no haberles tocado a ellos.

Ella se sintió como si lo estuviese soñando, y escuchó atentamente lo que el médico le decía, de la manera más sencilla y natural.

—No tiene objeto prolongarlo...

Hizo que sonase como la cosa más lógica del mundo. Ella se levantó como en trance y se fue a casa. Creyó estar anímicamente en condiciones de aceptarlo, de dejar que la vida de su madre se acabase.

Pero, en el fondo, nadie está nunca anímicamente en condiciones de desconectar a una madre de la vida, con independencia de cuáles sean sus opiniones; de apagar la luz de la infancia y salir de ella como quien le da al interruptor de la luz al salir del salón.

Nunca podría perdonarse el no haber tenido valor para volver al hospital y quedarse allí con su madre. A veces aún se despertaba en plena noche, llorando, a causa de su sentimiento de culpabilidad, y estaba segura de que nunca podría superarlo.

Puede que pasar por aquello hubiese sido lo que le hizo ver con temor todo lo que tuviese relación con médicos y hospitales. Aunque no se atrevía a asegurarlo. Lo que sí sabía era que la idea de tener que ir al médico la descomponía, le entraba un sudor frío y se ponía literalmente a temblar. Y el mero sonido de la palabra *cáncer* le ponía los pelos de punta. Había dejado de tocarse los pechos radicalmente porque una vez notó un bultito, y casi se desmaya. Por suerte no era más que un trocito de kleenex que había quedado pegado a sus sostenes al lavarlos. Sabía que era un temor poco razonable y que lo que sí debía hacer era hacerse un chequeo. Decían que había que hacerse uno todos los años. Y sabía que debía hacerlo, si no por ella, por sus hijos. Sabía de sobras todo eso, pero daba lo mismo. Todo lo más, llegaba a armarse de valor para pedir hora para una revisión, pero terminaba por anularla en el último momento.

La última vez que había ido al médico fue hace seis años, por una infección de la vejiga. Para lo único que quería a los médicos era para que le recetasen algún antibiótico por teléfono, pero en aquel caso el médico insistió en que fuera a visitarse para hacerle una revisión de la zona pélvica. Echada allí, con los pies en alto, se preguntaba si había algo peor que dejar que un hombre al que no conoces de nada te meta la mano por dentro, rebuscando como si fueses un saco.

El médico le preguntó cuánto hacía que se había hecho la última revisión de los pechos. Evelyn le mintió.

—Hace tres meses.

—Bueno, pero ya que está aquí, le haré otra —dijo él.

Ella empezó a hablar de banalidades sin parar, tratando de distraerlo.

—Humm. Noto algo que no me gusta —dijo él de pronto.

Los días que tuvo que aguardar hasta conocer el resultado de las pruebas se le hicieron casi insoportables. Vagaba por la casa como un espectro, pactando con un Dios en el que ni siquiera estaba segura de creer. Le prometió que si no tenía cáncer no volvería a quejarse nunca de nada; que pasaría el resto de su vida disfrutando de la dicha de estar viva, haciendo buenas obras para los pobres y yendo a la iglesia todos los días.

Pero en cuanto supo que estaba perfectamente y que no iba a morir pronto, como había imaginado, volvió a comportarse como siempre. Aunque, después de aquel susto, se obsesionó con la idea de que el menor dolor era síntoma de cáncer y, si iba a que la viese el médico, iba convencida de que, si no lo era, en cuanto el médico la auscultase la mandaría al quirófano a que la operasen a corazón abierto. Empezó a vivir con un pie en la tumba. Hasta tal extremo que, cada vez que se miraba la palma de la mano, le parecía que su línea de la vida era más corta.

Se convenció de que no iba a poder soportar estar, continuamente, esperando resultados de revisiones y decidió ignorar si estaba bien o mal. Aunque estuviese en las últimas, preferiría no saberlo.

Y aquella mañana, mientras iban en el coche a la Residencia, se percató de que su vida se le estaba haciendo insoportable. Todas las mañanas tenía que utilizar triquiñuelas consigo misma para darse ánimos para el resto del día. Se decía, por ejemplo, que durante la jornada iba a ocurrirle algo maravilloso..., que en cuanto volviese a sonar el teléfono sería para darle una

buena noticia que le cambiaría la vida, o que iba a encontrarse con una sorpresa en el correo. Pero luego resultaba que en el correo no había más que lo rutinario, y que la llamada telefónica era de alguien que se había equivocado de número, o de un vecino que quería algo.

Su callada histeria y su terrible desesperación empezaron al percatarse de que nada iba a cambiar, de que nadie iba a venir por ella, a llevársela de allí. Empezó a sentirse como si estuviese en el fondo de un pozo, gritando sin que nadie la oyese.

Últimamente, todo había sido una interminable procesión de largas y negras noches y de grises mañanas, con una sensación de frustración que la envolvía como una ola gigantesca; y tenía miedo. Pero no era la muerte a lo que temía. Había mirado a aquella negra sima de la muerte y había deseado saltar, muchas veces. Es más: era una idea que cada vez le resultaba más atractiva.

Incluso tenía pensado cómo matarse. Se mataría con una bala de plata. Tan redondeada y lisa como un cubito del Martini. Dejaría la pistola en el frigorífico unas horas antes de hacerlo, para que atravesase su cabeza bien helada. Casi podía sentir ya la gélida bala atravesando su febril y atribulado cerebro, acabando de una vez con su dolor. El sonido del disparo sería lo último que oyese. Y después... nada. Puede que sólo el sordo sonido que pueda oír un pajarillo volando en el límpido y fresco aire, volando muy alto, a través del dulce y puro aire de la liberación.

No, no era a la muerte a lo que temía. Era a aquella vida suya que empezaba a recordarle aquella gris estancia de la Unidad de Cuidados Intensivos.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

16 DE MAYO DE 1934

MORDIDA POR UNA ARDILLA

Me informa Bertha Vick que el viernes por la noche, hacia las dos de la madrugada, fue al cuarto de baño y le mordió una ardilla que subió por la cañería y asomó por la taza. Dice que salió corriendo a despertar a Harold, que no la creyó, pero fue a ver y, claro, allí estaba la ardilla nadando en el váter.

Mi otra mitad dice que las inundaciones han debido de ser la causa de que haya subido por la cañería. Bertha dice que a ella la causa le da igual, pero que en adelante se fijará bien dónde se sienta.

Harold va a hacer disecar la ardilla.

¿Le sube a alguien la luz tanto como a mí este mes? Me han pasado un recibo de aúpa, y es muy raro, porque mi otra mitad ha estado una semana fuera, pescando con su hermano Alton, y él es quien siempre se deja las luces encendidas. Díganme a ver.

Por cierto, Essie Rue ha encontrado un empleo en Birmingham, tocando el órgano en el programa radiofónico de una compañía de seguros de vida. Así que no dejen de escucharlo.

DOT WEEMS

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

19 DE ENERO DE 1986

Mrs. Threadgoode pensó que Evelyn no habría ido aquel domingo a la Residencia, y deambulaba por uno de los pasillos laterales, por donde tenían las muletas y las sillas de ruedas, cuando de pronto vio a Evelyn, sentada allí sola en una silla de ruedas, chupando una piruleta y con unos lagrimones como garbanzos que le rodaban por las mejillas Mrs. Threadgoode se le acercó.

—Pero, por Dios, ¿qué te pasa, encanto?

—No lo sé —dijo Evelyn mirándola, sin dejar de llorar ni de chupar la piruleta.

—Vamos, encanto, coge el bolso y demos un paseo —dijo Mrs. Threadgoode, que la tomó de la mano haciendo que se levantase de la silla y empezó a caminar con ella por el pasillo arriba y abajo.

—Pero, bueno, encanto, ¿qué es lo que pasa? ¿Qué te sucede? ¿Por qué estás tan triste?

—No lo sé —dijo Evelyn rompiendo de nuevo a llorar.

—Pero, cariño, que no hay que desesperarse por nada. Cuéntamelo; poquito a poco. Dime qué es lo que te pasa.

—Bueno... quizá sea que desde que mis hijos se fueron a la Universidad me siento inútil.

—Eso es algo perfectamente comprensible, cariño —dijo Mrs. Threadgoode—. Todos pasamos por eso.

Evelyn se animó entonces a proseguir.

—Y... y no hago más que comer, no puedo parar. Y mira que lo intento; todos los días al levantarme me propongo ceñirme a mi dieta, pero no lo cumplo ni un solo día. Me escondo las tabletas de chocolate y los caramelos por toda la casa, incluso en el garaje. No sé lo que me pasa.

—Bueno, encanto, una piruleta no te hace ningún daño —dijo Mrs. Threadgoode.

—Una no —dijo Evelyn—, pero siete u ocho... Ojala tuviese valor para ponerme como una vaca y dejar de preocuparme; o tener la suficiente fuerza de voluntad para perder peso y estar realmente delgada. Me siento en la estacada. El movimiento de liberación de la mujer ha llegado demasiado tarde para mí... Estaba ya casada y con dos hijos cuando descubrí que no tenía que haberme casado. Creí que es lo que una tenía que hacer. Pero, ¿qué sabía yo? Y ahora es demasiado tarde para cambiar... Me siento como si la vida hubiese pasado de largo —añadió mirando a Mrs. Threadgoode y sin dejar de llorar—. Y es que, Mrs. Threadgoode, soy demasiado joven para ser vieja y demasiado vieja para ser joven. No encajo en ninguna parte. Ojala tuviera valor para matarme, pero no lo tengo.

Mrs. Threadgoode se quedó de una pieza.

—Ah, no: Evelyn Couch no debe siquiera pensarlo. ¡Eso sería como volver a crucificar a Jesús! Una tontería, encanto. Lo que tienes que hacer es sobreponerte y abrirle tu corazón a Dios. Él te ayudará. Mira, contéstame una cosa: ¿te duelen los pechos?

Evelyn la miró.

—Bueno, a veces.

—¿Te duelen a veces la espalda y las piernas?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Pues muy sencillo, encanto. Lo tuyo es un caso de menopausia aguda; eso es todo lo que te pasa. Lo que necesitas es tomar hormonas, salir todos los días a pasear, respirar aire puro y superarlo tú sola. Es lo que hice yo cuando pasé por lo mismo. Solía echarme a llorar al comer un filete pensando en la pobre vaca. Casi vuelvo loco a Cleo; todo el día llorando... Y creía que nadie me quería. Pero, por más que lo sacase de quicio, él me decía: «Oye, Ninny, que es la hora de tu inyección de vitamina B-12». Y él mismo me ponía la inyección de vitamina B-12 en la nalga.

»Salía todos los días a pasear, siguiendo la vía del tren, arriba y abajo, tal como estamos haciendo ahora y, al poco tiempo, ya lo había superado y todo volvía a la normalidad.

—Pero es que yo tengo la sensación de ser demasiado joven para pasar por eso —dijo Evelyn—. Sólo acabo de cumplir cuarenta y ocho.

—Qué va, encanto. Muchísimas mujeres lo pasan antes. Se dio un caso con una georgiana de sólo treinta y seis años, que cogió un día el coche y subió con él por la escalinata del Palacio de Justicia del condado, bajó la ventanilla y le tiró la cabeza de su madre, a quien acababa de cortársela en la cocina, a un policía, gritándole: «¡Hala, para ti!», y volvió a bajar la escalinata con el coche. Así que, ojo, que en eso puede parar una menopausia precoz si no tienes cuidado.

—¿De verdad cree que es eso lo que me pasa, que ésa es la razón de que esté tan irritable?

—Sin duda. Eso es peor que ir montada en una noria: ¡hala, arriba y abajo... no quieres engordar, pero tampoco quedarte en los huesos! Fíjate tú en todos estos viejos; la mayoría no son más que piel y huesos. A otros les da por ir al hospital baptista a visitar a los cancerosos. A todos les encantaría engordar un poco. Se desviven por ganar unos quilos. Así que deja de preocuparte por el peso y da gracias por tener buena salud. Lo que tienes que hacer es leer todos los días la Biblia, y el salmo 90 todas las mañanas. A mí me sirvió, así que a ti también.

Evelyn le preguntó entonces a Mrs. Threadgoode si no había estado nunca deprimida, y Mrs. Threadgoode le contestó la pura verdad.

—Pues no, encanto. Por lo menos no últimamente. Estoy demasiado ocupada dando gracias a Dios por todas las cosas buenas que me concede; tantas, que no podría contarlas aunque quisiera. Lo que no significa que haya que engañarse, porque todo el mundo tiene sus penas, y unos más que otros.

—Pero parece usted tan feliz; como si nunca hubiese tenido problemas.

Mrs. Threadgoode se echó a reír ante la sola idea de no haber tenido problemas.

—¡Ay, encanto! Me ha tocado lo mío; muchos golpes, y todos igualmente dolorosos. Y, a veces, incluso he llegado a preguntarme por qué el Señor me ha abrumado con tanto pesar, hasta el punto de llegar a pensar que ni iba a poder soportarlo un día más. Pero Él aprieta pero no ahoga... y te voy a decir una cosa: lo peor que se puede hacer es hurgar en las heridas; ni hablar, porque con eso sí que consigue uno enfermar de verdad.

—Tiene razón —dijo Evelyn—. Sé que tiene razón. Ed dice que quizá debería acudir a un psiquiatra o algo así.

—Tú no necesitas nada de eso, cariño. Cuando quieras hablar con alguien, vienes a verme. Estaré encantada de hablar contigo y de que me hagas compañía.

—Así lo haré, Mrs. Threadgoode, gracias —dijo Evelyn mirando su reloj— Ahora tengo que irme ya; Ed se me va a poner como una fiera.

Evelyn abrió el bolso y se sonó la nariz con el kleenex con el que antes había envuelto unos cacahuetes recubiertos de chocolate.

—La verdad es que ahora me siento mejor —dijo—. En serio.

—Bueno, pues me alegro; y voy a rezar para que te tranquilices, encanto. Tienes que ir a la iglesia y pedirle al Señor que te alivie de todo lo que te abruma, y superar esta mala época; y te lo concederá igual que me lo ha concedido a mí muchas veces.

—Muchas gracias por todo. Nos veremos la semana que viene —dijo Evelyn enfilando ya el pasillo.

—Y, mientras tanto —le gritó Mrs. Threadgoode—, toma el antiestresante Stresstabs Número Diez.

—¿Número Diez?

—¡Sí! ¡Número Diez!

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

8 DE JUNIO DE 1935

ÉXITO DEL CLUB TEATRAL

El Club Teatral de Whistle Stop hizo su representación anual el viernes por la noche, y yo tengo que decir: ¡Muy bien, chicas!

El título de la obra es *Hamlet,* del dramaturgo inglés Mr. William Shakespeare, que no es desconocido en Whistle Stop porque escribió también la obra del año pasado.

Earl Adcock Jr. hizo de Hamlet, y a su enamorada la interpretó la sobrina del doctor Hadley, Mary Bess, que se encuentra entre nosotros de visita, aunque no es de aquí. Para quienes se hayan perdido la representación diré que al final ella se mata. Lamento tener que decir que no la oía bien, aunque lo cierto es que es demasiado joven para venir desde tan lejos...

Los papeles de los padres de Hamlet fueron representados por el Reverendo Scroggins y Vesta Adcock, que es la presidenta del Club Teatral y, como todos sabemos, madre, en la realidad, de Earl Jr.

La ambientación musical corrió a cargo de nuestra Essie Rue Limeway, que hizo de la escena en la que luchan con espadas algo de lo más apasionante.

Por cierto, dice Vesta que el año que viene se pondrá en escena una obra que está escribiendo y que se titula *La Historia de Whistle Stop.* Si alguien tiene algo que contar que se lo envíe.

DOT WEEMS

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

26 DE ENERO DE 1986

Evelyn se entretuvo lo justo para saludar cortésmente a su suegra y fue derecha al salón, donde la aguardaba su amiga.

—Hola, ¿qué tal estás hoy, encanto?

—Estupendamente, Mrs. Threadgoode. ¿Y usted cómo está?

—Pues estupendamente. ¿Te tomaste las píldoras que te dije?

—Claro.

—¿Y te han ido bien?

—Pues, mire, Mrs. Threadgoode, me parece que sí.

—Cuánto me alegro.

Evelyn empezó a rebuscar en el bolso.

—¡Dios sabe qué llevarás ahí hoy!

—Tres bolsitas de pasas para nosotras, si las encuentro.

—¿Pasas? ¡Ah, pues son buenas, ¿eh?! —dijo Mrs. Threadgoode mientras observaba a Evelyn rebuscando en el bolso—. ¿Y no te parece que se te puede llenar de hormigas el bolso, llevando siempre tantas golosinas?

—Pues nunca se me había ocurrido —dijo Evelyn, que ya había encontrado lo que buscaba, además de una barrita de After Eight.

—Gracias, encanto. Me pirra lo dulce. Antes me volvían loca los bombones. Pero es que todas estas cosas acaban haciéndote polvo la boca.

En aquel momento entró una enfermera negra, llamada Geneene, buscando a Mr. Dunaway para darle sus tranquilizantes, pero allí sólo las encontró a ellas dos, sentadas y charlando como de costumbre.

Cuando le enfermera se hubo ido, Mrs. Threadgoode comentó que era curioso observar que los negros diferían mucho de coloración de unos a otros.

—Onzell, sin ir más lejos; la esposa de Big George... era acanelada, pelirroja y con pecas. Decía que a su madre casi se le parte el corazón al casarse con George, porque era negro como el carbón. Pero ella no podía evitarlo: decía que le gustaban los hombres negros y grandotes, y desde luego George era lo más negro y más grandullón que se haya visto nunca. Pero luego Onzell tuvo gemelos: Jasper, clarito como ella; y Artis, tan negro que le azuleaban las encías. Onzell decía que le parecía imposible que una cosa tan negra hubiese salido de ella.

—¿Que le azuleaban las encías, dice?

—Pues sí, encanto; ¡y cuanto más negros más azules! Y, luego, tuvo a Willie Boy, tan clarito como ella y con los ojos verdes. En realidad su verdadero nombre era Consejero Maravilloso, que es un nombre sacado de la Biblia, pero le llamábamos Willie Boy.

—¿Consejero Maravilloso? No recuerdo yo eso. ¿Está segura de que está en la Biblia?

—Ya lo creo... En la Biblia está. Onzell nos enseñó el versículo: «Y se llamará Consejero Maravilloso». Porque es que Onzell era una persona muy religiosa. Siempre decía que si algo

empezaba a abatirla, todo lo que tenía que hacer era pensar en su dulce Jesús y en seguida se le levantaba el ánimo, igual que si se comiese una de esas galletas que hacía. Y luego tuvo a Pájaro Travieso, tan negra como su padre y con aquellos ricitos tan cortos; pero no le azuleaban las encías.

—¡No me dirá que también ese nombre es de la Biblia!

Mrs. Threadgoode se echó a reír.

—No, por Dios, encanto. Es que Sipsey decía que parecía un gorrión, y cuando era pequeña siempre correteaba por la cocina, le robaba a su madre un par de galletas de las que hacía, salía corriendo hacia la parte de atrás del café y se las comía allí. Así que Sipsey empezó a llamarla Pajarito Travieso. La verdad es que, pensándolo bien, sí que parecía un pajarito negro... Pero a lo que me refería es que allí los tenías: dos bien negros y dos acanelados, de los mismos padres.

»Ahora que lo pienso, es curioso que aquí en Rose Terrace no haya ningún negro, salvo entre los de la limpieza y alguna enfermera... y una de ellas es listísima, una enfermera de los pies a la cabeza. Se llama Geneene, una menudita monísima, con mucho desparpajo, que no tiene pelos en la lengua con nadie. Me recuerda un poco a Sipsey; muy independiente. Sipsey vivió en su casa sola hasta el día de su muerte. Ahí es donde quiero estar yo cuando me toque, en mi propia casa. No quiero volver al hospital. Cuando llega una a mi edad, siempre que entras te preguntas si vas a volver a salir. Los hospitales no me parecen lugares muy seguros.

»Mi vecina, Mrs. Hartman, me dijo que una prima suya que estaba en el hospital en Atlanta le contó que uno de los pacientes salió un día de la habitación a tomar el fresco y no lo encontraron hasta seis meses después, encerrado en una garita de la terraza de la sexta planta. Decía que cuando lo encontraron no era más que un esqueleto con bata. Y Mr. Dunaway me contó que, cuando él estuvo en el hospital, le robaron la dentadura postiza del vaso mientras lo operaban. ¿Qué clase de gente hay que ser, me pregunto yo, para robarle la dentadura postiza a un anciano?»

—Qué se yo —dijo Evelyn.

—Ni yo, encanto, ni yo.

TROUTVILLE
(ALABAMA)

2 DE JUNIO DE 1917

Cuando Sipsey le puso a Onzell en el regazo los dos gemelos que acababa de dar a luz, no pudo dar crédito a sus ojos. El mayor, para quien eligió el nombre de Jasper, era de color café con leche, y el otro, Artis, era negro como el carbón.

Luego, al verlos, a Big George le dio un ataque de risa.

Sipsey no hacía más que mirarle la boca a Artis.

—Fíjate, George, tiene las encías azules —dijo meneando la cabeza desmayadamente—. ¡Válganos Dios!

Pero Big George, que no era supersticioso, siguió desternillándose...

Diez años después ya no le pareció tan divertido. Acababa de azotar a Artis hasta casi matarlo por haberle clavado un cortaplumas a su hermano Jasper. Artis le había clavado el cortaplumas cinco veces en el brazo antes de que llegase un chico mayor, lo separase y lo tirase al suelo.

Jasper se había levantado y había salido corriendo al café, sujetándose el brazo que le sangraba y llamando a su madre. Big George estaba en la parte de atrás, haciendo carne a la barbacoa, vio a Jasper y corrió con él a casa del médico.

El doctor Hadley le limpió las heridas y le vendó y, al decirle Jasper al médico que había sido su hermano quien se lo había hecho, Big George se sintió humillado.

Aquella noche la pasaron los dos hermanos quejándose de dolor y sin poder dormir. Estaban allí echados en la cama, mirando a través de la ventana la luna llena y escuchando el cricri de los grillos y el croar de las ranas.

Artis miró a su hermano, que parecía casi blanco a la luz de la luna.

—Ya sabía yo que no tenía que hacerlo..., pero le cogí el gusto y no pude parar.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

1 DE JULIO DE 1935

REUNIÓN DE ESTUDIOS BÍBLICOS

El Grupo Femenino de Estudios Bíblicos de la Iglesia Baptista de Whistle Stop se reunió el miércoles por la mañana, la semana pasada, en la casa de Mrs. Vesta Adcock para comentar las distintas maneras de estudiar la Biblia y hacerla más fácil de comprender. Los temas fueron: «Noé y el Arca» y «¿Por qué dejó Noé subir a dos serpientes al arca teniendo la oportunidad de deshacerse de ellas de una vez por todas?». Si alguien tiene una explicación, por favor, que llame a Vesta.

El sábado, Ruth e Idgie dieron una fiesta de cumpleaños a su pequeño. Todos los invitados se lo pasaron en grande tirándole de la cola al burro y comiendo pastel y helado, y les dieron a todos locomotoras de cristal con peladillas dentro.

Idgie dice que el viernes por la noche vuelven a ir al cinematógrafo, por si alguien quiere ir también.

Y, hablando de películas, la otra noche, al llegar de Correos a casa, mi otra mitad me metió una prisa de mil demonios para ir a Birmingham a ver la película, antes de que subiesen el precio; agarró la chaqueta y salió corriendo conmigo por la puerta. Y luego, una vez allí, todo lo que hizo fue quejarse de que le dolía mucho la espalda, durante toda la película. Al llegar a casa se dio cuenta de que, con las prisas, se le había olvidado quitarle la percha a la americana. Y yo le dije que la próxima vez pagaríamos más por la entrada si hacía falta, porque me estropeó la película, sin parar de rebullirse en el asiento todo el rato.

Por cierto, ¿hay alguien por ahí que quiera comprar un marido ligeramente usado, y barato?

Era una broma, Wilbur.

DOT WEEMS

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

2 DE FEBRERO DE 1986

—¡Oh, Evelyn! —exclamó Mrs. Threadgoode nada más verla entrar—. Cómo me hubiese gustado que hubieses llegado diez minutos antes. Te has perdido conocer a mi vecina Mrs. Hartman. Ha venido y me ha traído esto —añadió mostrándole a Evelyn un tiestecito de cerámica en forma de cocker-spaniel con una plantita—. Y a Mrs. Otis le ha traído unas azucenas preciosas. Con la ilusión que me hacía que la conocieses, porque te encantaría. Su hija es la que últimamente me riega los geranios. Le he hablado mucho de ti...

Evelyn dijo que sentía mucho no haber coincidido, y le dio a Mrs. Threadgoode el bizcocho de fresa que había comprado por la mañana en la panadería.

Mrs. Threadgoode se lo agradeció efusivamente y siguió allí sentada, comiendo y admirando su tiestecito de cerámica.

—Los cocker-spaniel me encantan, ¿y a ti? Son la cosa más alegre del mundo. El pequeño de Ruth y de Idgie tenía uno que, cada vez que te veía, empezaba a zigzaguear y a menear la cola a tu alrededor como si hiciese siglos que no te veía; y a lo mejor sólo habías ido a la vuelta de la esquina. Y en cambio, los gatos se comportan como si no les importases lo más mínimo. También hay personas así, ¿sabes?, ariscas, que no se dejan querer. Idgie era así.

Evelyn se sorprendió.

—¿De verdad? —dijo mordiendo un trocito de bizcocho.

—Ya lo creo, encanto. En el Instituto los llevaba a todos de cabeza. Faltaba muchas veces y, cuando iba, se presentaba siempre con aquel raído mono que había sido de Buddy. Porque la mitad del tiempo lo pasaba en el bosque con Julián y sus amigos, cazando y pescando. Pero les gustaba a todos. A los chicos y a las chicas; a los blancos y a los negros; todos querían estar siempre con Idgie. Tenía aquella amplia sonrisa de los Threadgoode y, cuando quería..., ¡te partías de risa con ella! Como te dije, tenía el mismo encanto de Buddy...

»Pero había en Idgie algo salvaje. Era como una gata. No dejaba que nadie se le acercase demasiado. Si creía que alguien se interesaba demasiado por ella, se alejaba. Rompía corazones a diestro y siniestro. Sipsey decía que era así porque mamá había comido caza cuando estaba embarazada de Idgie, ¡y que por eso se comportaba como una salvaje!

»Sin embargo, cuando Ruth vino a vivir con nosotros, cambió de la noche a la mañana como no te puedes imaginar.

»Ruth era georgiana, de Valdosta, y vino para encargarse de todas las actividades de las Juventudes Baptistas que mamá organizaba en la parroquia aquel verano. No debía de tener más de veintiún o veintidós años. Tenía el pelo castaño claro y los ojos marrones, con largas pestañas, y era tan dulce y cariñosa que todos se enamoraban de ella nada más verla. Era inevitable: una de esas chicas que rezuma encanto por todas partes; y, cuanto más la conocías, más bonita te parecía.

»Era la primera vez que salía de casa y, al principio, era muy tímida con todo el mundo y estaba un poco cohibida. Era lógico porque no tenía hermanos ni hermanas. Sus padres la habían tenido ya de muy mayores. Su padre había sido predicador, en Georgia, y creo que la educaron con excesivo rigor.

»Pero en cuanto la vieron los chicos de la ciudad, que nunca iban a la iglesia, empezaron a ir todos los domingos. No creo que ella tuviese ni la menor idea de lo bonita que era. Era amable con todo el mundo y a Idgie la fascinó... Idgie debía de tener entonces quince o dieciséis años.

»La primera semana después de llegar Ruth, Idgie no hacía más que dar vueltas alrededor del cinamomo para verla entrar y salir de la casa. Luego, al poco, empezó a dejarse ver, exhibiéndose; haciendo el pino, lanzando la pelota de rugby en el patio, o yendo hacia casa con una ristra de sardinas colgando del hombro para cruzarse con Ruth cuando venía de la iglesia.

»Contaba Julián que no había pescado las sardinas, ni mucho menos, sino que se las compraba a unos negritos del río. Cometió el error de decirlo delante de Ruth, y eso le costó un par de zapatos que Idgie le llenó de estiércol de vaca por la noche.

»Entonces, un día, mamá le dijo a Ruth: "¿Quieres, por favor, intentar que esta hija mía se siente y cene como las personas?". Ruth salió entonces y le preguntó a Idgie, que estaba subida al cinamomo leyendo una revista policíaca, si quería aquella noche cenar en la mesa. Idgie no la miró, pero le dijo que lo iba a pensar. Y ya estábamos todos sentados y a punto de terminar la oración cuando entró Idgie y fue arriba. Oímos que andaba con los grifos del cuarto de baño y, a los cinco minutos, Idgie, que casi nunca comía con nosotros, empezó a bajar las escaleras.

»Mamá nos miró a todos y susurró: "Mirad, niños, vuestra hermana está que bebe los vientos por Ruth, y eso es algo que no se puede evitar. Así que nada de reírse de ella. ¿Entendido?".

»Dijimos que no íbamos a reírnos, pero allá que baja Idgie con pinta de haberse dado de restregones en la cara y el pelo suelto e impregnado de qué sé yo qué brillantina habría encontrado en el cajón de la farmacia. Tratamos de no reírnos, pero es que iba hecha una facha. Todo lo que Ruth le preguntó fue si quería más judías tiernas, y se sonrojó de tal manera que se le pusieron las orejas como un tomate... Patsy Ruth empezó primero, apenas una risita; luego Mildred. Y, como te dije, yo iba siempre un poco a remolque, empecé yo también y luego Julián, que ya no podía más y escupió, sin querer, las patatas que tenía en la boca sobre la pobre Essie Rue, que estaba sentada enfrente de él.

»Fue terrible que no pudiésemos controlarnos, pero es que no pudimos. Mamá nos dijo entonces: "Ya podéis levantaros de la mesa", y corrimos todos al salón y nos tiramos por el suelo muriéndonos de risa. Patsy Ruth se hizo pipí encima. Pero lo realmente divertido fue que a Idgie le impresionó tanto estar sentada al lado de Ruth que estuvo todo el rato como hipnotizada, y ni siquiera se dio cuenta de qué nos reíamos, porque, al pasar por el salón, nos miró y nos dijo: "¡Vaya manera de comportarse delante de extraños!". Así que, como te puedes imaginar, nos mondamos otra vez...

»Al poco de aquello, Idgie empezó a comportarse como un dócil cachorrillo. Creo que Ruth, por su parte, se encontraba muy sola aquel verano... Idgie la hacía reír y, bueno, hacía lo que fuese por distraerla. Decía mamá que fue la única época que pudo conseguir que Idgie hiciese lo que ella quería (lo único que tenía que hacer era pedirle a Ruth que le dijese que lo hiciese). Decía mamá que Idgie se habría tirado de cabeza a un precipicio si Ruth se lo hubiese pedido. Y no lo dudo ni por un momento. Incluso volvió por primera vez a la iglesia después de la muerte de Buddy.

»Allá adonde iba Ruth, allí estaba Idgie. Era algo mutuo. Se tomaron tal apego la una a la otra que las podías oír toda la noche, riendo como unas locas, columpiándose frente al porche. Sipsey incluso llegó a preocuparse viendo a Idgie de aquella manera: "Vaya locura le ha dado por esa chica".

»Lo pasamos muy bien aquel verano. Ruth, que tendía a ser un poco reservada, aprendió a no cohibirse y a participar en todo; y cuando Essie Rue empezaba a tocar el piano, ella cantaba como todos nosotros.

»Nos lo pasábamos muy bien, pero mamá me dijo una tarde que temía lo que pudiera ocurrir cuando terminase el verano y Ruth volviese a su casa.»

WHISTLE STOP
(ALABAMA)

18 DE JULIO DE 1924

Ruth llevaba en Whistle Stop unos dos meses y, aquel sábado por la mañana, alguien llamó con los nudillos a la ventana de su dormitorio a las seis de la madrugada. Ruth abrió los ojos y vio a Idgie sentada en el cinamomo, indicándole con elocuentes ademanes que abriese la ventana.

Ruth se levantó medio dormida.

—¿Qué haces levantada tan temprano?

—Prometiste que hoy iríamos de excursión.

—Ya lo sé, pero no tan temprano, ¿no te parece? Es sábado.

—Por favor. Prometiste que iríamos. Si no sales en seguida subiré al tejado y me mataré. ¿Qué harías entonces?

Ruth se echó a reír.

—Pero, ¿qué hay de Patsy Ruth, Mildred y Essie Rue? ¿Es que ellas no vienen?

—No.

—¿No te parece que deberíamos preguntarles?

—No. Por favor, quiero que vengas sólo conmigo. Por favor. Quiero enseñarte algo.

—Mira, Idgie, no quiero hacerles ese feo.

—No vas a hacerles ningún feo. No les apetece ir. Ya se lo he preguntado, y quieren quedarse en casa por si le da por pasar a alguno de sus estúpidos novietes.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura —mintió Idgie.

—¿Y Ninny y Julián?

—Dicen que tienen cosas que hacer hoy. Anda, Ruth, que Sipsey ya nos ha preparado el almuerzo para las dos, para que nos lo llevemos. Si no vienes, saltaré del tejado y tendrás mi muerte en tu conciencia. Estaré muerta en la tumba y entonces desearás haber accedido a una simple excursión.

—Bueno, de acuerdo. Deja que me vista, por lo menos.

—¡Pero date prisa! No hace falta que te vistas del todo; sal tal cual estás... que te espero en el coche.

—¿Es que vamos a ir en el coche?

—Claro. ¿Por qué no?

—Bueno, pues.

Lo que Idgie no dijo es que había entrado a hurtadillas en el dormitorio de Julián a las cinco de la madrugada y le había cogido las llaves del coche del bolsillo del pantalón; así que era de la mayor importancia salir antes de que se despertase.

Una vez en el coche fueron hacia un paraje que Idgie había descubierto hacía años, por la zona del lago Double Springs, donde había una cascada que caía sobre un cristalino arroyo lleno de preciosos cantos rodados grises y marrones, suaves y redondeados como huevos.

Idgie extendió la manta en el suelo y fue por la cesta, que estaba en el coche. Le estaba echando misterio.

—Ruth —dijo al fin—, si te enseño una cosa, ¿me juras que nunca se lo dirás a nadie?

—¿Si me enseñas qué? ¿Qué es?

—¿Juras que no se lo dirás a nadie?

—Lo juro. ¿Qué es?

—Ahora te lo enseño.

Idgie alcanzó la cesta y sacó de ella una jarra vacía de cristal. Luego dijo «vamos», y fueron caminando casi dos kilómetros internándose en el bosque.

—¡Ahí está! —dijo señalando a un árbol.

—¿Que ahí está qué?

—Ese roble grande de allí.

—Ah.

Idgie tomó a Ruth de la mano y la condujo hacia la izquierda, a unos treinta metros, bajo un árbol.

—Ahora, Ruth —le dijo—, quédate aquí quieta y, pase lo que pase, no te muevas.

—¿Pero qué es lo que vas a hacer?

—Ya lo verás. Tú sólo mírame, ¿de acuerdo? Y no te muevas. Y no hagas el menor ruido.

Idgie, que iba descalza, empezó a caminar hacia el roble y, al llegar a mitad de camino, se volvió a ver si Ruth la miraba.

Cuando estuvo a unos tres metros del árbol, volvió a asegurarse de que Ruth seguía mirándola. Y entonces hizo algo asombroso. Avanzó lentamente de puntillas, tarareando muy quedamente, y metió la mano con la jarra en un agujero que había justo en el centro del tronco.

De pronto, Ruth oyó un sonido como de sierra mecánica, y el cielo ennegreció con una nube de furiosas abejas que salieron en estampida del agujero.

En pocos segundos, Idgie quedó cubierta de pies a cabeza por miles de abejas. Idgie se quedó quieta y, al cabo de un minuto, fue sacando la mano con cuidado del árbol y volvió lentamente sobre sus pasos hacia Ruth, sin dejar de tararear.

Al llegar junto a ella casi todas las abejas habían volado, y lo que hacía un instante no era más que una negra figura, fue de nuevo Idgie, allí de pie y con una sonrisa de oreja a oreja, con una jarra de miel silvestre en la mano.

—Aquí la tienes —dijo, ofreciéndosela a Ruth—. Para usted, *madame*.

Ruth, que se había llevado un susto de muerte, dejó resbalar la espalda por el tronco del árbol y se sentó en el suelo echándose a llorar.

—¡Te he visto muerta! ¿Por qué has hecho eso? ¡Te han podido matar!

—Anda, no llores —dijo Idgie—. Lo siento. Toma; ¿no quieres la miel? La he cogido sólo para ti... Por favor, no llores. No pasa nada. Lo he hecho muchas veces. Nunca me pican. De verdad. Anda, deja que te ayude a levantarte, que estás poniéndote perdida.

Idgie dio a Ruth el viejo pañuelo de hierbas que llevaba en el bolsillo del mono. Ruth todavía temblaba, pero se levantó, se sonó la nariz y se sacudió el vestido.

—Piensa, Ruth —dijo Idgie tratando de tranquilizarla—, que nunca he hecho esto por nadie. Y ahora tú eres la única persona en el mundo que sabe que puedo hacerlo. Sólo quería que compartiésemos un secreto; eso es todo.

Ruth guardó silencio.

—Lo siento, Ruth; no te enfades conmigo.

—¿Enfadarme? —dijo Ruth rodeando a Idgie con sus brazos—. Oh, Idgie. No estoy enfadada contigo. Sólo que no sé lo que haría si alguna vez te sucediese algo. De verdad.

A Idgie empezó a latirle el corazón tan fuerte que casi se cae redonda.

Después de que se hubieron comido el pollo, la ensalada de patatas, las galletas y casi toda la miel, Ruth se recostó en el árbol e Idgie reclinó la cabeza en su regazo.

—¿Sabes, Ruth?, mataría por ti. Si alguien te hiciese daño alguna vez lo mataría sin pensarlo un instante.

—No, Idgie, no digas esas cosas.

—¿Por qué no? Antes mataría por amor que por odio. ¿Tú no?

—Lo que creo es que nada justifica matar.

—Bueno. Pues, entonces, moriría por ti. ¿Qué pasa? ¿No crees que se pueda morir por amor?

—No.

—Pues la Biblia dice que Jesucristo lo hizo.

—Es distinto.

—No es distinto. Podría morir ahora mismo y no me importaría. Sería el único cadáver sonriente.

—No seas loca.

—Hoy podría haber muerto. ¿O no?

Ruth la tomó de la mano y le sonrió.

—Mi Idgie es una encantadora de abejas —le dijo.

—¿Aaaah, sí?

—Aja. Eso es lo que eres. Ya había oído que hay personas que son capaces de hacer eso, pero nunca lo había visto.

—¿Y te parece mal?

—¡Qué va! Es maravilloso. ¿O es que a ti no te lo parece?

—Psse... Más bien pensaba que era una locura.

—Es maravilloso ser una encantadora de abejas.

Ruth se inclinó hacia Idgie y le susurró al oído.

—Eres una estupenda encantadora de abejas, Idgie Threadgoode; eso es lo que eres...

Idgie le sonrió y miró hacia el cielo azul que se reflejaba en sus ojos, sintiéndose tan feliz como pueda sentirse en verano todo enamorado.

WHISTLE STOP
(ALABAMA)

29 DE AGOSTO DE 1924

Resulta curioso observar que la mayoría de las personas pueden trabar conocimiento con alguien y, gradualmente, ir enamorándose sin llegar nunca a saber cuándo empezó todo exactamente. Pero Ruth lo sabía con toda precisión. Cuando Idgie le sonrió y le ofreció la jarra de miel, todos los sentimientos que había tratado de sofocar la inundaron; y en aquel mismo instante supo que amaba a Idgie con todo su corazón. Por eso se había echado a llorar aquel día. Nunca había sentido nada parecido, y comprendió que probablemente nunca volvería a sentirlo por nadie.

Y por eso, un mes después, precisamente por quererla tanto, tenía que marcharse. Idgie era una jovencita de dieciséis años que estaba pasando por lo que, probablemente, sólo el inglés designa con una palabra precisa: un *crush;* un enamoramiento de una chica jovencita hacia otra mayor, o de un chico hacia otro chico, que poco o nada tiene que ver con el enamoramiento al uso, ni con el sexo, sino con una apasionada idealización de la persona en sí; y, por lo tanto, Idgie no estaba en condiciones de valorar sus propias palabras. No tenía ni idea de lo que significaba pedirle a Ruth que se quedase a vivir con ellos. Pero Ruth sí sabía lo que significaba, y que aquel *crush* podía transformarse en otra cosa. Se percató entonces de que tenía que marcharse.

En el fondo, tampoco ella tenía ni idea de por qué deseaba estar con Idgie más que con ninguna otra persona de este mundo, pero así era. Incluso había rezado para averiguarlo, y había llorado; pero no obtenía más respuesta que la conveniencia de volver a casa, casarse con Frank Bennett, el joven con quien estaba prometida, y tratar de ser una buena esposa y una buena madre. Ruth estaba segura de que, con independencia de lo que Idgie dijese, superaría su *crush y* viviría su propia vida. Ruth hacía lo único que podía hacer.

Al decirle a Idgie que volvía a casa al día siguiente por la mañana, se puso como loca. Estuvo en su dormitorio rompiendo cosas y dándose a los demonios a voz en grito de una manera que se la oía por toda la casa.

Ruth estaba sentada en su cama, retorciéndose las manos, cuando entró mamá.

—Por favor, Ruth, ve y habla con ella. No deja que entremos ni yo ni su padre en el dormitorio; y los demás ni se atreven a intentarlo. Por favor, cariño, que es capaz de hacer una barbaridad.

Oyeron otra cosa que se rompía.

Mamá miró implorante a Ruth.

—Ruth, está igual que un animal herido en su guarida. ¿Por qué no intentas, por favor, calmarla un poco?

Ninny se asomó entonces a la puerta.

—Mamá, dice Essie Rue que ahora ha roto la lámpara —dijo mientras miraba a Ruth como excusándose, y agregó—: Me parece que está enfadada porque te vas.

Ruth enfiló el largo pasillo. Julián, Mildred, Patsy Ruth y Essie Rue estaban todos ocultos tras la puerta de sus dormitorios, sin asomar más que un poco la cabeza y con los ojos como platos, mirando pasar a Ruth.

Mamá y Ninny se quedaron al fondo del pasillo. Ninny se tapó los oídos.

Ruth llamó suavemente a la puerta de Idgie.

—¡DEJADME SOLA, PUÑETA! —se oyó que gritaba Idgie en el interior, y luego algo que se estrellaba contra la puerta.

Mamá se aclaró la garganta y se dirigió a sus hijos con suavidad.

—Niños, ¿por qué no vamos todos a esperar en el salón y dejamos a Ruth sola?

Entonces bajaron los seis corriendo por las escaleras.

Ruth seguía llamando a la puerta.

—Soy yo, Idgie.

—¡Vete!

—Quiero hablar contigo.

—¡No! ¡Déjame sola!

—Anda, no seas así.

—¡Hazme el puñetero favor de apartarte de la puerta! ¡Que lo digo en serio, eh!

Y otra cosa volvió a estrellarse contra la puerta.

—Déjame entrar, por favor.

—¡NO!

—Por favor, cariño.

—¡NO!

—¡IDGIE, ABRE ESA PUÑETERA PUERTA INMEDIATAMENTE, QUE AHORA QUIEN LO DICE EN SERIO SOY YO! ¿ ME HAS OÍDO ?

Hubo un momento de silencio. Luego, lentamente, la puerta se abrió.

Ruth entró y cerró la puerta. Vio que Idgie había roto casi todo lo que había en el dormitorio (algunas cosas las había roto dos veces).

—¿Por qué te comportas así? Sabías que algún día tendría que irme.

—¿Por qué no me dejas ir contigo?

—Ya te dije por qué.

—Pues entonces, quédate.

—No puedo.

—¡POR QUÉ NO! —gritó Idgie casi desgañitándose.

—¡Pero quieres dejar de chillar así! Estás violentándonos a tu madre y a mí. Toda la casa puede oírte.

—No me importa.

—Pero a mí sí. ¿Por qué te comportas como una cría?

—¡PORQUE TE QUIERO Y NO QUIERO QUE TE VAYAS!

—Pero ¿es que has perdido el juicio, Idgie? ¿Qué van a pensar de una chica mayor como tú si te comportas como una irresponsable?

—¡NO ME IMPORTA!

Ruth empezó a recoger cosas del suelo.

—¿Por qué vas a casarte con ése?

—Ya te dije por qué.

—¿POR QUÉ?

—Pues porque le quiero; por eso.

—Tú no le quieres.

—Sí que le quiero.

—Ni hablar. Tú me quieres a mí... y lo sabes. ¡Sabes que es verdad!

—Mira, Idgie, le quiero y voy a casarme con él.

Entonces Idgie se enfureció aún más y empezó a llorar y a gritar con desespero.

—¡ERES UNA MENTIROSA Y TE ODIO! ¡OJALÁ TE MUERAS! ¡NO QUIERO VOLVER A VERTE EN TODOS LOS DÍAS DE MI VIDA! ¡TE ODIO!

Ruth la cogió por los hombros y la zarandeó con toda su fuerza. Idgie no paraba de gritar mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¡TE ODIO! ¡OJALÁ TE PUDRAS EN EL INFIERNO!

—¡Basta ya! ¿Me oyes? —dijo Ruth, y casi sin percatarse de lo que hacía le cruzó la cara a Idgie.

Idgie se la quedó mirando atónita, sin habla. Y se quedaron allí en pie las dos, mirándose. Ruth habría dado cualquier cosa por atraerla hacia sí y abrazarla con toda su fuerza, pero sabía que si lo hacía no podría dejarla.

Así que Ruth tomó entonces la decisión más dura de toda su vida: se dio media vuelta y salió cerrando la puerta tras de sí.

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

9 DE FEBRERO DE 1986

Evelyn se había traído unas empanadillas de un establecimiento muy popular que estaba a tres manzanas de allí, y a Mrs. Threadgoode se le hacía la boca agua.

—Esto es lo único extranjero que he comido nunca, si exceptuamos los espagueti francoamericanos, y me gustan mucho —dijo mirando las empanadillas—. Son casi como una hamburguesa del Crystal, ¿verdad?

Evelyn estaba en ascuas, ansiosa por saber más sobre Ruth y trató de desviar la conversación.

—¿Se marchó Ruth de Whistle Stop aquel verano, Mrs. Threadgoode, o se quedó?

—Eran del tamaño de una galleta y les ponían cebollita picada por encima.

—¿A qué?

—A las hamburguesas del Crystal.

—Ah, claro. Les ponían cebollita. Pero ¿qué hay de Ruth?

—¿Que qué hay de ella?

—Ya sé que luego volvió, pero ¿se marchó a su casa aquel verano?

—Ah, desde luego; claro que sí. ¿Sabes?, te daban cinco por un cuarto de dólar. ¡Como ahora!

—Y que usted lo diga. Pero ¿se marchó o no se marchó?

—¿Cuándo? Pues, veamos: era julio, o no. Era agosto, eso es. Ahora lo recuerdo. Pero ¿de verdad te interesa saber lo de Ruth? Porque es que nunca te dejo hablar. Yo hablo y hablo.

—No, continúe Mrs. Threadgoode, que me encanta. Cuénteme.

—Pero si son cosas de los tiempos prehistóricos. ¿Estás segura de que te interesan?

—Sí.

—Bueno, pues. A finales de agosto, mamá y papá le rogaron a Ruth que se quedase para ayudar a Idgie a aprobar el último curso del bachillerato. Le dijeron que le pagarían lo que pidiese. Pero Ruth dijo que estaba prometida en matrimonio con un joven de Valdosta y que se casaba en otoño. Pero Sipsey nos dijo a mamá y a mí que, pese a lo que Ruth dijese, en realidad no quería volver a Georgia. Decía Sipsey que encontraba todas las mañanas la almohada de Ruth húmeda de lágrimas, porque Ruth se pasaba llorando toda la noche.

»No sé lo que Ruth le diría a Idgie la noche antes de partir, pero oímos que Idgie se encerraba en su dormitorio y, al poco, un escándalo descomunal, como si hubiese entrado una potrilla en una cacharrería. Cogió los trofeos que Buddy había ganado jugando al rugby y los tiró todos por la ventana; los trofeos y todo lo que pilló a mano. Algo horroroso.

»Lo que es yo, por nada del mundo me habría acercado a su dormitorio... Y, a la mañana siguiente, ni siquiera salió al porche a despedir a Ruth. Primero Buddy y luego Ruth. Fue más de lo que ella podía soportar. Luego Idgie se marchó de casa. No volvió al instituto. Y por sólo un curso no terminó el bachillerato.

»Muy de vez en cuando aparecía por casa... cuando papá tuvo el ataque al corazón, y cuando Julián y sus hermanas se casaron.

»Big George era el único que sabía dónde estaba, pero nunca la traicionó. Siempre que mamá la necesitaba se lo decía a Big George, y él decía a mamá que se lo haría saber a Idgie si se encontraba con ella por casualidad. El caso es que siempre recibía el mensaje y venía a casa.

»Claro que yo me barrunto por dónde andaba...»

CLUB DE PESCA
WAGON WHEEL

WARRIOR RIVER (ALABAMA)
REGENTADO POR J. BATES

30 DE AGOSTO DE 1924

Si se va en coche hasta unos trece kilómetros al sur de Whistle Stop, por la carretera del río, y se gira a la izquierda, se ve, a unos tres kilómetros, un tablón claveteado a un árbol y acribillado a perdigonadas. Dice: CLUB Y CAMPING WAGON WHEEL. Y hay una flecha dibujada que señala hacia un camino arenoso.

Idgie había estado yendo allí con Buddy desde que tenía ocho años. Y había sido precisamente Idgie quien había ido hasta allí a decirle a Eva que Buddy había muerto, porque Idgie sabía que Buddy la quería.

Buddy conoció a Eva cuando él tenía diecisiete años y ella diecinueve. Sabía que se había acostado con muchos desde los doce años y, además, pasándoselo siempre bien, pero no le importaba. Eva era tan despreocupada respecto de su cuerpo como lo era respecto de todo lo demás, muy distinta a las chicas baptistas de Whistle Stop. La primera vez que se lo llevó a la cama hizo que se sintiese ya como un hombre.

Era una mocetona de saludable aspecto, de pelo pajizo oscuro y ojos verde claro, que siempre llevaba collares de cuentas de colores y los labios pintados de rojo brillante, incluso cuando iba de pesca.

No conocía el pudor y era, por así decirlo, una verdadera amiga del hombre. No era, claro está, el tipo de chica que un joven le hubiese presentado a su madre, pero Buddy sí lo hizo.

Un domingo se la trajo a cenar a Whistle Stop, y luego fue a enseñarle la tienda de su padre, e incluso le preparó un batido. Buddy no tenía nada de *snob,* pero sí Leona, que casi se desmaya en la mesa al verla.

Eva, que no era nada tonta, le dijo luego a Buddy que le había gustado ver dónde vivía, pero que prefería vivir junto al río.

Todos los chicos de la ciudad hacían chistes en torno a ella y decían guarradas en cuanto salía su nombre a colación, aunque no estando Buddy delante.

Era cierto que se había acostado con todo el que le había venido en gana, pero, se dijese lo que se dijese de ella, si te quería te era fiel. Eva pertenecía a Buddy y, pese a lo mucho que le gustaba coquetear, él pertenecía a Eva. Ambos lo sabían, y eso era lo único que importaba.

Eva se permitía el lujo de prescindir de la opinión de los demás, algo que había heredado de su padre, Jack Bates el Gordo, que se ganaba la vida, en parte, haciendo contrabando de alcohol, pesaba no menos de ciento cincuenta quilos y le gustaba pasarlo bien. Acababa con cualquiera bebiendo y comiendo.

Idgie solía pedirle a Buddy que la llevase con él al río, y a veces él accedía.

El Club de Pesca no era más que un viejo barracón de madera con luces de color azul alrededor del porche, un par de oxidados paneles del anuncio de la Royal Crown Cola y un descolorido anuncio de los neumáticos Goodyear, junto a la puerta; y, en la parte de atrás, unas pocas cabañas con porches cubiertos. Pero Idgie se lo pasaba muy bien cuando él la llevaba.

Siempre se reunía allí un montón de gente los fines de semana; tocaban música muy animada y bailaban y bebían toda la noche. Idgie charlaba con Buddy y con el gordo Jack, y miraban a Eva, que bailaba como una peonza.

—Mírala, Idgie —dijo una vez Buddy señalando a Eva—, eso sí que es una mujer. Una mujer como esa pelirroja es lo que hace que merezca la pena vivir.

Jack, que bebía los vientos por Buddy, se echó a reír y le dio una palmada en el hombro.

—¿Te crees ya con agallas para vértelas con esa hija mía, muchacho? —le dijo.

—Por probarlo que no quede, Jack —le repuso Buddy—. A lo mejor acaba conmigo, pero lo seguiré intentando.

Eva siempre terminaba por acercarse a Buddy y llevárselo a su cabaña, mientras Idgie se quedaba allí charlando con Jack, esperando mientras él comía. Una noche se comió siete filetes y cuatro platos hondos de patatas chafadas.

Al cabo de un rato, volvían a aparecer Eva y Buddy, y él se llevaba entonces a Idgie a casa. Por el camino siempre le decía: «Quiero a esa mujer, Idgie; puedes estar segura de que la quiero. No lo dudes». Y ella nunca lo puso en duda.

Pero de eso hacía ya nueve años. Concretamente, aquel día, Idgie les había pedido a unos pescadores que la acercasen con el coche, y la dejaron junto al letrero claveteado en el árbol. El día anterior Ruth había regresado a Georgia, y a Idgie se le caía la casa encima.

Casi había oscurecido cuando llegó frente a la encalada entrada del recinto con las dos ruedas de carro a ambos lados.

Desde allí ya se oía la música, y fue camino adelante pasando entre cinco o seis coches que había allí aparcados. Ya habían encendido las luces azules del porche. Un perrillo cojo se le acercó cabrioleando, e Idgie se dijo que debía de ser de Eva, que era incapaz de desentenderse de nada. Siempre tenía merodeando por allí no menos de veinte gatos, porque sabían que Eva les echaría algo de comer. Abría la puerta de atrás y les sacaba sobras al patio. Buddy solía decir que, en cien kilómetros a la redonda, todo bicho viviente sabía dónde podía comer.

Hacía tiempo que Idgie no iba al río, pero le parecía que estaba igual que siempre. Los paneles de hojalata de los anuncios estaban un poco más oxidados y había un par de bombillas fundidas, pero oía que la gente que estaba en el interior reía como siempre.

Al entrar, Eva, que estaba sentada a una mesa bebiendo cerveza con varios hombres, la vio en seguida.

—¡Por todos los santos! —exclamó—. ¡Mira lo que nos ha traído el gato!

Eva llevaba un suéter rosa de angorina, un collar de cuentas y pendientes haciendo juego, y los labios pintados de rojo muy brillante.

—¡Papá! ¡Que es Idgie! —le gritó a su padre, que estaba en la cocina—. ¡Demonio de mujer; pero qué alegría!

Eva saltó de la silla y fue a abrazar a Idgie, estrujándola de una manera que casi la deja sin respiración.

—¡Pero dónde te habías metido, tanto tiempo! ¡Pensábamos que te habías muerto!

Jack salió de la cocina, con unos veinte quilos más que la última vez que Idgie lo vio.

—Pero, ¡mira quién está aquí! Que me aspen si no es la menudita. Cómo me alegro de verte.

Eva la cogió por los hombros y la miró.

—A ver, a ver: pase que crezcas, pero de delgaducha nada. A ti hay que darte de comer a base de bien, peque; ¿verdad, papá?

—Que me aspen si no se parece cada día más a Buddy —dijo Jack, que había estado observándola—. ¿A que sí, Eva?

—¡Vaya que sí! —dijo Eva tirando de Idgie hacia la mesa—. Chicos, os presento a una amiga, Idgie Threadgoode, la hermana pequeña de Buddy. Siéntate, cariño, y toma algo... Aunque, un momento —añadió Eva—. ¿Tienes ya la edad para beber? Pero, bah, qué demonio. Un traguito nunca le ha hecho daño a nadie, ¿verdad, chicos?

Ellos asintieron.

En cuanto el entusiasmo de Eva al ver de nuevo a Idgie se calmó un poco, comprendió que le pasaba algo.

—Eh, chicos —dijo al cabo de un momento—, ¿por qué no vais a sentaros un rato a otra mesa? Tengo que hablar con mi amiga...

—A ver, cariño, ¿qué pasa? Parece que vengas de un funeral.

Idgie negó que le ocurriese nada especial, y empezó a pedir una copa tras otra, tratando de animarse.

Se enmono a base de bien y empezó a contonearse y a bailar por todo el local, haciéndose la loca. Eva no hacía más que mirarla.

Jack terminó por hacerla sentar y la obligó a comer; debían de ser entonces sobre las nueve, pero a las diez se volvió a disparar como si le hubiesen dado cuerda.

—Creo que es mejor dejarla —le dijo Eva a su padre, que empezaba a preocuparse—; dejad que haga lo que quiera.

Unas cinco horas después, Idgie, que ya se había hecho amiga de todos los del local, había hecho corro y estaba contando chistes. Entonces, alguien empezó a tocar una triste canción que hablaba de un amor perdido.

Idgie se interrumpió, apoyó la cabeza en la mesa y empezó a llorar. Eva, que llevaba también una buena mona, y que no había dejado de pensar en Buddy durante toda la noche, empezó a llorar también. El corro se deshizo y se acomodó en una mesa más alegre.

Debían de ser ya las tres de la madrugada. Eva rodeó los hombros de Idgie con el brazo, le dijo «anda, vamos», la llevó a su cabaña y la metió en la cama.

Eva no podía soportar ver sufrir a nadie. Se sentó en el borde de la cama, junto a Idgie, que no paraba de llorar.

—Mira, bonita, no sé por quién lloras y, en realidad, eso es lo de menos, porque lo vas a superar. Punto. Ahora lo único que necesitas es cariño, eso es todo... Verás como todo pasa... Yo estoy contigo —le dijo, y apagó la luz.

Eva podría ignorar muchas cosas, pero sabía querer.

Idgie vivió allí ininterrumpidamente, junto al río, durante los cinco años siguientes. Y Eva siempre estuvo a su lado cuando la necesitó, igual que había estado al lado de Buddy.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

28 DE NOVIEMBRE DE 1935

UN VERDADERO AMIGO

El tren de carga dejó caer el otro día diecisiete jamones que iban destinados a los economatos del Gobierno, así que supongo que nuestros amigos de Troutville habrán celebrado el Día de Acción de Gracias por todo lo alto.

La historia de Whistle Stop, que se representó el otro día en el colegio, constituyó un recordatorio de que los indios que antes vivían por aquí eran muy valerosos y ardientes, sobre todo tal como los pinta Vesta Adcock, que interpretó al jefe Syacagga, el jefe de la tribu de los pies negros a la que pertenecía esta tierra.

Mi otra mitad dice que tiene sangre de pies negros, pero no es tan ardiente... (Es sólo una broma, Wilbur.)

P. D. Si alguien tiene curiosidad por saber quién había dentro del tren de cartón que cruzó el escenario, les diré que no era otro que Peanut Limeway.

Dice Idgie que Sypsey, su criada negra, plantó bolondrón en el jardín y que le había crecido una mata de más de dos metros, allí en casa de los Threadgoode, y que ahora la han llevado al café.

Todos seguimos muy apenados por la muerte de Will Rogers.

Le queríamos mucho y nos preguntamos quién va a poder sustituir a nuestro querido «Doctor en Zalamerías». Recordaremos por mucho tiempo las agradables veladas en el café, escuchándole por la radio. En estos difíciles tiempos, hizo que olvidásemos nuestras preocupaciones durante un buen rato y que sonriésemos. Le enviamos a su esposa y a sus hijos nuestro pésame y nuestros mejores deseos, y Sipsey les ha enviado una de sus deliciosas empanadas de carne. Así que vengan aquí a Correos a firmar el tarjetón que va con la empanada.

DOT WEEMS

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

16 DE FEBRERO DE 1986

Evelyn había traído una bolsa de galletas surtidas de Nabisco, a ver si le levantaban un poco el ánimo a su suegra, pero ella le dijo que no, que gracias pero que no le apetecían; así que Evelyn le llevó las galletas a Mrs. Threadgoode, que estuvo encantada.

—Las de jengibre y las de vainilla me pirran; podría estarlas comiendo todo el día, ¿y tú?

Por desgracia, Evelyn tuvo que confesar que también. Mrs. Threadgoode miró al suelo mientras masticaba una galleta.

—¿Sabes, Evelyn?, detesto los suelos de linóleo —dijo—. Y aquí por todas partes meten estos horrorosos suelos de linóleo de color gris. Con tanto anciano por aquí de un lado para otro, con esas zapatillas con las que tan fácil es resbalar y romperse la cadera, podrían por lo menos poner alfombras. En mi habitación tengo una de esas alfombras trenzadas a mano; y le pedí a Norris que llevase mis botines negros al zapatero, para que me pusiese medias suelas de goma, y no me los quito desde que me levanto hasta que me acuesto. No quiero romperme la cadera. Si te la rompes ya estás lista.

»Aquí todos se acuestan a las siete y media o a las ocho. Pero yo no estoy acostumbrada. Nunca me acostaba antes de que el de las diez veinte de Atlanta pasase por delante de casa. Y, bueno, sí me acuesto a las ocho y apago la luz, para no molestar a Mrs. Otis, pero nunca me quedo totalmente dormida hasta que no oigo el silbato del de las diez veinte. Se oye en toda la ciudad. O puede que sólo imagine que lo oigo, pero para el caso es igual. Hasta ese momento no me quedo frita.

»Y es una suerte que me gusten los trenes, porque Whistle Stop no fue nunca más que una ciudad producto del ferrocarril, y Troutville sólo un grupo de cabañas con una capilla de la Primitiva Iglesia Baptista del Monte Sión, que es adonde iban Sipsey y los demás.

»La vía del tren pasa justo por delante de casa. Con una caña de pescar puedo tocar el tren; fíjate tú si está cerca. Así que me he pasado los últimos cincuenta años sentada en el balancín del porche viendo pasar trenes, y nunca me canso de mirarlos. Igual que el mapache de mojar galletas. Sobre todo me gusta verlos por la noche. Y el coche-restaurante me pirra. Ahora no llevan más que un snack-bar donde la gente se sienta a tomar cerveza y a fumar, pero antes de que retirasen los buenos trenes, el *Silver Crescent* de las siete cuarenta, de Nueva York a Nueva Orleans, pasaba justo a la hora de la cena, y tenías que haberlo visto, con los camareros negros vestidos de gala, con sus almidonadas chaquetillas blancas y sus pajaritas negras de piel, con vajillas finísimas y cafeteras de plata, y una rosa natural rociada en cada mesa con su lamparita independiente, y con pantalla.

»Claro que eso era en los tiempos en que las mujeres se vestían con lo mejor, con sombrero y con pieles; y los hombres, que estaban guapísimos con sus trajes azules. El *Silver Crescent* incluso tenía postigos en las ventanillas. Allí iba una sentada igual que en un restaurante, viajando en el tren en plena noche. Siempre le decía a Cleo que eso de comer y al mismo tiempo viajar hacia un lugar que me gustase, me atraía mucho.

»Idgie decía siempre: "Ninny, creo que viajas en ese tren sólo para comer", y la verdad es que tenía razón. En ninguna parte te servían un solomillo, ni unos huevos con jamón, mejor que en el

tren. Cuando paraba en pequeñas poblaciones, siempre había alguien aguardando para venderles a los cocineros huevos frescos y truchas vivas. Entonces todo era fresco.

»Ahora ya no cocino mucho... Todo lo más me caliento una lata de sopa de tomate Campbell, ya ves. Y no es que no me guste comer bien. Que ya lo creo que me gusta. Pero ahora es difícil comer bien en ninguna parte. Hace tiempo, Mrs. Otis nos inscribió en un servicio de Comidas a Domicilio que organizaban en la parroquia, pero era tan malo que lo dejé correr. Lo de "a domicilio" era verdad, pero la comida... ¡ni comparación con la de los trenes!

»Vivir junto a la vía del tren tenía sus inconvenientes, no vayas a creer. Se me agrietó toda la vajilla, incluso un juego verde que gané en una rifa que organizaron en el cine, en Birmingham, durante los tiempos de la Gran Depresión. Recuerdo la película que hacían: *Hello Everybody,* con Kate Smith. Puede que no la recuerdes, pero la llamaban "el ruiseñor del sur"; una chica alta y llenita, con mucha personalidad. ¿Verdad que la gente gruesa suele tener buen carácter?»

Evelyn sonrió tímidamente, confiando en que aquello fuese cierto, porque iba ya por su segunda bolsita de bombones.

—No cambiaría los trenes por nada —prosiguió Mrs. Threadgoode—. ¿Qué habría hecho yo durante todos aquellos años, cuando aún no teníamos televisión? Me entretenía tratando de adivinar de dónde procedía y adonde iba la gente. De vez en cuando, si Cleo había conseguido reunir unos pocos dólares, me llevaba a mí y a la criatura a hacer un viaje en tren, e íbamos por lo menos hasta Memphis. Jasper, el hijo de Onzell y de Big George, era entonces empleado de los coches-cama, y nos trataba a cuerpo de rey. Jasper iba por entonces para presidente del Sindicato de Empleados de Coches-Cama. Él y su hermano Artis se trasladaron a vivir a Birmingham siendo muy jóvenes... pero Artis fue a la cárcel dos o tres veces. Es curioso, pero nunca sabe una cómo va a salir un muchacho... Fíjate, por ejemplo, en el pequeño de Ruth e Idgie. Una vida así podía haber estropeado a cualquiera, pero no a él. Nunca se sabe lo que hay en el corazón de las personas hasta que algo les pone a prueba, ¿verdad?

CAFÉ DE
WHISTLE STOP

WHISTLE STOP (ALABAMA)

16 DE JUNIO DE 1936

En cuanto Idgie oyó voces junto a las vías, comprendió que alguien había resultado herido. Salió a ver y vio a Biddie Louise Otis corriendo hacia el café.

Sipsey y Onzell habían salido de la cocina justo en el momento en que Biddie irrumpía por la puerta gritando: «¡Ha sido tu pequeño! ¡Lo ha atropellado el tren!».

El corazón de Idgie dejó de latir por un instante.

Sipsey se tapó la boca con las manos: «¡Oh, Dios santo!». Idgie se volvió hacia Onzell: «Que no salga Ruth», le dijo, y echó a correr hacia la vía. Al llegar allí, el pequeño, que tenía entonces seis años, estaba echado boca arriba con los ojos muy abiertos y fijos en el grupo de gente que lo miraba horrorizada.

Al ver a Idgie le sonrió, y ella estuvo casi a punto de sonreír también, creyendo que no le había pasado nada, hasta que vio el brazo en un charco de sangre, a un metro del cuerpo.

Big George, que al suceder aquello estaba haciendo carne a la barbacoa en la parte de atrás del café, había salido corriendo casi al mismo tiempo que ella, y acababa de ver también la sangre. En seguida cogió al pequeño y lo llevó en brazos a todo correr a casa del doctor Hadley.

Onzell se había quedado de guardia, de pie junto a la puerta de atrás, para que Ruth no saliese.

—Ni hablar, Miss Ruth, no puede usted ir. Usted se queda aquí quieta, corazón.

Ruth estaba muy asustada y confusa.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Ha sido el niño?

Onzell la hizo sentar en el sofá tomándola de las manos.

—Tenga calma, corazón... Se queda aquí sentada, cariño, que todo irá bien.

—Pero, ¡qué es lo que ha pasado! —gritó Ruth aterrada.

Sipsey se había quedado en el café elevando las manos al cielo.

—No les hagas esto, Señor —clamaba señalándole con el dedo—. No les hagas esto a Miss Ruth y a Miss Idgie... ¡No les hagas una cosa así! ¿Me oyes, Dios? ¡Ni se te ocurra!

Idgie iba corriendo detrás de Big George, y los dos gritaban en dirección a la casa, que estaba a tres manzanas: «¡Doctor Hadley! ¡Doctor Hadley!».

La esposa del médico, Margaret, fue la primera en oírlos y salió al porche. Los vio al doblar la esquina, y en seguida llamó a gritos a su marido.

—¡Sal en seguida! ¡Es Idgie, que trae al pequeño Buddy!

El doctor Hadley se levantó de la mesa como un rayo y corrió hasta la acera todavía con la servilleta en la mano. Al ver la sangre que manaba del brazo del pequeño tiró la servilleta y dijo: «Al coche. Tenemos que llevarlo a Birmingham. Habrá que hacerle una transfusión».

Mientras corría hacia su viejo Dodge, le dijo a su esposa que avisase al hospital de que iban para allá. Su mujer corrió al interior de la casa a llamar, y Big George, que estaba completamente empapado de sangre, se sentó en la parte trasera con el pequeño en brazos. Idgie se sentó delante y le estuvo hablando durante todo el trayecto, contándole cosas para calmarlo, aunque a ella le temblaban las piernas.

Al llegar a la entrada de urgencias, la enfermera y la recepcionista les estaban aguardando en la puerta.

—Lo siento —dijo la enfermera cuando ya iban a entrar—, pero su marido tendrá que aguardar fuera porque éste es un hospital para blancos.

El niño, que no había dicho una palabra, no apartó los ojos de Big George mientras lo llevaban pasillo adelante, hasta que se perdieron de vista por otro pasillo...

Big George tuvo que aguardar fuera empapado de sangre, sentado junto a una pared de ladrillo, con la cabeza entre las manos.

Dos mozalbetes, con la cara llena de granos, pasaban en aquel momento por allí y uno de ellos miró despectivamente a Big George.

—Mira, otro negro que se ha ganado unas cuchilladas en una pelea.

Y el otro muchacho le secundó:

—¡Eh, tú! ¿Por qué no vas a un hospital para negros?

Su amigo, a quien le faltaban los incisivos, escupió por el colmillo como un viejo, se subió los pantalones, y siguieron los dos pavoneándose calle abajo.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

24 DE JUNIO DE 1936

TRAGEDIA FRENTE AL CAFÉ

Lamento tener que informar que el pequeño de Idgie y Ruth perdió un brazo la semana pasada, mientras jugaba entre las vías frente al café. Iba corriendo junto al tren, resbaló y cayó a la vía. El tren debía de ir entonces a más de 60 km por hora, dijo el conductor Barney Cross.

El niño está en el hospital, y aunque perdió mucha sangre, está bien y pronto volverá a casa.

Así que, con esto, ya hemos perdido un pie, un brazo y un índice en Whistle Stop en lo que va de año; aparte del negro que murió. Tendremos que tener más cuidado en el futuro. Ya estamos cansados de que nuestros seres queridos pierdan miembros y otras cosas. Y, lo que es yo, ya estoy cansada de escribir acerca de ello.

DOT WEEMS

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

23 DE FEBRERO DE 1986

Mrs. Threadgoode se estaba relamiendo con el batido de cacahuete que Evelyn le había traído de Reese's mientras reflexionaba sobre su época favorita, cuando todos los trenes pasaban por delante de su casa.

Pero algo que había dicho la semana anterior había interesado a Evelyn, despertando su curiosidad al máximo.

—¿Dijo usted, Mrs. Threadgoode, que Idgie y Ruth tenían un hijo?

—Pues sí. Le llamaban Muñón, y no habrás visto a nadie más varonil que él en tu vida. Incluso después de perder el brazo.

—Por Dios... ¿Qué pasó?

—Pues que se metió debajo de un tren que le cortó el brazo a la altura del codo. En realidad se llamaba Buddy Threadgoode, pero lo llamaban Muñón. Cleo y yo fuimos a verlo al hospital y se portó como un valiente, sin llorar ni quejarse. Pero es que Idgie lo había educado así, para que fuese fuerte y supiese encajar golpes.

»Ella fue a ver a una amiga que era la dueña de la funeraria y le encargó una lapidita con una inscripción:

AQUÍ YACE EL BRAZO DEL PEQUEÑO BUDDY
1929-1936
HASTA LA VISTA, AMIGUITO

»Y la puso allí en el huerto, detrás del café, y cuando el chico volvió a casa le llevó a ver la lápida, y no veas tú el alboroto que armaron para organizarle un funeral al brazo. Asistió todo el mundo. Los hijos de Onzell y de Big George, Artis y Jasper; el pequeño Willie Boy y Pájaro Travieso; y toda la chiquillería de los alrededores. Incluso hizo venir a un grupo de *boy scouts* para que tocasen *El silencio* con el bugle.

»Idgie fue la primera en llamarlo Muñón, y a Ruth casi le da un ataque, porque decía que era cruel llamarlo así. Pero Idgie dijo que era lo mejor, porque así nadie se lo llamaría a sus espaldas.

»Pensaba que así haría frente al hecho de que le faltara un brazo y no le afectaría. Y resultó que tuvo razón, porque no creo que hayas visto nunca a nadie capaz de hacer tantas cosas con un solo brazo... Madre mía...: tiraba con cerbatana, cazaba, pescaba, y hacía lo que quería. Era el mejor tirador de Whistle Stop.

»Cuando era pequeño y había alguien nuevo en el café, Idgie le hacía salir y contar su larga historia del día en que fue a pescar al Warrior, y cuando los tenía a todos absortos con la historia, Idgie decía: "¿Y cómo era de grande el barbo?". Y él ponía el brazo como suelen hacerlo los mayores en tales casos y decía: *"Así* de grande".

»Y el niño e Idgie se desternillaban al ver la expresión de los presentes, porque como al pequeño le falta un brazo, no acertaban a *ver* cómo era de grande el barbo.

«Aunque no vayas a creer que era un santito, que agarraba sus buenos berrinches, como los demás chicos de su edad. Pero, en toda su vida, la única vez que le vi lamentarse y furioso de verdad fue una tarde de Navidad. Estábamos todos sentados, comiendo pastel de frutas y tomando café, cuando, de repente, empezó a comportarse como un loco, rompiendo todos sus juguetes. Idgie y Ruth fueron a la habitación de la parte de atrás, que es donde él estaba, y en menos que canta un gallo Idgie le puso el chaquetón y salió con él por la puerta. Ruth se alarmó, corrió tras ellos y les preguntó a dónde iban, pero Idgie le dijo que no se preocupara, que en seguida volverían.

»Y, efectivamente, al cabo de una hora estaban de vuelta, y Muñón riendo y de buen humor.

»Años más tarde, un día que vino a casa a cortarme el césped, le dije que viniese al porche y le di una taza de té frío.

»"Oye, Muñón, ¿te acuerdas de aquella Navidad que te enfadaste tanto y rompiste el Mecano que Cleo y yo te regalamos?"

»"¡Bah!", dijo riendo, "claro que me acuerdo, tía Ninny"; así es como me llamaba.

»"¿Y adonde te llevó Idgie aquella tarde?", pregunté yo.

»"Ah, pues no te lo puedo decir, tía Ninny. Prometí que no lo diría", me contestó.

»Así que sigo sin saber adonde fue, pero algo debió de decirle Idgie, porque nunca volvió a preocuparse de que le faltase un brazo.

»En 1946 ganó el Campeonato de Caza del Pavo Salvaje... ¿Y sabes lo difícil que es acertarle a un pavo salvaje?»

Evelyn dijo que no, que no lo sabía.

—Pues, mira, cariño, déjame que te lo diga: tienes que darles justo entre los ojos; y tienen la cabeza pequeña como el puño. Así que ya me dirás tú si no hay que tener puntería...

»Además, practicaba muchos otros deportes... Nunca dejó que la falta del brazo fuese un obstáculo... Y cariñoso... No habrás visto tú a un muchacho más cariñoso.

»Claro que Ruth era muy buena madre, y él la adoraba. Todos la adorábamos. Pero entre Idgie y Muñón había algo especial. Se iban de caza o de pesca y nos dejaban a los demás plantados. No había nada que les gustase más que estar juntos.

«Recuerdo que una vez se guardó un trozo de empanada de carne en el bolsillo y dejó un buen par de pantalones hechos una lástima. Ruth le echó un buen rapapolvo; en cambio, a Idgie le pareció de lo más divertido.

»Aunque, no vayas a creer, que Idgie también podía ser dura con él. Fue ella quien le tiró al río, cuando tenía cinco años, para enseñarle a nadar. Pero te voy a decir una cosa: nunca se insolentó con su madre como hacen tantos chicos. Por lo menos, no estando Idgie delante. No se lo habría tolerado de ninguna manera. No señor. Respetaba a su madre; no como Artis, el hijo de Onzell. No hacían carrera con él; increíble, ¿no te parece?»

—Claro —dijo Evelyn, que en aquel mismo momento se dio cuenta de que Mrs. Threadgoode se había puesto el vestido del revés.

WHISTLE STOP
(ALABAMA)

DÍA DE NAVIDAD DE 1937

Casi todo el mundo se había comprado la pistola de pistones para Navidad, y la mayoría se reunieron en el patio trasero del doctor Hadley, por la tarde, a disparar. Todo el patio olía al azufre de los pistones que hicieron estallar allí afuera, pese a que el aire era bastante frío. Todos debieron de morir no menos de un centenar de veces. ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Té mate!

¡Bang! ¡Bang!

«¡Ay, que me has dado!... ¡Ay!»

El pequeño Dwane Kilgore, que tenía ocho años, se llevó las manos al pecho, cayó al suelo y estuvo tres minutos muriéndose. Al dar el último estertor, se levantó de un salto, sacó otra tira roja de pistones y volvió a cargar frenéticamente la pistola.

Muñón Threadgoode llegó de los últimos al tiroteo, justo después de acabar de cenar en el café con la familia y con Smokey Lonesome. Salió corriendo al patio en un momento oportuno, pues todos acababan de cargar sus armas y estaban preparados. Fue a parapetarse detrás de un árbol y apuntó a Vernon Hadley. ¡Bang! ¡Bang!

PUM, PUM, PUM... Vernon, que estaba tras unas matas, asomó gritando: «¡Fallaste, gusano asqueroso!».

Muñón, que había disparado toda la carga de pistones, trataba desesperadamente de volver a cargar cuando Bobby Lee Scroggins, un muchacho mayor, corrió hacia él y le disparó a quemarropa.

«¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!... ¡Te di!»

Y antes de que tuviese tiempo de reaccionar, Muñón moría... Pero Muñón no se resignaba así como así. Cargaba una y otra vez, y una y otra vez lo mataban...

Peggy Hadley, la hermana pequeña de Vernon, que iba a la misma clase que Muñón, salió de tiros largos, con su nuevo chaquetón marrón y su nueva muñeca, y se sentó en los escalones a mirar. De pronto, a Muñón no le pareció tan divertido que siempre lo matasen a él, y trató desesperadamente de darle a alguno de ellos. Pero eran demasiados, y no podía volver a cargar lo suficientemente rápido como para protegerse.

PUM, PUM, PUM... ¡Muerto otra vez! Pero él, dale que te pego. Lo volvía a intentar. Salió huyendo a la desesperada y fue a ocultarse detrás de un grueso roble que había en el centro del patio, desde donde podía asomarse, disparar y volver a ocultarse. Ya había liquidado a Dwane con un buen disparo y estaba tratando de cazar a Vernon, cuando Bobby Lee asomó por detrás de él, parapetado tras un montón de ladrillos... Muñón giró en redondo, pero demasiado tarde.

Bobby Lee llevaba dos revólveres y le vació los dos cargadores.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

—¡Te maté! ¡Te he matado dos veces! ¡Así que muere!

Y Muñón no tuvo más remedio que morirse delante de Peggy.

Fue una muerte rápida y decorosa. Pero en seguida se levantó y dijo: «Tengo que volver a casa por más pistones. Volveré en seguida».

Tenía muchos pistones, pero quería morirse de verdad. Peggy había visto cómo lo mataban una y otra vez.

Al marcharse Muñón, Peggy se levantó y le gritó a su hermano:

—Eso es a traición. El pobre Muñón sólo tiene un brazo. Así que eso es traición. ¡Se lo voy a decir a mamá; para que te enteres, Vernon!

Muñón entró corriendo en su dormitorio, tiró la pistola al suelo y le pegó una patada a su tren eléctrico, estrellándolo contra la pared, furioso y llorando de impotencia. Al entrar Idgie y Ruth, se lo encontraron haciendo polvo el Mecano.

Al verlas, empezó a llorar, gritando al mismo tiempo: «¡No puedo hacer nada con esto!». Y empezó a pegarse en el muñón.

—¿Qué te pasa, cariño? —le dijo Ruth sujetándolo—. ¿Qué ha pasado?

—¡Todos con dos revólveres menos yo! Así no puedo ganarles. ¡Me han estado matando toda la tarde!

—¿Quién?

—Dwane, Vernon y Bobby Lee Scroggins.

—Pero, cariño... —dijo Ruth conmovida.

Ya sabía ella que algún día tenía que pasar, pero no sabía qué decir. ¿Qué iba a decir? ¿Cómo se le explicaba a un niño de siete años que *aquello* no tenía importancia? Ruth miró a Idgie en busca de apoyo.

Idgie se quedó un largo instante mirando a Muñon, y luego hizo que se levantase de la cama, le puso el chaquetón y se lo llevó afuera, al coche.

—Venga, caballero, que va a venir usted conmigo.

—¿Adonde?

—Ya lo verás.

Muñón estuvo todo el rato callado mientras ella conducía por la carretera del río. Al llegar al tablón claveteado en el roble que decía CLUB DE PESCA WAGON WHEEL, giraron a la izquierda. Al poco, llegaron a una entrada encalada flanqueada por dos ruedas de carro. Idgie bajó del coche, abrió la verja y luego volvió a subir; cruzaron con el coche y fueron hasta una cabaña que estaba junto al río. Al llegar allí tocó la bocina y, al cabo de un instante, una pelirroja abrió la puerta.

Idgie le dijo a Muñón que se quedase en el coche, y ella bajó y fue a hablar con aquella mujer. La perrita que estaba en el interior de la cabaña saltaba como loca de contenta, brincando y meneando la cola al oírla.

Idgie estuvo hablando con la pelirroja unos minutos, y luego ésta volvió a la cabaña y salió con una pelota de goma que le pasó a Idgie. Al abrir la puerta de tela metálica, la perrita salió como una exhalación y casi se descoyunta de contenta al verla.

Idgie se alejó entonces un poco del porche.

—¡Vamos, *Lady!* ¡Vamos, chiquita! —dijo lanzando la pelota al aire.

La pequeña y blanca terrier dio un salto de más de un metro y cogió la pelota en el aire; corrió con ella hacia Idgie y se la devolvió. Entonces Idgie lanzó de nuevo la pelota hacia la casa y *Lady* dio otro salto, y de nuevo atrapó la pelota.

Entonces fue cuando Muñón se percató de que la perrita sólo tenía tres patas.

La perrita estuvo saltando y corriendo más de diez minutos sin perder el equilibrio una sola vez. Al cabo de un rato, Idgie volvió al interior a despedirse de la pelirroja.

Después salió, fue hacia el coche y regresaron con él por el camino hasta un recodo junto al río, donde aparcó.

—Muñón, quiero preguntarte una cosa, hijo.

—Dime.

—¿Te parece que la perrita se lo ha pasado bien?

—Sí.

—¿Te ha parecido contenta de vivir?

—Sí.

—¿Crees que siente lástima de sí misma?

—No.

—Bueno, pues tú eres mi hijo y te querré siempre pase lo que pase. Lo sabes, ¿no?

—Sí.

—Pero mira, no hay nada que deteste más que pensar que tienes menos sentido que esa pobre perrita coja. ¿Entendido?

—Entendido.

Idgie abrió la guantera y sacó una botella de *whiskey* Green River.

—Y, además, tu tío Julián y yo vamos a llevarte con nosotros la semana que viene para enseñarte a tirar con una pistola de verdad.

—¿Una pistola de verdad?

—De verdad —dijo Idgie destapando la botella y echando un trago—. Serás el mejor tirador de Alabama; a ver si se atreven entonces a ganarte a algo, ¿eh?... Anda, échate un trago.

—¿De verdad? —dijo Muñón, con los ojos como platos al acercarse la botella.

—Sí, de verdad. Pero no se lo digas a tu madre.

Ya verás tú cómo les haces morder el polvo a esos críos.

Muñón tomó un sorbo, fingiendo que no le sabía a gasolina ni le ardía en la boca.

—¿Quién era esa mujer?

—Una amiga mía.

—Tú ya habías estado aquí antes, ¿no?

—Sí, un par de veces. Pero no se lo digas a tu madre.

—De acuerdo.

BIRMINGHAM
(ALABAMA)

(SLAGTOWN)

30 DE DICIEMBRE DE 1934

Onzell le había dicho mil veces a su hijo Artis que no quería que fuese nunca a Birmingham; pero aquella noche él no le hizo caso y fue.

Saltó del último vagón del mercancías que llegaba a la terminal de la L & N sobre las ocho. Al entrar al edificio de la estación se quedó boquiabierto.

La estación le pareció tan grande como Whistle Stop y Troutville juntos, con sus interminables hileras de bancos de maciza caoba labrada, las baldosas multicolores que cubrían el suelo y las paredes y el enorme edificio.

LIMPIABOTAS... DESPACHO DE BOCADILLOS... TIENDA DE PUROS... PELUQUERÍA... REVISTAS... BARBERÍA... DONUTS Y GOLOSINAS... CIGARRILLOS... WHISKERÍA... CAFÉ... LIBRERÍA... PLANCHADORA... TIENDA DE REGALOS... REFRESCOS... HELADOS...

Aquello era una *ciudad*, un hervidero de soldados, mozos de equipajes y pasajeros, todos bajo aquel techo de cristal que estaba a más de veinticinco metros del suelo. Algo que desbordaba a un joven negro de diecisiete años vestido con un simple mono y que jamás había salido de Whistle Stop. Le parecía haber visto el mundo entero concentrado en un solo edificio, y fue hacia la salida aturdido. Y entonces lo vio. Allí estaba: el más grande anuncio luminoso del mundo... de veinte pisos de alto, con diez mil bombillas amarillas que se recortaban en el negro cielo: BIENVENIDOS A BIRMINGHAM... LA CIUDAD MÁGICA...

Y era verdaderamente mágica. Decían de ella que era «la ciudad de más rápido crecimiento en todo el sur», e incluso en aquellos años a Pittsburgh la llamaban la Birmingham del norte... Birmingham, con sus grandes rascacielos y sus Altos Hornos iluminando el cielo de rojo y púrpura... con sus bulliciosas calles, un hervidero de automóviles y tranvías yendo y viniendo día y noche...

Artis fue calle abajo, como en trance, pasando por delante del St. Clair (el hotel «sin reservas» de Birmingham), por el Café L & N, y por el Hotel Terminal. Luego miró a través de las persianas graduables de la ventana de la cafetería y vio a todos los blancos allí sentados, dando cuenta de deliciosos manjares servidos en bandejas con varios compartimentos, y comprendió que aquél no era lugar para él. Siguió hasta más allá del bar asador Red Top, cruzó el viaducto Rainbow, dejó atrás el Melba Cafe y, como guiado por una primitiva intuición, dio con la 4.ª Avenida Norte, donde bruscamente el aspecto de la ciudad empezaba a cambiar.

Había dado con él: allí estaban aquellas doce manzanas conocidas como el barrio de Slagtown... El sureño Harlem de Birmingham, el lugar con el que había soñado.

Varias parejas bien vestidas le habían adelantado, hablando y riendo, de camino adonde fuesen; y él las siguió como arrastrado por ellas, como un barquito de papel flotando en una ola. Oía la música que le llegaba desde cada puerta y desde cada ventana y, bajando por varios tramos de escaleras, iba internándose en las calles. Oía el lamento de la voz de Bessie Smith, que bajaba desde una ventana... «Oh, careless love... Oh, careless love...»

El *hot jazz* y el *blues* se mezclaban ya cuando pasaba por delante del Frolic Theater, que alardeaba de ser el mejor teatro de color del sur, y en el que sólo se representaban comedias musicales y dramáticas.

Y no dejaba de circular gente... Al final de la manzana se oía cantar a Ethel Water haciendo la musical pregunta «¿Qué he hecho yo para ser tan negra y triste?». Mientras que, en la puerta de al lado, Ma Rainey gritaba: «¿Qué he hecho yo, carcelero?»... A la vez que la concurrencia seguía el compás en el Silver Moon Blue Note Club, donde Art Tatum cantaba *Red hot pepper stomp.*

Allí estaba él —en Slagtown, un sábado noche— y, tan sólo a una manzana de allí, la Birmingham blanca, ignorando que existiese siquiera aquella mancha color sepia. Slagtown, donde la que por la tarde era criada en Highland Avenue podía ser, al anochecer, la reina de la Avenida, en la que mozos y limpiabotas dictaban la moda nocturna. Allí estaban todos, con el pelo reluciente de brillantina y dientes de oro que emitían destellos al pasar bajo las luces de colores que corrían alrededor de los letreros luminosos. Negros, atezados, acanelados, ochavones, cobrizos y cuarterones, como arrastrando a Artis calle adelante, todos con trajes de color verde pálido y púrpura, con bastos zapatos de dos colores —amarillo y marrón casi todos— y finas corbatas de seda a rayas blancas y rojas; y mientras, las mujeres, con sus lustrosos labios rojos perfilados y sus cimbreantes caderas, se paseaban con zapatos de charol y pieles de zorro rojo...

Las luces parpadeaban a lo lejos. BILLARES MAGIC CITY PARA HOMBRES; ASADOR ST. JAMES; BARBACOA BLUE HEAVEN; ESCUELA DE BELLEZA ALMA MAE... más allá del Champion Theater, «donde la felicidad sólo cuesta diez centavos»... Dos puertas más abajo vio bailar a las parejas a través de la ventana del Salón de Baile Black & Tan, donde unos focos de luz ambarina barrían perezosamente el local haciendo que las parejas pareciesen de un pálido color violáceo al enfocarlas. Dobló la esquina y siguió, como en volandas, cada vez más deprisa, por la bulliciosa calle, más allá de la tienda de ropa de segunda mano The Cloud of Joy, del cafetín Delilah, de los billares Pandora, y del tramo de escalones que daba a la coctelería Stars Cocktail Lounge, que se anunciaba como «la casa de los combinados», y el Pastime Theater, en el que aquella semana representaban *Edna Mae Harris en una Revista Multicolor*. En el local de al lado, en el Grand Theater, actuaban Mary Marble y Little Chips. Siguió, dejando atrás el Little Savoy Cafe, pasando por delante de más parejas que bailaban, cuya silueta veía a través de las ventanas del Salón de Baile del Hotel Dixie Carlton, con aquel enorme globo giratorio que pendía del techo y que lanzaba plateados destellos por todo el salón... Las parejas que bailaban el fox-trot en el interior, no se percataban de la existencia de aquel joven negro del mono, con los ojos desorbitados de puro asombro, pasmado ante la Barbacoa de la Abejita Hacendosa y su tenderete de «barquillos hechos con electricidad, empanadas calientes a todas horas y los mejores sándwiches con pan tostado, servidos con el mejor café de la ciudad, salchichas por cinco centavos, picadillo casero con guindilla, hamburguesas, lomo, jamón, sándwiches de queso tierno... todo, por diez centavos»... Más allá de la célebre compañía de seguros de vida, especializada en Pompas Fúnebres, que tenía un letrero en la ventana en el que urgía a los clientes potenciales a «APROVECHAR MIENTRAS SE ES JOVEN»; y del De Luxe Hotel, y del «HABITACIONES PARA CABALLEROS».

Entre el Casino Club y el Masonic Temple, una escultural mujer de grandes pechos, con un reluciente vestido de satén beige y una boa amarillo limón le chistó, haciendo girar el bolsito, a un caballero que pasaba a toda prisa. Pero no picó. El caballero rió y Artis rió también mientras seguía calle adelante entre la gente, seguro de estar, al fin, en su ambiente.

EL NOTICIERO DE
SLAGTOWN
—PECIOS Y ECHAZONES—

(PERIÓDICO ILUSTRADO DE BIRMINGHAM,
POR MR. MILTON JAMES)

6 DE MAYO DE 1937

Mr. Artis O. Peavey fue ingresado en el University Hospital el pasado sábado por la noche a causa de las múltiples heridas que accidentalmente él mismo se infligió al tratar de abrir una botella de vino muy caro, según dijo su femenina acompañante; no precisó el año ni la marca.

¿Son figuraciones mías o de verdad vi a Miss Ida Doizer en el tranvía, a medianoche, dirigiéndose a la fiesta de gala de Ensley para bailar con Bennie Upshaw, y luego volver a casa en coche con Mr. G. T. Williams?

Debemos de tener dos o tres muchachos de Birmingham en cada una de las orquestas populares del país, gracias al saber musical de nuestro querido profesor Fess Watley. Está visto que contamos en el panorama musical. Y no olviden que nuestro viejo amigo Cab Calloway pronto honrará a nuestra mágica ciudad.

También esta semana vale la pena ir al Frolic Theater...

De lunes a jueves, un programa de cinco estrellas con Erskine Hawkins, «El Gabriel del Siglo Veinte», en:

JAMONES CURADOS
Y también... *LA PASARELA MULTICOLOR*

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

2 DE MARZO DE 1986

Mientras daba cuenta de un vasito de helado de vainilla con una cucharita de madera, Mrs. Threadgoode le estaba hablando a Evelyn de los tiempos de la Gran Depresión...

—Directa o indirectamente, murió mucha gente a causa de ella. Fue muy duro. Especialmente para los negros, que nunca tuvieron mucho, además. Decía Sipsey que la mitad de la gente de Troutville habría muerto congelada o de hambre de no ser por Bill el del Ferrocarril.

—¿Quién era Bill el del Ferrocarril? —preguntó Evelyn, que era la primera vez que oía aquel nombre.

Mrs. Threadgoode pareció sorprendida.

—¿No te he hablado nunca de Bill el del Ferrocarril?

—No, me parece que no.

—Bueno, pues era un famoso bandido. Decían que era un negro que se colaba en los trenes y lanzaba al exterior comida y carbón que los mercancías del Gobierno transportaban a los economatos. Lo hacía por la noche, y los negros que vivían junto a las vías salían al alba a recogerlo y se lo llevaban a casa a toda prisa.

»Me parece que nunca lo atraparon ni descubrieron quién era. Grady Kilgore, que era uno de los inspectores de la policía del ferrocarril, amigo de Idgie, solía ir al café todos los días. Idgie se echaba a reír delante de él y decía: "He oído que Bill el del Ferrocarril sigue suelto. ¿Cómo es eso, muchachos?". El se enfadaba muchísimo, tanto que a veces pedía que le proporcionasen más agentes —hasta veinte en una ocasión—; y ofrecieron un abono gratuito y vitalicio para el ferrocarril L & N a cualquiera que diese información que permitiese localizar a Bill, pero nadie la dio. ¡Cómo le tomaba el pelo Idgie con aquello! Pero siempre fueron buenos amigos. Formaba parte de la Peña del Hinojo en Vinagre...

—¿De la peña de qué? —dijo Evelyn.

Mrs. Threadgoode se echó a reír.

—De la Peña del Hinojo en Vinagre, de aquella bobada de peña que fundaron Idgie, Grady, y Jack Butts.

—¿Y qué clase de peña era?

—Bueno, ellos decían que era una peña para organizar desayunos entre amigos, pero en realidad no era más que un grupo de amigotes de Idgie: ella, unos del Ferrocarril, Eva Bates y Smokey Lonesome. Todo lo que hacían era beber *whiskey* y contar disparates. En cuanto te pillaban desprevenida, te gastaban bromas de esas que mejor habrían hecho en ahorrarse.

»Así se divertían ellos, contando disparates. Gastándose bromas pesadas. En una ocasión, Ruth acababa de llegar de la iglesia, e Idgie, que estaba sentada con sus amigotes, va y le dice: "No quería contártelo, pero mientras estabas fuera, Muñón se ha tragado una bala del calibre 22".

»A1 ver la cara de susto de Ruth, Idgie le dijo: "No te preocupes, que está bien. Lo he llevado al doctor Hadley, que le ha dado media botella de aceite de castor y ha dicho que podía volver con el niño a casa, pero que no apuntase a nadie con él".

Evelyn se echó a reír.

—Como puedes imaginar —prosiguió Mrs. Threadgoode—, a Ruth la peña no le interesaba ni poco ni mucho. Idgie era la Presidenta y siempre estaba convocando reuniones secretas. Cleo decía que aquellas reuniones secretas no eran más que timbas de póquer para jugar con dinero de verdad. Pero también decía que la peña hacía algunas cosas buenas, aunque nunca explicaba qué.

»El predicador baptista, el reverendo Scroggins, no les caía nada bien, porque era abstemio; y siempre que algún inocentón preguntaba dónde podía comprar *whiskey* o cebos vivos, lo enviaban a su casa. Y el pobre hombre se ponía furiosísimo.

»Sipsey fue admitida en la peña, a pesar de ser negra, porque mentía tan bien como ellos. Una vez les dijo que ayudó a parir a una que no acababa de soltarlo; entonces le dio una cucharadita de rapé y la mujer estornudó tan fuerte que la criatura salió disparada desde la cama y fue a parar a la habitación de al lado...»

—¡Oh, no! —exclamó Evelyn.

—¡Oh, sí! —exclamó Mrs. Threadgoode—. Y luego les contó lo de una amiga suya de Troutville que se llamaba Lizzy y que, estando embarazada, tuvo el antojo de comer almidón a puñados y, claro está, el niño nació blanco como la nieve y tieso como un tablón.

—¡Por el amor de Dios!

—Lo gordo, Evelyn, es que bien pudo ser verdad. A mí me constaba, por ejemplo, que algunas negras comían yeso.

—No me lo puedo creer.

—Pues eso aseguran, encanto. Pero puede que sólo fuesen barritas de tiza.

Evelyn meneó la cabeza, sonriéndole a su amiga.

—Desde luego, Mrs. Threadgoode, tiene usted mucho sentido del humor.

Mrs. Threadgoode hizo como si sopesase su opinión, con talante complacido.

—Eso debe de ser, me digo yo.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

1 DE DICIEMBRE DE 1938

NIEVA EN WHISTLE STOP

Todo un regalo para nosotros: ¡ha nevado! Cualquiera habría dicho la semana pasada que Whistle Stop está en el polo norte. ¿Hay algo más bonito que los acebos nevados? Me parece que no. Pero, gracias a Dios, sólo nieva una vez cada diez años. Mi otra mitad, que está convencido de saber conducir por peor tiempo que haga, se empeñó en llevar a dar una vuelta en el coche a sus perros de caza, patinó y se metió en una acequia. Así que la pobrecita que verán implorando que alguien la lleve, durante un mes, que es lo que van a tardar en arreglarle el coche, seré yo.

Sí, han acertado: mi otra mitad es el mismo que cogió el coche cuando nos cayó aquella tormenta con granizo como pelotas de béisbol (nos tardaron tres semanas en cambiar el parabrisas). Y es el mismo a quien le cayó un rayo mientras pescaba en el río en un bote de remo. Así que, en cuanto vean que se avecina mal tiempo y vean a Wilbur, mándenlo a casa, que ya me encargaré yo de encerrarlo en el armario bajo llave, no sea que un huracán se me lo lleve quién sabe adonde... ¿Con quién iba a pelearme entonces?

Me ha dicho un pajarito que Bill el del Ferrocarril ha saqueado cinco trenes en una semana. Y en seguida he ido a la peluquería de Gladys Kilgore y me ha dicho que su marido, Grady, que trabaja para el Ferrocarril, está que se sube por las paredes.

Por cierto, si Bill el del Ferrocarril lee esto, ¿por qué no tira del tren un coche nuevo antes de que Grady lo atrape? Necesito uno...

DOT WEEMS

CAFÉ DE WHISTLE STOP

WHISTLE STOP (ALABAMA)

1 DE DICIEMBRE DE 1938

Acababa de salir el sol por detrás del café e Idgie lo despertó gritándole: «¡Levanta, Muñón! ¡Levanta! ¡Mira!», y tiró de él hacia la ventana para que lo viese.

Todo el campo estaba cubierto de blanco.

—¿Qué es eso? —dijo él, boquiabierto.

—Es nieve —dijo Idgie riendo.

—¿De verdad?

—Sí.

Estaba en Básica y era la primera vez en su vida que veía nieve de verdad.

Ruth apareció por detrás en camisón y miró hacia el exterior, casi tan sorprendida como él.

Los tres se vistieron a toda prisa, y a los cinco minutos salieron fuera, al patio. No habían caído más que cinco centímetros, pero ya estuvieron deslizándose por la fina capa de hielo y haciendo pelotas de nieve.

Se oían abrir las puertas de las casas de toda la ciudad y a los niños gritar entusiasmados. Sobre las siete de aquella mañana, Idgie y Muñón habían modelado ya un pequeño muñeco de nieve, y Ruth les hizo helado con aquella nieve, leche y azúcar.

Idgie pensó que era mejor acompañar a Muñón al colegio y, mientras iban caminando junto a las vías, todo el derredor estaba completamente blanco, hasta donde les alcanzaba la vista. Muñón seguía tan entusiasmado que no paraba de saltar y cayó dos veces al suelo. Así que Idgie pensó contarle algo para entretenerlo y calmarlo.

—¿Te he contado alguna vez lo que pasó un día que Smokey y yo jugábamos al póquer con Pig Iron Sam?

—No. ¿Quién es Pig Iron Sam?

—¿No irás a decirme que no has oído nunca hablar de Pig Iron, el jugador de póquer más tramposo de toda Alabama?

—No.

—Bueno, pues yo y Smokey nos metimos en una timba de póquer, en Gate City, que duraba toda la noche, y empezamos a ganar. Creo que estuve llevándomelo todo durante una hora por lo menos, y Pig Iron se iba poniendo furioso. Pero, ¿qué iba a hacer yo? No iba a retirarme, con tanto como estaba ganando... No, no es correcto. Y cuanto más ganaba, más furioso se ponía él, hasta que terminó sacando el revólver, lo puso encima de la mesa y dijo que liquidaría al próximo que le diese malas cartas.

Muñón estaba ya totalmente absorto con la historia.

—¿Y a quién le tocaba dar? —dijo.

—Bueno, pues ahí estuvo la cosa. Porque no pensó que le tocaba dar a él, y, mira tú por dónde, va y se da una pareja de doses. Así que cogió el revólver y se pegó un tiro, allí mismo... Fue un hombre de palabra hasta el final.

—¡Aaaanda! ¿Y tú lo viste?

—Claro. Era una pareja de doses como una casa.

Muñón estaba dándole vueltas al asunto cuando, de pronto, vio algo que sobresalía de la nieve junto a la vía. Corrió y lo cogió.

—Mira, tía Idgie, es una lata de chucrut de ciervo, ¡sin abrir!

Cayó en la cuenta nada más decirlo. Sostuvo la lata en alto con expresión recelosa.

—Tía Idgie —susurró—, seguro que es una de las latas que Bill el del Ferrocarril tira desde el tren. ¿A que sí?

Idgie examinó la lata.

—Podría ser, hijo. Ya lo creo que podría ser. Vuelve a ponerla donde estaba, para que la encuentren aquellos a quienes va dirigida.

Muñón dejó la lata exactamente en el mismo sitio donde la había encontrado, como si fuese algo sagrado.

—¡Aaaanda!

¡La primera vez que veía nevar, y ahora una lata de conservas que podía ser de las de Bill el del Ferrocarril! ¡Demasiado!

Siguieron caminando y, al cabo de cinco minutos, Muñón miró a Idgie.

—Bill el del Ferrocarril debe de ser uno de los hombres más valientes que haya existido, ¿verdad, tía Idgie?

—Desde luego, valiente sí que es.

—¿No crees que es el hombre más valiente que hayamos conocido en nuestras vidas ?

Idgie reflexionó un instante.

—Bueno, pues la persona más valiente que conozco... no —dijo—. Me parece que no. Uno de los más valientes, pero no el más valiente.

—¿Y quién puede haber más valiente que Bill el del Ferrocarril? —dijo Muñón muy sorprendido.

—Big George.

—¿Nuestro Big George?

—Sí.

—¿Y qué ha hecho?

—Pues, por de pronto, yo no estaría aquí de no haber sido por él.

—¿Quieres decir aquí *hoy?*

—No. Quiero decir que no estaría aquí, en este mundo. Se me habrían comido los cerdos.

—¿De verdad?

—Sí señor. Cuando yo tenía dos o tres años, me parece. Yo, Buddy y Julián andábamos jugando por las pocilgas, y yo me encaramé a una cerca y caí de cabeza entre los cerdos.

—¿De cabeza?

—De cabeza. Y todos los cerdos corrieron hacia mí... porque ya sabes que los cerdos comen lo que sea... a muchos niños pequeños se los han comido los cerdos.

—¿De verdad?

—Ya lo creo. Bueno, el caso es que me levanté y eché a correr, pero caí, y ya casi se me habían echado encima cuando Big George me vio y saltó al interior de la pocilga, allá en medio de todos los cerdos, y empezó a azuzarlos para que se alejasen. Y no creas que eran cerditos, sino cerdos de ciento cincuenta quilos. Cada vez que uno se me acercaba, lo levantaba por los aires y lo lanzaba al fondo de la pocilga como si fuese un saco de patatas. Los entretuvo lo bastante para que Buddy se arrastrase por debajo de la cerca y me sacase.

—¿De verdad?

—De verdad. ¿No has visto nunca las cicatrices que tiene Big George en los brazos?

—Sí.

—Pues son de las mordeduras de los cerdos. Pero Big George nunca se lo dijo a papá, porque sabía que papá mataría a Buddy por haberme llevado allí.

—Nunca me lo habían contado.

—Ya lo sé.

—Anda... ¿Y sabes de otros igual de valientes? ¿Y el tío Julián, que le acertó a aquel enorme ciervo la semana pasada? Fue muy valiente, ¿no?

—Pues, no sé qué quieres que te diga...; hay valientes y valientes —dijo Idgie—. No hace falta ser muy valiente para dispararle a un pobre e inocente animal con un rifle de repetición.

—¿Y a quién más conoces que sea valiente, aparte de Big George?

—Pues, vamos a ver —dijo ella como barruntándolo—. Aparte de Big George, yo diría que tu madre es una de las personas más valientes que he conocido nunca.

—¿Mamá?

—Mamá, sí.

—Bah, ¡qué mentira! Pero si se asusta de todo, incluso de una cucaracha pequeña. ¿Qué hizo?

—Una cosa. Una vez hizo una cosa.

—¿Qué?

—Eso no te lo digo. Sólo te contesto a lo que me has preguntado. Tu madre y Big George son las dos personas más valientes que conozco.

—*¿De verdad?*

—Te lo prometo.

Muñón no salía de su asombro.

—Pues, yo también s...

—Claro que sí. Y hay algo más que quiero que recuerdes siempre. Hay personas estupendas en este mundo, hijo, muchos que pasan por tu lado y que saben comportarse como seres humanos. No quiero que lo olvides nunca. ¿Entendido?

—No, tía, no lo olvidaré —dijo Muñón sentidamente y mirándola.

Mientras seguían caminando junto a las vías, un cardenal de brillante y rojo plumaje remontó el vuelo desde un árbol cubierto por la nieve y emprendió un viaje navideño hacia el blanco horizonte.

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

9 DE MARZO DE 1986

Antes, durante aquellas negras e interminables noches en las que Evelyn se despertaba sudorosa y angustiada tratando de apartar de sí la imagen de la muerte, de intubaciones y de tumores malignos, sentía ganas de gritar pidiendo ayuda, mientras Ed dormía a su lado. Pero no lo hacía; se limitaba a quedarse allí, en aquel negro abismo del infierno que estaba pasando, hasta por la mañana.

Últimamente, en cambio, para alejar de su mente la idea de la pistola y de apretar el gatillo, cerraba los ojos instándose a oír la voz de Mrs. Threadgoode y, si respiraba profundamente y se concentraba, no tardaba en verse en Whistle Stop. Iba calle adelante hasta la peluquería de Opal, e incluso notaba cómo le lavaba el pelo con agua caliente, luego tibia y después con agua fría. Ya bien peinada, iba a hacerle una visita a Dot Weems en Correos, y luego al café, donde podía verlos a todos con gran nitidez: a Muñón, a Ruth y a Idgie. Pedía algo para almorzar, y Wilbur Weems y Grady Kilgore le saludaban con la mano. Sipsey y Onzell le sonreían, y oía la radio que tenían en la cocina. Todos le preguntaban qué tal estaba, y siempre lucía el sol, y siempre le parecía que había un mañana... Sí. Últimamente, cada vez dormía mejor y pensaba menos en la pistola... Al levantarse aquella mañana, Evelyn se percató de que ardía en deseos de ir a la Residencia. Pasar allí un rato todas las semanas, escuchando las historias sobre aquel café y sobre Whistle Stop, se había convertido en algo más real que su propia vida con Ed en Birmingham.

Al llegar, su amiga estaba de buen humor, como de costumbre, y estuvo muy contenta de que le hubiese traído una barrita de chocolate, sin almendras, tal como se había permitido pedirle.

Mrs. Threadgoode iba ya por la mitad de la barrita cuando empezó a darle vueltas a la vida y milagros de un temporero en paro que había conocido muchos años atrás.

—Dios, cualquiera sabe qué será de Smokey Lonesome; ni dónde parará. Lo más probable es que haya muerto en cualquier parte.

«Recuerdo la primera vez que entró en el café. Yo estaba comiendo un plato de tomates verdes fritos, y llamó por la puerta de atrás, para pedir comida. Idgie fue a la cocina, y, al poco, volvió con aquel pobre hombre que iba perdido de mugre y carbonilla, de tanto vagar junto a las vías, y le dijo que pasase al lavabo a refrescarse, que le daría algo de comer. Idgie fue a preparárselo y dijo que era la persona con aspecto más desolado que había visto nunca.

»Pobrecito. No creo que tuviese familia, y a Ruth y a Idgie les dio pena, porque parecía medio muerto, y dejaron que se quedase en aquel destartalado cobertizo que tenían en la parte de atrás del café. De vez en cuando, le daba el tarantantán de vagar por ahí y se largaba, dos o tres veces al año, pero siempre terminaba volviendo, por lo general borracho y desarrapado, y volvía a quedarse otra temporada en el cobertizo. Nunca poseyó nada. Todo lo que tenía era un cuchillo, un tenedor y una cuchara que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, y un abrelatas que llevaba detrás de la badana del sombrero. Decía que no quería cargas. Me parece que aquel cobertizo fue el único lugar que tuvo nunca al que pudiese llamar casa y, de no ser por Idgie y por Ruth, habría muerto de hambre.

»Pero creo que la verdadera razón de que siempre volviese es que estaba enamorado de Ruth. Nunca lo dijo, pero se notaba por la manera que tenía de mirarla.

»Me alegro, sabes, de que Cleo falleciese antes que yo. Se diría que un hombre no sabe vivir sin una mujer. Por eso mueren, la mayoría, en cuanto fallecen ellas. Se quedan como perdidos. Es penoso... Fíjate en el anciano Dunaway de ahí afuera. Aún no hace siquiera un mes que murió su mujer y ya ha empezado a insinuarse con todas las mujeres... por eso le dan tranquilizantes, para calmarlo. Se cree un Don Juan, ¿te imaginas? Y tendrías que ver la cara que tiene: parece un zopilote. Pero, bah, no sé por qué he de criticar a nadie. Tengas el aspecto que tengas, siempre hay alguien que creerá que eres lo más atractivo del mundo. Así que, quién sabe, a lo mejor caza a alguna de esas viejas...

CALLE
WEST MADISON

CHICAGO (ILLINOIS)

3 DE DICIEMBRE DE 1938

La calle West Madison de Chicago no era distinta de la calle Pratt de Baltimore ni de la calle South Main de Los Angeles ni de la calle 3 de San Francisco. Era una calle de activos predicadores, pensiones y hoteles baratos, tiendas de ropa de segunda mano, tascas de infecta comida, casas de empeño, licorerías y casas de putas, un hervidero de lo que cortésmente llamaban «desengañados».

Lo único que hacía que aquel año en Chicago fuese distinto de cualquier otro es que Smokey Lonesome, que solía viajar solo, había hecho un amigo; casi un niño, en realidad, pero le hacía compañía. Se habían conocido hacía un mes, en Michigan.

Era un muchacho bien parecido, y con buen color de cara, que llevaba una chaqueta ligera de punto, de color gris azulado, por encima de una deshilachada camisa marrón y unos raídos pantalones marrones también, y que tenía la piel tan fina como el culito de un bebé. Todavía escocido por los problemas que había tenido en Detroit con unos tipos que querían darle por el culo, le había pedido a Smokey si podía viajar con él una temporada.

Smokey le dijo lo mismo que le dijo a él una vez un antiguo compinche.

—Vuelve a casa en seguida, muchacho, ahora que todavía puedes. Aléjate de esta vida, porque, en cuanto empiecen a echarte a patadas de los trenes, estarás perdido.

Pero no sirvió de nada, como tampoco había servido con él. Así que Smokey dejó que lo acompañase.

Era un muchacho divertido. Casi se rompe los bolsillos de los pantalones fingiendo rebuscar una moneda de diez centavos, que no tenía, para poder entrar a ver «La danza del abanico» que hacía Sally Rand en *Blancas avecillas a la luz de la luna*, como anunciaban en un cartel. No encontró los diez centavos, claro, pero a la taquillera le dio tanta pena que lo dejó entrar gratis.

Smokey había afanado un cuarto de dólar mientras aguardaba a que el chico saliese del espectáculo, y pensó que estaría bien ir luego a comerse un filete de diez centavos en el Tile Grill. En todo el día sólo habían comido unas salchichas en lata y unas galletas saladas que estaban florecidas. Estaba fumando un Lucky Strike que había encontrado aplastado en un paquete de cigarrillos que habían tirado al suelo, cuando el muchacho salió del teatro entusiasmado.

—Oh, Smokey, ¡tenías que haberla visto! Es lo más bonito y delicado que he visto nunca. Es como un ángel, un verdadero ángel viviente caído del cielo.

No paró de hablar de ella durante toda la cena.

Después de comerse los filetes, vieron que les faltaban treinta centavos para poder dormir en una pensión, así que enfilaron hacia Grant's Park, donde confiaban en poder dormir en una especie de improvisadas chabolas, hechas de cartón embreado y maderas, que a veces se encontraban con un poco de suerte; y aquella noche la tuvieron.

—Cuéntame cosas de todos los lugares en los que has estado y lo que has hecho, Smokey —dijo el muchacho, como hacía cada noche antes de disponerse a dormir.

—Ya te lo he contado.

—Bueno, pero cuéntamelo otra vez.

Smokey ya le había contado lo de la temporada que pasó en Baltimore, cuando tenía un empleo en la hamburguesería White Tower, que estaba tan limpia que se habría podido comer en el suelo, de relucientes baldosas blancas y negras; y también le había hablado de cuando trabajó en una mina de carbón de las cercanías de Pittsburg.

—Aquellos tipos habrían sido capaces de comerse una rata, pero no yo. Ni hablar. Las he visto salvar muchas vidas. A mí me la salvaron una vez. Porque las ratas son las primeras en oler el grisú de las minas...

»Una vez, estaba yo con un veterano en una profunda galería, picando, cuando, de pronto, irrumpió un verdadero ejército de ratas a cien por hora. Yo me sentí como paralizado, pero aquel negro soltó el pico y me gritó "¡corre!".

»Y corrí. Y gracias a eso salvé la vida. Todavía hoy, si veo una rata, la dejo que vaya a su cobijo. Ya lo creo; tienen un lugar de honor en mis andanzas.

—¿Y cuál es el peor trabajo que has hecho nunca, Smokey? —farfulló el muchacho, que estaba ya casi dormido.

—¿El peor trabajo? Pues, no sé... He hecho cosas que un hombre sensato no habría hecho, pero creo que lo peor fue allá por el año 28, cuando entré a trabajar en aquel molino de trementina de una destilería de vinagre, en Alabama. Llevaba dos meses sin comer más que alubias y cerdo; estaba sin blanca, tanto que una moneda de cinco centavos me parecía un tesoro.

»De no ser así, nunca habría aceptado aquel empleo. Los únicos blancos que podían conseguir que trabajasen allí eran los vagabundos y los llamaban los negros de la trementina. Era un trabajo matador para un blanco. Yo sólo duré cinco días, y estuve verdaderamente enfermo durante tres semanas por culpa de aquel hedor que te impregnaba la piel, el pelo... Incluso tuve que quemar mi ropa...»

De pronto, Smokey se interrumpió y se incorporó. En cuanto oyó gritos y carreras se dijo que era la Legión. La Legión Americana llevaba dos meses entrando a saco en los campamentos de temporeros sin trabajo, echando a patadas a todo el que pillaban, decididos a acabar con aquella chusma que se le venía encima a la ciudad.

—¡Vamos! ¡Larguémonos de aquí en seguida! —le gritó Smokey al muchacho.

Y salieron corriendo, igual que los restantes ciento veintidós chabolistas que había allí aquella noche. No se oía más que el ruido que hacían todos los que huían por los matorrales y el que hacían los hombres de la Legión al destrozar las chabolas con barras de hierro y trozos de tubería, y al desgarrar los cartones embreados.

Smokey corrió hacia la izquierda y, en cuanto dio con la espesura, echó cuerpo a tierra ocultándose entre el matorral, porque sabía que con sus débiles pulmones, no tenía nada que hacer corriendo. Permaneció allí echado en el suelo hasta que todo pasó. El muchacho sí que podía correr y Smokey pensó que podría localizarlo después.

Smokey volvió luego al campamento a ver si había quedado algo en pie. Pero de lo que fuera un pequeño poblado de chabolas no quedaban más que unos cuantos montones de cartón embreado y astillas; todo liso como la palma de la mano. Dio la vuelta para volver sobre sus pasos y oyó una voz.

—¿Smokey?

El muchacho estaba tendido a menos de diez metros de donde estuvo su chabola.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Smokey acercándose a él sorprendido.

—Ya sé que tú siempre me decías que no me desatase los zapatos; pero es que me apretaban. Y tropecé.

—¿Te has hecho daño?

—Como que creo que de ésta no salgo.

Smokey se acuclilló junto a él y vio que tenía todo el lado derecho de la *cabeza,* destrozado. El muchacho alzó los ojos mirándolo.

—Sabes, Smokey... Pensé que vagabundear sería divertido... Pero no lo es...

Y entonces cerró los ojos y murió.

Al día siguiente, Smokey fue a buscar a un par de tipos que conocía y enterraron al muchacho en el cementerio de vagabundos que tenían en las afueras de Chicago, y Elmo Williams leyó un fragmento que eligió de la página 301 del devocionario rojo del Ejército de Salvación que siempre llevaba con él.

Alegrándose de su muerte
Que nuestra pérdida es su infinita suerte.
Un alma de su prisión liberada
Libre del cuerpo al que estaba encadenada.

Como nadie sabía cómo se llamaba, se limitaron a improvisar una «lápida» de madera, con una tabla de un cajón de embalar, sin otra inscripción que EL MUCHACHO.

Cuando sus compañeros se fueron, Smokey se quedó aún unos minutos para despedirse de él a solas.

—Bueno, compañero —le dijo—, por lo menos tú conseguiste ver a Sally Rand. Algo es algo...

Luego se dio la vuelta y enfiló hacia las cocheras, a camuflarse en un vagón de algún tren que fue hacia el Sur, hacia Alabama. Quería dejar Chicago, donde las corrientes de aire que azotaban las esquinas eran tan frías que te hacían lagrimear.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

8 DE DICIEMBRE DE 1938

CUIDADO CON LOS BARRENOS

Díganle a sus hijos que no jueguen por donde las obras del ferrocarril, porque están dinamitando. Mi otra mitad me ha dicho que, yendo de camino hacia Nashville, hace unos días, oyó contar que un chico mordió un detonador, pensando que era otra cosa, y se quedó sin labios.

Dice Opal que el otro día fue tanta gente a la peluquería, para ir bien guapa al banquete de la Eastern Star, que se llevaron por error el chaquetón azul de una clienta. Así que, quien lo tenga, que lo devuelva.

La Iglesia Baptista organizó una excursión al campo, en coche, y a Peggy Hadley la dejaron plantada en el parking por error, pero luego los alcanzó.

Idgie y Ruth hicieron las delicias de un grupo de nuestros pequeños, el sábado pasado, porque los llevaron al Parque de Avondale a ver a Miss Fancy, la elefanta tan querida por chicos y grandes.

Todos se fotografiaron con Miss Fancy y podrán recoger las fotografías ya reveladas en cuanto las traigan de la farmacia (el jueves).

El doctor Cleo Threadgoode regresó a casa, el pasado viernes por la noche, de una visita a la Clínica Mayo, adonde había llevado al pequeño Albert para que le hiciesen unas pruebas. Sentimos que no le trajese buenas noticias a Ninny. Sólo queda confiar en que los médicos se hayan equivocado. Cleo volverá a estar en el consultorio el lunes.

DOT WEEMS

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

15 DE MARZO DE 1986

Las dos amigas estaban aquel día dando cuenta de una caja de galletas surtidas de primera calidad y hablando. O, por lo menos, Mrs. Threadgoode sí hablaba.

—¿Sabes?, estaba totalmente segura de poder volver a casa por Semana Santa, pero no parece que sea tan fácil. Mrs. Otis aún lo está pasando mal, aunque se ha inscrito en las clases de artes y oficios que dan aquí. Tu suegra también se ha inscrito. Geneene ha dicho que, por Pascua, iban a esconder por aquí los típicos huevos e invitar a chicos de algún colegio para que viniesen a buscarlos. Sería divertido...

«Siempre me han gustado estas fiestas, desde pequeña. Me gustaba todo lo relacionado con estas fiestas. Cuando éramos pequeños, el Sábado de Gloria nos metíamos todos en la cocina a pintar huevos. Pero era mamá Threadgoode la encargada de pintar el huevo dorado de Pascua.

»El Domingo de Resurrección, todos estrenábamos trajes y zapatos de la tienda de papá. Al salir de la iglesia, mamá y papá nos montaban en el tranvía de Birmingham y, mientras nosotros íbamos y volvíamos, ellos escondían no menos de doscientos huevos de Pascua en todo el patio de atrás. Dentro había toda clase de sorpresas y premios... pero el gran premio se lo llevaba quien encontraba el huevo dorado de Pascua.

»Yo tenía trece años el día que lo encontré. Hacía dos horas que buscábamos y nadie lo había encontrado. Yo estaba en mitad del patio, descansando un poco, cuando vi un destello bajo el columpio. Y sí que lo era; era el huevo dorado de Pascua, oculto en la hierba, allí, quietecito, esperando a que yo lo cogiese. Essie Rue agarró una buena perra, porque aquel año quería encontrarlo ella; se sabía que el gran premio era aquel huevo de Pascua de porcelana transparente, de color amarillo limón, recubierto de titilante purpurina; y, si mirabas dentro, podías ver una escena familiar en miniatura: una madre, un padre, dos niñitas y un perro, que estaban frente a una casa que se parecía mucho a la nuestra. Yo podía pasar horas mirando dentro del huevo... Dios sabe adonde iría a parar aquel huevo. Me parece que me lo vendí en el tenderete que los críos plantábamos frente al porche durante los años de la Primera Guerra Mundial.

»El Domingo de Resurrección siempre me había traído suerte. En un día tal como aquél fue cuando el Señor me hizo saber que iba a tener a Albert.

»A veces, al pensar en los problemas de los demás, comprendo lo afortunada que fui teniendo a Cleo. No pude haber soñado un marido mejor. No era veleta, ni bebía, y era listo. Y no presumo, que no va conmigo, pero es la verdad. Tenía talento natural. Siempre lo sabía todo. Yo lo llamaba mi enciclopedia. Cuando me devanaba los sesos para no hacer una falta de ortografía, si tenía que escribir algo le decía: "Eh, papá, ¿cómo se escribe esta palabra, o esta otra?". No hacía ni una falta. Y sabía mucha Historia. Podías preguntarle cualquier fecha, que la sabía; todo al dedillo. Y nunca conocí a nadie con tanta vocación para ser médico... Quería ser cirujano. Sé que al morir papá y tener que dejar la Facultad de Medicina se llevó un disgusto de muerte, pero nunca le oí una palabra de queja, ni una sola vez.

»Y se hacía querer. Preguntes a quien preguntes por él, te dirá que era el hombre más amable del mundo.

»Pero las jóvenes tienen muchos pájaros en la cabeza. Les gusta lucir y todo lo novelesco. Cleo era una persona discreta. No era el que a mí me gustaba, al principio, pero yo sí era lo que él quería. Decía que lo vio claro la primera noche que, al volver de la residencia de estudiantes, me encontró en la cocina ayudando a Sipsey a cortar masa de bizcocho en el mármol de la cocina.

»Pasó al salón, donde estaban mamá y papá Threadgoode, y dijo: "Voy a casarme con esa mocetona que está en la cocina cortando masa". Fue una decisión fulminante. Pero es que todos los Threadgoode eran igual. Yo entonces sólo tenía quince años, y le dije que no tenía ningún interés en casarme con nadie; que era demasiado joven. Entonces dijo que me lo volvería a proponer al año siguiente; y así lo hizo, pero yo no estaba aún para eso. Me casé con él a los dieciocho, pese a que aún no estaba para casorios.

»¡Uh!, al principio me temí que Cleo no hubiese sido una buena elección, y me eché a llorar un día con mamá Threadgoode, diciéndole que creía haberme equivocado de hombre. Mamá me dijo que no me preocupase, que aprendería a quererle.

Mrs. Threadgoode hizo una pausa mirando a Evelyn.

—Siempre me ha parecido curioso —prosiguió— que muchas que no se casan con quien hubiesen querido, luego acaban llevándose de maravilla con el que les toca. Por lo menos yo, cuando miro hacia atrás y pienso en todos los años felices que viví con Cleo, me horrorizo al pensar que estuve a punto de rechazarlo.

»Claro que, al casarme con Cleo, estaba yo muy verde —aclaró Mrs. Threadgoode con una ahogada risita—. No puedes imaginar hasta qué punto. De sexo no sabía una palabra, ni de todo lo que significaba; ni había tenido el menor contacto con ningún hombre, encanto, y eso hace que se te venga el mundo encima, porque no estás preparada. Pero Cleo era tan cariñoso conmigo que, pasito a paso, le fui cogiendo el tranquillo.

»Y, en todos nuestros años de matrimonio, puedo decir sin faltar a la verdad que nunca hubo entre nosotros una palabra más alta que otra. Él era mi padre, mi madre, mi marido y mi maestro. Todo lo que pueda una mujer querer de un hombre. Y no sabes lo duro que se hizo cuando, por cualquier circunstancia, tuvimos que estar lejos el uno del otro. Primero, por la Guerra Mundial; y luego, cuando tuve que volver a casa con mamá, al ingresar él en la Escuela de Masajistas. Cleo se hizo a sí mismo. Nadie le ayudó. No se entretenía en lamentaciones; simplemente, actuaba. Así era él.

»Y durante todos los años que intentamos tener un hijo y no había manera, jamás salió de su boca una palabra que pudiese herirme, a pesar de que yo sabía lo mucho que deseaba tener hijos. Al final, al decir el médico que mi problema estaba en que tenía la matriz desviada y que no podría tener hijos, Cleo me rodeó con sus brazos y me dijo: "Es igual, encanto, tú eres todo lo que necesito en este mundo". Y siempre me lo demostró. Pero no sabes cuánto deseaba yo tener un hijo. Y no paraba de rezar y de decirle al Señor: "Oh, Dios, si es por algo que yo haya hecho, si por eso me has hecho estéril, te pido que no dejes que Cleo sufra por ello". Me desviví deseándolo durante años.

»Entonces, un Domingo de Resurrección, estaba yo sentada en la iglesia. El reverendo Scroggins nos estaba hablando de la Ascensión del Señor a los Cielos, y yo cerré los ojos y pensé qué maravilloso sería poder levantar los brazos y ascender a los Cielos con Jesús y traerme a casa un angelito para Cleo. Y tal cual estaba yo, concentradísima en aquella idea, un rayo de sol atravesó una de las vidrieras iluminándome como con un foco. Era una luz tan intensa que me cegaba, y aquel rayo de luz estuvo iluminándome durante todo el sermón. El reverendo Scroggins me dijo después que no había podido apartar los ojos de mí durante todo el rato que había estado hablando, que mi pelo emitía destellos como una llama y que toda yo era como un resplandor.

»"No cabe duda de que se ha sentado en buen sitio este domingo, Mrs. Threadgoode", me dijo.

»Pero yo en seguida comprendí que aquélla era la manera que Dios había elegido para decirme que había escuchado mis plegarias. Aleluya. Cristo resucitado. El Señor resucitado, al fin.

»Yo tenía treinta y dos años al nacer Albert. Y no habrás visto jamás un padre más feliz que Cleo Threadgoode.

»Albert nació muy hermosote. Pesó casi cinco quilos. Aún vivíamos en la casa familiar por entonces; mamá Threadgoode y Sipsey estaban arriba conmigo, y Cleo estaba abajo en la cocina con todos los demás, esperando. Aquella tarde, Idgie y Ruth dejaron un rato el café y trajeron una botella de *whiskey*, que le iban dando a Cleo en una tacita de café para calmarlo. Es la única vez, que yo sepa, que Cleo bebió. Idgie dijo que comprendía muy bien cómo se sentía, porque ella había pasado por lo mismo cuando Ruth tuvo a Muñón.

»Luego contaban que, cuando Sipsey puso a Albert en brazos de Cleo, él rompió a llorar. De momento no reparamos en que el niño tuviese ningún problema.

»Pero, empezamos a notar después que le costaba mucho sentarse.

»Se esforzaba mucho, intentándolo, pero se caía hacia adelante. Y no echó a andar hasta los veintiún meses. Le llevamos a todos los médicos de Birmingham, y no supieron decirnos qué tenía. Al final, Cleo dijo que le parecía que lo mejor era llevarlo a la Clínica Mayo, a ver si allí podían hacer algo. Yo le puse su traje de marinero con su gorra, recuerdo que era un día muy frío y húmedo, en enero, y al subir Cleo y el niño al tren y arrancar éste, Albert volvió la cabeza en brazos de Cleo, mirando hacia mí.

»Se me partió el corazón al verlos marchar. Y, al regresar caminando hacia casa, me sentí muy apenada. Tuvieron a Albert allí durante tres semanas, haciéndole pruebas y más pruebas, y yo me pasaba todo el día rezando: "Por favor, Dios mío, no permitas que mi pequeño tenga nada malo".

«Cuando regresaron a casa, Cleo no me dijo una palabra, de momento, acerca del resultado de las pruebas, ni yo se lo pregunté; creo que no quería saberlo. Me trajo una monada de fotografía que se hicieron en un fotomatón él y Albert, sentados en una media luna con estrellas al fondo. Todavía tengo la fotografía en mi coqueta y no me desprendería de ella ni por un millón de dólares.

»Hasta después de cenar no me dijo nada. Entonces me tomó de la mano y me lo explicó: "Mamá, quiero que seas valiente". Y se me cayó el alma a los pies. Me dijo que los médicos habían detectado que nuestro hijo había tenido una hemorragia cerebral al nacer. Y yo le pregunté: "¿Y se va a morir?". Y Cleo me dijo: "Oh, no, encanto, físicamente su salud es perfecta. ¡Le han hecho una revisión de pies a cabeza!". Al oírlo fue como si me quitasen de encima un peso de una tonelada. "¡Gracias a Dios!", dije yo levantándome. Pero Cleo me dijo: "Espera; aguarda un momento, cariño, hay algo más que tienes que saber". Yo le dije que, en tanto que el niño estuviese bien de salud, lo demás no me importaba. Pero él hizo que me volviese a sentar y me dijo: "Oye, mamá, que esto es algo muy serio, y tenemos que hablarlo". Entonces siguió contándome todo lo que los médicos de la clínica le habían dicho: que, aunque Albert pudiese estar físicamente bien y vivir muchos años con buena salud, lo más probable era que, mentalmente, nunca se desarrollase más que un niño de cuatro o cinco años; que seguiría siendo como un niño toda su vida, y que, a veces, la cruz de tener un chico así, que requiere una atención constante, era demasiado. Cleo decía que había centros especiales que... Pero, yo, ni acabar la frase le dejaba. "¡Una carga!", exclamaba yo. "¿Cómo una criatura tan preciosa y cariñosa va a ser una carga? ¿En qué cabeza cabe?" Porque es que Albert me alegró la vida desde el mismo momento en que nació. No creo que haya habido nunca un ser más puro. Y, años después, siempre que me sentía un poco desanimada, me bastaba con mirar a Albert para recuperarme. Yo había tenido que esforzarme durante toda mi vida para intentar ser buena y, en cambio, en él ser bueno era algo natural. Nunca tuvo un pensamiento innoble. Ni siquiera sabía lo que significaba el mal.

»Mucha gente puede pensar que es muy triste tener un hijo disminuido de nacimiento, pero creo que el Señor lo hizo así para que no tuviese que sufrir. Ni siquiera sabía que hubiese en este

mundo malas personas. En lo más profundo de mi corazón creo, de verdad, que era un ángel que Dios me envió y, a veces, me impaciento por llegar al cielo para poder verlo otra vez. Era mi compañero, y lo echo de menos... especialmente el Domingo de Resurrección —precisó Mrs. Threadgoode mirándose las manos—. Bueno —prosiguió—, ahora que parece que me voy a quedar aquí todavía una temporada, ya pienso en esa fotografía que tengo en mi dormitorio de casa, la de aquella joven india remando en su canoa río abajo, a la luz de la luna. Va totalmente vestida, así que le voy a decir a Norris si puede ir y traérmela cuando tenga ocasión.

Mrs. Threadgoode sacó algo que había encontrado en la caja de galletas y, de pronto, sus ojos se iluminaron.

—Oh, Evelyn, ¡mira! ¡Premio! Un pollito en miniatura... ¡Con lo que me gustan!

Y se lo tendió a su amiga para que lo viese.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

30 DE DICIEMBRE DE 1939

EL FRAUDE DE LAS MÁQUINAS DE COSER MILAGROSAS

El hombre que estuvo en la ciudad, hace un par de semanas, vendiendo unas máquinas de coser supuestamente milagrosas, y diciendo que curan mientras coses, fue detenido en Birmingham. Parece que las máquinas no eran francesas, sino que las fabrican en las afueras de Chattanooga, en Tennessee, y no son milagrosas en absoluto. Biddie Louise Otis está muy enfadada, porque creía que la que compró le había aliviado mucho la artritis.

Los *boy scouts* de Whistle Stop, Duane Glass y Vernon Hadley, se han hecho acreedores a la Insignia al Mérito, y Bobby Lee Scroggins ha ascendido a Monitor.

El jefe de patrulla, Julián Threadgoode, les invitó a los tres a visitar la estatua de hierro de Vulcano, en Birmingham: *En lo alto del monte rojo...*

Julián dice que la estatua de Vulcano es tan grande que cabe un hombre de pie en una oreja.

Lo que yo me pregunto es quién va a querer estar de pie dentro de una oreja.

Vesta Adcock les dio una fiesta la otra tarde a las damas de la asociación Eastern Star y les sirvió emparedados.

Por cierto, Opal ruega a los vecinos que no le den de comer a su gata *Boots,* aunque se comporte como si estuviese muerta de hambre y lo pida lastimeramente. Come de sobra en casa, aunque está a dieta, porque el veterinario dice que está demasiado gorda.

DOT WEEMS

P. D. ¿No habrá encontrado alguien, por casualidad, el *National Geographic* de diciembre de mi otra mitad? Dice que lo ha perdido por la ciudad, y está negro porque aún no lo había terminado de leer.

TROUTVILLE

(ALABAMA)

8 DE ENERO DE 1938

Desde que Idgie puso la fotografía de la elefanta *Miss Fancy* en el café, la hija menor de Onzell y Big George, Pájaro Travieso, estaba fascinada. No hacía más que pedirle a su padre que la llevase a Avondale Park para ver a la elefanta. Y, aquel día, Pájaro Travieso no pensaba en otra cosa.

Llevaba enferma ya más de un mes. El doctor Hadley acababa de decirles que la neumonía se había agravado y que, si no podían hacerla comer, no pasaría de una semana.

Big George estaba sentado al borde de la cama con un cuenco de copos de avena sin tocar, rogándole a la niña que comiese.

—Por favor, ¿no vas a comer un poquitín por papá? Sólo un poquitín por papá, peque. ¿Qué quieres, nenita? ¿Quieres que te traiga un gatito?

Pájaro Travieso tenía seis años y sólo pesaba doce quilos; y estaba allí en la cama, decaída, con los ojos vidriosos y meneando la cabeza.

—¿Quieres que mamá te traiga unas galletas? —dijo Onzell—. ¿Unas galletas con miel, cariño?

—No, mami.

—Miss Ruth y Miss Idgie están aquí. Te han traído dulce de caramelo... ¿No vas a comer un poquito?

La pequeña volvió la cabeza hacia la pared, que estaba cubierta con fotografías de revistas y farfulló algo.

Onzell se inclinó hacia ella.

—¿Qué, pequeña? ¿Has dicho que sí quieres galletas?

—Quiero ver a *Miss Fancy* —dijo Pájaro Travieso, desmayadamente.

Onzell ladeó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Ve lo que decía, Miss Ruth? Se le ha metido en la cabeza que quiere ver a esa elefanta, y no hay nada que hacer. No comerá hasta que la vea.

Idgie y Big George salieron al porche y se sentaron en unas descoloridas sillas de tubo pintadas de verde. Él miraba hacia el patio.

—No puedo dejar que mi niña muera por no ver a la elefanta, Miss Idgie.

—Pero ya sabes, George, que no puedes ir a Avondale Park; justo la otra noche tuvieron allí una reunión los del Ku Klux Klan. En cuanto te viesen asomar por la entrada, te volarían la cabeza.

Big George reflexionó un instante.

—Pues van a tener que matarme, porque se trata de mi hija, y antes prefiero ir a la tumba que permitir que le pase nada.

Idgie comprendió que hablaba en serio.

Aquel gigantón de más de dos metros, que podía cargarse un cerdo a la espalda como si fuese un saco de patatas, tenía tal debilidad por la pequeña que salía de la casa, para no verlo, siempre que Onzell tenía que darle una azotaina a la niña. Y al regresar a casa por la noche, era Pájaro Travieso quien se daba una carrera, trepaba por él como si fuese un árbol y se le colgaba del cuello. La niña no tenía más que mover un dedo para llevarlo de retortero.

Aquel año, Big George había ido a Birmingham en el tranvía a comprarle un inmaculado vestido blanco para Pascua, con zapatos haciendo juego. El Domingo de Resurrección por la mañana, Onzell había conseguido que Pájaro Travieso se dejase peinar bien, recogiéndole el pelo en trencitas que le sujetó con una cinta blanca. Al verla Sipsey con aquel vestido tan blanco se había echado a reír diciendo que parecía una mosca en una lechera. Pero a Big George no le importaba que fuese negra como el carbón y tuviese el pelo ensortijado. La llevó a la iglesia y se la sentó en las rodillas como si fuese una princesa.

Así que, cuanto más se agravaba la enfermedad de Pájaro Travieso, más preocupada estaba Idgie por Big George y por lo que pudiese hacer.

Dos días después, el frío y la humedad eran muy intensos, tras un fuerte aguacero. Muñón iba de camino a casa desde el colegio, siguiendo la vía del tren, oliendo las densas humaredas de los húmedos troncos de pino que quemaban en las casas de por allí. Llevaba unos pantalones de pana y una chaqueta de piel ya algo raídos. Se le había metido el frío hasta en los huesos.

Al llegar a casa, fue a sentarse junto a la estufa de leña de la parte de atrás del café. Le ardían las orejas, pero empezaron a descongelarse mientras escuchaba a su madre.

—Pero, cariño, ¿por qué no te has puesto el gorro?

—Lo olvidé.

—No querrás caer enfermo, ¿verdad?

—No, mamá.

Muñón se alegró al ver entrar a Idgie, que fue al armario a coger su abrigo y le preguntó si quería ir con ellos en el coche a Birmingham, a Avondale Park, con ella y Smokey.

—¡Sí! —exclamó él dando un brinco.

—Entonces, vamos.

—Un momento —dijo Ruth—. ¿Tienes que hacer deberes?

—Pero pocos.

—¿Prometes hacerlos cuando vuelvas, si te dejo ir? —insistió Ruth.

—Sí, mamá.

—Porque vais a volver en seguida, ¿no, Idgie?

—Pues claro. Solamente voy a hablar con una persona.

—De acuerdo, entonces. Pero tú, Muñón, ponte el gorro.

—Adiós, mamá —dijo Muñón, corriendo hacia la puerta.

Ruth le dio a Idgie el gorro de Muñón.

—Procurad volver antes de que oscurezca —le dijo.

—Volveremos en seguida. No te preocupes.

Subieron todos al coche y enfilaron hacia Birmingham.

A medianoche, Ruth, que para entonces estaba ya fuera de sí, recibió una llamada telefónica de Smokey diciéndole que no se preocupase, que estaban bien. Y colgó antes de que Ruth pudiese preguntarle dónde estaban.

A las seis menos cuarto de la mañana, Ruth y Sipsey estaban en la cocina preparándolo todo para los desayunos. Onzell se había quedado en casa con Pájaro Travieso, que había empeorado. Ruth estaba hecha un manojo de nervios, preocupada por Muñón, por Idgie y por Smokey, porque aún no habían regresado.

—Ya volverá —dijo Sipsey—. Es su manera de hacer las cosas; siempre atolondrada. Pero ya sabes cómo cuida del niño; estando con ella puedes estar tranquila.

Una hora después, mientras Grady Kilgore y otros parroquianos tomaban el café, oyeron bocinazos afuera. Luego oyeron un lejano tintineo de cascabeles navideños, cada vez más fuerte. Se asomaron todos a la ventana y se quedaron estupefactos.

En la puerta de al lado, en la peluquería, Opal, que acababa de echar en la cabeza de su clienta de las seis y media una tacita de champú Palmolive de color verde brillante, se asomó también a la ventana, y soltó tal grito que a la pobre Biddie Louise Otis le pegó un susto de muerte.

Miss Fancy, de tiros largos, con pulseras de piel en los tobillos, cascabeles y un brillante penacho de color púrpura, pasaba tan campante frente al café, levantando la trompa y muy a gusto de andar por allí, cruzando ya las vías hacia Troutville.

Cuando Sipsey salió de la cocina y vio pasar a aquel enorme animal por delante de la ventana, fue a meterse en el lavabo de señoras y se cerró por dentro. Al cabo de un instante, Muñón irrumpió en el café.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ven! —le gritó a Ruth, tirándole de la mano y saliendo con ella corriendo.

Conforme *Miss Fancy* iba contoneándose por los embarrados caminos de Troutville, empezaron a abrirse las puertas de par en par y el aire se llenó de los jubilosos gritos de los niños. Sus atónitos padres, muchos de ellos todavía en pijama o camisón y sin peinar, se quedaron sin habla.

J. W. Moldwater, que era el domador de *Miss Fancy,* iba caminando a su lado. Se las había tenido con un *whiskey* peleón la noche anterior y le habían desplumado en una timba. Así que rezaba por que los críos, que iban corriendo a su lado, saltando como monos y soltando unos chillidos que lo estaban dejando sordo, se tranquilizasen.

—¿Dónde vive la pequeña? —le dijo a Idgie, que iba a su lado.

—Sígame a mí.

Onzell, que aún no se había quitado el delantal, salió corriendo de la casa llamando a Big George a gritos. Él asomó por un lado de la casa con un hacha, con la que había estado cortando leña, y se paró allí en seco, sin poder dar crédito a sus ojos. Entonces miró a Idgie.

—Gracias, Miss Idgie. Gracias —le susurró.

Dejó el hacha colgada de un gancho que había en la pared de la casa y entró. Con mucho cuidado, envolvió a la pequeña en una colcha.

—Acaba de llegar alguien que ha venido a verte desde Birmingham, chiquita...

Y la sacó al porche.

Al verlos salir, J. W. Moldwater le dio unos toquecitos con la vara a su arrugada amiga y aquella veterana del circo se pingó sobre sus patas traseras y saludó a Pájaro Travieso con un sonoro berrido.

A Pájaro Travieso se le iluminaron los ojos, maravillada ante lo que estaba viendo en su patio.

—¡Oooh! Es *Miss Fancy,* papá... Es *Miss Fancy.*

Ruth posó su brazo en el de Onzell y se quedaron mirando al domador que, seguido por muchos vecinos, conducía a la elefanta hacia el borde del porche. Entonces le dio a Pájaro Travieso una bolsita de cacahuetes, de cinco centavos, y le dijo que se los podía dar a la elefanta si quería.

A todo lo que se atrevió Willie Boy fue a mirar desde la ventana. El resto de la chiquillería también se mantuvo a distancia de aquel enorme y gris animal grande como una casa. Pero Pájaro Travieso no le tuvo miedo y le dio los cacahuetes uno a uno, mientras le hablaba a *Miss Fancy* como si fuese una vieja amiga, preguntándole cuántos años tenía y en qué curso estaba. *Miss Fancy* parpadeaba y parecía estar escuchándola. Iba cogiendo los cacahuetes que le daba la niña, uno a uno, con tanta suavidad como una enguantada dama sacando una moneda del bolso.

Veinte minutos después, Pájaro Travieso se despidió de la elefanta y J. W. Moldwater emprendió el largo camino de regreso a Birmingham. Juró no volver a tomar un trago ni meterse a jugar toda la noche en una timba al póquer con extraños.

Nada más volver a entrar en la casa, Pájaro Travieso se comió tres galletas con miel.

VALDOSTA

(GEORGIA)

15 DE SETIEMBRE DE 1924

Dos semanas después de que Ruth Jamison se marchase para volver a su casa y casarse, Idgie fue en el coche a Valdosta y aparcó en la calle principal, frente a la Redacción del periódico, junto a la barbería. Más o menos una hora después, bajó, cruzó la calle y fue a la tienda de comestibles de la esquina. Se parecía mucho a la de su padre, sólo que más grande, con suelo de madera y techo muy alto.

Estuvo curioseando, mirándolo todo. Al poco, un hombre medio calvo que llevaba un delantal blanco se le acercó.

—¿En qué puedo servirla? ¿Qué va a ser?

Idgie le dijo que quería unas galletitas saladas y un par de trozos de queso del que tenía en el mostrador.

—¿Sabe si está hoy en la ciudad Frank Bennett? —le dijo mientras le cortaba el queso.

—¿Quién?

—Frank Bennett.

—Ah, Frank. No, sólo suele aparecer por aquí los miércoles para ir al Banco, y a veces va a cortarse el pelo a la barbería de enfrente. ¿Por qué? ¿Quería usted verle?

—No, ni siquiera le conozco. Sólo tenía curiosidad por saber qué aspecto tiene.

—¿Quién?

—Frank Bennett.

El tendero le dio las galletitas y el queso.

—¿Quiere alguna bebida para acompañar?

—No, está bien así.

El tendero le cobró.

—¿Que qué aspecto tiene, decía usted? Pues verá... No sabría decirle; corriente, me parece a mí. Es alto y fuerte... pelo negro, ojos azules... bueno, un ojo es de vidrio.

—¿Un ojo de vidrio?

—Sí. Lo perdió en la guerra. Por lo demás, diría que es buen mozo.

—¿Qué edad tiene?

—Pues, debe de tener de treinta y cuatro a treinta y cinco años, algo así. Su padre le dejó ochocientas hectáreas a casi veinte quilómetros al sur de la ciudad; así que no viene mucho por aquí.

—Y, ¿qué tal es? Quiero decir... ¿se le aprecia?

—¿A Frank? Bueno, pues yo diría que sí... ¿Por qué lo pregunta?

—Tenía curiosidad. Mi prima es su prometida y sentía curiosidad.

—¿Es usted prima de Ruth? Ah, vaya, ésa sí que es una buena persona. A ella se la aprecia mucho. Conozco a Ruth Jamison desde que era una niña. Siempre tan educada... Es profesora de mi nieta en Catequesis. ¿Ha venido usted a visitarla?

—Creo que sí, que me vendrá bien algo de beber con las galletitas —dijo Idgie desviando la conversación.

—Ya me parecía a mí. ¿Qué le doy? ¿Leche?

—No, la leche no me gusta.

—¿Un refresco?

—¿Tiene de fresa?

—Claro.

—Pues déme uno.

Él abrió la caja de los refrescos.

—Todos nos alegramos mucho de que Ruth vaya a casarse con Frank. Ella y su madre lo han pasado muy mal desde que su padre murió. El año pasado, algunos de la iglesia tratamos de ayudarla un poco; pero ella no aceptaría nunca un centavo. Orgullo... Pero, ¡bah!, no creo que le esté diciendo nada nuevo. ¿Va a estar en su casa?

—No, aún no he pasado a verlas.

—Sabe dónde está la casa, ¿no? Sólo dos manzanas más abajo. La acompaño si quiere. ¿Saben que llegaba usted?

—No, no es necesario. Y, le diré la verdad: sería mejor que ellas no supiesen que he estado aquí. Voy de paso, por trabajo. Soy vendedora de la casa de perfumes Rosebud.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y aún tengo que hacer varias visitas antes de regresar a casa; así que tendré que irme ya... Sólo quería asegurarme de que Frank Bennett era como es debido, pero no quiero que ella sepa que la familia estaba preocupada. Podría sentarle mal. Cuando vuelva a casa le diré a su tía y a su tío, o sea, mi madre y mi padre, que no hay por qué preocuparse, y lo más probable es que vengamos todos a la boda. Seguro que le sentaría mal saber que me he metido en averiguaciones. Así que me vuelvo a casa, y muchas gracias.

El tendero se quedó mirando fijamente a la extraña joven del mono de ferroviario mientras salía de la tienda.

—¡Eh! —le gritó—, ¡que no se ha terminado el refresco!

EL CORREO DE
VALDOSTA

2 DE NOVIEMBRE DE 1924

ENLACE BENNETT-JAMISON

El domingo, Miss Ruth Anne Jamison contrajo nupcias con Mr. Frank Corley Bennett, y ofició la ceremonia el reverendo James Dodds. La novia llevaba un vestido blanco de encaje y un ramo de rosas de pitiminí. El padrino fue el hermano del novio, Gerald Bennett.

La novia es hija de Mrs. Elizabeth Jamison y del reverendo Charles Jamison, que en gloria esté. La ya señora de Bennett hizo el bachillerato en el Instituto de Valdosta con altas calificaciones, asistió al Seminario Baptista Femenino de Augusta y es conocida y respetada por su labor en pro de la Iglesia en esta zona. El novio, Mr. Frank Corley Bennett, hizo también el bachillerato en el Instituto de Valdosta y sirvió cuatro años en el Ejército, siendo herido y condecorado.

Después de pasar dos semanas de luna de miel en Tallulah Falls (Georgia), el matrimonio residirá en la casa familiar del novio, 17 km al sur de la ciudad.

Mrs. Ruth Bennett seguirá dando las clases de Catequesis cuando regrese.

VALDOSTA

(GEORGIA)

1 DE NOVIEMBRE DE 1924

Era la mañana de la boda de Ruth. Idgie le había pedido el coche a Julián y lo había aparcado frente a la capilla de la Iglesia Baptista Morning Dove a las siete de la mañana. Cuatro horas después, vio a Ruth y a su madre entrar por la puerta lateral de la capilla. Ruth estaba tan bonita como Idgie había imaginado, con su traje de novia. Luego, vio llegar a Frank Bennett y a su hermano. Permaneció sentada allí en el coche, viendo cómo iban llegando los invitados, uno a uno, hasta que la capilla estuvo llena. Cuando el ujier, que llevaba guantes blancos, cerró las puertas, se le cayó el alma a los pies. Oyó el órgano desgranando las notas de la *Marcha Nupcial* y se sintió muy mal.

Idgie llevaba una botella de un horrible *whiskey* que había estado bebiendo desde las seis de la mañana; y, justo antes de que la novia dijese «sí quiero», todos los que llenaban la capilla se preguntaron quién debía de ser la persona que daba aquellos bocinazos.

Al cabo de un minuto, Idgie oyó que el órgano empezaba a sonar de nuevo y, de pronto, las puertas de la capilla se abrieron de par en par y Ruth y Frank bajaron por la escalinata, riendo, entre los jubilosos gritos de la gente que les lanzaba arroz Se metieron en seguida en el coche que les aguardaba y se alejaron.

Idgie tocó otra vez la bocina. Ruth volvió la cabeza, justo al doblar la esquina, pero demasiado tarde para ver de quién se trataba.

Idgie volvió entonces a casa con el coche de Julian.

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

30 DE MARZO DE 1986

El Domingo de Resurrección por la mañana, Ed Couch fue con Evelyn a recoger a su madre a la Residencia para que se pasase el día con ellos. Evelyn quería invitar a Mrs. Threadgoode, pero Ed le dijo que su madre podría enfadarse; y por nada del mundo quería que se enfadase, no fuese a ser que no quisiera volver a la Residencia. Así que Evelyn tuvo que preparar toda una comilona sólo para tres; y, después de cenar, Ed y su madre se metieron en la salita a ver la televisión.

Evelyn había pensado volver en el coche a la Residencia con ellos para así poder, por lo menos, saludar a Mrs. Threadgoode, pero su hijo le puso una conferencia justo cuando ya salían por la puerta y tuvo que entretenerse en el teléfono. Su suegra, que no había hecho más que lamentarse durante toda la cena respecto de cómo detestaba Rose Terrace, se había puesto ya el abrigo, dispuesta a marcharse, y Evelyn le dijo a Ed que la acompañase él solo.

En definitiva, pasaron dos semanas sin que Evelyn viera a su amiga y, al ir de nuevo a la Residencia, se llevó una sorpresa...

—Fui a la peluquería a que me pusiesen guapa para el Domingo de Resurrección. ¿Te gusta?

Evelyn no sabía qué decir, porque era evidente que alguien le había teñido el pelo a Mrs. Threadgoode de un brillante color púrpura.

—Sí, ya veo que va de peluquería —se limitó a decir.

—Sí. Siempre me ha gustado estar bien guapa para el Domingo de Resurrección.

—¿Y quién se lo ha hecho, cariño? —le preguntó Evelyn sentándose, como si el aspecto de Mrs. Threadgoode fuese de lo más natural.

—Pues, aunque te parezca mentira —dijo Mrs. Threadgoode—, ha sido una estudiante del Instituto de Belleza de Birmingham. A veces vienen por aquí y nos lo hacen gratis, para hacer prácticas. La mía era una menudita que ponía los cinco sentidos; le di cincuenta centavos de propina. ¿Dónde te van a cobrar cincuenta centavos por lavar y marcar, además de teñir y peinar?

—¿Qué edad tenía la chica? —dijo Evelyn por curiosidad.

—Ah, pues era ya una mujer, sólo que menudita. Tuvo que subirse a un cajón para poder peinarme. Era casi enana. Pero a mí no me importan esas cosas. Me gustan las enanitas... Siempre me pregunto qué habrá sido de aquel enanito que vendía cigarrillos.

—¿Dónde?

—En la radio y en la televisión. Lo vestían de botones y vendía Phillip Morris. ¿Te acuerdas?

—Ah, sí. Ya sé a lo que se refiere.

—Me hacía muchísima gracia. Y me habría encantado que hubiese venido a Whistle Stop para poder sentármelo en las rodillas y jugar con él.

Evelyn había traído huevos pintados, guirlache de maíz y bombones, y le dijo a Mrs. Threadgoode que volverían a celebrar la Pascua aquella semana, ya que no había estado con ella el día que tocaba. A Mrs. Threadgoode le pareció una magnífica idea, y le dijo a Evelyn que el guirlache de maíz le pirraba, y que primero le gustaba ir mordisqueando el grano y dejar el

caramelo para después. Y así empezó a hacerlo, mientras le contaba lo del Domingo de Resurrección.

—No sabes, Evelyn, cómo me hubiese gustado que hubieras estado aquí. Las enfermeras escondieron huevos por todas partes. Nos metimos también huevos en los bolsillos y ocultamos algunos en los dormitorios, y todos los críos de Básica de Woodlan vinieron y se lo pasaron en grande, corriendo arriba y abajo por el pasillo. ¡Fenomenal se lo pasaron! Y no sabes el bien que les hizo a estos pobres ancianos, casi todos ellos muriéndose de ganas de ver chiquillería. Creo que levantaron el ánimo de todos. Los viejos necesitan ver críos de vez en cuando —le susurró Mrs. Threadgoode a Evelyn como haciéndole una confidencia—. Les levanta la moral. Aquí hay ancianas que se pasan todo el día sentadas en su silla de ruedas, y las ves encorvadas y como atontadas... pero basta con que una enfermera les dé una muñeca para que se reincorporen en el asiento la mar de entretenidas. Muchas se hacen la ilusión de que se trata de sus propios hijos. Y, ¿a que no adivinas quién vino también el Domingo de Resurrección?

—¿Quién?

—La chica del tiempo de la televisión... No me acuerdo de cómo se llama, pero es famosa.

—Pues qué bien, ¿no?

—Ya lo creo... pero, ¿a que no sabes qué?

—¿Qué?

—Que entonces caí en la cuenta: jamás pisó Whistle Stop una persona famosa... salvo Franklin Roosevelt y Mr. Pinto, el forajido; pero ahora están muertos, así que no cuentan. La pobre Dot Weems nunca tuvo nada apasionante acerca de lo que escribir.

—¿Y quién era?

Mrs. Threadgoode la miró sorprendida.

—¿No has oído nunca hablar de Franklin Roosevelt?

—Me refiero a Mr. Pinto.

—¿No has oído nunca hablar de Mr. Pinto?

—¿Pinto? ¿Como el caballo pinto?

—Eso es, encanto; aunque, quizás, algo menos *pintoresco.* Seymore Pinto se llamaba. ¡Era un asesino famoso!

—Ah, pues no...

—Pues suerte has tenido, porque era la piel de Barrabás. Me parece que era medio indio, o medio italiano. Pero, fuese lo que fuese, no habrías querido encontrarte con él en un callejón oscuro; ya puedes estar segura.

Mrs. Threadgoode, que ya había dado cuenta del guirlache, mordió un bombón en forma de conejito y se lo quedó mirando.

—Lo siento, amiguito —dijo antes de proseguir—. ¿Sabes, Evelyn? Creo que debo de ser la única en toda la Residencia que celebra dos veces la Pascua. Puede que sea pecado, pero no se lo pienso decir a nadie si tú haces lo mismo.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

28 DE MARZO DE 1940

LLEGA A WHISTLE STOP UN
FAMOSO FORAJIDO

Mr. Pinto, el célebre asesino, llegó a Whistle Stop en el de las 7.45 de Mobile. El tren se detuvo sólo diez minutos, y Muñón Threadgoode y Peggy Hadley le sacaron una fotografía al cadáver; cuando esté revelada, Idgie la pondrá en el café.

Idgie llevó a los *scouts* alevines a Birmingham, a Kiddyland Park, y luego al teatro Five Points a ver *Me fugué del penal*, que les gustó mucho.

Idgie dice que tiene una auténtica cabeza reducida de los cazadores de cabezas de América del Sur, y que la ha puesto en la barra del café para que todos la puedan ver.

¿Hay alguien que conozca algún remedio para no roncar? Si hay alguien, que venga a casa, porque mi otra mitad acabará volviéndome loca. Terminaré echándole a dormir con los perros. Uno de ellos ronca igual que él. El otro día le dije que debe de ser cosa de familia. Ja, ja.

Han vuelto a aumentar la recompensa por la captura de Bill el del Ferrocarril. Incluso de Wilbur podría sospechar yo, pero es demasiado perezoso para levantarse a medianoche.

El Club de los Alces ha nombrado al hijo del reverendo Scroggins y señora, Bobby, Joven del Año, y nos consta que están muy orgullosos.

DOT WEEMS

P. D. Mi otra mitad regresó de la excursión de pesca organizada por el Club del Hinojo totalmente de vacío y con el trasero hecho un mapa de arañazos de ortigas. Dice que la culpa ha sido de Idgie, que le dijo que se sentase allí. Ruth dice que también Idgie tiene un mapa en el mismo sitio.

WHISTLE STOP

(ALABAMA)

25 DE MARZO DE 1940

Muñón apagó todas las luces del dormitorio de la parte de atrás y estaba echado en el suelo junto al aparato de radio, escuchando *La sombra.* Contemplaba el anillo que había comprado por correo; cómo brillaba en la oscuridad, y paseaba la mano de un lado a otro, fascinado por aquel verde resplandor que parecía cosa de magia.

Él locutor decía con su profunda voz: «De la semilla del delito... brotan amargos frutos... el delito tiene malas consecuencias... Luego seguía una sardónica carcajada: Ja, ja, ja».

Justo en aquel momento, llegó Idgie del café. Entró y encendió todas las luces, dándole un tremendo susto.

—¿A que no sabes qué, Muñón? Me acaba de decir Grady que Mr. Pinto pasará por aquí por la mañana, en el de las siete y cuarto, de camino al cementerio; y cambiarán de vagones en la cochera.

Muñón se levantó de un salto, con el corazón aún acelerado.

—¿Mr. Pinto? ¿El auténtico Mr. Pinto?

—Sí. Dice Grady que sólo estará aquí unos minutos, lo justo para cambiarlo de tren. Iría contigo, pero tengo que llevar a tu madre en el coche a Birmingham para no sé qué de la iglesia. Pero si quieres verlo, dice Grady que tendrías que estar allí a las seis y media, y que no se lo digas a nadie, porque entonces se presentaría toda la ciudad.

—No, no se lo diré a nadie, descuida.

—Y, ¡ah!, Muñón, por el amor de Dios, no vayas a decirle a tu madre que te lo he dicho.

—De acuerdo.

Como a Muñón le habían regalado una cámara Brownie para su cumpleaños, le preguntó a Idgie si podía sacarle una fotografía a Mr. Pinto.

—No verás más que el féretro, pero si quieres sacarle una fotografía, creo que no habrá inconveniente. Pregúntaselo primero a Grady, ¿entendido?

—Sí.

Muñón corrió a casa de Peggy para impresionarla con su privilegiada información sobre Mr. Pinto, a quien habían atrapado después de un largo y duro tiroteo en una cabaña en el norte de Alabama. Tres policías habían resultado heridos. Le habían detenido con su amiga, conocida como Hazel *la Asesina de los Cabellos de Fuego y el Corazón de Acero,* que había puesto personalmente fuera de combate a un servidor de la ley en Baldwin County. Tras ser condenado a muerte, los titulares de todos los periódicos de Alabama dijeron: «MR. PINTO TENDRÁ QUE SENTARSE EN EL SILLÓN DE LA MADRASTRA».

Así le llamaban a la enorme silla eléctrica del Penal de Folsom, que se había cobrado cientos de vidas a lo largo de los años. Pero aquélla era una ocasión especial.

Al entrar Muñón en la casa, el doctor Hadley estaba sentado en el balancín del porche y le dijo a Muñón que Peggy estaba dentro, ayudando a su madre a fregar los platos. Así que fue a esperarla a la parte de atrás.

Cuando Peggy salió, Muñón le contó la noticia, y la impresionó mucho, tal como él esperaba. Entonces le dio las instrucciones.

—Por la mañana, estaré junto a ese árbol y haré esta señal...

E imitó el silbido de la perdiz, tres veces.

—Cuando me oigas, sales. Pero estáte lista a las cinco en punto, porque quiero que lleguemos con tiempo, no vaya a ser que el tren se adelante.

A la mañana siguiente, Peggy estaba ya vestida y esperándole afuera cuando él apareció junto al árbol, algo que le molestó porque hubiese preferido que ella acudiese al oír cómo imitaba a la perdiz. Había sacado la idea de un libro que estaba leyendo: *El misterioso asesinato de los gorriones parlantes.* Además, había estado despierto toda la noche practicando el silbido de la perdiz; es decir, hasta que Idgie le dijo que o se callaba o lo mataba.

Aquello fue lo primero que salió mal en su plan. Lo segundo fue que el tren llegó con una hora de retraso, de manera que tuvieron que aguardar en la estación durante tres horas.

Muñón había cargado y descargado la cámara cien veces, sólo para asegurarse de que funcionaba bien.

Al cabo de otra media hora, llegó por fin aquel enorme tren negro, que se detuvo en la estación con gran estrépito. Grady y cuatro empleados del ferrocarril salieron de la garita del guardagujas, abrieron el furgón y sacaron el féretro de blanca madera de pino en el que viajaba Mr. Pinto por cuenta del Estado. El tren arrancó dejando el féretro en el andén, mientras los empleados del ferrocarril traían otro, y Grady se quedó allí vigilando, dándose pisto con su camisa, sus pantalones color caqui y su pistolera de piel al cinto.

Vio a Muñón y a Peggy venir corriendo hacia él por el andén y, dándole al féretro con la puntera de la bota, les gritó.

—¡Eh, niños! Aquí lo tenéis, tal como le dije a Idgie... Mr. Seymore Pinto, un buen fiambre, muerto por *vivo.*

Muñón empezó a fotografiarlo desde todos los ángulos imaginables mientras Grady les hablaba de cuando había sido carcelero en la prisión de Kilbey, en Atmore (Alabama).

Peggy, que se encargaba de ir dándole a Muñón un carrete tras otro, le preguntó a Grady si había visto alguna vez asesinos de verdad.

—Claro, muchísimos. Incluso tuvimos a un par trabajando para mí y para Gladys en casa, cuando vivíamos en Atmore.

—¿Que tuvieron asesinos de verdad trabajando en su casa?

Grady la miró sorprendido.

—Pues claro. ¿Por qué no? Hay muy buenas personas que son asesinos —dijo quitándose el sombrero y con una expresión totalmente sincera—. Sí señor. No daría un paso por ayudar a un ladrón. En cambio, un asesino lo es sólo una vez, casi siempre por alguna mujer, y no reincide. Pero un ladrón sigue siendo un ladrón hasta el fin de sus días.

Muñón iba ya por el segundo carrete, y Grady seguía hablándole a Peggy, que estaba fascinada.

—Así que, como te lo digo: no me preocupan los asesinos. La mayoría de ellos son gente educada y agradable, por lo general.

A Muñón, que seguía sacando fotos, se le ocurrió una pregunta.

—¿Y ha visto electrocutar a alguno, Grady?

—Pues, unos trescientos —dijo Grady riendo—. Y, ¡vaya si es digno de ver! Antes de sentarse en el Sillón de la Madrastra, los pelan al cero y les dejan el cuerpo como si fuesen bebés. Entonces empapan unas esponjas en agua fría con sal y se las ponen dentro del casco.

»El agua conduce la electricidad más deprisa. Al último al que vi freír tuvieron que electrocutarlo siete veces. Toda la gente de Atmore se enfadó mucho, porque afectó al tendido eléctrico y provocó interferencias en el programa de radio que estaban escuchando. Y, al final, el médico tuvo que clavarle una aguja en el corazón para asegurarse de que aquel negro estaba muerto...

Grady se interrumpió y miró su reloj.

—¿Por qué diablos tardan tanto? Será mejor que vaya a ver qué están haciendo —añadió, dejándolos solos con el féretro.

Muñón no perdió el tiempo.

—Ayúdame a levantar la tapa; quiero sacar una fotografía de su cara.

—No hagas bromas con eso —dijo Peggy horrorizada—, ¡que es un muerto! ¡Hay que respetar a los muertos!

—No, que es un criminal, y no cuenta. Si no quieres mirar, apártate.

Muñón se aplicó a levantar la tapa mientras Peggy iba a esconderse detrás de un poste.

—Te la vas a ganar —le dijo.

Cuando hubo levantado la tapa, Muñón se quedó mirando fijamente al interior del féretro.

—Ven —dijo.

—No, que tengo miedo.

—Ven aquí. No verás nada, está tapado con una sábana.

Peggy se acercó y se asomó medrosamente a mirar el cuerpo, que efectivamente estaba cubierto con una sábana.

—Tienes que ayudarme —dijo Muñón muy nervioso, por temor a no tener tiempo—. Quiero que retires la sábana para que pueda hacerle la foto.

—No, Muñón, que no quiero verlo.

La verdad es que Muñón tampoco tenía mucho interés en verle la cara a Mr. Pinto, pero estaba decidido a sacarle una foto como fuese.

Y, de repente, se le ocurrió una idea para hacerlo sin que ni él ni ella tuviesen que mirar. Le tendió la cámara a Peggy.

—Ya verás —le dijo—. Tú enfoca la cámara a su cabeza y yo contaré hasta tres. Tú cierras los ojos y yo contaré hasta tres: retiro la sábana, disparas, lo vuelvo a tapar y no habrás tenido que verlo. Anda, por favor, que Grady va a volver en seguida...

—No, que tengo miedo.

—Por favor... Eres la única persona en toda la ciudad a quien le he dicho que iba a estar aquí.

—Bueno, de acuerdo —dijo Peggy a regañadientes—, pero no se te ocurra retirar la sábana hasta que haya cerrado los ojos. ¿De verdad me lo prometes, Muñón?

Muñón hizo el signo de prometer que hacían los *boy scouts*, cruzando ambos índices y besándolos.

—Te lo prometo. Pero date prisa.

Peggy enfocó la cámara, que le temblaba en las manos, hacia la cabeza cubierta por la sábana.

—¿Lista?

—Sí.

—Bien. Ahora cierra los ojos y cuando diga tres, disparas y no mires hasta que yo te lo diga.

Peggy disparó al oír la orden, tal como habían planeado, justo en el instante en que Grady aparecía por detrás.

—¡EH! ¡PERO QUÉ ESTÁIS HACIENDO, NIÑOS! —les gritó.

Ambos abrieron los ojos sobresaltados y vieron la cara de Mr. Seymore Pinto, todavía caliente después de sentarse en el Sillón de la Madrastra.

Peggy soltó un chillido, dejó caer la cámara dentro del féretro y salió corriendo hacia un lado; Muñón chilló igual que una niña y salió corriendo hacia el otro lado.

Mr. Pinto estaba allí, achicharrado, con la boca y los ojos muy abiertos y con la carne de gallina.

Luego, por la tarde, Peggy se quedó en la cama, tapada hasta las orejas, con la cara de Mr. Pinto, que aún no se le había *despintado;* y Muñón sentado en el cuarto de atrás, dentro del armario, con su cinturón fosforescente de *ranger* y todavía temblando, convencido de que no podría olvidar la cara de aquel hombre mientras viviese.

Grady llegó al café sobre las seis de la tarde, a devolverle la cámara a Muñón.

—No os lo vais a creer —dijo riendo—, pero le han hecho una foto en todos los morros a ese desgraciado.

Ruth se quedó de piedra. Smokey dirigió la mirada a su taza de café conteniéndose para no salir dando un portazo; y la pobre Idgie, que en aquel momento iba a sacarle un zumo de uva por la puerta trasera a su amigo Ocie Smith, se lo derramó todo por encima, del ataque de risa que le dio.

VALDOSTA
(GEORGIA)

30 DE SETIEMBRE DE 1924

Cuando Frank Bennett era pequeño adoraba a su madre, hasta el punto de ganarse la animosidad de su padre, un bestia que, por menos de un pitillo, le tiraba de la silla de un guantazo o escaleras abajo de una patada. Su madre era la única que le había dado cariño y ternura en su infancia y la quería con todo su corazón.

Al volver a casa un día, después de salir del colegio un poco antes de lo habitual, pretextando una indisposición, y encontrar a su madre y al hermano de su padre yaciendo en el suelo de la cocina, todo aquel amor se transformó en odio en cuestión de segundos y salió corriendo de allí, gritando. Aquellos segundos le produjeron una herida que nunca cicatrizaría.

A los treinta y cuatro años, Frank Bennett era un hombre vanidoso. Llevaba siempre zapatos de charol exageradamente brillantes, el pelo siempre muy bien cepillado, trajes impecables, y era uno de los pocos hombres que se hacía la manicura en la barbería todas las semanas.

A Frank Bennett podía considerársele un *dandy*. También se le podía considerar un hombre guapo, al estilo de esos irlandeses morenos, con un poblado pelo negro y los ojos de color azul grisáceo; y, aunque uno fuese de vidrio, el otro era frío y brillante, con lo que resultaba difícil saber cuál era el de verdad.

Pero, por encima de todo, se caracterizaba por ser uno de esos hombres que consigue lo que quiere; y se había propuesto conseguir a Ruth Jamison. Se había pasado por las armas prácticamente a todas las chicas de su entorno, incluyendo —y preferentemente, habría que decir— a las jovencitas negras, a las que violaba mientras sus amigos las sujetaban. Pero, una vez las poseía, ya no quería saber nada de ellas.

Había una mujer rubia, que por entonces vivía en las afueras de la ciudad, que tenía una hija que se parecía mucho a él, pero después de que él le hubo puesto a la madre los ojos a la funerala y amenazase a su hija, ella ya no volvió a plantearle ninguna exigencia. Estaba claro que no tenía mucho interés por las mujeres una vez utilizadas; sobre todo si había sido él el usuario.

Sin embargo, en la ciudad tenía reputación de persona intachable y decidió que le convenía traer hijos al mundo para perpetuar el apellido Bennett; un apellido que no significaba nada para nadie, salvo en tanto que asociado a la propiedad de una considerable extensión de tierra al sur de la ciudad.

Ruth era joven, bonita, virgen y necesitada de hacerse con un futuro para ella y para su madre. ¿Qué mejor partido? Ruth no pudo evitar sentirse halagada. No cabía duda de que Frank era el mejor partido de su entorno, la cortejaba como un caballero y mostraba gran deferencia hacia su madre.

Ruth había llegado a creer que aquel hombre tan guapo la quería y que ella acabaría por quererlo también.

Pero cómo iba ella a saber que aquellos elegantes ternos y aquellos relucientes zapatos ocultaban una amargura que había ido corroyendo a Frank Bennett durante todos aquellos años...

Desde luego, no había pasado por la cabeza de ninguno de sus convecinos: era algo impensable. La noche de la despedida de soltero de Frank, él y un grupo de amigotes pararon en un bar a tomar unas copas, de paso hacia una cabaña donde les aguardaban tres putas de Atlanta que habían contratado para pasar la noche.

Un viejo mendigo, que merodeaba por allí, había entrado en el bar y estaba observando al grupo desde el fondo del local. Frank hizo lo que hacía con todos los extraños: se acercó al

mendigo, que resultaba evidente que necesitaba una copa, y le dio una palmada en el hombro: «A ver, viejo, si adivinas cuál de mis ojos es el de vidrio, te invito a una copa».

Los amigos de Frank se echaron a reír, porque era imposible distinguirlos, pero el viejo le miró y, sin la menor vacilación, dijo que el izquierdo.

Sus amigos estallaron en carcajadas y, aunque Frank se quedó un poco cortado, rió él también y lanzó una moneda de medio dólar a la barra.

El dependiente se quedó mirando al grupo mientras salía y luego se dirigió al vagabundo.

—¿Qué le pongo?

—*Whiskey*.

Le sirvió el trago y, al cabo de unos instantes, lo miró con fijeza.

—¡Eh, amigo! —le dijo—. ¿Cómo ha adivinado de un vistazo que el ojo de vidrio era el izquierdo?

—Muy sencillo —dijo el vagabundo tras apurar su *whiskey*—. Porque era el único que tenía un mínimo destello de amor al prójimo.

VALDOSTA
(GEORGIA)

28 DE ABRIL DE 1926

Idgie, que tenía entonces diecinueve años, había estado yendo en el coche a Valdosta casi todos los meses durante dos años y medio, sólo para ver a Ruth entrar y salir de la iglesia. Sólo quería asegurarse de que estaba bien. Y Ruth nunca supo de aquellas idas y venidas.

Pero un domingo, inesperadamente, Idgie fue en el coche hasta la casa de Ruth, aparcó en la entrada y llamó con los nudillos. Ni la propia Idgie sabía que iba a presentarse allí.

La madre de Ruth, una mujer de frágil aspecto, salió a abrir sonriente.

—¿Sí?

—¿Está Ruth?

—Está arriba.

—¿Querría usted decirle que está aquí una encantadora de abejas de Alabama?

—¿Quién?

—Dígale que está aquí una amiga de Alabama.

—¿No quiere usted pasar?

—No, de verdad. La espero aquí.

La madre de Ruth se dio la vuelta y llamó a su hija.

—Ruth, aquí hay alguien de no sé qué de las abejas que quiere verte.

—¿Qué?

—Tienes visita en el porche.

Al bajar Ruth, su sorpresa fue enorme. Salió al porche y su amiga Idgie, que trataba de mostrarse desenfadada aunque le sudaban las palmas de las manos y le ardían las orejas, se lo dijo de corrido.

—Mira, no quiero meterme en tu vida. Seguramente eres muy feliz y... pero quería que supieras que no te odio ni te he odiado nunca. Sigo queriendo que vuelvas, y ya no soy una niña; así que no voy a cambiar. Te sigo amando y seguiré queriéndote siempre, sin que me importe lo más mínimo lo que piensen los demás...

Entonces se oyó a Frank desde el dormitorio.

—¿Quién es?

Idgie empezó ya a bajar los escalones del porche.

—Sólo quería que lo supieras... y ya me marcho.

Ruth, que no había acertado a decir una palabra, se la quedó mirando mientras Idgie subía al coche y se alejaba.

Ni un solo día había dejado Ruth de pensar en Idgie.

Frank bajó y salió al porche.

—¿Quién era?

—Una amiga mía que conocí hace tiempo —dijo Ruth, viendo cómo se alejaba el coche, que ya no era más que una motita negra en el camino, y no volvió a entrar en la casa.

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

6 DE ABRIL DE 1986

Mrs. Threadgoode empezó a hablar en cuanto Evelyn asomó por el salón.

—¿Sabes, encanto?, Vesta Adcock está chiflada. Entró esta tarde a las cuatro en nuestro dormitorio, cogió la pantufla en la que Mrs. Otis guarda sus horquillas y soltó: «Y el Señor dijo: "Si el ojo te ofende, arráncatelo"» y, sin más, la tiró por la ventana con horquillas y todo. Y se marchó sin decir palabra.

»Mrs. Otis se enfadó muchísimo. Al cabo de un rato, esa enfermera menudita negra, Geneene, entró con la pantufla de Mrs. Otis.

»La había recogido en el patio y le ha dicho que no se enfadase, que Mrs. Adcock se dedicaba a tirar cosas por la ventana en todos los dormitorios...; que Mrs. Adcock estaba como una cabra y que no había que hacerle caso.

»Ya puedes estar segura de que tengo suerte de tener la cabeza como la tengo; con todo lo que pasa por ahí... sobrevivo, y gracias. Lo único que puedo hacer es vivir lo mejor que sé.

Evelyn le tendió una cajita de cerezas recubiertas de chocolate.

—Oh, gracias, encanto; qué amable eres —dijo Mrs. Threadgoode, probando una cereza mientras barruntaba una pregunta que quería hacerle—. ¿Tú crees que las cabras están de verdad como una cabra, o es sólo que así lo cree la gente?

Evelyn dijo que no tenía ni idea.

—A mí me parece que no es más que una expresión sin sentido, porque yo creo que los animales, cabras incluidas, son listísimos y muy bonitos... ¿no crees?

—¿Qué?

—¿Crees que hay algo más bonito que un insecto?

—Pues no los he mirado tan detenidamente como para asegurarlo.

—Pues yo sí. Albert y yo nos pasábamos horas mirándolos. Cleo tenía una lupa muy grande en su despacho y nosotros cogíamos ciempiés, saltamontes, cucarachas, escarabajos, hormigas..., los metíamos en un frasco y los observábamos. Tienen unas caritas que son una monada y unas expresiones... de ser listos de verdad. Cuando nos cansábamos de mirarlos, salíamos al patio y los dejábamos libres.

»Una vez, Cleo cazó un abejorro y lo metió en un frasco para que lo viésemos; era una preciosidad; digno de ver. A Idgie le gustaban mucho las abejas, pero a mí lo que más me gustaba eran las mariquitas. La mariquita es un insecto afortunado. Cada insecto tiene su personalidad, ¿sabes? Las arañas son algo nerviosas y cascarrabias, de cabecita pequeña. ¡Ah!, y la que siempre me ha encantado es la *mantis religiosa,* que es muy buena creyente.

»Nunca se me ocurriría matar a un insecto; y menos después de haberlos visto, como los he visto yo, tan de cerca. Creo que piensan, igual que hacemos nosotros. Claro que esto tiene su lado malo. Las rosas de Güeldres que rodean mi casa están todas con los tallos roídos y los pétalos carcomidos, igual que mis gardenias. Norris me dijo que, si quería, vendría un día a echar insecticida, pero no tuve valor para decirle que lo hiciera. Y te diré una cosa: aquí, en Rose Terrace, un insecto no sobreviviría. Aquí no se les escapa ni un microbio. Su lema es: no basta con que parezca limpio, tiene que estar limpio. A veces, me siento como si estuviese viviendo en

una de esas bolsas de celofán con que envuelven los sándwiches, como aquellas que usaban en los trenes.

»Pero, lo que es yo, ardo en deseos de volver a casa con mis insectos. Me encantaría ver, lo menos, una hormiga. Y te diré una cosa, encanto, me alegro de estar ya cerca del final y no del principio... *"Que en la heredad de mi Padre hay muchas mansiones y estoy preparado para ir..."*.

»Lo único que pido es que, por favor, quiera Dios librarme de estos suelos de linóleo antes de partir.»

WHISTLE STOP
(ALABAMA)

17 DE OCTUBRE DE 1940

Cuando Vesta Adcock era más joven, alguien le dijo que hablase más fuerte aún de lo que habitualmente lo hacía. Y se lo tomó a pecho. Se la oía a través de las paredes. Aquella menudita sacó un vozarrón que se oía a varias manzanas de distancia.

Comentaba Cleo Threadgoode que era una pena que Earl Adcock pagase la factura del teléfono. Bastaba con que Vesta abriese la puerta para hacerse oír en cualquier casa de la ciudad.

Considerando lo anterior, además del hecho de que ella se había nombrado Presidenta del Club Soy Mejor que Nadie, no era sorprendente que Earl hiciese lo que hizo.

Earl Adcock era un hombre pacífico y honrado, y siempre se había conducido rectamente —uno de esos héroes anónimos de la vida cotidiana, que se había casado con Vesta única y exclusivamente porque ella le había elegido, y él no había querido herir sus sentimientos—. Y con el mismo talante se había dejado llevar mientras Vesta y su futura suegra lo decidían todo sobre la boda, la luna de miel e incluso sobre dónde iban a vivir.

Al nacer su único hijo, el joven Earl, que no tardó en convertirse en un chico blandengue, fofo y mantecoso, con sus ricitos castaños, y que se ponía a chillar llamando a su madre en cuanto su padre se le acercaba, Earl comprendió que había cometido un gran error. Pero hizo lo que creía que tenía que hacer un hombre y un caballero: siguió adelante con el matrimonio y crió a su hijo, que, pese a vivir en la misma casa y llevar su misma sangre, fue siempre un extraño para él.

Earl tenía a su cargo más de doscientos hombres en los Ferrocarriles L & N, donde trabajaba; era muy respetado y sumamente competente. Se había portado como un valiente en la Primera Guerra Mundial, matando a dos alemanes, pero en su casa no pasaba de ser más que otro hijo para Vesta, y ni siquiera el hijo predilecto, sino que además estaba relegado a un segundo plano.

«¡LÍMPIATE LOS ZAPATOS ANTES DE ENTRAR! ¡NO TE SIENTES EN ESA SILLA!»

«PERO... ¡CÓMO TE ATREVES A FUMAR EN MI CASA! ¡SAL AL PORCHE!»

«¡CÓMO TE ATREVES A TRAER ESOS ASQUEROSOS PESCADOS AQUÍ! ¡SÁCALOS AL PATIO Y LÍMPIALOS!»

«¡O TE DESHACES DE ESOS PERROS O COJO EL NIÑO Y ME VOY DE CASA!»

«PERO, POR DIOS, ¿ES QUE NO PIENSAS MÁS QUE EN ESO? ¡LOS HOMBRES NO SOIS MÁS QUE UN HATAJO DE ANIMALES!»

Le elegía los trajes; le elegía los amigos. Y se abalanzaba sobre él, como una fiera, las contadas ocasiones en que intentaba poner firmes al pequeño Earl, hasta que finalmente renunció a ello.

Así que, año tras año, Earl había llevado siempre correctos trajes azul marino; la ayudaba en la cocina; iba a la iglesia; y se había comportado como esposo y padre sin una palabra de queja contra Vesta. Pero, un buen día, su hijo Earl se hizo mayorcito, y su padre se había retirado de su trabajo en la L & N con una buena pensión que, inmediatamente, puso a nombre de Vesta, y con un magnífico reloj de oro que le regaló la empresa. Y, entonces, tan calladamente como había vivido, desapareció de la ciudad sin dejar más que una nota:

> Bueno, se acabó. Me voy, y si no crees que me he ido, ve contando los días que falto. Y cuando oigas que el teléfono no suena, seré yo, que no te estaré llamando. Adiós, vieja, y buena suerte. Cordialmente,

EARL ADCOCK

P. D. No soy sordo.

Vesta le cruzó la cara a su sorprendido hijo Earl y se metió en cama una semana, con paños fríos en la frente mientras, por lo bajo, toda la ciudad vitoreaba a Earl. Si los parabienes hubiesen sido billetes de diez dólares, Earl habría salido de la ciudad millonario.

EL SEMANARIO DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

18 DE OCTUBRE DE 1940

ADVERTENCIA A LAS ESPOSAS

Ya estamos de nuevo en la temporada, y a mi otra mitad ya le está entrando el gusanillo de ir de caza con su pandilla. Ha estado limpiando sus escopetas, jugando con sus viejos perros y, salvo ladrar, haciendo toda clase de animaladas. Así que, prepárense a despedirse de estos muchachos por una temporada. Y ojo, que éstos le tiran a todo lo que se mueva... ¿Recuerdan que el año pasado Jack Butts le hizo un agujero al bote de remo? Dice Idgie que se fueron todos al fondo del lago mientras diez bandadas de patos los sobrevolaban.

Felicitemos a Muñón Threadgoode, por haber ganado el primer premio en el Concurso Científico del colegio con su trabajo «¿Qué es el fríjol?».

El segundo premio fue para Vernon Hadley, con su trabajo «Experimentos con jabón».

Idgie tiene un bote grande de cristal con fríjoles secos en la barra, en el café, y dice que todo el que adivine cuántos fríjoles hay en el bote tendrá un premio.

La fotografía de Mr. Pinto no ha salido como se esperaba; está medio velada.

Dice Ruth que comunique a todos que ha tirado la cabeza reducida, porque a los parroquianos les revolvía el estómago verla mientras comían. De todas maneras, dice Ruth que no era más que una cabeza de goma que Idgie compró en la Magic Shop de Birmingham.

Por cierto, dice mi otra mitad que alguien nos invitó a cenar, pero que no recuerda quién. Así que, quienquiera que fuese, estaremos encantados de ir. No tienen más que llamarme y decírmelo.

DOT WEEMS

P. D. Me insiste Opal en que, por favor, dejen de darle de comer a su gata *Boots.*

VALDOSTA
(GEORGIA)

4 DE AGOSTO DE 1928

Hacía ya dos años que Ruth no veía a Idgie pero, de vez en cuando, Idgie iba a Valdosta, en miércoles, porque ese día era cuando Frank Bennett iba a la ciudad y paraba en la barbería. Idgie solía merodear por la farmacia de Puckett, porque desde allí veía perfectamente la entrada de la barbería y a Frank sentado en el sillón.

Habría dado cualquier cosa por oír lo que decía, pero se conformaba con verlo. Era su único contacto con Ruth, por así decirlo, y, si lo veía a él, quería decir que Ruth seguía allí.

Aquel miércoles, Mrs. Puckett, una viejecita menuda que usaba gafas de montura negra, andaba por allí trajinando, de un lado a otro de la farmacia, disponiéndolo todo como si realmente la vida dependiese de que las cosas estuviesen en su sitio.

Idgie estaba sentada en una silla junto al mostrador, mirando hacia la acera de enfrente, observando.

—Frank Bennett debe de ser muy dicharachero, ¿verdad? Una persona muy simpática, ¿no?

Mrs. Puckett estaba sobre el primer peldaño de una escalera, ordenando unos tarros de crema, de espaldas a Idgie.

—Según para quién.

A Idgie le pareció notar una clara reserva en el tono de su voz.

—¿Qué quiere decir?

—Sólo he dicho que según para quién; nada más —dijo, bajando de la escalera.

—¿Y para usted no?

—Lo que yo opine da igual.

—¿No le parece simpático?

—No he dicho que no me pareciese simpático, ¿no? Supongo que puede resultar bastante simpático.

Mrs. Puckett estaba ordenando entonces unas cajas del mostrador. Idgie se levantó de la silla y se acercó a ella.

—¿Qué ha querido decir con que puede *resultar* bastante simpático? ¿Qué sabe de él? ¿Hay otra cosa detrás de esa simpatía?

—No. Simpatía la ha tenido siempre —dijo, disponiendo las cajas en una hilera—. Simplemente que no me gustan los hombres que pegan a sus esposas.

A Idgie se le encogió el corazón.

—¿Qué quiere decir?

—Pues lo que he dicho.

—¿Y cómo lo sabe?

Mrs. Puckett se aplicaba entonces a disponer en pilas unos estuches de pasta de dientes.

—Pues, porque mi marido ha tenido que ir allí varias veces a llevarle medicinas a la pobrecita. Como se lo digo. Una vez le puso un ojo a la funerala; otra vez la tiró escaleras abajo; y, en una ocasión, llegó a romperle un brazo. Y eso que ella, que es la profesora de Catequesis, es la persona más encantadora que he conocido nunca —dijo Mrs. Puckett, dándoles la vuelta a unos frascos de sales para el hígado—. Ésas son las consecuencias del alcohol; hace que los hombres se comporten como no lo harían normalmente. Mi marido y yo somos abstemios...

Idgie enfiló la puerta sin acabar de oír la última frase de Mrs. Puckett.

El barbero estaba aplicándole al cogote de Frank talco perfumado cuando Idgie irrumpió en la barbería. Estaba furiosa y apoyó su dedo índice en toda la cara de Frank:

—OYE, CAMANDULERO, CARA MICO, TUERTO HIJOPUTA. ¡SI VUELVES A PEGAR A RUTH, TE MATO! ¡HIJOPUTA! ¡TE JURO QUE TE ARRANCO EL CORAZÓN! ¿ME HAS OÍDO BIEN, MÁS QUE HIJOPUTA?

Y, sin más, alargó el brazo y tiró al suelo todo lo que había en la repisa de mármol. Docenas de frascos de champú, tónicos capilares, aceites para el pelo, lociones para después del afeitado y polvos, todo se estrelló contra el suelo. Y, antes de que les diese tiempo a reaccionar, Idgie estaba de nuevo en el coche y salía zumbando de la ciudad.

El barbero se quedó boquiabierto. Había ocurrido todo tan deprisa que ni siquiera había reparado bien en Idgie.

—Ese muchacho debe de estar loco —dijo mirando a la cara de Frank reflejada en el espejo.

En cuanto Idgie volvió a casa, a la cabaña del Club de Pesca Wagon Wheel, le contó a Eva lo sucedido. Todavía seguía muy furiosa, jurando que era capaz de volver y tenérselas con él.

—Lo que puedes conseguir, si vuelves por allí, es que te maten —le dijo Eva después de escucharla atentamente—. No tienes por qué meterte en el matrimonio de nadie; es cosa suya. Entre un hombre y una mujer, cariño, ocurren muchas cosas. No se pueden hacer bromas con eso.

—Pero, ¿por qué sigue con él? ¿Qué le sucede? .—dijo la pobre Idgie muy angustiada.

—No es asunto tuyo. Lo que tienes que hacer, cariño, es olvidarte del tema. Ya es mayorcita y sabe lo que quiere, aunque te cueste aceptarlo. Y tú, en cambio, eres todavía una niña, cariño, y, si ese individuo es tan ruin como dices, podrías salir malparada.

—Tú dirás lo que quieras, Eva, pero a ese hijo-puta un día me lo cargo. Y, si no, al tiempo.

Eva le sirvió otra copa a Idgie.

—De eso ni hablar. Ni vas a matar a nadie ni vas a volver más por allí. ¿Prometido?

Idgie lo prometió. Pero ambas sabían que en vano.

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

27 DE ABRIL DE 1986

Mrs. Threadgoode estaba aquel día muy contenta, porque tenía delante un plato de cartón con pollo frito y ensalada de col, y Evelyn estaba justo en aquel momento al fondo del pasillo con un zumo de uva que había ido a traerle para acompañar.

—Oh, gracias, encanto. Me estás acostumbrando mal, trayéndome todas las semanas cosas tan deliciosas. Ya se lo he dicho a Mrs. Otis, que no podrías ser más cariñosa conmigo si fueses mi propia hija... y te lo agradezco mucho... Nunca tuve hijas... ¿Y a tu suegra también le gusta comer bien?

—Qué va —dijo Evelyn—. También le he traído pollo, pero no lo ha querido. Ni ella ni Ed aprecian la buena comida. Sólo comen para alimentarse. Incomprensible.

Mrs. Threadgoode dijo que, por lo menos a ella, le resultaba en efecto incomprensible.

Evelyn la incitó entonces a que siguiese contándole cosas.

—Así que había dicho usted que Ruth se marchó de Whistle Stop y fue a Valdosta para casarse, ¿no?

—Eso es. Y, ¡uf!, aquello casi mata a Idgie. Le afectó de una manera terrible.

—Ya sé; eso ya me lo contó. Pero lo que me intriga es saber cuándo volvió Ruth a Whistle Stop.

Evelyn se arrellanó en su silla y se dispuso a escuchar mientras se comía el pollo.

—Ah, sí, encanto; recuerdo incluso qué día llegó aquella carta. Debió de ser el año 28 o 29. O quizás el 30. Da igual... Yo estaba en la cocina, con Sipsey, cuando mamá entró corriendo con la carta en la mano. Abrió la puerta trasera llamando a voces a Big George, que estaba en el jardín con Jasper y Artis.

»"¡George, ve en seguida a buscar a Idgie y dile que tiene carta de Ruth!", le gritó. George salió disparado por ella. Y, al cabo de una hora, entraba Idgie por la puerta de la cocina. Mamá, que en aquel momento estaba pelando guisantes, se limitó a señalar hacia la carta que había dejado sobre la mesa, sin decirle una palabra. Idgie la abrió, pero lo más curioso es que no era una carta ni nada parecido.

»Era una página de la versión de la Biblia de King James: Libro de Ruth 1:16-20:

»"Y dijo Ruth: No permitas que te abandone, ni que deje de seguir tus pasos. Pues dondequiera que vayas, iré; dondequiera que mores, moraré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios."

»Idgie se quedó allí inmóvil, leyendo una y otra vez el fragmento, y luego se lo pasó a mamá, preguntándole qué significado le daba ella.

»Mamá lo leyó, lo dejó sobre la mesa y siguió pelando guisantes.

»"Pues, mira, cariño", le dijo al punto, "significa exactamente lo que dice. Creo que lo mejor será que mañana tú, tus hermanos y Big George vayáis allí por ella, ¿no crees? Sabes que nunca podrás vivir con ella si no lo haces. Lo sabes muy bien".

»Y era cierto. Era la única manera.

»Así que, al día siguiente, fueron a Georgia por ella.

»Yo admiraba a Ruth por tener el valor de marcharse así. Hacía falta mucho valor en aquellos tiempos; y no era como ahora, encanto. Por entonces, si te casabas, casada seguías para los restos. Pero ella era mucho más fuerte de lo que la gente creía. Todo el mundo había tratado siempre a Ruth como si fuese una muñequita de porcelana, pero la verdad es que, en muchos aspectos, era mucho más fuerte que Idgie.

—¿Y llegó Ruth a divorciarse?

—Ah, eso no lo sé. Nunca lo pregunté. Siempre pensé que eso era cosa suya. No llegué a conocer a su marido, pero decían que era guapo, a pesar del ojo de vidrio. Ruth me dijo que procedía de una buena familia, pero que trataba muy mal a las mujeres. Me contó que, en su noche de bodas, se emborrachó y la forzó, a pesar de que ella le rogaba que no siguiese.

—Qué horror.

—Ya lo creo. Estuvo tres días sangrando; y, después de aquel trago, nunca pudo disfrutar de su matrimonio. Y, claro, eso hizo que él aún se enfureciese más. Me contó ella que, una vez, la echó escaleras abajo de una patada.

—¡Dios santo!

—Luego empezó a violar a las pobres negritas que trabajaban para él. Me dijo Ruth que una de ellas tenía sólo doce años. Pero, cuando descubrió qué clase de hombre era, ya era demasiado tarde. La madre de Ruth estaba enferma, y no podía marcharse Ruth en esas condiciones. Me contaba que, cuando él volvía por las noches a casa, borracho y como una bestia, a forzarla, ella permanecía inerme rezando y pensando en nosotros para no volverse loca.

—Dicen que no se conoce a un hombre hasta que se vive con él —dijo Evelyn.

—Y es verdad. Sipsey solía decir que no creía en eso de «te conozco, bacalao...»; que no, que había que quitarle el disfraz. Así que lo mejor que ha podido pasarle a Muñón es no llegar a conocer a su padre. Ruth se marchó antes de que él naciese. En realidad, ni siquiera sabía que estaba embarazada en aquel momento. Llevaba ya dos meses con Idgie cuando notó que le había hecho una tripa. Entonces fue al médico, y él le dijo que estaba en estado. Nació en la casa familiar, y era un rubito monísimo, con un poco más de tres quilos y los ojos castaños.

»"¡Mira, Idgie, ha sacado tu pelo!", exclamó mamá al verlo.

»Y era verdad. Era rubísimo. Entonces fue cuando papá Threadgoode se sentó a la mesa con Idgie y le dijo que, ahora que iba a tener la responsabilidad de Ruth y del niño, tenía que ir pensando en hacer algo para su futuro; y le regaló quinientos dólares para que pusiese un negocio. Con eso compró el café.»

Evelyn preguntó si Frank Bennett supo que había tenido un hijo.

—Pues no lo sé.

—¿No volvió a verla después de que ella se marchase de Georgia?

—Pues, no me atrevería a asegurarlo, pero lo que es seguro es que vino a Whistle Stop por lo menos una vez. Y la verdad es que, incluso aquella vez se la pudo haber ahorrado.

—¿Qué quiere decir?

—Pues porque fue entonces cuando lo asesinaron.

—¿Que lo mataron?

—Ya lo creo, encanto. Muerto y bien muerto.

VALDOSTA
(GEORGIA)

18 DE SETIEMBRE DE 1928

Al llegar Ruth aquel verano para casarse, Frank Bennett y su madre fueron a la estación a recibirla. Ruth había olvidado ya lo guapo que era, ¡y qué feliz había hecho a su madre que hubiese pescado un pez tan gordo!

Casi inmediatamente, empezaron a dar fiestas para agasajar a los prometidos, y ella trataba de desechar de sí todo recuerdo de Whistle Stop. Pero, a veces, tanto si estaba rodeada de gente como sola por la noche, la fecha del enlace se borraba de su mente; Idgie acudía de pronto a su pensamiento, y anhelaba tanto verla que, en ocasiones, creía que le faltaba el aire para respirar, de tanto dolor como le producía la añoranza.

Cuando le ocurría esto, rezaba y le rogaba a Dios que apartase de su mente estos pensamientos. Sabía que tenía la obligación de estar en su sitio y de hacer las cosas como es debido. Algún día dejaría de añorar a Idgie. Estaba segura de que Dios la ayudaría... segura de que aquellos sentimientos irían extinguiéndose con el tiempo... de que, con la ayuda de Dios, lo superaría.

Se había metido en el lecho nupcial decidida a comportarse como una esposa buena y cariñosa, dejando a un lado todo lo demás, sin reservas. Por eso le dolió tanto que él la poseyese con tanta violencia... como si quisiera infligirle un castigo. Cuando él hubo terminado, Ruth se quedó allí en la cama y él se levantó y se fue a dormir a la habitación contigua. Y nunca volvió a acercarse a su cama más que para poseerla, y aun eso, la inmensa mayoría de las veces, porque estaba demasiado borracho para ir a la ciudad o le daba pereza salir.

Ruth no podía evitar pensar que quizá hubiese algo en ella que despertara su odio; que, quizá, por más que ella se hubiese esforzado en sofocarlo, Frank notaba que seguía amando a Idgie... algo que se le hubiese escapado... por el tono de su voz, por su tacto. No se explicaba cómo, pero estaba convencida de que él lo había notado, y que por ello la despreciaba. Así que vivió con aquel sentimiento de culpabilidad, resignándose a las palizas y a los insultos por creer que lo merecía.

Entonces, un día, el médico que atendía a su madre salió del dormitorio de ésta.

—Mrs. Bennett —le dijo—, ha empezado a hablar un poquito. Quizá quiera usted entrar un momento.

Ruth pasó a la habitación y se sentó junto a su madre, que llevaba una semana sin hablar.

—Aléjate de él —le susurró mirándola—. Prométemelo, Ruth. Es el mismísimo demonio. He visto a Dios y sé que ese hombre es el demonio. He oído cosas, Ruth... márchate... prométemelo.

Era la primera vez que aquella medrosa mujer decía una palabra en contra de Frank. Ruth asintió con la cabeza y le cogió la mano. Y, por la tarde, el médico cerró los ojos de su madre para siempre.

Ruth lloró sentidamente por su madre y, una hora después, fue arriba, se lavó la cara y puso las señas en el sobre dirigido a Idgie.

Después de cerrar el sobre, se acercó a la ventana y miró al cielo azul. Respiró profundamente el fresco aire y sintió elevarse su corazón como una cometa que un niño acabase de soltar hacia el firmamento.

VALDOSTA
(GEORGIA)

21 DE SETIEMBRE DE 1928

Un coche y un camión se detuvieron frente a la casa. Big George e Idgie iban en el camión; Cleo, Julián y dos amigos, Wilbur Weems y Billy Limeway, iban en el coche, que era del tipo furgoneta.

Ruth, que estaba ya vestida y aguardando desde por la mañana temprano, confiando en que llegasen en seguida, apareció por la puerta.

Big George y los otros bajaron de los vehículos y se quedaron allí en el patio, mientras Idgie iba hacia el porche.

—Estoy lista —le dijo Ruth al verla.

Frank estaba echando una cabezada cuando el ruido de los motores le despertó. Bajó en seguida y reconoció a Idgie a través de la tela metálica de la puerta.

—¿Qué demonios hace usted aquí?

Empujó la puerta violentamente, y se iba ya hacia ella cuando reparó en que en el patio había cinco hombres.

—¿Dónde está tu baúl? —dijo tranquilamente Idgie, que no había apartado los ojos de Ruth.

—Arriba.

—Está arriba —le gritó Idgie a Cleo.

Al ver que cuatro hombres iban hacia él, Frank se dirigió a ellos balbuciente.

—¿Se puede saber qué demonios pasa?

—Pues... que me parece que su esposa lo planta a usted —dijo Julián, que iba el último.

Ruth había subido al camión con Idgie, y ya se iba Frank derecho hacia ellas cuando vio que Big George, que estaba apoyado en el camión, sacaba con toda la calma una navaja del bolsillo. Big George empezó entonces a quitarle el corazón a una manzana que llevaba en la otra mano, tirándolo después por encima del hombro.

Julián gritó entonces desde arriba.

—Yo que usted no pondría nervioso a ese negro. ¡Está loco!

Al poco, el baúl de Ruth estaba en la parte de atrás del camión y enfilaban ya el caminito que conducía a la carretera, antes de que Frank acertase a enterarse de lo que estaba ocurriendo. Pero reaccionó a tiempo de bravuconear delante de Jake Box, uno de sus peones que había presenciado la escena:

—¡Pero no vuelvas, frígida de mierda! —le gritó Frank Bennett a la polvareda que levantaban los vehículos a lo lejos—. ¡So puta! ¡Más que témpano! ¡Putón de mierda!

Y, al día siguiente, Frank Bennett fue a la ciudad y le dijo a todo el mundo que Ruth se había vuelto completamente loca a causa de la pena que le había producido la muerte de su madre; y que había tenido que ingresarla en un manicomio de las afueras de Atlanta.

WHISTLE STOP
(ALABAMA)

21 DE SETIEMBRE DE 1928

Mamá y papá Threadgoode estaban en el porche, aguardando.

Ella y Sipsey habían estado toda la mañana preparando el dormitorio de Ruth y, en aquel momento, Sipsey estaba en la cocina con Ninny, preparando tostadas para la cena.

—Pero escúchame bien, Alice, no vayas a echarte en sus brazos como una loca y nos la asustes. Tienes que estar tranquila y esperar a ver. No hagas que se sienta en la obligación de quedarse. No la presiones.

Mamá Threadgoode jugueteaba con su pañuelo y con un mechón del pelo, clara indicación de que estaba nerviosa.

—No voy a hacer nada de eso, hombre. Sólo le diré lo contentos que estamos de verla... Eso sí puedo decírselo. Que es bien recibida. Porque, que te alegras de verla sí se lo dirás, ¿no?

—Pues claro que sí —dijo papá Threadgoode—. Sólo que no quiero que te hagas demasiadas ilusiones; eso es todo.

Guardó silencio un momento. Pero sólo un momento.

—Claro que... ¿a ti qué te parece? ¿Crees que si quedará, Alice?

—Ruego a Dios por que se quede.

Justo en aquel instante asomaba el camión por la revuelta del camino, con Ruth e Idgie.

—¡Eh! —exclamó papá—. ¡Ahí están! ¡Ninny ¡Sipsey! ¡Que están ahí!

Mamá dio un salto y bajó las escaleras del porche de dos en dos. Y papá detrás.

Al ver a Ruth bajar del coche, y verla tan delgada y demacrada, se olvidaron de sus propósitos la abrazaron y la estrujaron, hablándole los dos a la vez.

—¡Qué contenta estoy de que estés en casa cariño! ¡No volveremos a dejarte marchar nunca más!

—Ya te tenemos preparada la habitación. Y Sipsey y Ninny han estado cocinando toda la mañana.

Mientras subían las escaleras del porche con Ruth, mamá volvió la cabeza y miró a Idgie.

—¡Y a ver si de una vez te comportas, jovencita ¿Entendido?

Idgie se quedó perpleja y, mientras los seguía hacia el interior, iba diciéndose para sus adentros «¡Pero, qué habré hecho yo!».

Después de cenar, Ruth fue al salón con mamá y papá y cerró la puerta. Se sentó frente a ellos con las manos cruzadas sobre el regazo y empezó a hablarles.

—No tengo un centavo. A decir verdad no tengo más que lo puesto. Pero puedo trabajar. Quiero que sepan que nunca volveré a marcharme. No debí marcharme hace cuatro años, bien que lo sé. Pero me esforzaré por compensarla y no volver a herirla. Les doy mi palabra.

Papá Threadgoode, que se sentía muy incómodo ante todo lo que fuese expresar sentimientos, se rebulló en el asiento.

—Bueno, supongo que eres consciente de con quién te la juegas. Ya sabes que Idgie es un torbellino.

Mamá hizo ademán de acallarlo.

—Anda, papá, que Ruth lo sabe de sobras. ¿Verdad, cariño? Lo único que pasa es que tiene una vena... Dice Sipsey que es porque comí caza cuando estaba embarazada. ¿Recuerdas, papá, que aquel año trajisteis codornices y pavos salvajes?

—Pero mamá... ¡si has comido caza todos los días de tu vida!

—Bueno... Eso también es verdad. Da igual. Eso es lo de menos. Papá y yo queremos que sepas que te consideramos de la familia, y nada puede hacernos más felices que saber que nuestra pequeña tiene una compañera tan encantadora como tú.

Ruth se levantó, los besó a ambos y salió. Idgie la estaba esperando afuera, echada en la hierba, escuchando a los grillos y preguntándose por qué se sentía tan embriagada sin haber tomado una gota de alcohol.

—Sabes —dijo papá Threadgoode, después de que Ruth hubiera salido del salón—, ya te había dicho yo que no tenías por qué preocuparte.

—¿Yo? ¡Pero si eras tú quien se preocupaba y no yo, papá! —dijo mamá Threadgoode, que siguió luego su costura.

Al día siguiente, Ruth decidió recuperar el apellido Jamison. Idgie fue por toda la ciudad contando lo del pobre marido de Ruth, que había muerto aplastado por uno de esos camiones blindados. Al principio, a Ruth le horrorizó que Idgie contase semejante embuste, pero luego, al nacer su hijo, se alegró de que lo hubiese hecho.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

31 DE AGOSTO DE 1940

PEÓN ARROLLADO POR UN COCHE

Vesta Adcock atropello a su peón, Jesse Thiggins, cuando se dirigía a una reunión de la Eastern Star el martes. El negrito Jesse estaba echando una cabezadita bajo un árbol y, al girar Vesta para entrar en su patio, una de las ruedas pasó por encima de la cabeza de Jesse, hundiéndosela en el barro. Al oírlo gritar, ella detuvo el coche a centímetros de su pecho y bajó a ver qué había pasado. Unos vecinos salieron corriendo y le quitaron el coche de encima al pobre Jesse.

Al llegar Grady Kilgore comentó que, gracias a Dios, ha llovido mucho últimamente, porque, si no llega a ser por el barro, lo más probable es que Jesse hubiese muerto al ser arrollado de esa manera.

En el momento de escribir esto, Jesse se encuentra bien, sin más que las señales de los neumáticos, pero dice Vesta que no tenía por qué haber estado durmiendo, que bien que le paga.

Supongo que todos se habrán enterado ya de que el calamidad de mi marido le pegó fuego al garaje el otro día. Estaba tan enfrascado tratando de ajustar el dial de la radio, para poder escuchar con su pandilla de amigotes del ferrocarril el partido de béisbol, que tiró una colilla sobre mi colección de revistas femeninas, y ardió todo en un instante. Encima, quiso salvar a toda costa la sierra eléctrica que le regalé para sus bricolajes, y dejó el coche dentro.

No he sentido tanto lo del coche como lo de las revistas. El coche estaba hecho una cafetera, de todas maneras.

El pequeño de Essie Rue, más conocido por «el Gorrión», por lo menudito que es, ganó el premio de diez dólares del concurso de los fríjoles. Dijo que en el bote había ochenta y tres fríjoles, que según Idgie es la cantidad más aproximada.

Por cierto, la gata *Boots* ha muerto, y dice Opal que supone que ahora ya estarán satisfechos.

DOT WEEMS

CAFÉ DE WHISTLE STOP

WHISTLE STOP (ALABAMA)

22 DE NOVIEMBRE DE 1930

Hacía frío, pero la atmósfera era de una extraordinaria limpidez aquel día. En el café ya aguardaban la hora de uno de sus programas de radio preferidos. Grady Kilgore estaba terminando de tomar su segundo café, y Sipsey, que barría las colillas que habían tirado al suelo los de la hora del desayuno, fue la primera en verlos a través de la ventana.

Sin apenas hacer ruido, dos camionetas de color negro aparcaron frente al café, y unos doce miembros del Ku Klux Klan, con su clásica indumentaria, fueron lenta y calculadamente situándose en fila delante del local.

—Ay, Dios; ahí están... Me lo temía; es que me lo temía.

Ruth estaba trajinando detrás de la barra.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Sipsey, a la vez que se acercaba a mirar.

—¡Onzell! —gritó Ruth en cuanto los vio—, cierra la puerta de atrás y trae al niño.

Los kukluxklaneros se limitaban a seguir allí de pie en la acera, frente a la fachada del café, como estatuas. Uno llevaba un cartón en el que habían escrito con letras de color rojo: CUIDADO CON EL IMPERIO INVISIBLE... LA ANTORCHA Y LA SOGA ESTÁN ANSIOSAS.

Grady Kilgore se levantó a ver, hurgándose los dientes con un palillo a la vez que observaba atentamente a los encapuchados.

El locutor decía por la radio en aquel momento: «Y, a continuación, para los muchos amigos que lo esperan, presentamos *Simplemente Bill, el Barbero de Harville*... la historia de un hombre que podría ser su vecino...».

Idgie, que estaba en el cuarto de baño, salió y los vio a todos mirar a través de la ventana.

—Pero, ¿qué pasa? —dijo.

—Ven aquí, Idgie —dijo Ruth.

—¡Mierda ya! —exclamó Idgie al mirar hacia afuera.

Onzell puso al pequeño en brazos de Ruth y siguió allí, sin moverse de su lado.

—¿Qué puñeta es todo esto? —le dijo Idgie a Grady.

Grady, que seguía hurgándose los dientes, le contestó sin la menor vacilación.

—No son de aquí.

—Bueno, ¿y quiénes son?

Grady dejó caer una moneda de cinco centavos en la barra.

—Tú no te muevas de aquí, que ya verás tú qué pronto lo averiguo.

Sipsey estaba al fondo, en un rincón, barriendo y murmurando por lo bajo: «A mí no me asustan esos fantasmones blancos. No *señó*».

Grady salió y habló con dos de los encapuchados.

Al cabo de unos minutos, uno de ellos asintió con la cabeza y les habló a los demás. Entonces, uno a uno, empezaron a marcharse, tan tranquilamente como habían llegado.

Ruth no estaba segura, pero le había parecido que uno de los encapuchados los había estado mirando, con especial detenimiento, a ella y al niño. Entonces recordó algo que Idgie dijo una vez, y dirigió la mirada a los zapatos de aquel hombre al subir éste a la camioneta.

Al ver los relucientes zapatos de charol, sintió pánico.

Grady volvió a entrar en el café con talante despreocupado.

—No querían nada. No eran más que una pandilla que quería asustaros un poco. Uno de ellos estuvo por aquí el otro día no sé a qué, y vio que les vendíais comida a los negros por la puerta de atrás, y han querido meteros un poco de miedo en el cuerpo. Eso es todo.

Idgie le preguntó qué les había dicho para que se marchasen tan deprisa. Grady cogió su sombrero del perchero.

—Ah, pues sólo les he dicho que son nuestros negros y que no tiene que venir ningún georgiano a decirnos lo que debemos o no debemos hacer —explicó mirando a Idgie con fijeza—. Y ya te garantizo yo que por aquí no vuelven —añadió poniéndose el sombrero y dejando el local.

Y, pese a que Grady era miembro fundador de la Peña del Hinojo y un consumado embustero, en aquella ocasión había dicho la verdad. Lo que Idgie y Ruth no sabían era que, aunque aquellos georgianos eran de cuidado, no eran tan estúpidos como para andarse con bromas con el Ku Klux Klan de Alabama, y tuvieron el buen sentido de largarse a toda prisa y no pensar en volver.

De ahí que cuando Frank Bennett decidió volver a pesar de todo, tuviese que hacerlo solo... y además de noche.

LA GACETA DE VALDOSTA

15 DE DICIEMBRE DE 1930

CIUDADANO DESAPARECIDO

Frank Bennett, de 38 años, residente durante toda su vida en Valdosta, ha sido dado por desaparecido, según informa hoy su hermano menor, Gerald, después de que Jake Box, uno de los peones de Frank, le informase de que no había regresado tras salir de caza.

Fue visto por última vez en la mañana del 13 de diciembre, cuando salió de casa y le dijo a Mr. Box que regresaría aquella misma noche. Se ruega que cualquiera que pueda aportar información sobre su paradero se ponga en contacto con las autoridades locales.

WHISTLE STOP
(ALABAMA)

18 DE DICIEMBRE DE 1930

Era una de esas gélidas tardes de Alabama, y los cochinillos estaban cociéndose en la enorme olla de hierro instalada en la parte trasera del café. La olla hervía a borbotones, rebosante de cochinillos, que no tardarían en impregnarse de la salsa especial que preparaba Big George para hacerlos después a la parrilla, en la barbacoa.

Big George estaba de pie junto a la olla, con Artis, cuando alzó los ojos y vio a tres hombres con el revólver al cinto, dirigiéndose hacia él.

Grady Kilgore, que era el *sheriff* local, y que trabajaba también como inspector de segundad en el Ferrocarril, solía llamarlo George. Pero, en aquel momento, quería pavonearse ante los otros dos.

—¡Eh, chico! Ven y échale un vistazo a esto —le dijo, mostrándole una fotografía—. ¿Has visto a este hombre por aquí?

Artis, que estaba encargado de remover la olla con un largo palo, empezó a sudar.

Big George miró la fotografía de aquel blanco del sombrero hongo y meneó la cabeza.

—No, *señó*... Ni por asomo —dijo, devolviéndola a Grady.

Uno de los agentes se acercó y miró hacia el interior de la olla, en la que los sonrosaditos cochinillos daban más vueltas que un tiovivo.

Grady volvió a guardar la fotografía en el bolsillo de su chaleco, que era el del uniforme oficial.

—Bien —dijo—, ¿y cuándo vamos a poder probar esta barbacoa, Big George?

Big George miró hacia el interior de la olla, ponderando el estado de la cocción.

—Pues, pueden venir hacia el mediodía de mañana... Sí *señó*, hacia el mediodía estará lista.

—No vayas a olvidarte de guardarnos un poco, ¿eh?

Big George sonrió.

—Sí *señó*, seguro; no faltaba más.

Mientras los otros dos agentes se dirigían ya hacia el interior del café, Grady bravuconeó con ellos.

—Ese negro hace una barbacoa de toma pan y moja; la mejor de Alabama. Ya veréis lo que es una barbacoa cuando la probéis. Los georgianos no tenéis ni idea de lo que es una buena barbacoa.

Idgie y Smokey estaban sentados dentro, fumando y tomando café. Grady fue hacia el perchero que estaba junto a la puerta, colgó el sombrero y se acercó entonces hacia donde ellos estaban sentados.

—Idgie, Smokey: os presento a los agentes Curtis Smoote y Wendell Riggins. Han venido desde Georgia buscando a un individuo.

Todos hicieron una inclinación de cabeza a modo de saludo y Grady y los dos agentes georgianos se sentaron.

—¿Qué os apetece? —dijo Idgie—. ¿Queréis café?

Los tres dijeron que sí.

—¡Sipsey! —gritó Idgie hacia la cocina.

Sipsey asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Prepara tres cafés, Sipsey. ¿Un poco de empanada?

—No —dijo Grady—, déjalo, que estamos aquí en misión oficial.

El más joven de los agentes, que era un tipo fornido, pareció decepcionado.

—Estos muchachos están buscando a un individuo, y yo he accedido a colaborar con ellos —dijo Grady.

Había accedido a colaborar, sí, pero a condición de hacerse cargo de la fotografía. Se aclaró la garganta y sacó la fotografía, con un talante entre ufano y displicente.

—¿Habéis visto a este hombre por aquí en los últimos dos días ?

Idgie miró la fotografía y dijo que no, que no lo había visto, y se la pasó a Smokey.

—¿Qué es lo que ha hecho?

Sipsey llegó en aquel momento con el café, y Curtís Smoote, que no tenía más que huesos y pellejo, con un cuello que parecía un brazo arrugado asomando de una camisa blanca, contestó con su poquita aunque atiplada voz.

—No ha hecho nada, que sepamos. Lo que tratamos de averiguar es qué le han hecho a él.

Smokey les devolvió la fotografía.

—No, nunca le he visto —dijo—. ¿Y por qué lo buscan aquí?

—Porque, al salir de su casa, en Georgia, le dijo a uno de sus peones, hace un par de días, que se dirigía aquí. Y no ha regresado.

Smokey preguntó de qué parte de Georgia.

—De Valdosta.

—¿Y a qué vendría por aquí?, me pregunto yo —dijo Smokey.

—Sipsey —dijo Idgie dirigiéndose a la cocina—, tráenos un par de trozos de la tarta de chocolate. Quiero que la pruebe —añadió dirigiéndose al agente Riggins—. A ver qué le parece. Está recién hecha; pruébela, por favor.

—Oh, no, de verdad, no quisiera...

—Ande —dijo Idgie—, sólo un poquito. Me interesa la opinión de un experto.

—Bueno, de acuerdo; pero sólo un pedacito.

—Ya les he dicho a éstos —dijo el alfeñique, mirando de reojo a Idgie— que lo más probable es que haya agarrado una turca en alguna parte y aparezca en un par de días. Lo que no entiendo es qué pensaba encontrar por aquí. Aquí no hay nada...

—Pensamos que quizá tuviese una amiguita por aquí —dijo Wendell entre bocado y bocado— o algo así.

Grady se echó a reír.

—¡Quiá! En todo Whistle Stop no hay una sola mujer por la que nadie fuese a venir desde Georgia —dijo—. Salvo, quizás, Eva Bates —añadió.

Los tres rieron entonces, y Smokey, que había tenido también el placer de conocer a Eva, en la acepción bíblica de la palabra, se los quedó mirando.

—Tan cierto como que hay Dios —dijo.

Grady atacó el otro trozo de tarta, divertido aún con su propia gracia. Pero el alfeñique estaba serio y se inclinó sobre la mesa, hacia Grady.

—¿Quién es Eva Bates?

—Ah, es una pelirroja que regenta el bar del Club de Pesca Wagon Wheel, junto al río —dijo Grady—. Una amiga nuestra.

—¿Y crees que la tal Eva pudiera ser a quien vino a ver?

Grady, que seguía atizándole a la tarta, le echó un vistazo a la fotografía, que estaba sobre la mesa, y lo descartó en redondo.

—Quiá. Ni por pienso.

—¿Y por qué no? —porfió el alfeñique.

—Pues, para empezar, porque no es el tipo de hombre que a ella le cuadra.

De nuevo se echaron los tres a reír, aunque Wendell Riggins lo hizo por seguirles la corriente, porque no había captado la onda.

—¿Qué quieres decir con que no es tipo que le cuadre?

Grady soltó el tenedor.

—Mirad, no quisiera parecer indecoroso, que ni siquiera conozco a este tipo de la fotografía, pero a mí me parece un poco sarasa. ¿No opinas lo mismo, Smokey?

Smokey asintió.

—Lo que os digo, muchachos: que en cuanto le echase los tejos a Eva, ella le tiraba una teja.

Y otra vez se echaron a reír los tres.

—Bueno —dijo Smoote volviendo a mirar a Idgie de reojo—, supongo que tú hablas con mejor conocimiento de causa.

—¡La vida, chicos, la vida! —prosiguió Grady en el mismo tono, guiñándoles el ojo a Idgie y a Smokey—. Ya sabéis lo que se dice, que todos los georgianos tenéis un ramalazo...

—Eso he oído yo también —dijo Smokey con una risita burlona.

Grady se recostó en el respaldo de la silla y se acarició la tripa.

—Bueno, me parece que ya es hora de que nos larguemos. Tenemos que parar en varios sitios más antes de que oscurezca —dijo volviendo a guardar la fotografía en el bolsillo.

Al levantarse los tres, ya para marcharse, el agente Riggins se volvió hacia Idgie.

—Gracias por la tarta, Mrs...

—Idgie.

—Pues, gracias Mrs. Idgie. Estaba deliciosa de verdad, muy amable.

—Nada; no faltaría más.

—Por aquí los verás de nuevo —dijo Grady cogiendo el sombrero—. Los traeré mañana a que prueben la barbacoa.

—Estupendo. Me encantará.

—Por cierto, ¿dónde está Ruth? —dijo Grady volviendo la cabeza.

—Está en casa con mamá, que está enferma, y bastante.

—Sí, eso he oído —dijo Grady—. Ya sabes cuánto lo siento. Hasta mañana, pues.

Y enfilaron la puerta.

Aunque eran sólo las cuatro y media de la tarde, el cielo tenía ya un color gris plomizo, con sólo unas pinceladas plateadas por el norte, y el invernal sirimiri que empezaba a caer era gélido.

Al lado, las ventanas de la peluquería de Opal estaban ya decoradas con parpadeantes luces navideñas, que se reflejaban en la mojada acera. En el interior, la aprendiza de Opal barría mientras la radio emitía música navideña. Opal estaba dándole los últimos toques a su última clienta, Mrs. Vesta Adcock, que iba a un banquete de los ferrocarriles L & N por la noche, en Birmingham. Las campanillas de la puerta tintinearon al entrar Grady y los agentes.

—Opal —dijo Grady con la voz que ponía cuando iba de servicio—, ¿podríamos hablar contigo un minuto ?

Vesta Adcock los miró aterrada y se ciñó el floreado cuello de su bata, gritando: «¡PERO QUÉ SIGNIFICA ESTO!». Opal alzó los ojos, no menos horrorizada, y se acercó casi de un brinco a Grady con un peine verde en la mano.

—Oye, que aquí no podéis entrar, ¡que es una peluquería de señoras! No pueden entrar hombres. ¿Qué es lo que pasa? ¿Es que habéis perdido el juicio? Andad, andad, ¡fuera de aquí! ¡Pero cómo se os habrá ocurrido!

El grandullón Grady y los dos agentes se tropezaron entre sí, tratando de ganar la puerta y, al instante, estuvieron en la acera, mientras Opal los fulminaba con la mirada a través del vaho de la ventana.

Grady volvió a guardarse la fotografía de Frank Bennett en el bolsillo.

—Bueno, desde luego aquí no ha puesto los pies —dijo—; ni en broma.

Los tres se subieron el cuello de sus chaquetones y cruzaron las vías del tren.

CAFÉ DE WHISTLE STOP

WHISTLE STOP (ALABAMA)

21 DE DICIEMBRE DE 1930

Tres días después de que los dos georgianos apareciesen en la ciudad, haciendo averiguaciones sobre Frank Bennett, el canijo Curtis Smoote fue solo al café, y pidió otra ración de carne a la barbacoa y un botellín de naranjada.

—Entre Grady y su compañero —dijo Idgie, al traérselo a la rinconera— van a dar cuenta de toda la barbacoa. Ya van diez raciones entre los tres hoy.

—Siéntese un momento —dijo él con su atiplada y queda voz nasal.

Idgie paseó la mirada por el local y, al ver que no había mucho trabajo, se sentó frente a él, que le dirigió una dura mirada a la vez que mordía el bocadillo de carne.

—¿Qué tal les va? —dijo Idgie—. ¿Han encontrado ya al hombre que buscaban?

—No crea que me va a tomar el pelo, jovencita —dijo él, mirando primero en derredor y luego clavando en ella una acerada mirada—. Sé quién es usted, mocita. No crea ni por un momento que me va a tomar el pelo... Cuando usted va, Curtis Smoote está de vuelta. Vaya, hombre, ¿no ve que en cuanto entré por la puerta la reconocí, aunque no acabé de situarla? Así que he hecho unas cuantas llamadas telefónicas, y anoche caí en quién es usted, jovencita.

Curtis Smoote se recostó en el respaldo, sin dejar de comer ni apartar sus ojos de ella. Idgie no parpadeó, dejando que prosiguiese.

—Y, ¿sabe qué, jovencita? Tengo una declaración jurada de Jake Box, el peón que trabaja en la hacienda de Bennett, en la que dice que alguien que responde a su descripción, y ese gigantón negro de ahí atrás, fueron con un grupo a llevarse a la esposa de Bennett, y que el negro amenazó a Bennett con una navaja.

Smoote sacó una ternilla del bocadillo, la dejó en el plato y se la quedó mirando.

—Además, yo estaba en la trastienda de la barbería aquel día, y yo y un grupo la oímos amenazarlo de muerte. Y, si yo lo recuerdo, puede estar segura de que los demás también.

Tomó un sorbo de naranjada y se limpió la boca con la servilleta de papel.

—La verdad es —prosiguió— que mentiría si dijese que me unía amistad con Frank Bennett...; en absoluto. He tenido que ver a mi hija mayor viviendo en una choza, en las afueras de la ciudad, con una criatura, por su culpa; además de que he oído rumores sobre lo que sucedía en su casa. Apostaría a que no soy el único que no derramaría una lágrima si apareciese muerto. Pero tengo la impresión, mocita, de que se iba a ver usted en un buen fregado si tal ocurriese, porque el hecho de que lo amenazasen dos veces de muerte figura en el informe oficial, y desde ahora le puedo decir que eso no iba a dar muy buena impresión en los periódicos. Se trata de un asesinato, mocita; de un asesinato... y de burlar la Ley. Y nadie puede permitirse ese lujo.

Volvió entonces a recostarse en el respaldo adoptando un talante campechano.

—Pues bien, es sólo una hipótesis, claro está pero si yo estuviese en su pellejo de usted, supongo que vería el cielo abierto si el cuerpo no apareciese nunca. Le diré... Vaya que si vería el cielo abierto...; ni el cuerpo ni la menor de las pertenencias que llevase consigo, por supuesto. Creo que la cosa no pintaría nada bien si se pudiese probar que Frank Bennett ha estado aquí, ¿comprende?; y se me antoja que una persona lista se aseguraría bien de que no se pudiese encontrar *nada* —recalcó mirando a Idgie, como para asegurarse de que atendía a sus palabras, como así era—. De lo contrario, mal asunto. Porque tendría que volver aquí a detenerlos a usted

y a su negro como sospechosos. Y la verdad es que nada me desagradaría más que volver aquí por ustedes, pero lo haría, porque soy un representante de la Ley y he jurado servirla. Nadie está por encima de la Ley. ¿Me ha comprendido bien?

—Sí señor —dijo Idgie.

Después de expresarle su punto de vista, sacó un cuarto de dólar del bolsillo, lo dejó caer en la mesa, se puso el sombrero y dijo que ya se marchaba.

—Claro está que Grady puede estar en lo cierto. Y, a lo mejor, aparece en su casa cualquier día de éstos. Pero, entre tanto, no pienso darme un respiro.

LA GACETA DE VALDOSTA

7 DE ENERO DE 1931

CONCIUDADANO DADO POR MUERTO

La búsqueda de Frank Bennett, de 38 años, residente durante toda su vida en Valdosta, desaparecido de su domicilio desde primeras horas de la mañana del 13 de diciembre del pasado año, ha sido dada oficialmente por concluida. La intensa búsqueda, dirigida por los agentes Curtis Smoote y Wendell Riggins, condujo a averiguaciones sobre el paradero de Bennett en estados tan apartados como Tennessee y Alabama. Sin embargo, ni Bennett ni el vehículo que conducía al desaparecer han sido localizados.

«No hemos dejado piedra sin revolver», dijo hoy el agente Smoote a la Prensa. «Es como si se lo hubiese tragado la tierra.»

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

19 DE MARZO DE 1931

TRISTE NOTICIA PARA TODOS

Después de haber perdido a su padre hace un año, de nuevo un luctuoso acontecimiento ha afectado a Leona, Mildred, Patsy Ruth y Edward Threadgoode, que acaban de enterrar a su madre.

Tras la ceremonia religiosa, fuimos todos a casa de los Threadgoode, y toda la ciudad ha desfilado por el domicilio a dar el pésame. Prácticamente media población se ha criado jugando en casa de los Threadgoode, con ella y su esposo, que en gloria estén.

Nunca olvidaré lo bien que lo pasábamos allí, y lo agradable que era con nosotros. Personalmente, conocí a mi prenda en una de las grandes fiestas que daban para celebrar el 4 de julio.

Coincidimos durante el noviazgo con Cleo y Ninny, y pelábamos la pava durante horas frente al porche después de salir de la iglesia.

Todo el mundo la echará de menos y su casa ya no será la misma sin ella.

DOT WEEMS

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

11 DE ABRIL DE 1986

Evelyn Couch abrió la bolsita de palitos de zanahoria y apio que se había traído y le ofreció a su amiga. Mrs. Threadgoode dijo que no, pero siguió comiendo cacahuetes recubiertos de melcocha a la naranja.

—No, gracias, encanto, pero lo crudo no me sienta bien. ¿Y por qué comes eso crudo, digo yo?

—Es el régimen de los astronautas; bueno... parecido. Se puede comer de todo, siempre y cuando no contenga grasas ni azúcares.

—¿Es que quieres adelgazar otra vez?

—Sí, lo voy a intentar. Pero es difícil, estando ya tan gorda.

—Claro; tú haz lo que quieras, pero ya te he dicho que yo te veo estupendamente.

—Ay, Mrs. Threadgoode; porque es usted muy amable, pero ya casi no encuentro tallas de mi medida.

—Pues yo no te veo fachosa. Essie Rue... madre, ella sí que estaba fachosa. Pero es que era su naturaleza, tuvo tendencia a engordar desde niña. Me parece que llegó a pesar casi cien quilos.

—¿Tanto?

—Ya lo creo. Pero nunca dejó que eso la cohibiese. Vestía con mucho gusto, y siempre llevaba una flor en el pelo haciendo juego con algo. Todos decían que Essie Rue iba siempre como un maniquí, y tenía las manos y los pies muy menuditos. En Birmingham se hacían lenguas de lo menuditos que tenía los pies y, cuando la contrataron para tocar el potente Wurlitzer...

—¿El potente... quién?

—Wurlitzer... el órgano... Ay, mujer..., me haces decir unas cosas... Un órgano que llevaba siglos en el Alabama Theater. Decían que era el órgano más grande de todo el sur, y creo que era verdad. Íbamos en el tranvía a ver la película que echaban en el Alabama Theater. Yo iba siempre que echaban alguna de Ginger Rogers. Era mi actriz favorita. Esa chica es el mayor talento que ha pasado por Hollywood. No daría un paso por ver una película en la que ella no actúe... Lo hace todo: baila, canta, actúa... lo que quieras...

»Pero, a lo que iba: entre película y película se apagaban todas las lucecitas y oías la voz de un *speaker* que decía: "Y, ahora, el Alabama Theater se honra en presentar ante ustedes...". Siempre lo decía así: que "se honraba en presentar" a Miss Essie Rue Limeway, que tocaría el potente Wurlitzer. Entonces se oía una música de fondo y, de pronto, surgía de entre las tablas del escenario aquel enorme órgano y Essie Rue sentada al teclado, interpretando la melodía *I'm in Love with the Man in the Moon.* Todos los focos se concentraban en ella, y la música del órgano llenaba el teatro y hacía temblar las paredes. Entonces ella volvía la cabeza y sonreía; y nunca fallaba una nota. Luego interpretaba otra melodía. Rara vez dejaba de tocar las melodías más populares que cantaban a Alabama. ¡Y aquellos pies tan menuditos parecían volar como mariposas sobre los pedales! Llevaba unas tobilleras que le hicieron a medida en Loveman.

»Su complexión era gruesa, pero muchas partes de su cuerpo eran muy delicadas y ligeras. Todo el mundo tiene su atractivo. Y ella era consciente de ello y lo explotaba. Por eso me

disgusta verte tan deprimida. El otro día le dije a Mrs. Otis: "Evelyn Couch tiene el cutis más bonito que he visto nunca"; y añadí: "Es como si su madre la hubiese tenido siempre entre algodones, pero de verdad".

—Ay, pero qué amable es usted, Mrs. Threadgoode.

—No digo nada que no sea cierto. No tienes ni una arruga. También le dije a Mrs. Otis que, en mi opinión, deberías hacerte vendedora de los cosméticos de Mary Kay. Con ese cutis y esa personalidad, apuesto lo que quieras a que podrías comprarte un Cadillac en un suspiro. Mi vecina, Mrs. Hartman, tiene una sobrina que los vende, y se hincha; tanto, que Mary Kay le ha regalado un Cadillac como gratificación. Y no es ni la mitad de bonita que tú.

—Es usted muy amable conmigo, Mrs. Threadgoode —dijo Evelyn—, pero soy demasiado vieja para empezar en nada. Quieren mujeres jóvenes.

—¡Pero, Evelyn! ¡Qué tonterías dices! Eres todavía una mujer joven. ¡A los cuarenta y ocho años se es casi una niña! ¡Te queda media vida por delante! A Mary Kay no le importa la edad que tengan. Aparte de que ella ya no es ninguna pollita. Así que, yo de ti, si tuviese tu cutis y tu edad, no dudaría en tratar de hacerme con ese Cadillac. Claro que tendría que sacarme el carné de conducir, pero lo intentaría pese a todo. Piensa sólo una cosa, Evelyn: si llegas a mis años, te quedan nada menos que treinta y ocho por vivir...

Evelyn se echó a reír.

—¿Y cómo se siente una con ochenta y seis años, Mrs. Threadgoode? —le preguntó.

—Pues, no muy distinta. Como te dije, es algo que se te viene encima. Eres joven y, de pronto, de un día para otro, se te caen los pechos y empiezas a enfajarte. Pero no se siente una vieja. Claro que me doy cuenta de ello al mirarme al espejo... y a veces, me aterro. Mi cuello parece el fruncido de un volante; tengo más arrugas que una pasa, y no hay nada que hacer. Y, no vayas a creer, que antes me ponía Avon antiarrugas. Pero el efecto me duraba una hora, así que dejé de engañarme. Ni siquiera me pongo ya crema limpiadora; sólo un poquito de colonia, y me perfilo las cejas, para que se note que tengo... Que ya las tengo blancas, encanto... Y manchas en la piel tengo para parar un tren —añadió mirándose las manos—. ¡Parece mentira lo que les gusta mi piel a estas condenadas! —exclamó riendo—. Incluso para hacerme una fotografía soy ya demasiado vieja. Francis quería hacernos una a mí y a Mrs. Otis, pero yo agaché la cabeza. Habría roto la cámara.

Evelyn le preguntó entonces si no se sentía alguna vez sola, allá en su casa.

—Pues sí, a veces sí. Hay que tener en cuenta que todos los míos se me han ido ya por delante... De vez en cuando, aparece alguien de la parroquia. Pero es sólo un hola y adiós. De ahí no pasa: hola y adiós.

»A veces miro la fotografía que tengo de Cleo y de Albert, cuando Albert era pequeño, y me pregunto en qué andarán por Allá... y sueño con los viejos tiempos —dijo sonriéndole a Evelyn—. De eso vivo ahora, encanto: de soñar, de soñar en lo que antes hacía.»

CAFÉ DE WHISTLE STOP

WHISTLE STOP (ALABAMA)

18 DE NOVIEMBRE DE 1940

Muñón estaba en la habitación del fondo disparándoles a unos mirlos de cartón con una pistola de goma, y Ruth estaba corrigiendo unas redacciones, cuando Idgie llamó por la puerta de atrás, al regresar de la excursión de pesca que organizaban todos los años los de la Peña del Hinojo.

Muñón salió corriendo y saltó sobre ella de una manera que casi la tira al suelo.

Ruth sintió alivio al verla, porque siempre se preocupaba cuando faltaba unos días, sobre todo si sabía que iba a estar allí, por el río, con Eva Bates. Muñón se asomó a mirar por la puerta de atrás.

—¿Dónde está la pesca?

—Pues verás, Muñón —dijo Idgie—, la verdad es que pescamos un pez tan grande que no hemos podido sacarlo del agua. Pero le hemos hecho una fotografía. Para que te hagas una idea, sólo la fotografía pesa más de diez quilos...

—¡Anda, tía Idgie...! ¡Que no habéis pescado nada!

Justo en aquel momento oyeron: «Uhuhuhuh; soy yo... y Albert. Venimos de visita...». Y allá que asomó una mujer alta y bien parecida, con el pelo recogido atrás en un moño, y un muchachito deficiente, más o menos de la edad de Muñón, que pasaban a visitarles, como venían haciéndolo todos los días en los últimos diez años.

—Hola, chica, ¿qué tal hoy? —dijo Idgie.

—Estupendamente —dijo ella sentándose—. ¿Y vosotras?

—Pues verás, Ninny —dijo Ruth—, hemos estado a punto de tener bagre para cenar, pero parece que no han picado —comentó riendo—. Nos ha traído fotografías...

—¡Oh! —exclamó Ninny desilusionada—, ¡y yo que esperaba que me trajeses un buen bagre para la cena, Idgie! Me encanta el bagre. Qué lástima; por lo menos me hubiese gustado probarlo.

—Que sepaaas, Ninny —dijo Idgie—, que los bagres no pican en pleno invierno.

—¿Que no? Bueno, pues no creo yo que tengan menos apetito en invierno que en verano, ¿no te parece?

—Es verdad, Idgie —asintió Ruth—. A ver: ¿por qué no pican en esta época del año?

—No es porque no tengan apetito; se debe a la temperatura del gusano. A los bagres no les gustan los gusanos fríos; y no se los comen por más apetito que tengan.

Ruth miró a Idgie y meneó la cabeza, asombrada de la clase de cuentos con que era capaz de salir.

—Pues, tiene su lógica —dijo Ninny—. Yo detesto la comida fría. Y supongo que aunque los calentaseis, los gusanos, cuando llegasen al fondo del río, estarían ya helados, ¿no? Y hablando de frío ¿verdad que está haciendo un invierno tan frío como los de antes? Hace un gris que corta el cutis, afuera.

Albert estaba al fondo de la habitación jugando con Muñón, disparándole a los mirlos de cartón. Ninny, que estaba tomándose un café, le vino entonces una idea a las mientes.

—Muñón, ¿te apetecería venir a casa a dispararles a los mirlos que se posan en los hilos del teléfono? No les vayas a dar, eh; sólo quiero que los espantes... Se suben ahí a escuchar mis conversaciones telefónicas con las patas.

—Anda, Ninny —exclamó Ruth, que la adoraba—, ¿no irás a creer semejante bobada?

—Pues mira, encanto, eso me dice Cleo, que como pienso con los pies...

EL NOTICIERO DE
SLAGTOWN
—PECIOS Y ECHAZONES—

(PROPIETARIO, MR. MILTON JAMES)

19 DE NOVIEMBRE DE 1940

UNA ESPIRITISTA LE TIMA 50$ A UNA MUJER

Mrs. Sallie Jinx, del 68-C de la calle Howell, en el distrito sureste, ha sido timada por el procedimiento del escamoteo, denunció ayer a la policía. Dice Mrs. Jinx que una mujer, a quien conocía como Hermana Bell, se presentó en su casa a aconsejarle que cogiese un billete de 50$ y se lo diese para envolverlo en una servilleta. Entonces metió la servilleta en un baúl y le dijo que no debía abrirlo hasta cuatro horas después. Al abrir la servilleta el dinero había desaparecido, refiere la víctima.

Touncille Robinson y E. C. Robinson ponen en conocimiento de sus amigos que, a ellos, lo que hagan los demás les tiene sin cuidado.

NUESTRA CALLE LO ECHA DE MENOS

La 8.ª Avenida ya no parece la misma. Artis O. Peavey más que conocido en la ciudad, acaba de dejarla. La población femenina, por lo menos, le va a añorar.

Ha llegado a nuestro conocimiento que Miss Helen Reid tuvo que llamar a la autoridad, a causa del noctívago merodeador que pretendía entrar en su casa de la Avenida F y causarle daño físico... y al llegar los servidores de la ley, detuvieron a un sujeto que se ocultaba detrás de la casa con un garfio del hielo en la mano, y que aseguraba ser el repartidor del hielo.

¿No podría tratarse de un caballero llamado Mr. Baby Shephard que, hasta la fecha, le había prodigado sus atenciones a Miss Reid?

... El Club de los Machos está preparando su concurso anual de capullos...

NOTICIAS DE PICKUP

Decca acaba de lanzar una muy interesante novedad de Ellington titulada *Black and Tan Fantasy*. En Creole, el pianista se arranca en un pasaje con un *boogie-woogie* que resulta extravagante pero espectacular.

10.ª AVENIDA

CHICAGO (ILLINOIS)

20 DE NOVIEMBRE DE 1940

Llovía en Chicago, y Artis O. Peavey iba corriendo calle abajo. Se acercó a una puerta, bajo un letrero que decía MARISQUERÍA / ALMUERZOS. RACIÓN DE PESCADO FRITO: 35 CENTAVOS. Enfrente, en el RKO Alhambra, echaban *Ante el delito* y *El imperio del rufián.* Y como un fugitivo se sentía él, allí lejos de su casa, escondiéndose de una morenita llamada Electra Greene.

Se quedó allí, fumando un Chester y viendo pasar la vida, con sus palpitos. Que ya se lo decía su madre: que, siempre que estuviese con la moral por los suelos, el solo hecho de pensar en el dulce Jesús le levantaría el ánimo.

Pero no fue un pensamiento tal lo que le levantó el ánimo a Artis, sino la visión de unas bien torneadas caderas y de los carnosos labios de una negra preciosidad. Y no había sido sólo el ánimo lo que le levantaba una y otra vez, para mejor disfrute de la susodicha preciosidad. Su gran problema en la vida, en aquel momento, es que era un amante tan experto como imprudente.

Siempre había jugado a un peligroso juego con preciosas casaditas, porque para Artis no había barreras. Toda fémina era para él campo abonado y, a causa de esta falta de respeto a los derechos territoriales, había tenido que palparse el cuerpo en múltiples ocasiones, a ver si le habían roto algún hueso o lo habían rajado, comprobando que así había sido. Tras sorprenderlo con la mujer que no debía, en inoportuno momento, una broncínea marimacho le clavó un sacacorchos. Tuvo mucho más cuidado a partir de aquel desdichado incidente, a resultas del cual le quedó una hermosa cicatriz, por así decirlo, y una lógica reserva en cuanto a hacer bromas con ninguna mujer más corpulenta que él. Pero era un rompecorazones nato. Y ya les había dicho a demasiadas dónde podrían encontrarle a la noche siguiente; y eso era justo lo que estaban haciendo: buscarle...

Aquel canijo, tan negro que azuleaba, le había causado muchos problemas al sexo opuesto. Una chica se bebió una lata de cera líquida para el suelo y a continuación un vaso de lejía, tratando de alejarse del mismo mundo en el que él vivía. Pero como sobrevivió, y lo acusó de ser el culpable de que aquel combinado hubiese destrozado su salud de por vida, él empezó a no poder dormir tranquilamente por la noche, ya que, en varias ocasiones, ella le había atizado en la cabeza con un bolso lleno de piedras.

Pero con Electra Greene la cosa era más seria, pues no le perseguía con un bolso lleno de piedras, sino con un revólver del 38 que sabía manejar perfectamente. Electra no se había recatado en amenazas a sus partes viriles, decidida a acabar con ellas, al descubrir su infidelidad; y no una vez sino ocho para ser exactos, con una tal Miss Delilah Woods enemiga jurada de Electra, que había abandonado también la ciudad a toda prisa.

De ahí que, allí frente al referido establecimiento, Artis se sintiese tan mal como si se fuese a morir. Añoraba Birmingham y quería volver allí.

Todas las tardes, antes de que, también a toda prisa, tuviese que dejar Birmingham, subía con su Chevrolet de dos tonos y blancos neumáticos hasta lo alto de Red Mountain, y aparcaba allí a contemplar la puesta del sol. Desde allá arriba podía ver los altos hornos de las plantas siderúrgicas y las negras y anaranjadas fumarolas flotando rumbo a Tennessee. Nada le parecía más hermoso que contemplar la ciudad a aquella hora, cuando el cielo se cubría con el rojizo y

violado resplandor de las factorías y las luces de neón empezaban a encenderse en toda la urbe, parpadeando y oscilando por las calles del centro y por el barrio de Slagtown.

Birmingham, la ciudad que durante la Gran Depresión había sido considerada como la más afectada... con una gente tan empobrecida que Artis llegó a conocer a un hombre que se ofrecía como diana para que le disparase el que quisiera, por dinero... y a una chica que estuvo tres días sin sacar los pies de un barreño con oxalme para intentar ganar un maratón de baile... La ciudad de los EE.UU. con más baja renta *per cápita*, pero también la ciudad más movidita del sur...

Birmingham, que había llegado a ser la ciudad con mayor índice de analfabetismo; la primera, con mucha diferencia, en incidencia de enfermedades venéreas de todos los EE.UU., se enorgullecía de ser también la de más nutrida asistencia a catequesis. Era una ciudad en la que, durante mucho tiempo, los camiones de las lavanderías circularon por las calles con un enorme letrero en la carrocería que decía SÓLO LAVAMOS PARA BLANCOS, y en la que los ciudadanos de color todavía tenían que sentarse en destartalados bancos de madera en tranvías reservados a la gente de color que, indefectiblemente, encontraba uno en los montacargas de todos los almacenes.

Birmingham era también la «Capital del Crimen» en el sur, y sólo en 1931 habían muerto allí asesinadas 131 personas.

Y, pese a todo ello, Artis adoraba Birmingham con desbordante pasión, a todos sus barrios por igual. Le gustaba Birmingham en los lluviosos y gélidos inviernos, cuando la roja arcilla, arrastrada por las laderas de las colinas, inundaba las calles; y le gustaba en verano, la verde exuberancia de la vegetación que tapizaba las lomas y los montes, y las enredaderas que trepaban por las frondas e incluso por los postes del teléfono, cuando el aire era húmedo y olía a gardenias y barbacoas.

Artis había viajado por todo el país, desde Chicago a Detroit, desde Savannah a Charleston y a Nueva York, pero nunca había dejado de acariciar la idea de volver a Birmingham. Si hay algo parecido a la dicha completa es, sin duda, saber dónde se quiere estar, y Artis se sintió completamente feliz en el mismo instante en que pisó Birmingham.

Así que, aquel día, decidió volver a lo que consideraba su hogar, porque estaba convencido de preferir la muerte antes que seguir lejos de allí. Añoraba Birmingham tanto como un hombre pueda añorar a una mujer.

Y en eso, precisamente, quería convertirse Miss Electra Greene, en su mujer... si antes no lo mandaba al otro barrio, dicho sea de paso.

Al pasar frente al bar Fife and Drum, oyó una canción que habían puesto en la sinfonola:

Allá en el profundo sur, en Birmingham
[en el estado de Alabama,
hay un viejo local donde se baila hasta la
[madrugada.
Y en coche o a pie llegan todos desde muy
[lejos
a bailar con los ritmos del sur hasta el alba.
Todos a cantar las mismas canciones.
Venid, venid, y dejad las preocupaciones.

Y allí me encontraréis, muy pronto en mi
[ciudad querida.
Allí me encontraréis, en el viejo local de la
[Avenida.

EL NOTICIERO DE
SLAGTOWN
—PECIOS Y ECHAZONES—

(PROPIETARIO, MR. MILTON JAMES)

25 DE NOVIEMBRE DE 1950

CONOCIDA SOLTERA DE
BIRMINGHAM
CONTRAE MATRIMONIO

Miss Electra Greene, hija de Mr. y Mrs. R. C. Greene, se ha convertido en la amante esposa de Mr. Artis O. Peavey, hijo de Mr. y Mrs. George Peavey, de Whistle Stop, Alabama.

Ofició la colorista ceremonia el reverendo John W. Nixon, pastor de confesión congregacionista. La música nupcial estuvo a cargo del consumado intérprete Mr. Lewis Jones.

Novia radiante

La encantadora novia llevaba un conjunto verde botella, con complementos de color beige claro, con puños y cuello de visón; sombrero de fieltro marrón, y guantes y zapatos haciendo juego; y un ramo de azucenas.

Miss Peavey, conocida como Pájaro Travieso, hermana del novio, estaba arrebatadora con un vestido de lanita color verde pálido, con los bajos con volantes, collares de cuentas multicolores, y guantes y zapatos color cereza.

Colorista recepción

Inmediatamente después de los esponsales, tuvo lugar una colorista recepción en el domicilio de Mrs. Lulu Butterfork, prominente cabeza de un salón de belleza que, además, es peluquera y especialista en postizos.

A *algunos* notables birminghamianos que asistieron a la colorista recepción les sirvieron ponche, helado y pastelillos, y se deshicieron en asombrados elogios ante el brillante despliegue de los incontables regalos de boda.

El lunes por la noche, 5 de octubre, a las once, los novios fueron agasajados con un sabroso baile-resopón, con Mr. Toncille Robinson como anfitrión.

El acontecimiento tuvo gran brillantez, con el Little Savoy Cafe como marco de tan selecta ocasión, festiva y brillantemente decorado con profusión de luces y un gran *buffet* de excelentes viandas, con siete guisados de pollo servidos calientes, además de vino para el aperitivo, café caliente y postres.

El matrimonio residirá en el domicilio de la novia, en la Avenida Fountain.

SUPERMERCADO
PIGLEY-WIGLEY

BIRMINGHAM (ALABAMA)

19 DE MAYO DE 1986

Nueve días de un rigurosísimo régimen llevaba ya Evelyn Couch y, aquella mañana, se levantó eufórica. Se sentía plenamente dueña de sí misma, alta y delgada, ligera y grácil de movimientos.

Aquellos nueve días habían sido como escalar una montaña, y por fin tenía la satisfacción de haber llegado a la cima. Aunque de una manera un tanto imprecisa, tenía, aquel día, el íntimo convencimiento de que no volvería a comer nada que no fuese crujiente y fresco en toda su vida; tan crujiente —y tan fresco— como se sentía ella en aquellos instantes.

Al entrar en el supermercado, aceleró el paso al llegar a la sección de pastelería; y lo mismo hizo para pasar de largo de la sección de conservas, que es donde había transcurrido la mayor parte de su vida de compradora. Fue directamente a la carnicería-pollería y pidió unas pechugas de pollo sin piel. Luego enfiló hacia la verdulería, en donde rara vez paraba, salvo a comprar patatas para puré, y compró una coliflor y limones y limas para alegrar un poco el agua mineral con gas. Se detuvo un momento en la sección de librería para comprar *Town and Country,* que publicaba un artículo sobre Palm Beach, y entonces se dirigió a la caja rápida. La cajera la saludó.

—¿Qué tal, Mrs. Couch?

—Pues estupendamente, Mozell; ¿y tú?

—Muy bien.

—Poquita cosa hoy, ¿eh, encanto?

—Ya ve.

Mozell tecleó el importe.

—Está usted guapísima hoy, Mrs. Couch.

—Gracias. Me siento bien, sí.

—Hasta la próxima, pues. Que tenga un buen día.

—Gracias. Igual.

Al ir Evelyn a salir, un joven malcarado, con mugrientos pantalones y camiseta, entró arrollando por donde decía SALIDA dándole con la puerta. La apartó empujándola, y Evelyn, que seguía de buen humor, murmuró para sí «Vaya, todo un caballero».

—¡Que te den por el culo, so puta! —le espetó el joven, volviéndose a mirarla con expresión insolente.

Evelyn se quedó de piedra. Vio tal menosprecio en aquella mirada que se quedó sin aliento. Tembló de arriba abajo y se echó a llorar. Era como si le hubiesen pegado. Cerró los ojos, tratando de contenerse y de no perder los estribos. Total, no era más que un desconocido. Daba igual. No iba a dejar que una cosa así la alterase.

Pero no pudo evitar pensarlo mejor, y no dejar que la cosa quedase así. Lo aguardaría afuera y le diría que no había querido darle importancia ni ponerlo en evidencia; que estaba segura de que había entrado por donde no debía por error, y que no se había dado cuenta de que la había empujado.

Estaba segura de que, en cuanto le hablase así, él reconocería su desconsideración y asunto concluido; entonces volvería a casa sin aquel mal sabor de boca.

El joven salió arrollando con los mismos modales que antes, con una caja de seis latas de cerveza, y pasó por delante de ella sin mirarla. Ella aceleró el paso hasta alcanzarlo.

—Perdone. Entérese bien de que no había razón ninguna para arremeter de esa manera contra mí. Me limité a...

Él le dirigió una desdeñosa mirada.

—¡Vete a la mierda, vaca chiflada!

Evelyn se sulfuró.

—Perdone..., ¿qué me ha llamado?

Él continuó ignorándola, pero ella siguió tras él llorosa.

—¿Qué me ha llamado? ¿A qué viene esa grosería? ¿Me he metido yo con usted? ¿A qué viene...?

El abrió la puerta de su camioneta y Evelyn, histérica, lo agarró del brazo.

—¿A qué viene? ¿A qué viene esa grosería?

Él se soltó violentamente de su mano y la amenazó poniéndole el puño casi pegado a la cara, con los ojos congestionados de rabia.

—¡No juegues conmigo, so puta, que te suelto una hostia... fardo, puta de mierda!

Y no se limitó a eso sino que le plantó la mano en el pecho y la empujó, haciéndola caer al suelo.

Evelyn no podía creer lo que estaba pasando. Toda la compra quedó por allí esparcida en el suelo.

La joven de enmarañado pelo que llevaba un *top* elástico y que había estado aguardando al joven miró a Evelyn y se echó a reír. El joven subió a la camioneta, arrancó marcha atrás y salió zumbando del parking profiriendo toda clase de insultos hacia Evelyn.

Ella se quedó allí sentada en el suelo, con el codo sangrando. Otra vez vieja, gorda e impotente.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

12 DE DICIEMBRE DE 1941

ENTRAMOS EN GUERRA

Grady Kilgore se ha hecho cargo de la Comisión de Reclutamiento en Whistle Stop, y dice que todos los jóvenes vayan a alistarse.

Se diría que últimamente no pasan más que trenes militares y tanques. Me pregunto de dónde habrán salido y hacia dónde irán. Dice Wilbur que la guerra no va a durar más de seis meses. Espero que, por una vez, acierte.

El Jolly Belles Ladies' Barber Shop Quartet ha sido invitado a participar en la Convención Nacional de Grupos Musicales Femeninos en Memphis, Tennessee, esta primavera, para interpretar sus melodías.

El reverendo Scroggins ruega al individuo, o individuos, que está dando su dirección y número de teléfono a quienes quieren *whiskey* que deje de hacerlo, porque a su esposa, Arna, que está pasando por una mala racha de los nervios, ya le han dado varios ataques esta semana. Bobby Lee Scroggins se ha alistado en la Armada. Por cierto, la estrella del Ejército que han pintado en la ventana del café es en honor a Willie Boy Peavey, el hijo de Onzell y de Big George, que es el primer soldado de color de Troutville que se ha alistado.

DOT WEEMS

P. D. Todos se están preparando ya para la anual representación de teatro navideño y, debido a la escasez de hombres en la ciudad, Opal, yo y Ninny Threadgoode haremos de Reyes Magos.

EN EL 212 DE RHODES CIRCLE

BIRMINGHAM (ALABAMA)

8 DE AGOSTO DE 1986

Después de que el joven del supermercado la hubiese cubierto de insultos, Evelyn Couch se sintió igual que si la hubiesen violado; desgarrada por dentro por aquel deshonesto abuso verbal. Siempre había tratado de rehuir aquel tipo de incidentes, porque le aterraba que los hombres se le descarasen, y lo que fuesen capaces de decirle si les plantaba cara. Durante toda su vida se había acercado a los hombres de puntillas, fijándose muy bien dónde ponía los pies, sabedora de que si, por cualquier circunstancia, les plantaba cara, ese léxico que con tanta facilidad afloraba de sus bocas le haría mucho daño.

Y al final le había tocado la china. Pero no iba a hundírsele el mundo por eso. Es más: aquello la incitó a reflexionar. Fue como si la gamberrada de aquel joven la hubiese sacudido interiormente, obligándola a mirar en su interior y a hacerse unas preguntas que había eludido hasta entonces, por temor a las respuestas.

¿En qué consistía, en realidad, lo que ella veía como una insidiosa amenaza; como un arma invisible que apuntaba directamente a su cabeza, condicionando su vida; *aquel terror que sentía a que la insultasen*?

De jovencita se había mantenido virgen para que no la llamasen putón; se había casado para que no la llamasen solterona; había fingido orgasmos para que no la llamasen frígida; había tenido hijos para que no la llamasen estéril; no se había hecho feminista para que no dijesen que odiaba a los hombres ni la llamasen tortillera; y nunca se había sulfurado ni levantado la voz para que no la llamasen arpía...

Y encima de que se había esforzado por comportarse así, un buen día se topa con un extraño y él la pone a caer de un burro y la cubre de insultos..., de esa soez retahíla de insultos que los hombres dedican a las mujeres cuando se cabrean.

¿Por qué siempre insultos con connotaciones sexuales?, se preguntaba Evelyn. ¿Y por qué cuando un hombre quería vejar a otro, lo *afeminaba?* Era como si, para ellos, ser mujer fuese lo más bajo. ¿Qué hemos hecho nosotras?, se decía ella; ¿qué hemos hecho para que se nos tenga en este concepto? ¿Por qué habían elegido precisamente *el coño* para que sonase tan mal? La gente ya no insultaba a los negros; por lo menos, no en su cara. A los italianos ya no se les llamaba *maricas,* ni se hablaba de *judiadas,* ni se decía aquello de *Spanish... mañana,* tildándolos de vagos, ni se hacía burla de los *amarillos,* ni de los *gabachos,* ni de los *cabezas cuadradas,* ni de los *hijos de la Gran Bretaña,* en la conversación normal. Todos los grupos tenían quienes les defendían. Pero, a las mujeres, los hombres seguían insultándolas. ¿Por qué? ¿Dónde estaba su grupo? No era justo. Y, cuanto más lo pensaba, más se sulfuraba. Ojala Idgie hubiese estado a mi lado, pensaba Evelyn. No habría permitido que aquel joven la insultase. Estaba segura de que le habría soltado una hostia que lo habría estampado contra el coche.

Hizo un esfuerzo para no seguir dándole vueltas al asunto porque, de pronto, notaba que empezaba a sentir algo que nunca había sentido; y le daba pánico. Con veinte años de retraso, respecto a las demás mujeres, *Evelyn Couch estaba furiosa.*

Estaba furiosa consigo misma por sentir ese pánico. Toda aquella ira contenida empezó a expresarse de una extraña y peculiar manera.

Por primera vez en su vida, deseó ser un hombre. Y no por el privilegio de tener ese singular equipamiento tan caro a los hombres. No. Lo que quería era la fuerza física del hombre, para

haberle podido poner la cara como un mapa a aquel mocoso del supermercado. Claro que no le pasaba inadvertido que, de haber sido un hombre, no le habría insultado. Y fantaseaba con la idea de seguir siendo ella, pero con la fuerza física de diez hombres. Convertida en una Superwoman. Y se imaginaba dándole tal paliza a aquel deslenguado que lo dejaba allí tirado en el suelo del parking, sangrando, con varios huesos rotos e implorando piedad. ¡Ja!

Y, así, a los cuarenta y ocho años, empezó la increíble y secreta vida de Mrs. Evelyn Couch, de Birmingham, Alabama.

Muy pocas personas que viesen a aquella mujer de mediana edad, rellenita pero todavía de buen ver, a aquella ama de casa de clase media yendo a la compra, o enfrascada en las labores domésticas cotidianas, podrían sospechar que, en su imaginación, era una capadora de violadores, capaz de reventarle el forro de los cojones a todos los maridos que pegan a sus esposas.

Evelyn había elegido para sí, en su secreto mundo interior, un sobrenombre que sembraría el pánico por doquier: TOWANDA LA VENGADORA.

Y mientras Evelyn trajinaba con la sonrisa en los labios, Towanda agarraba por su cuenta a quienes abusaban de las chiquillas, obligándoles a joder con un coño eléctrico hasta que se les rustiese. Y ponía explosivos en las páginas interiores de *Playboy* y de *Penthouse* para que les explotasen al abrirlas. Les daba sobredosis a los camellos y los dejaba morir en plena calle; obligaba al médico que le había dicho a su madre que tenía cáncer a salir desnudo a la calle, mientras toda la profesión médica, desde el estomatólogo al proctólogo, lo vejaban y lapidaban; vengadora misericordiosa, al fin y al cabo, aguardaría hasta el final de su despelotado paseo para machacarle entonces la cabeza con un martillo pilón.

Nada era imposible para Towanda. Se retrotraía en el tiempo para soltarle un guantazo al apóstol Pablo, por haber escrito que las mujeres debían guardar silencio. Towanda iba a Roma a echar a patadas al Papa de su trono y poner en su lugar a una monja, obligando a que, para variar, fuesen los sacerdotes quienes cocinasen y limpiasen para ella.

Towanda aparecería en los programas de debate de la tele y, con voz pausada, la mirada fría y torciendo el gesto, se enfrentaría a todo aquel que estuviese en desacuerdo, hasta que todos se sintiesen tan vencidos por su brillantez que se echaran a llorar y abandonaran el programa. Iría a Hollywood y les ordenaría a los prebostes a contratar a mujeres de su misma edad, y no a veinteañeras de perfectos cuerpos. Dejaría que las ratas se comiesen vivos a todos los que especulaban con los barrios pobres y enviaría comida y condones, y toda clase de medios anticonceptivos, a todos los hombres y mujeres de las bolsas de pobreza.

Y, gracias a su visión y perspicacia, sería conocida en todo el mundo como Towanda la Magnánima, Desfacedora de Entuertos, y Reina Indisputable.

Towanda ordenaba que: un número igual de hombres y mujeres formasen el Gobierno y participasen en las conversaciones de paz; ella y su equipo de talentos de la farmacopea clínica descubrirían un remedio contra el cáncer, e inventarían una píldora que permitiría comer a discreción sin engordar; se obligaría a la gente a sacarse el carné de concebir, para cuya obtención deberían estar emocional y económicamente preparados... *se acabaría con el hambre y los malos tratos que afectaban a tantas criaturas.* Jerry Falwell se haría responsable de criar a todos los hijos ilegítimos sin hogar; no se permitiría el exterminio de cachorros de compañía —gato o perro— y se les asignaría un Estado para ellos solos (Nuevo México o Wyoming, pongamos por caso); enseñantes y ATS cobrarían lo mismo que los profesionales del rugby.

Detendría la construcción de toda colmena humana, sobre todo las de cemento; y a Van Johnson se le concedería un programa para él solo, porque es uno de los que más le gustan a Towanda.

A los autores de *graffiti* soeces se les sumergiría en una tina de tinta indeleble. A los hijos de los famosos se les prohibiría escribir libros. Y se encargaría personalmente de que a todo hombre bueno y buen padre de familia se le regalase un viaje a Hawai y un fuera-borda para ir por su cuenta.

Y allá que iba Towanda, a la avenida Madison, a controlar todas las revistas de modas: a todas las modelos que pesasen menos de 65 quilos les pegaría fuego; y declararía a la arruga sexualmente deseable. Los productos lácteos descremados serían borrados de la faz de la Tierra; y lo mismo con todos los alimentos de régimen.

Ayer mismo, sin ir más lejos, Towanda había emprendido una marcha en solitario hacia el Pentágono; y les había quitado todas las bombas y todos los misiles, dándoles a cambio juguetes para que se entretuviesen, mientras sus hermanas rusas hacían otro tanto. Luego se metió en el avance del telediario de las seis de la tarde, y arrambló con todo el presupuesto militar para repartirlo entre todos los estadounidenses de más de sesenta y cinco años. Towanda se daba tal paliza durante el día que Evelyn caía rendida en la cama por la noche.

Y es que no paraba. Aquella misma noche, mientras Evelyn preparaba la cena, Towanda les había aplicado la pena capital a un grupo de proxenetas y productores de películas pornográficas. Y, luego, mientras Evelyn lavaba los platos, Towanda se había encargado, ella sólita, de hacer saltar por los aires todo Oriente Medio para evitar la Tercera Guerra Mundial. De ahí que, al darle Ed una voz desde la salita pidiéndole otra cerveza, sin saber cómo, antes de que Evelyn pudiese mandarla callar, Towanda le gritó: ¡QUE TE DEN POR EL CULO, ED!

Entonces él, sin alterarse lo más mínimo, se levantó del sillón y fue a la cocina.

—¿Te encuentras bien, Evelyn? —le dijo.

EL SEMANARIO DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

9 DE FEBRERO DE 1943

ESCALADA BÉLICA

Mi otra mitad viene trabajando el doble de horas —dos turnos completos—, al igual que todos los empleados del Ferrocarril, porque en la industria siderúrgica están haciendo muchas horas extras. Y llevo una temporada muy sola. Pero, si él puede sacrificarse por la patria y por nuestros soldados, yo también.

Tommy Glass y Ray Limeway han escrito desde su campamento enviando saludos para todos.

Por cierto, ¿ha visto alguien el huerto de Ruth e Idgie allá en la casa donde vivían los padres de Idgie? Dice Idgie que Sipsey plantó judías y han salido grandes como ciruelas. Y en cambio yo no consigo que me crezcan más que unas birriosas patatas.

Tres de las integrantes del Jolly Belles Ladies' Barber Shop Quartet, yo y Biddie Louise Otis y Ninny Threadgoode fuimos a Birmingham y cenamos en la cafetería Brittling's, y luego fuimos al cine sólo por ver a nuestra Essie Rue Limeway en las atracciones del entreacto. Y no íbamos descaminadas, porque las películas no valían nada en comparación con lo que ella tocó. Así que estamos orgullosísimas. Nos habría gustado decirle a todo el público que es amiga nuestra. Aunque, Ninny le dijo a su vecino de butaca que Essie Rue era su cuñada.

Por cierto, no olviden que hay que ahorrar neumáticos.

DOT WEEMS

P. D. ¿Quién dice que somos el sexo débil? El pobre Dwane Glass se desmayó en su boda el pasado domingo, y su futura esposa tuvo que sostenerlo durante toda la ceremonia. Después que hubo terminado, él dijo sentirse mucho mejor. Y es que tiene que incorporarse al Ejército después de la luna de miel.

WHISTLE STOP
(ALABAMA)

12 DE ENERO DE 1944

En Birmingham, en la gran estación terminal de la L & N, quinientas personas, con una banda de música al frente, se habían congregado para dar la bienvenida a hijos, maridos y hermanos, héroes todos de la guerra. Ya ondeaban al viento las banderas, mientras todos aguardaban a que llegase el de las seis veinte de Washington.

Pero, aquella tarde, el tren hizo una parada de veinte minutos en las afueras de Birmingham. Al final del andén, una familia de color aguardaba a su hijo. No tardaron en verlo salir, en un féretro de madera que sacaron del furgón de equipajes y depositaron en un carro, que lo llevaría al otro lado de la vía del tren, a Troutville.

Artis, Jasper y Pájaro Travieso iban detrás de Onzell, Sipsey y Big George. Al verlos pasar, Grady Kilgore, Jack Butts y todos los empleados del Ferrocarril se descubrieron en señal de duelo.

No había banderas, ni banda, ni medallas, sólo un trozo de cartón que colgaba del féretro con su nombre: W. C. Peavey. Pero, al otro lado de la calle, en la ventana del café, había una bandera y una estrella del Ejército pintadas, y unas letras que decían: BIENVENIDO A CASA, WILLIE BOY...

Ruth, Idgie y Muñón estaban ya en Troutville, esperando con los demás.

El encantador Willie Boy, el Consejero Maravilloso, el muchacho que había sido admitido en el Instituto Tuskegee... tan listo, que iba para abogado, un líder nato, una resplandeciente luz que llegaba hasta Washington desde lo más recóndito de Alabama... Willie Boy, uno que había tenido oportunidad de destacar, va y muere tontamente en una disputa de bar a manos de un soldado negro llamado Winston Lewis, de Newark, New Jersey.

Willie Boy había estado hablando de su padre, Big George, una persona cuya sola mención hacía que, blancos y negros, sin distinción, dijesen: «Ése sí que es un hombre».

Pero Winston Lewis le había dicho que todo aquel que trabajaba para los blancos, especialmente en Alabama, no era más que un rastrero, un estúpido ignorante y un vendido.

Para poder sobrevivir, a Willie Boy le habían enseñado a no responder a los insultos, y a no mostrar el menor atisbo de agresividad o ira. Pero aquella noche, al oír a Winston, pensó en su padre y le estampó una botella de cerveza en toda la cara al soldado negro, dejándolo inconsciente en el suelo.

A la noche siguiente, mientras dormía, le degollaron. Winston Lewis desertó, pero el Ejército no se preocupó demasiado por ello, porque no daba abasto con los problemas que le creaban las peleas a navajazos entre los soldados de color. Se limitaron a devolverle a la familia el cuerpo de Willie Boy.

En el funeral, Ruth, Smokey y todos los Threadgoode ocuparon el primer banco de la iglesia. Idgie habló en nombre de la familia. El pastor largó una prédica acerca de que Jesús sólo se lleva tan pronto a la Casa del Padre a los por Él más queridos, y habló sobre la voluntad del Todopoderoso, que se sienta en su dorado trono en los Cielos. Todos los feligreses refrendaron sus palabras con un: «Hágase su voluntad».

Artis también pronunció las mismas palabras, en respuesta a las del pastor, y permaneció sentado en el banco mientras oía llorar a su madre, destrozada por el dolor. Pero, después de la ceremonia religiosa, no fue al cementerio.

Mientras bajaban a Willie Boy al fondo de la tumba y lo cubrían con la rojiza tierra de Alabama, Artis cogía un tren en marcha e iba ya derecho a Newark, New Jersey, con el propósito de rajar a un tal Mr. Winston Lewis.

... Y los feligreses seguían cantando: «Señor, no hagas que la montaña venga a mí, sólo dame fuerzas para poder coronarla...».

Tres días después, encontraron el corazón de Winston Lewis en una papelera, a unas manzanas de su domicilio.

EL SEMANARIO DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

24 DE FEBRERO DE 1944

LA MONDA Y PARA MONDARSE

La Peña del Hinojo montó su anual «Desternille», que ha sido lo mejor que han hecho hasta ahora.

Grady Kilgore hizo de Shirley Temple cantando *On The Good Ship Lollipop.* ¿A que no todos sabían que nuestro *sheriff* tuviese las piernas tan bonitas? E incluso mi otra mitad, Wilbur Weems, cantó *Red Sails in the Good Sunset.* A mí me parece que lo hizo bien, pero, claro, mi opinión no cuenta. Porque se la oigo todos los días en la ducha. Ja, ja.

Lo más divertido fue una parodia del reverendo Scroggins, a cargo de Idgie Threadgoode; y de Vesta Adcock, a cargo de Pete Tinwell.

Opal se encargó del maquillaje y de los peinados; y Ninny Threadgoode, Biddie Louise Otis y una servidora, de los trajes.

El llamado «peligroso animal» en el *sketch* de Mutt y Jeff no era otro que Ring, el bulldog de los Hadley, con una máscara antigás.

La recaudación se ha donado al Fondo Navideño para ayudar a los necesitados de Whistle STOP y de Troutville.

Confío en que esta larga guerra acabe de una vez, que echamos mucho de menos a nuestros muchachos.

Por cierto, Wilbur pretendió alistarse el otro día. Gracias a Dios es demasiado viejo y tiene los pies planos. Porque, de lo contrario, nos las habríamos tenido.

DOT WEEMS

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

28 DE JULIO DE 1986

Evelyn había vuelto a engordar todo lo que adelgazó durante el régimen, más otros cuatro quilos. Estaba tan disgustada por ello que ni siquiera reparó en que Mrs. Threadgoode había vuelto a ponerse el vestido del revés.

Estaban ambas atacando un bizcocho de chocolate de más de dos quilos, cuando Mrs. Threadgoode encontró un hueco para hablar.

—No sé qué daría por un buclecito de mantequilla. La margarina que nos dan aquí sabe a manteca. Tuvimos que comer tanta durante la Gran Depresión que no quiero ni verla. Así que no la pruebo, y me como la tostada a palo seco, o con un poco de mermelada de manzana.

«Porque, fíjate tú que, a pesar de que Idgie y Ruth compraron el café en el 29, en plena Gran Depresión, no creo que diesen nunca margarina. O, por lo menos, yo no recuerdo haberla probado allí. Resulta extraño que en todo el mundo lo estuviesen pasando tan mal y que, al pensar en el café, aquello; años de la Gran Depresión se me antojen tan felices a pesar de lo que tuvimos que luchar todos. Éramos felices y no lo sabíamos.

«Muchas noches nos sentábamos allí en el café a escuchar la radio. Qué sé yo la de programas que escuchábamos; teatro radiofónico, novelas, series policíacas; todo estupendo. No soporto los de la tele; no hay más que tiros y palabrotas. Antes, todo lo más, en los programas de radio se levantaban un poco la voz, pero siempre en plan divertido. Y los negros que ahora actúan en la tele no tienen el encanto de los de antes. Sipsey no habría sabido dónde meterse de haber oído a Big George hablar con esa chulería.

»Y no es sólo la tele. Mrs. Otis estaba un día en el supermercado y le dijo a un chiquito de color, que pasaba por su lado, que le daría cinco centavos si le ayudaba a llevar la bolsa de la compra al coche; y dice que él le dirigió una torva mirada, de lo más atravesado, y pasó de largo. Y no son sólo los negros, ¿eh? Cuando Mrs. Otis todavía conducía —hasta que se la pegó contra un tenderete de fruta— la gente no paraba de achucharnos tocándonos el claxon; y, al adelantarnos, nos hacían un corte de manga. Habrase visto qué modales. No hay por qué ser tan groseros.

»Y, los telediarios, ya no los sigo. No hay más que disturbios. Tendrían que darles unos tranquilizantes a todos para que se calmen una temporada. Creo que tanta mala noticia afecta a las personas, las vuelve insensibles. Así que, en cuanto aparece el telediario, cambio de canal, o lo apago.

«Últimamente, desde hace unos diez años, sólo presto verdadera atención a los programas religiosos. Tienen comentaristas de mucho talento. Cuando tengo, les envío dinero. El programa que dan de siete a ocho es el que más me gusta; aunque, en realidad, me gustan todos por igual, excepto el de esa que sale tan maquillada, que no estaría mal si no se pase todo el programa lloriqueando. Hable de cosas tristes o alegres, se diría que llora a moco tendido. Ésa lo que necesita es tomar hormonas. Y tampoco me gustan los predicadores que se pasan todo el rato gritando. No sé por qué han de gritar teniendo micrófono. Cuando se ponen a gritar de esa manera, Cambio de canal.

»Y te diré otra cosa: las tiras cómicas de los periódicos ya no son divertidas. Dime a ver dónde encuentras ahora un "Fred Basset", pongamos por aso.

»Y es que la gente ya no es feliz; no como lo era antes. Jamás se ve un rostro alegre, por lo menos yo no lo veo. Cuando Frances nos llevaba de paseo, yo siempre le decía a Mrs. Otis: "Fíjate qué caras más serias y qué expresión más agria llevan todos, incluso los jóvenes".

—Yo tampoco entiendo por qué la gente está tan resabiada —dijo Evelyn, suspirando.

—Y es en todo el mundo, encanto. El fin de los tiempos se acerca. Puede que lleguemos al segundo milenio, pero no estaría yo tan segura. Escucho a muchos buenos predicadores, y todos dicen que se acerca el fin de los tiempos. Dicen que está en la Biblia, en el Apocalipsis... Claro que ellos no pueden saberlo. Sólo Dios lo sabe.

»No sé cuánto tiempo de vida va a concederme Dios, pero tengo un pie en el otro barrio, para qué vamos a engañarnos. Por eso vivo cada día como si fuese el último. Quiero estar preparada. Y por eso no critico a Mr. Dunaway y a Vesta Adcock. Hay que vivir y dejar vivir.

—¿Qué pasa con ellos? —se sintió Evelyn obligada a preguntar.

—Ah, pues que creen que están enamorados. Eso es lo que ellos dicen. Huy, tendrías que verlos haciendo manitas y arrullándose por todas partes. La hija de Mr. Dunaway lo descubrió y se presentó aquí amenazando a la Residencia con una demanda ante los tribunales. ¡A Mrs. Adcok la llamó lagarta!

—¡Por Dios!

—Ya lo creo, encanto... y dijo que estaba intentando robarle a su padre. Armó tal alboroto que decidieron mandar a casa a Mr. Dunaway. Supongo que temían que él y Mrs. Adcock se acostasen. Pero a mí me parece que de eso ya... ni en sueños. Geneene dice que hace muchos años que él no está en condiciones, y que no podría... vaya, ni... ¿Qué más da entonces que se den un achuchón y se besen? Vesta tiene el corazón destrozado. Cualquiera sabe lo que es capaz de hacer.

»Que no creas, que aquí no te dan mucha manga ancha.»

—Me lo figuro —dijo Evelyn.

EL SEMANARIO DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

1 DE AGOSTO DE 1945

CAE DENTRO DE UN BIDÓN DE LACA

Si no estuviese casada con él, no lo creería... Mi otra mitad estaba en las cocheras del Ferrocarril, pintando uno de los vagones para el transporte de tropas, y se cayó al interior de un bidón con casi mil litros de laca. Logró sacar la cabeza y salir, pero la laca se secó tan rápido que, al saltar al andén, la tenía totalmente incrustada, y tuvimos que pedirle a Opal que viniese a casa a quitarle la laca del poco pelo que le queda. Es una suerte que no hayamos tenido hijos. Porque no iba a tener tiempo de preocuparme de más crios.

¿Sabe alguien de alguna niñera a horas para maridos...?

Estamos todos muy contentos de que, por fin, se haya acabado la guerra. Bobby Scroggins volvió a casa ayer; y Tommy Glass y Ray Limeway, el pasado jueves. ¡Hurra!

Así que todo son buenas noticias. Además, Ninny Threadgoode vino a traerme un trébol de cuatro hojas. Dice que ella y Albert encontraron tres en su patio. Gracias, Ninny.

DOT WEEMS

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

15 DE AGOSTO DE 1986

Geneene, la enfermera negra que alardeaba de ser una mujer de hierro, aunque no lo era, dijo que estaba cansada. Tenía doble turno aquel día, y entró al dormitorio de Mrs. Otis y Mrs. Threadgoode, a sentarse un poco y fumar un cigarrillo. Mrs. Otis estaba en su clase de artes y oficios, al fondo del pasillo. Así que Mrs. Threadgoode se alegró de tener compañía.

—¿Te has fijado en esa mujer con la que charlo los domingos?

—¿Qué mujer? —dijo Geneene.

—Evelyn.

—¿Quién?

—Esa rellenita de pelo entrecano. Evelyn... Evelyn Couch. La nuera de Mrs. Couch.

—Ah, sí.

—Me comentó el otro día que, desde que un individuo la insultó en el supermercado, odia a todo el mundo. Y yo le dije: «Mira, encanto, el odio no es bueno; no hace más que amargarte más. La gente no puede evitar ser como es; y una hiena será siempre una hiena. ¿No crees que si pudiesen cambiar cambiarían? No lo dudes. Pero la gente es muy débil».

»Dice Evelyn que incluso está empezando a odiar a su marido. Que se pasa todo el día sentado sin hacer nada, viendo partidos de rugby o hablando por teléfono; y que siente el irreprimible deseo de atizarle en la cabeza con un bate de béisbol, sin razón ninguna. Pobrecita Evelyn; cree ser la única persona en el mundo que tiene malos pensamientos. Yo le dije que lo que le pasa es algo que resulta natural que suceda en un matrimonio cuando los dos llevan viviendo muchos años juntos.

«Recuerdo que cuando Cleo se puso su primera dentadura postiza estaba orgullosísimo. Pero le castañeteaba de un modo espantoso cada vez que daba un bocado... Me ponía los nervios tan de punta que, a veces, tenía que levantarme de la mesa para no decir un disparate... Pero yo le quería más que a nada en el mundo. Siempre se pasa por una época en la que el otro empieza a sacarte de quicio. Y luego... un buen día, no sé si porque sus dientes dejaron de castañetear o porque yo me acostumbré, aquello dejó de afectarme. Son cosas que ocurren en las mejores familias.

»Idgie y Ruth, por ejemplo. Nunca habrás visto dos personas más consagradas la una a la otra, pero incluso ellas pasaron por épocas en las que tuvieron problemas de convivencia. Ruth se vino a vivir con nosotros en una ocasión. Nunca supe la razón, ni la pregunté, porque no era asunto de mi incumbencia, pero creo que fue porque Ruth no quería que Idgie siguiese yendo al Club de Pesca Wagon Wheel, donde Eva Bates vivía. Creía que Eva incitaba a Idgie a beber más de lo conveniente para su salud. Y era cierto.

»Pero, como le dije a Evelyn, todo el mundo tiene sus pequeñas rarezas.

»Pobrecita Evelyn. Me preocupa. ¡Esa menopausia se ha cebado en ella! No sólo dice que tiene ganas de darle un garrotazo a Ed en la cabeza sino que, últimamente, fantasea con la idea de salir por la noche a la calle vestida de negro y ametrallar a todo mal bicho. ¿Te imaginas?

»Y yo le dije: "Ves demasiada televisión, encanto. ¡Así que haz el favor de quitarte esas ideas de la cabeza inmediatamente! Además, no somos quién para juzgar a nadie. Lo dice en la Biblia,

bien clarito, que el Día del Juicio Final, Jesús descenderá de nuevo a la Tierra, con una corte celestial, para juzgar a los vivos y a los muertos".

»Evelyn me preguntó a qué vivos se refería, y ¿sabes qué te digo?, pues que no le supe contestar.»

CLUB DE PESCA WAGON WHEEL

WARRIOR RIVER (ALABAMA)

3 DE JUNIO DE 1946

Las luces azules estaban encendidas, se oía bullicio de gente en el interior y la sinfonola a todo volumen. Idgie estaba sentada en el centro bebiendo una cerveza tras otra. Se había abstenido del *whiskey* aquella noche, porque la anterior le había dado como para que le durase una temporada.

Su amiga Eva se lo estaba pasando en grande con unos chicos de por allí que habían puesto la excusa de tener que ir a la reunión del Club de los Alces aquella noche, en Gate City. Eva pasó junto a Idgie y la miró.

—¡Por Dios, chica! ¿Qué te pasa? Pareces un pato mareado.

Hank Williams cantaba que su corazón estaba destrozado y decía sentirse tan solo que tenía ganas de morirse.

—Ruth se ha marchado —dijo Idgie.

—¿Qué? —dijo Eva cambiando de talante.

—Que se ha marchado. Se ha ido a casa de Cleo y Ninny.

—Vaya por Dios, Idgie —dijo Eva, sentándose a su lado—; ¿y por qué?

—Se ha enfadado conmigo.

—Ya lo supongo. ¿Pero tú qué le has hecho?

—Le mentí.

—Bueno. ¿En qué?

—Le dije que iba a Atlanta a ver a mi hermana Leona y a John.

—¿Y no fuiste?

—No.

—¿Adonde fuiste?

—Al bosque.

—¿Con quién?

—Sola. Quería estar sola; eso es todo.

—¿Y por qué no se lo dijiste?

—No lo sé. Creo que es que me pone negra tener que andar siempre diciendo adonde voy. No sé. Empecé a sentirme como atrapada, como si necesitase respirar una temporada. Así que le mentí. Eso es todo. ¿Dónde está el crimen? Grady le miente a Gladys; y Jack le miente a Mozell.

—Sí, encanto, pero tú no eres ni Grady ni Jack... Y Ruth tampoco es ni Gladys ni Mozell. Por Dios, chica. No sabes qué rabia me da que pase esto, ¿o es que no te acuerdas qué temporada pasaste hasta que ella volvió?

—Sí, pero a veces tengo necesidad de respirar un poco por mi cuenta, una temporada; como si necesitase sentirme libre. Ya me entiendes.

—Claro que te entiendo, Idgie. Pero también tienes que ver las cosas desde su punto de vista. Ella lo dejó todo para venir contigo. Dejó su tierra, y todas las amistades entre las que creció... dejó todo eso, sólo para venir aquí y formar una familia contigo. Tú y Muñón sois todo lo que tiene. Tú, en cambio, tienes aquí amistades, y a tu familia…

—Sí, y a veces pienso que la quieren más a ella que a mí.

—Pero, vamos, Idgie. Te voy a decir una cosa bien clara: ¿acaso crees que no habría podido pescar a quien hubiese querido de por aquí? Le hubiese bastado con hacer así —dijo Eva doblando el índice hacia adentro—. Así que yo me lo pensaría mucho antes de dar esas espantadas.

En aquel momento, Helen Claypoole, una cincuentona que llevaba años frecuentando el Wagon Wheel, timándose con todos y bebiendo con el primero que la invitase, salió del lavabo tan borracha que se había remetido la falda por las medias, e iba tambaleándose hacia la mesa en la que estaba con unos.

Eva señaló hacia ella.

—Mira, ahí tienes a una bien libre. A nadie le importa una mierda dónde esté. Y no la controla nadie, no, ya puedes estar segura.

Idgie miró a Helen, a quien se le había corrido todo el lápiz de labios y se le había venido el pelo sobre la cara, sentada allí y mirando a sus compañeros de mesa con los ojos vidriosos, sin verlos.

—Me tengo que ir ya —dijo Idgie, casi de inmediato—. Tendré que pensar un poco en todo esto.

—Pues claro que sí, mujer. Eso es lo que yo creo.

Dos días después, Ruth recibió una nota pulcramente mecanografiada que decía: «Si enjaulas a un animalito salvaje, seguro que se morirá; pero si lo dejas libre, el noventa por ciento de las veces volverá a casa».

Entonces Ruth llamó por teléfono a Idgie, por primera vez en tres semanas.

—He recibido tu nota y he estado pensando que, quizá, cuando menos, debamos hablarlo.

—Maravilloso —dijo Idgie, que no cabía en sí de gozo—. Voy para allá volando.

Y así lo hizo, prometiéndose jurar sobre la Biblia, y en la mismísima casa del reverendo Scroggins si era necesario, que nunca más volvería a mentirle a Ruth.

Al doblar la esquina y ver la casa de Cleo y Ninny, cayó en cuáles habían sido las palabras exactas de Ruth por teléfono. ¿Pero qué nota? Ella no le había enviado ninguna nota.

EL NOTICIERO
DE BIRMINGHAM

15 DE OCTUBRE DE 1947

DEFENSA MANCO CONDUCE A SU
EQUIPO A LA QUINTA VICTORIA
CONSECUTIVA EN LA LIGA DE RUGBY

El 27 a 20 definitivo sobre Edgewood, después de que el empate a 20 se mantuviese durante casi todo el último cuarto, llegó para Whistle Stop gracias a un extraordinario pase de 43 metros del defensa manco del Whistle Stop, Buddy (Muñón) Threadgoode, un juvenil.

«Muñón es nuestro mejor jugador», comentó esta mañana el entrenador Delbert Naves. «Su gran moral de victoria y su espíritu de equipo han decantado la balanza. A pesar de su *handicap*, ha dado este año treinta y tres pases bien dirigidos de treinta y siete. Es capaz de hacerse con la pelota en el centro del campo, sujetarla fuertemente contra su pecho, asirla convenientemente y lanzarla, todo en menos de dos segundos; y su velocidad y precisión son muy notables.»

Buen estudiante, es también titular en los equipos de béisbol y de baloncesto. Es hijo de Mrs. Ruth Jamison, de Whistle Stop. Al ser preguntado sobre esta facilidad suya para los deportes, dijo que su tía Idgie, que ayudó a su madre a criarlo, le ha enseñado todo lo que sabe de rugby.

CAFÉ DE WHISTLE STOP

WHISTLE STOP (ALABAMA)

28 DE OCTUBRE DE 1947

Muñón acababa de llegar de entrenarse y se había servido una cola. Idgie estaba detrás de la barra poniéndole a Smokey Lonesome una segunda taza de café.

—Tengo que hablar contigo, jovencito —le dijo al pasar junto a ella.

«Huy, huy, huy», pensó Smokey, sin levantar la vista de su trozo de tarta.

—¿Se puede saber qué he hecho? Yo no he hecho nada, ¿eh? —dijo Muñón.

—Eso es lo que tú te crees, amiguito —le replicó ella a Muñón, que por entonces medía más de metro ochenta y hacía tiempo que se afeitaba—. Vamos atrás.

El la siguió con paso cansino y se sentó a la mesa.

—¿Dónde está mamá?

—Está en una reunión de padres de alumnos. Pero, a ver, jovencito, ¿qué es lo que le has dicho a Peggy esta tarde?

Él puso una cara como si acabase de caer del nido.

—¿Peggy? ¿Qué Peggy?

—Lo sabes muy bien. Peggy Hadley.

—No le he dicho nada.

—No le has dicho nada.

—No.

—Dime entonces a ver por qué ha entrado hace una hora aquí, llorando a moco tendido.

—No sé. ¿Cómo lo voy a saber?

—¿No te ha pedido que fueses con ella esta tarde a bailar al Sadie Hawkins?

—Sí, me parece que sí. Ni me acordaba.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Vamos, tía Idgie, yo no quiero ir a bailar con ella. Es una cría.

—Pero, *¿qué* le has dicho?

—Pues que tenía cosas que hacer, o algo así. Está como una cabra.

—Caballero, te estoy preguntando *qué* le has dicho a la chica.

—Va; si era en broma.

—En broma, ¿eh? Lo que has hecho es hacerte el milhombres delante de tus amigos. Eso es lo que has hecho.

Muñón se rebulló en la silla, azorado.

—Le has dicho que volviese a pedírtelo cuando le creciesen las tetas, ¿no es eso?

Él no contestó.

—¿No es eso?

—Tía Idgie, era sólo *una broma.*

—Pues tienes suerte de que no te hayan cruzado la cara.

—Pues su hermano estaba allí conmigo.

—Una buena patada en el trasero tenían que haberos dado a los dos entonces.

—Ha hecho una montaña de nada.

—Una montaña de nada, ¿eh? ¿Tienes una ligera idea de lo que le ha costado a la chiquilla atreverse a pedírtelo? ¿Para que luego tú vayas y le sueltes eso delante de los demás chicos? Así que, óyeme bien, amiguito. Ni tu madre ni yo te hemos criado para que te comportes como un ignorante cabeza de chorlito. ¿Cómo te sentaría que alguien le hablase así a tu madre? ¿Y si una chica te dijese que volvieses a pedírselo cuando te creciese la pilila?

Muñón se ruborizó.

—Va, déjate de esas cosas, tía Idgie.

—No me dejo, no. No voy a permitir que te comportes como un barriobajero. Que no quieras ir a bailar es una cosa, pero ni a Peggy, ni a ninguna otra chica, tienes que hablarle así. ¿Me has oído bien?

—Sí.

—Quiero que bajes ahora mismo a su casa y te excuses. Y no lo digo a humo de pajas. ¿Me has oído?

—Si, tía.

Muñón se levantó.

—Siéntate, que aún no he terminado contigo.

Muñón suspiró y se dejó caer en la silla.

—¿Qué más?

—Quiero hablarte de otra cosa. Quiero saber qué es lo que te pasa con las chicas.

Muñón la miró azorado.

—¿A qué te refieres?

—Nunca me he metido en estas cosas contigo. Tienes diecisiete años, y eres casi un hombre. Pero a tu madre y a mí nos tienes preocupadas.

—¿Por qué?

—Pensábamos que, a estas alturas, ya se te habría pasado. Pero ya eres demasiado mayorcito para no andar siempre más que con chicos.

—¿Y qué les pasa a mis amigos?

—Nada. Sólo que no andas más que con chicos.

—¿Y qué pasa?

—Pues que hay un montón de chicas que beben los vientos por ti, y es que no les das ni la hora.

Muñón guardó silencio.

—No les dices más que burradas cuando alguna se te acerca; que te he visto.

Muñón empezó a hurgar en un agujerito del cuadriculado hule de la mesa.

—Mírame cuando te hablo... Tu primo Buster ya está casado, pronto va a ser padre, y sólo tiene un año más que tú.

—¿Y qué?

—Es que todavía tiene que llegar el día en que hayas invitado a una chica siquiera al cine; y siempre que hay baile en el Instituto, tú te vas de caza.

—Me gusta cazar.

—Y a mí. Pero es que en la vida hay otras cosas, además de la caza y los deportes.

Muñón suspiró y cerró los ojos.

—Es lo único que me gusta hacer —dijo.

—Te compré ese coche e hice que te lo adaptasen porque creía que te gustaría poder llevar a Peggy por ahí, pero todo lo que haces es ir arriba y abajo con los chicos.

—¿Y por qué Peggy?

—Bueno, quien dice Peggy dice cualquier otra... No quiero que te pases la vida solo, como el pobre Smokey.

—Smokey está tan a gusto.

—Ya sé que está tan a gusto, pero estaría mucho mejor si tuviera esposa e hijos. ¿Qué va a ser de ti si un día faltamos yo o tu madre?

—Pues saldría adelante, que no soy tan tonto.

—Ya sé que saldrías adelante, pero me gustaría que quisieses a alguien que se preocupase por ti. En cuanto te des cuenta, las chicas que más valen la pena estarán todas comprometidas. ¿Y qué pero le ves a Peggy?

—Si está bien...

—Ya sé que te gusta. Antes de que salieses con tantos humos siempre le enviabas algún detalle por San Valentín.

Muñón guardó silencio.

—¿Y no hay ninguna más que te guste?

—No.

—¿Porqué no?

Muñón se rebulló en el asiento.

—¡PORQUE NO, Y YA ESTÁ! ¡DÉJAME EN PAZ! —le gritó, tratando de escabullirse.

—Óyeme, amiguito —persistió Idgie—, tú en el campo de rugby podrás con todo, pero te he cambiado muchos pañales y he sido cocinera antes que fraile. Así que desembucha.

Tampoco entonces contestó Muñón.

—¿Qué es lo que te pasa, hijo?

—Mira, no sé de qué me hablas. Y tengo que irme.

—Siéntate. No tienes que ir a ninguna parte.

Él suspiró y se recostó en el respaldo.

—¿Es que no te gustan las chicas, Muñón? —le preguntó Idgie llanamente.

—Sí, claro que me gustan —repuso desviando la mirada.

—Entonces, ¿por qué no sales con chicas?

—Mira, no es que sea... ya me entiendes, si es eso lo que te preocupa. Es solo que... —dijo Muñón frotándose el sudor de la mano en las perneras.

—Anda, Muñón, dime lo que te pasa, hijo. Tú y yo siempre nos lo hemos contado todo.

—Ya lo sé. Pero de esto no quiero hablar con nadie.

—Eso ya lo sé, pero quiero que me lo cuentes. Así que, va, ¿que es?

—Pues es que... ¡Dios! —farfulló—. Es que me digo, ¿y qué pasará si una quiere hacerlo...?

—¿Acostarse contigo?

Muñón asintió con la cabeza, mirando al suelo.

—Pues, en tal caso —dijo Idgie—, me consideraría un chico con suerte, ¿o no? Me sentiría halagado.

Muñón se limpió el sudor del labio superior.

—Mira, hijo, si tienes algún problema físico con *eso*... ya me entiendes..., dímelo. Porque te llevamos al médico a que te mire y ya está.

Muñón meneó la cabeza.

—No. No es eso. No es que me pase nada a mí; lo he hecho miles de veces.

Idgie puso cara de susto ante la pasmosa cantidad, pero siguió hablándole con toda tranquilidad.

—Bueno, eso significa que por lo menos no te pasa nada.

—Claro que no me pasa nada; lo único es que no lo he hecho en realidad con nadie... Ya sabes... yo solo.

—Eso no hace daño. Pero ¿no te parece que deberías probar con alguna chica? No puedo creer que no hayas tenido oportunidad, con lo guapo que eres.

—Sí que he tenido la oportunidad. No es eso —dijo con la voz un poco quebrada—; es que... es que...

—¿Es que qué, hijo?

Muñón no pudo entonces reprimir las lágrimas. y alzó los ojos hacia ella.

—Es simplemente que me da miedo, tía Idgie. Me da mucho miedo.

En lo que Idgie no había caído es que Muñón pudiese asustarse de algo; él, que tan valiente había sido siempre en todo.

—¿Y de qué tienes miedo, hijo?

—Pues, no sé... que si me echo encima sin querer o pierdo el equilibrio por culpa del brazo, o no lo sé hacer bien. No sé, que a lo mejor le hago daño... ¡yo qué sé! —exclamó desviando la mirada.

—Mírame, Muñón. ¿De qué es de lo que, de verdad, tienes miedo?

—Ya te lo he dicho.

—Tienes miedo de que alguna chica se te ría ¿no?

Por fin, tras un momento de vacilación, lo confesó.

—Sí. Supongo que es eso —dijo tapándose la cara con la mano, avergonzado de sus lágrimas.

Idgie se enterneció, y entonces hizo algo que rara vez hacía: se levantó, lo rodeó con sus brazos y lo acunó como si fuese un bebé.

—Pero, cariño, no llores. Ya verás como todo te va bien, angelito mío. No vas a tener ningún problema. La tía Idgie no va a permitir que tengas ningún problema. Nada de eso. ¿Te he dejado alguna vez en la estacada?

—No, tía.

—No vas a tener ningún problema, chico. No lo permitiré.

Mientras lo acunaba, Idgie se sentía impotente y estaba barruntando a ver si daba con alguien que pudiese ayudarlo.

El sábado por la mañana, temprano, Idgie llevó a Muñón en el coche al Club de Pesca Wagon Wheel, como había hecho tantas veces años atrás; cruzaron la entrada flanqueada por las dos ruedas de carro y fueron hasta la cabaña, deteniéndose frente a la puerta de tela metálica del porche. Allí lo despidió.

La puerta de la cabaña se abrió y una pelirroja de ojos verdes recién bañada, empolvada y perfumada se asomó y dijo: «Pasa, cariño».

Entonces Idgie arrancó y se alejó con el coche.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

30 DE OCTUBRE DE 1947

MUÑÓN THREADGOODE EN EL CANDELERO

A Muñón Threadgoode, hijo de Idgie Threadgoode y de Ruth Jamison, le dedica un largo artículo la última edición del *Birmingham News.* Mi felicitación. Estamos todos muy orgullosos de él, pero no se les ocurra ir al café, a menos que estén dispuestos a pasarse una hora oyendo a Idgie hablar del partido decisivo. Está que no cabe en sí misma. Al término del encuentro, todo el equipo, las animadoras y la banda, fueron al café y los invitaron a hamburguesas.

Mi otra mitad no tiene ni idea de moda. Llego la otra tarde guapísima, con la redecilla puesta porque Opal me acababa de marcar en la peluquería, y me dijo que mi peinado parecía una ubre de cabra con un cazamariposas... Y luego va y, como era nuestro aniversario, me lleva a Birmingham a un restaurante italiano a comer espagueti, sabiendo que estoy a régimen... ¡Hombres! No hay quien viva con ellos; ni sin ellos.

Por cierto, sentimos mucho enterarnos de la mala suerte que ha tenido Artis O. Peavey.

DOT WEEMS

SLAGTOWN
(ALABAMA)

17 DE OCTUBRE DE 1949

Artis vivía con su segunda esposa, Madeline Poole, que trabajaba de sirvienta en una casa muy buena, para una familia de la elegante avenida Highland. Vivían en casa de Madeline, en el n.° 6 del pasaje Tin Top, en la zona sur de la ciudad. El pasaje Tin Top no era más que dos hileras de destartaladas barracas de madera con techumbre de hojalata, con un sucio rodal de tierra a modo de jardín, casi todas decoradas con bañeras en cuyo interior plantaban todo tipo de flores, para compensar el descolorido color gris de la madera de las barracas.

Estaba a dos pasos del que había sido su anterior domicilio, que no era otra cosa que el pabellón del servicio en la parte trasera de una gran mansión, en el n.° 2 de la calle G.

Artis encontraba aquel barrio muy agradable. A sólo una manzana estaba Magnolia Point, adonde podía ir a darse un garbeo por las tiendas y visitar a los maridos de otras sirvientas. A última hora de la tarde, después de cenar, casi siempre con sobras de los señores blancos, salían todos a sentarse al porche, y, muy a menudo, alguien se arrancaba a cantar y, uno tras otro, iban siguiendo todos los demás. No faltaban distracciones, porque las paredes eran de papel de fumar y oía uno continuamente la radio y la gramola de los vecinos, además de a ellos. Y, cuando se oía a Bessie Smith elevar su voz desde el negro disco de baquelita cantando aquello de *No tengo a nadie*, todo el pasaje Tin Top se condolía por ella.

No faltaban en el barrio otras actividades sociales, y a Artis siempre le invitaban; les caía bien a todos en el pasaje, tanto a los hombres como a las mujeres. Rara era la noche en que no hubiese alguien friendo pescado en el patio, o haciendo carne a la parrilla en la barbacoa... y, si hacía mal tiempo, se sentaba uno bajo la amarillenta luz del porche a oír el tintineo de la lluvia en los tejados.

Aquella tarde de otoño, Artis había estado un rato sentado en el porche, contemplando las evoluciones de las azuladas volutas de humo de su cigarrillo, más alegre que unas Pascuas porque Joe Louis se había proclamado campeón del mundo y el equipo de béisbol de los Black Barón de Birmingham había terminado la liga invicto. Y, mientras estaba allí sentado, un chucho esquelético y sarnoso, de color marrón, se acercó caracoleando por el pasaje, a ver si le echaban algo de comer. Era el perro de Despuesdejohn, un amigo a quien llamaban así porque había nacido después de su hermano John. El perro subió las escaleras del porche de Artis, que le prodigó su diaria ración de palmaditas en la cabeza.

—No tengo nada para ti hoy, amiguito.

El chucho dio media vuelta, con cierto desencanto, y siguió por allí rebuscando, a ver si daba con algún mendrugo o incluso con algún resto de verdura. La Gran Depresión nunca llegó a su fin en aquel barrio y, para bien o para mal, había afectado también a los perros; casi siempre para mal.

Artis vio que se acercaba el camión de la Perrera Municipal, y también un empleado de uniforme blanco con la red en la mano. En el interior del camión iba ya un buen cargamento de desdichados perros que no dejaban de gañir, atrapados aquella misma tarde.

El de la perrera le silbó al chucho.

—Ven, amiguito..., aquí, ven... Ven aquí.

El dócil e inocente chucho fue hacia él y, cuando quiso darse cuenta, estaba ya en la red, patas arriba e izado hacia el camión.

Artis salió entonces del porche.

—¡Eh, oiga, usted, que ese perro tiene amo!

—¿Es suyo? —le dijo el de la perrera.

—No, no es mío. Es de Despuesdejohn. Así que no puede usted llevárselo, no *señó.*

—Me da igual de quién sea. No lleva chapa, y nos lo llevamos.

El compañero del de la perrera que iba en el camión bajó y se quedó allí observando.

Artis les rogó que no se lo llevasen, porque sabía que, en cuanto metían a un perro en la Perrera Municipal, ya no se le veía más, sobre todo si quien lo reclamaba era un negro.

—Por favor, permítame que vaya a avisarlo. Trabaja aquí cerca, en Five Points, para Mr. Fred Jones, despachando helados. Esperen sólo a que lo llame.

—¿Tiene usted teléfono?

—No *señó*, pero puedo ir corriendo hasta la tienda. No será más que un momento —le encareció Artis, en tono aún más insistente, al de la perrera— Por favor, que Despuesdejohn es tan cortito que ninguna mujer se casaría con él, y el perro es lo único que tiene. No sé lo que haría si le pasase algo a ese perro. Sería capaz de matarse.

Los dos empleados de la Perrera Municipal se miraron y, el más comprensivo de los dos, asintió.

—De acuerdo —dijo—, pero si no está aquí dentro de exactamente cinco minutos nos marchamos. ¿Entendido?

—Sí, *señó.* Ahora vuelvo —dijo Artis echando a correr.

Mientras corría, se percató de que no llevaba encima ni una moneda, y rezó por que Mr. Leo, el tendero italiano, le prestase una de cinco centavos. Entró en la tienda sin aliento y se dirigió a Mr. Leone.

—MR. LEO, MR. LEO, NECESITO UNA MONEDA... QUE SE VAN A LLEVAR AL PERRO DE DESPUESDEJOHN... Y ME ESTÁN ESPERANDO. POR FAVOR, MR. LEO...

Mr. Leo, que no había entendido ni una palabra de lo que Artis le había dicho, le dijo que se calmase y que se lo explicase otra vez. Pero, cuando al fin le dio la moneda, un joven blanco estaba llamando por teléfono.

Artis se dio a los demonios, apoyándose ora en un pie ora en el otro, porque no podía quitarle el teléfono de la mano a aquel joven así por las buenas. Y pasó un minuto, y luego dos...

—¡Oh, Dios! —se lamentaba Artis.

Al final, Mr. Leo salió de detrás del mostrador y llamó con los nudillos en el cristal de la cabina.

—¡Fuera! —dijo.

El joven se despidió a regañadientes de su interlocutor, diciéndole que sería sólo un minuto, y colgó.

Pero, en cuanto Artis se metió en la cabina, cayó en la cuenta de que no sabía el número.

Buscó en el listín con las manos sudorosas y temblorosas, pendiente de un hilo... Claro. «Jones... Y más Jones... ¡Dios!... Jones... más Jones... Cuatro páginas de Jones... Fred B. Éste es..., pero es el particular...»

Tuvo que empezar de nuevo con las páginas amarillas. «¿Pero qué busco? ¿Heladerías? ¿Comestibles?» Y no daba con él. Marcó entonces el número de información.

—Información —le contestó una clara voz de blanca—. Dígame.

—Quisiera el teléfono de Fred B. Jones, señorita.

—¿Podría repetirme el apellido, por favor?

—Sí, señorita. Fred Jones, de Five Points —dijo Artis casi sin aliento.

—Mire, señor, tengo cincuenta Fred Jones. ¿No puede darme las señas exactas?

—No, señorita, pero vive en Five Points.

—Tengo tres Fred Jones, en la zona de Five Points... ¿Quiere que le dé los tres números?

—Sí, señorita.

Él rebuscó el lápiz en el bolsillo y ella empezó a cantárselos.

—Mr. Fred Jones, de la calle 18 Sur, 68799; Fred Jones, del 141 de Magnolia Point, 68745; y Fred C. Jones, de la calle 15, teléfono 68721...

Pero como, entre tanto, Artis no había dado con el lápiz, la telefonista colgó sin que llegase a anotar nada. Y vuelta al listín.

Apenas podía respirar. Le goteaba el sudor por los párpados entorpeciendo su visión. Farmacias...

Droguerías... Heladerías... Comestibles... ¡YA LO TENÍA! Allí estaba: Fred B. Jones, Comestibles, 68715..

Metió la moneda en la ranura y marcó el número. Comunicaba. Volvió a marcar. Y venga a comunicar...

—¡Oh, Dios!

Después de marcar ocho veces, Artis ya no supo qué hacer, y lo único que se le ocurrió fue correr hasta donde estaban los de la perrera. Dobló la esquina y, ¡gracias a Dios!, aún estaban allí, apoyados en el camión. Tenían al perro atado a la manecilla de la puerta del camión con una cuerda.

—¿Lo ha localizado? —le preguntó el más alto.

—No *señó* —dijo Artis jadeante—. No ha habido manera, pero sólo con que me llevasen ustedes hasta Five Points, daría con el...

—No, ni hablar. Ya hemos perdido bastante tiempo, chico —dijo, empezando a desatar al perro para meterlo en la caja del camión.

—De ninguna manera —dijo Artis desesperado—. No puedo dejar que se lo lleven.

Metió la mano en el bolsillo y, antes de que los de la perrera pudiesen reaccionar, Artis le había dado un tajo a la cuerda con la que sujetaban al perro, con su navaja automática de más de diez centímetros de hoja.

—¡Largo! —le gritó al perro.

Artis se dio la vuelta y vio cómo el agradecido chucho doblaba la esquina. Y sonriendo estaba, tan pancho, cuando le atizaron en todo el parietal izquierdo con la porra.

DIEZ AÑOS POR INTENTAR ASESINAR A UN EMPLEADO DEL AYUNTAMIENTO CON UN ARMA BLANCA. Y habrían podido ser treinta si aquellos dos hombres llegan a ser blancos.

BIRMINGHAM

(ALABAMA)

1 DE SETIEMBRE DE 1986

Ed Couch llegó a casa el jueves por la noche diciendo que se las había tenido con una del despacho que «no paraba de tocar los cojones», y que ninguno de los del despacho quería trabajar con ella.

Al día siguiente, Evelyn fue al Paseo a comprarle a su suegra un salto de cama y, mientras almorzaba en la cafetería Pioneer, una idea la asaltó de pronto: ¿qué había querido decir Ed con lo de tocar los cojones?

Y es que Ed tenía siempre los cojones en la boca. «¡Esa tía me tiene hasta los cojones!», decía. O: «Hay que tener los cojones bien puestos».

¿Por qué le preocuparía tanto a Ed la posición de los cojones?; ¿qué eran, al fin y al cabo? Sólo unas bolsitas portadoras de esperma. Pero, a juzgar por cómo se los mimaban los hombres, cualquiera diría que eran lo más importante en el mundo. Dios, Ed casi se muere cuando descubrió que a su hijo no acababan de colgarle como es debido. El médico le dijo que eso no iba a afectar a su capacidad para concebir, pero a Ed le sentó como una tragedia y quería mandarlo al psiquiatra, para que no se sintiese menos hombre. Recordaba lo estúpido que le había parecido todo aquello... Ella tuvo siempre muy poquito pecho, y nadie la mandó al psiquiatra.

Pero Ed se había salido con la suya, diciéndole que ella no sabía lo que era un hombre, ni lo que eso significaba. Y, en otra ocasión, se puso como una fiera cuando ella quiso capar a su gato Valentine, porque había preñado a una siamesa de pura raza de la vecina de enfrente.

—¡Antes que dejarlo sin cojones es mejor que lo mates! —le había dicho Ed.

Desde luego, no cabía dudar de que, en materia de cojones, Ed era muy suyo.

Recordaba que, en una ocasión, había elogiado a una compañera del despacho que se había plantado ante el jefe. «A eso le llamo yo una mujer con los cojones bien puestos», le había dicho.

Pero, al pensar en ello entonces, Evelyn se preguntaba qué tendría que ver la firmeza de una mujer con la anatomía de Ed. Nunca le había oído decir: «Qué ovarios tienes, tío»; pero en cambio sí que decía que aquélla tenía *cojones.* Porque los ovarios también tienen huevos, se dijo. ¿Por qué no iban a ser tan importantes como el esperma?

Y, ¿qué habría hecho aquella mujer para cruzar la divisoria entre *tener cojones* y *tenerlo hasta los cojones?*

Pobre chica. Iba a tener que pasarse la vida andando con mucho ojo con la posición de los cojones, si no quería tener problemas. La posición lo era todo. Y del tamaño, ¿qué?, se preguntaba. Del tamaño nunca le había oído hablar a Ed. Era el tamaño de lo otro lo que les preocupaba, así que cabía deducir que el tamaño de las pelotas no importaba tanto. Lo que de verdad importaba en este mundo era *tener* cojones. Y, entonces, de pronto, cayó en la simple y pura verdad de aquella conclusión. Se sentía como si la acabasen de iluminar, y se enderezó en la silla, sorprendida de que ella, Evelyn Couch, de Birmingham, Alabama, hubiese dado con la respuesta. Comprendió, de pronto, lo que debió de sentir Edison al descubrir la electricidad. ¡Clarísimo! Más claro, agua: tener cojones era la cosa más importante de este mundo. No era de extrañar que ella se hubiese sentido siempre como un coche sin claxon en un atasco. Era verdad. Aquellas dos pelotitas abrían todas las puertas.

Eran las tarjetas de crédito que se necesitan para salir adelante, para que se te escuche, para que se te tome en serio. No era extraño que Ed hubiese querido un chico.

Luego, cayó en otra verdad; en otra triste e irremediable verdad: ella no tenía pelotas ni las tendría, ni quería tenerlas. Así que estaba condenada. Por siempre descojonada. A menos, se dijo, que contasen los cojones del entorno familiar inmediato. Tenía cuatro: los de Ed y los de Tommy... Bueno, un momento, si contaba con los del gato eran seis. Pero, bien mirado, si tanto la quería Ed, ¿por qué no le daba uno de los suyos? Un trasplante de cojón... Aja. O acaso pudiese conseguirlos de un donante anónimo. Ahí estaba el quid: compraría los de un muerto, los pondría en una caja y se los llevaría a las reuniones importantes para poderlos poner encima de la mesa y salirse con la suya. O puede que comprase dos pares...

No era de extrañar que el cristianismo hubiese tenido semejante exitazo. Sólo con pensar en Jesús y en los apóstoles... Contando además con Juan el Bautista, salían nada menos que catorce pares, es decir, 28 unidades.

¡Pero qué claro lo veía entonces todo! ¿Cómo habría podido estar tan ciega para no verlo antes?

Cielo santo, ¡pues claro que había dado en el clavo! Había dado con el secreto que las mujeres llevaban siglos tratando de desentrañar.

¡AHÍ ESTABA LA RESPUESTA!

Posó ruidosamente su taza de té frío sobre la mesa, con talante triunfal, y gritó: «¡SÍ! ¡ESO ES!».

Todos los que estaban en la cafetería dirigieron la mirada hacia ella. Evelyn terminó entonces tranquilamente de almorzar y se dijo: sí, puede que Ed tenga razón, quizá me esté volviendo loca.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

10 DE JUNIO DE 1948

FUNCIÓN BENÉFICA PRO NUEVAS PELOTAS

La Peña del Hinojo escenificará una boda sin novia, a beneficio del Instituto de Enseñanza Media, para que puedan comprar pelotas nuevas para las secciones de rugby, baloncesto y béisbol, cara a la nueva temporada. Será todo un acontecimiento, con nuestro *sheriff* Grady Kilgore en el papel de encantadora novia, e Idgie en el de novio. Julián Threadgoode, Jack Butts, Harold Vick, Pete Tidwell y Charlie Fowler harán de damas de honor.

La función tendrá lugar en el Instituto, el 14 de junio, a las siete de la tarde. El precio de las localidades será de 20 centavos para los adultos y 5 para los niños.

Essie Rue Limeway tocará el órgano durante la ceremonia. ¡Que no falte nadie! Yo no pienso perdérmelo, porque mi otra mitad, Wilbur, hará de jovencita que entrega el ramo a la novia.

Mi otra mitad y yo fuimos al cine a ver *El misterioso asesinato de Grade Alien.* Es entretenida, pero vayan antes de que lo suban a siete centavos.

Por cierto, el reverendo Scroggins dice que alguien le ha puesto las tumbonas y la mesa plegable del jardín encima del tejado.

DOT WEEMS

PENAL DE KILBEY

ATMORE (ALABAMA)

11 DE JULIO DE 1948

A Artis O. Peavey lo mandaron al penal de Kilbey más conocido como «La Granja del Crimen», por amenazar con una navaja a aquellos dos empleados de la perrera municipal, y Grady e Idgie tardaron seis meses en conseguir sacarlo de allí.

—Menos mal que va a salir ya —le dijo Grady Idgie, mientras iban en el coche de camino para allá—. No creo que aguantase un mes más.

Grady sabía de lo que hablaba, porque había trabajado allí como funcionario.

—Porque si no la toman con él los funcionarios serán los otros negros. He visto a muchos hombres decentes convertirse en animales allí. Hombres que tienen esposa, hijos y un hogar, que acaban matándose entre sí por cualquier jovencito... En las galerías había follón todas las noches... y con luna llena era la leche. Enloquecían y se enzarzaban en una auténtica degollina. Por la mañana podíamos encontrarnos perfectamente con veinticinco fiambres. Cuando llevan mucho tiempo allí, la única diferencia entre los internos y los funcionarios es el revólver. La mayoría de los funcionarios son tipos muy cortos... Se atiborran de *westerns* y luego van cabalgando por el penal empuñando el revólver como si fuesen *cowboys.* A veces se comportan peor que los internos. Por eso me fui. He visto a funcionarios matar a negros de una paliza sólo para entretenerse. Ya puedes estar segura. Un lugar así te malea en seguida. Y me he enterado de que ahora hay ahí una pandilla de torturadores de abrigo, y que están las cosas peor que nunca.

Oír aquello hizo que creciese la preocupación de Idgie, que no veía el momento de llegar.

Al cruzar la verja de acceso al tramo asfaltado que conducía al edificio principal, vieron a centenares de internos con bastos uniformes a rayas cavando o desbrozando en el huerto, y vieron a los funcionarios, tal como Grady los había descrito, pavoneándose al paso del coche, haciendo caracolear sus caballos, con aire de perdonavidas. Idgie se dijo que la mayoría tenía pinta de deficientes mentales y, cuando sacaron a Artis, sintió un gran alivio al ver que estaba sano y salvo, aunque su ropa estaba muy arrugada y el pelo descuidado. En toda su vida no se había alegrado tanto Artis de ver a alguien como en esa ocasión.

No se le veían las cicatrices que le habían dejado en la espalda los latigazos ni los chichones en la cabeza. Llevaba una sonrisa de oreja a oreja mientras se dirigían hacia el coche. Volvía a casa...

—Bueno, Artis —le dijo Grady durante el trayecto de regreso—, me he hecho responsable de ti, así que procura no buscarte más complicaciones. ¿Entendido?

—Sí, *señó.* Yo no quiero volver aquí más, no *señó.*

—Se pasa mal ahí dentro, ¿eh? —dijo Grady mirándolo por el retrovisor.

—Sí, *señó* —dijo Artis riendo—, bastante mal, ya lo creo... sí, *señó,* bastante mal.

En cuanto avistaron los altos hornos de Birmingham, unas cuatro horas después, Artis se puso tan contento que parecía una criatura e insistió en bajar allí mismo.

Idgie trató de convencerle para que pasasen, primero, por Whistle Stop.

—Tu padre, tu madre y Sipsey están esperando para verte.

Pero él les rogó que le dejasen en Birmingham, que sólo estaría unas horas, y lo dejaron en la 8.ª Avenida Norte, donde él les indicó.

—Procura ir pronto a casa —le dijo Idgie—, que están muy impacientes por verte... ¿Me lo prometes?

—Sí, lo prometo —dijo Artis, que se alejó corriendo calle abajo, más contento que unas Pascuas de volver a su ambiente.

Más o menos una semana después, apareció en el café, impecablemente peinado, y con muy buen aspecto. Llevaba un sombrero nuevo, muy de moda en Harlem, de ala muy ancha, regalo de Madeline, felicísima de tenerlo otra vez en casa.

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

7 DE SETIEMBRE DE 1986

Aquella semana, el «menú» de Evelyn y Ninny constaba de ganchitos de maíz, colas y bizcocho de chocolate con nueces hecho en casa.

—Tenías que haber estado esta mañana aquí, encanto; te has perdido todo un *número.* Estábamos desayunando y allá que aparece Vesta Adcock con un panecillo en la cabeza bailando el *hulahop,* delante de todos, en el comedor. ¡Era para verlo! El pobre Mr. Dunaway se excitó tanto que tuvieron que darle un tranquilizante y llevarlo a su dormitorio. Geneene, esa enfermera menudita de color, la hizo sentarse y comerse el panecillo. Nos hacen comer todos los días uno de esos panecillos de salvado para evitar las diarreas. Porque, con los años, el sistema digestivo se afloja —dijo, inclinándose hacia Evelyn susurrante—. Aquí hay muchos que sueltan gases y ni siquiera se dan cuenta —añadió bebiendo un sorbo de cola—. Y, sabes, a muchos de aquí no les gusta que haya enfermeras de color. Una dijo un día que esos tan negros odian a los blancos y que, si tuvieran la oportunidad, esas enfermeras nos matarían mientras dormimos.

Evelyn dijo que era lo más estúpido que había oído nunca.

—Eso pensé yo cuando lo dijo, pero como fue tu suegra me callé la boca.

—Ah, no me extraña.

—Pero no es sólo ella, eh. Te sorprendería ver cuántos hay aquí que piensan así. A mí, vaya, es que ni se me ocurre. He vivido entre negros toda mi vida. Mira: cuando murió mamá Threadgoode y la pusieron en el salón para el velatorio, aquella tarde, vimos a través de la ventana que, una a una, todas las mujeres de color de Troutville se reunían junto a la ventana del patio y empezaban a cantar uno de sus espirituales: *Cuando llegue al cielo, me sentaré a descansar un rato....* Nunca lo olvidaré. No habrás oído nunca cantar así; todavía se me pone la carne de gallina al recordarlo.

»Y, piensa en Idgie, por ejemplo. Tenía tantos amigos en Troutville como en Whistle Stop. Siempre iba allí a decir unas palabras en los funerales, si moría alguno de sus amigos. Una vez me dijo que prefería a los negros, antes que a algunos blancos que conocía. Recuerdo que una vez me dijo: "Ninny, un negro malo es simplemente malo, pero un blanco vil es peor que un perro".

»Claro que no digo que todos sean así, pero nunca he visto a nadie más consagrado a una persona que Onzell a Ruth. Tenía debilidad por Ruth, y no lo ocultaba. No habría permitido que nadie se metiese con Ruth.

«Recuerdo una vez, cuando Idgie estaba poniéndose en evidencia, bebiendo, siempre por ahí sin volver a casa por la noche, que le dijo, allí mismo en la cocina, por la mañana: "Mire, Miss Idgie, le voy a decir una cosa: a Miss Ruth no le costó mucho marcharse una vez, y le sería igual de fácil marcharse otra vez, y me tiene a mí para ayudarla a hacer las maletas".

»Idgie salió de la cocina sin replicar, porque sabía que Onzell no toleraba que le tocasen a Ruth.

»Pese a lo cariñosa que era, Onzell podía ser también dura. Y tenía que serlo, para poder con tanto niño, y ayudar a criarlos y trabajar en el café todo el día. Cuando Artis o Pájaro Travieso le acababan la paciencia, le bastaba una mirada para echarlos de la cocina sin perder punto de lo que estuviese haciendo.

»Pero, con Ruth, era como un corderito. Y cuando a Ruth se le declaró el cáncer en la matriz y tuvo que ir a Birmingham a operarse, Onzell fue también con Idgie y conmigo. Estábamos las tres en la sala de espera cuando vino el médico. Todavía con el gorro y la bata puestos nos dijo: "Siento tener que decírselo, pero no puedo hacer nada por ella". Se le había extendido al páncreas y, si te afecta al páncreas, se acabó. Así que dijo que se había limitado a coserla e intubarla. Nos la llevamos a casa y la instalamos en uno de los dormitorios de arriba para que estuviese más cómoda y, desde aquel mismo momento, Onzell se instaló también allí y no se movió de su lado.

»Idgie quería contratar a una enfermera, pero Onzell se opuso en redondo. Todos sus críos eran ya mayores, pero Big George tuvo incluso que hacerse su comida.

»Idgie y Muñón, los pobres, se sintieron como arrinconados. Se pasaban las horas sentados abajo con la mirada perdida. Ruth se agravó muy deprisa, y sufría muchísimo. Trataba de disimularlo, pero se notaba que lo estaba pasando muy mal. Onzell estaba siempre allí, las veinticuatro horas del día, dándole las medicinas; y, durante la última semana, Onzell no se la dejó ver más que a Idgie y a Muñón. Decía que Ruth le había rogado que no dejase que nadie la viese en tal estado.

»Nunca olvidaré lo que dijo Onzell, allí de pie, en la entrada del dormitorio: "Miss Ruth es una señora, y siempre sabe cuándo ha de dejar una fiesta", y que entonces no iba a hacer una excepción, mientras ella estuviese allí.

»Y cumplió su palabra. Porque Big George, Muñón e Idgie estaban en el bosque recogiendo piñas cuando Ruth murió, y al regresar ya se la habían llevado.

»Onzell había llamado al doctor Hadley, que mandó una ambulancia para que recogiese el cuerpo de Ruth y lo llevase al servicio de pompas fúnebres de Birmingham. Cleo y yo fuimos con ella y, mientras la metían en la ambulancia, el doctor Hadley dijo: "Ahora, Onzell, tú vete a casa, que ya me encargaré yo de todo".

»Pero... ni hablar, encanto: Onzell se irguió y le dijo al doctor Hadley: "No *señó*, yo he de estar en mi sitio". Y lo siguió, subió a la parte de atrás de la ambulancia y cerró la puerta. Llevaba una bolsa con ropa y cosas de tocador, y no salió del velatorio aquella noche hasta que consiguió que el cuerpo de Ruth tuviese el aspecto que ella quería.

»Así que nadie va a decirme que los negros odian a los blancos. ¡En absoluto! He conocido a demasiados negros como para creer eso.

»E1 otro día le dije a Cleo: "Me gustaría que fuésemos en el tren a Memphis para poder ver a Jasper y saber qué tal le va. Trabaja en los coches-cama".»

Evelyn miró a su amiga perpleja y comprendió que, como en tantas otras ocasiones, Mrs. Threadgoode había perdido por un momento la noción del tiempo.

WHISTLE STOP
(ALABAMA)

7 DE FEBRERO DE 1947

Aquella lluviosa mañana, Onzell le había pedido a Muñón y a Idgie que fuesen al bosque, junto al río, a recoger piñas para el dormitorio de Miss Ruth. Le estaba poniendo a Ruth fomentos fríos en la cara.

«Aguante, Miss Ruth, que pronto pasará. Pronto pasará, pequeña.»

Ruth alzó los ojos y trató de sonreír, pero el dolor que reflejaban sus ojos era terrible. Había llegado a un punto en el que ya no tenía descanso, ni alivio; ni podía dormir.

Onzell, que era un destacado miembro de la Primitiva Iglesia Baptista del Monte Sión, y primera voz del Coro Halleluiah, una mujer que creía con todo su corazón en la existencia de un dios misericordioso, había tomado una decisión.

Ningún dios, de ninguna clase, y desde luego no su dulce y adorable Jesús, que murió por nuestros pecados y nos amaba más que a nada, habría permitido *nunca* que nadie sufriese de aquella manera.

Y fue con ese espíritu, sin asomo de tristeza y con el corazón puro, con lo que le administró a Ruth la morfina que había ido reservando, poquito a poquito y día a día. Onzell notó que, por primera vez en varias semanas, el cuerpo de Ruth se relajaba, y entonces se sentó en la cabecera de su cama, cogió su esquelética mano y empezó a mecerse cantando:

En el dulce Más Allá... hay una tierra más
[hermosa
y con la fe la vemos en lontananza...
Que allí nos espera el Padre
preparándonos la morada.
En el dulce Más allá... nos encontraremos
[en la orilla
en el dulce Más allá...

Onzell cantaba con los ojos cerrados, pero notaba que la habitación se había llenado con la luz del sol que irrumpía entre las nubes. El calor del sol la hizo llorar y, al tapar el espejo y parar el reloj de la mesilla de noche, le dio, llena de gozo, las gracias a Jesús por llevarse a Miss Ruth con él.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

10 DE FEBRERO DE 1947

FALLECE UNA QUERIDA PAISANA

El café cerrará mañana, por defunción de Miss Ruth Jamison, que falleció este fin de semana.

Las honras religiosas tendrán lugar mañana en la Iglesia Baptista. Pregunten al reverendo Scroggins la hora exacta. Antes tiene que estar en Birmingham, en el funeral de John Rideout.

Echaremos de menos la dulzura y la sonrisa de Miss Ruth Jamison. Todo el que la haya conocido sentirá esta pérdida como propia. Nuestra condolencia y todo nuestro cariño para Idgie y para Muñón.

DOT WEEMS

SUPERMERCADO PIGLEY-WIGLEY

BIRMINGHAM (ALABAMA)

13 DE SETIEMBRE DE 1986

Los sábados, cuando Evelyn Couch iba a hacer la compra, cogía siempre el Ford LTD de Ed, porque era más espacioso, aunque más difícil de aparcar. Llevaba cinco minutos esperando un hueco, mientras un hombre mayor cargaba la compra en su coche, se entretenía en no sé qué otros tres minutos, daba con las llaves y, al fin, salía dejando el sitio libre. Y, justo cuando ella iba a ocuparlo, un Volkswagen rojo un poco destartalado asomó por la esquina y le quitó el sitio.

Dos adolescentes delgaditas, mascando chicle, con téjanos ceñidos y Wambas, cerraron de un portazo y pasaron frente a ella como si tal cosa.

Evelyn bajó la ventanilla y le dijo a la que llevaba la camiseta ELVIS NO HA MUERTO: «Perdone, pero yo estaba esperando ese sitio y me lo han quitado».

La chica la miró con una sonrisa afectada y le contestó: «Hay que aceptarlo, señora, soy más joven y más rápida que usted». Y ella y su amiga entraron sin más en el supermercado.

Evelyn se quedó allí sentada, mirando al Volkswagen, que en el parachoques trasero llevaba un adhesivo que decía: LES FRENO A LOS QUE ACHUCHAN.

Doce minutos después, la chica y su amiga salían del supermercado, justo a tiempo de ver cómo los cuatro tapacubos de su coche rodaban por el parking, mientras Evelyn embestía con su Ford al Volkswagen, retrocedía y lo volvía a embestir. Cuando las dos chicas, histéricas, llegaron al coche, Evelyn ya casi se lo había destrozado. La más alta se puso como loca, tirándose de los pelos. «¡Dios mío! ¡Mire lo que ha hecho! ¿Es que ha perdido el juicio?»

Evelyn se asomó por la ventanilla y dijo con toda su calma: «Hay que aceptarlo, encanto; soy más vieja que vosotras y el seguro me lo cubre todo», y arrancó.

Ed, que trabajaba para una compañía de seguros, lo tenía efectivamente a todo riesgo, pero no podía comprender cómo había podido Evelyn embestir a alguien seis veces por accidente.

Evelyn le dijo que se calmase y no hiciese de ello una montaña, que ocurrían accidentes todos los días. La verdad era que se lo había pasado en grande haciéndole polvo el coche a la chica.

Últimamente sólo dejaba de estar furiosa y encontraba un poco de paz estando con Mrs. Threadgoode, y cuando hacía, por las noches, imaginarias visitas a Whistle Stop. Towanda era quien había tomado el mando de su vida y, en su fuero interno, oía sonar la alarma que le advertía del peligro de perder los estribos y no volver a recuperarlos.

CAFÉ DE WHISTLE STOP

WHISTLE STOP (ALABAMA)

9 DE MAYO DE 1949

Aquella noche, Grady Kilgore, Jack Butts y Smokey Lonesome estaban en el café la mar de divertidos. Era la séptima semana consecutiva que habían logrado lanzarle al reverendo Scroggins una bomba fétida al interior del coche. En cuanto asomó Muñón por la parte de atrás, de veintiún botones, con traje azul y pajarita azul, empezaron a tomarle el pelo.

—A ver, acomodador, ¿cuál es mi localidad? —le dijo Grady.

—Vamos, chicos —dijo Idgie—, dejadlo tranquilo. Está muy guapo. Sale con Peggy Hadley, la hija del médico.

—Ah, el doctor... —dijo Jack con retintín.

Muñón fue a coger una cola y miró a Idgie frunciendo el ceño. De no haber sido por ella, no habría tenido que cargar con el muerto de ir al «Banquete para Parejitas» de las de último curso con Peggy Hadley, una muchachita de la que había estado muy colado de pequeño, pero que luego se le había quedado pequeña. Peggy tenía dos años menos, y llevaba gafas, y él la había casi ignorado durante todo el bachillerato. Pero, en cuanto se enteró de que él había regresado del colegio mayor, en Georgia, donde estudiaba en la Escuela Técnica, para pasar el verano con la familia, ella fue en seguida a preguntarle a Idgie sí creía que Muñón querría ser su pareja para el banquete, e Idgie aceptó del mejor grado.

Como todo un caballero que era, pensó que, por una noche, no se iba a morir, aunque entonces ya no estaba tan seguro.

Idgie fue a la nevera de la cocina y le dio a Muñón un ramillete de rosas de pitiminí.

—Toma, he ido hoy a la otra casa y te he cogido éstas. Llévaselas. A tu madre le encantaban.

—Oh, tía Idgie —exclamó él, entornando los ojos—, ya puestos, podías ir tú por mí. No sé qué más te falta para organizarme la noche. Y, tú, Grady —añadió Muñón dirigiéndose al grupo—, ¿por qué no te vienes?

—Pues no es por falta de ganas —dijo Grady meneando la cabeza—; Gladys me mataría si me viese con una mujer más joven. Pero, ¡bah!, qué sabrás tú de eso. Espera a llevar tantos años casado como yo y verás, muchacho. Además, ya no soy el que era.

—¡Bah! ¡Qué habrás sido tú nunca! —le espetó Jack.

Todos rieron y Muñón se dirigió hacia la puerta.

—Bueno, me voy. Supongo que aún os veré a la vuelta.

Todos los años, después del banquete, los jóvenes se reunían en el café, y aquella noche no iba a ser una excepción.

Peggy se presentó preciosa, con un blanco vestido de ganchillo y el ramillete de flores prendido en el hombro.

—Gracias a Dios que estás bien —dijo Idgie al verla—. Estaba preocupadísima por ti.

Peggy le preguntó que por qué demonios había estado preocupada.

—¿Es que no te has enterado de lo que le ocurrió a una chica en Birmingham la semana pasada? —dijo Idgie—. Cogió tal recalentón durante la fiesta de su colegio que ardió mientras la fotografiaban. Un caso de combustión espontánea. Desapareció en un instante. No quedó de ella más que los zapatos. Su pareja tuvo que recoger los restos con pinzas.

Peggy, que al principio creyó que iba en serio, se la quedó mirando.

—Conque tomándome el pelo, ¿eh?

Muñón se alegró de que se hubiese acabado la velada. El hecho de haber destacado tanto en el campeonato de rugby el año anterior, hizo que todavía muchos chicos lo asediasen y que muchas chicas lo vitoreasen jubilosas al verlo.

Salieron con el coche, lo detuvo al llegar frente a la casa de Peggy y, cuando ya iba a bajar y a dar la vuelta para abrir la puerta del lado de Peggy, ella se quitó las gafas, se inclinó, alzó la vista y, con aquellos ojos de miope a lo Susan Hayward, le dijo: «Bueno, pues buenas noches».

Él miró aquellos ojos, percatándose de que era la primera vez que se los veía: como dos lagos de acastañado terciopelo en los que habría podido zambullirse y nadar. Tenía su rostro a milímetros del suyo y aspiró el embriagador aroma de su perfume White Shoulders. Y entonces se le convirtió en la Rita Hayworth de *Gilda;* o, no, mejor dicho, en la Lana Turner de *El cartero siempre llama dos veces.* Besarla fue el momento más apasionado de su vida.

Aquel verano, el traje azul se dio un buen trote; y, en otoño, terminó en Columbus, Georgia, adonde fueron para casarse en el Juzgado. «Ya te lo decía yo», fue el único comentario que después le hizo Idgie a Muñón.

A partir de entonces, todo lo que tenía que hacer Peggy era quitarse las gafas y mirarlo, para que *él* perdiese el mundo de vista.

BIRMINGHAM
(ALABAMA)

24 DE MAYO DE 1949

Los negros de clase media y alta de Birmingham vivían una época de gran esplendor, y el *Slagtown News* no daba abasto para comentar las actividades de los más de cien clubes existentes. Cuanto más clara tenían la piel sus miembros, de más categoría era el club.

Mrs. Blanche Peavey, esposa de Jasper, que era de color tan clarito como él, acababa de ser nombrada Presidenta del famoso Royal Saxon Society Belles Social and Saving Club, entidad cuyos socios tenían la piel tan clara que la fotografía de grupo que se hacían todos los años fue reproducida, por error, en un periódico blanco.

Jasper, a su vez, acababa de ser reelegido Gran Vicecanciller de los prestigiosos Caballeros de Pitias, así que no tenía nada de particular que su hija mayor, Clarissa, tuviese una de las más celebradas puestas de largo aquel año, y que la inscribiesen en la Coalición del Clavel.

Con sus sedosos y dorados cabellos, su piel de melocotón y sus ojos verdes, era una de las jovencitas en edad de merecer que más atenciones recibía.

El día del Baile de Puestas de Largo, Clarissa fue al centro a comprarse un perfume especial para la ocasión. Subió hasta la segunda planta en el ascensor para blancos, como ya había hecho otras veces en que había podido ir sola al centro, porque sabía que los otros ascensoristas eran negros.

Sabía que su padre y su madre la matarían si se enteraban de que había ido al centro a su aire, pues aunque siempre la animaban a que sólo se relacionase con los negros de piel más clara, hacerse pasar por blanca lo consideraban imperdonable. Pero es que ella estaba harta de las miradas de los ascensoristas negros y, además, tenía prisa.

Una bonita dependienta, con su uniforme azul marino, que era quien atendía en aquel momento tras el mostrador de la sección de perfumería, se mostró muy considerada y amable con Clarissa.

—¿Ha probado White Shoulders?

—No, señora, creo que no.

La dependienta se agachó a coger uno de los frascos que tenían expuestos en la vitrina.

—Pruebe a ver. Shalimar se vende mucho, pero me parece que es demasiado fuerte para usted, con una piel tan clara.

—Oh, es maravilloso —dijo Clarissa oliéndose la muñeca—. ¿Cuánto vale?

—Está en oferta; ocho onzas por dos dólares noventa y ocho. Le durará por lo menos seis meses.

—Pues entonces me lo quedo.

—Creo que va muy bien con usted —le dijo la dependienta, con cara de satisfacción—. ¿En efectivo o tiene cuenta?

—En efectivo.

La dependienta cogió el dinero y fue a envolverle el estuche.

Un negro con sombrero y americana a cuadros había estado mirando a Clarissa. La reconoció por la fotografía del periódico. Se acercó a ella.

—Perdona, ¿no eres la chica de Jasper?

Aterrada, Clarissa hizo como si no lo hubiese oído.

—Soy tu tío Artis, hermano de tu padre.

Artis, que llevaba unas copas y no sabía que aquel día Clarissa estaba haciéndose pasar por blanca, puso la mano en su brazo.

—Soy yo, el tío Artis, encanto... ¿Es que no me conoces?

Al ver a Artis, la dependienta salió de detrás del mostrador gritando: «¡EH, HAGA EL FAVOR DE SOLTARLA!» Entonces corrió hacia Clarissa y la atrajo hacia sí. «¡APÁRTESE DE ELLA...! ¡HARRY! ¡HARRY!».

El jefe de planta se acercó corriendo.

—¿Qué pasa? —dijo.

Sin soltar a Clarissa, tratando de protegerla, la dependienta gritó para que lo oyese toda la planta: «¡ESTE NEGRO ESTABA INSINUÁNDOSELE A MI CLIENTA! ¡LA ESTABA TOQUETEANDO! ¡LO HE VISTO!».

«¡VIGILANTE!», gritó Harry, volviéndose hacia Artis con la mirada desorbitada.

—Conque has tocado a esta chica blanca, ¿eh?

Artis se quedó de piedra.

—No, *señó,* que es mi sobrina.

Artis trató de explicarse pero, antes de que pudiese hacerlo, el vigilante lo había hecho girar sobre sí mismo como un trompo y le había llevado el brazo a la espalda empujándolo hacia la puerta trasera.

—Ya pasó —le dijo la dependienta a Clarissa, consolándola—. Ese negro debe de estar borracho o loco.

Las clientas, que se habían arremolinado allí, expresaron su solidaridad: «Otro negro borracho... ¿Ven lo que pasa cuando se es amable con ellos?».

Artis, que se repeló las manos y las rodillas al aterrizar en el callejón de la parte de atrás de los almacenes, cogió el tranvía que iba al distrito sur de la ciudad y se sentó al fondo, más allá del cartel que ponía ASIENTOS PARA NEGROS. Y fue allí sentado, preguntándose si aquella chica era en efecto Clarissa.

Años después, cuando Clarissa ya estaba casada y tenía hijos, fue un día a la cafetería Brittling's, donde Artis trabajaba retirando bandejas, y le dio un cuarto de dólar de propina. Pero no le reconoció, ni él la reconoció a ella.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

10 DE AGOSTO DE 1954

NO GANAMOS PARA SUSTOS

Debe de ser la edad, o algún tornillo... Mi otra mitad, Wilbur, llevaba tres días seguidos llegando a casa quejándose de dolor de cabeza... ¿Hay algo peor que un hombre con dolor? Me parece que por eso somos nosotras quienes tenemos los hijos... Pero el caso es que yo también estaba pasando un calvario para leer el periódico, así que, ayer mañana, fui a Birmingham al oculista, y, vaya por Dios, yo llevaba las gafas de Wilbur y él las mías. La próxima vez nos las haremos de diferente color.

Y eso no es todo, que me he enterado que el otro día se les prendió fuego en la peluquería de Opal, y Biddie Louise Otis, que estaba bajo el casco en aquel momento, empezó a llamar a Opal bruja asesina, porque creía que era su pelo el que ardía. Pero no era más que el pelo barrido que ardía en la papelera. Pájaro Travieso, la aprendiza de Opal, acababa de prenderlo, y no pasó nada.

Ah, no olviden votar. El único candidato es Grady Kilgore, pero así él se siente mejor. Así que voten.

Por cierto, el *Railroad News* le ha dedicado otro artículo a Jasper Peavey, y sabemos que Big George y Onzell están muy orgullosos.

DOT WEEMS

P. D. La Peña del Hinojo ha puesto en escena su función anual, tan hilarante como siempre. Mi otra mitad cantó *Red Sails in the Sunset,* otra vez. Lo siento, amigos... pero es que no hay manera de que consiga hacer que se aprenda otra.

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

14 DE SETIEMBRE DE 1986

Evelyn y Mrs. Threadgoode habían salido a dar un paseo, por la parte de atrás de la Residencia, cuando una bandada de patos canadienses las sobrevoló graznando alegremente bajo el cielo otoñal.

—Ay, Evelyn, ¿a ti no te gustaría volar con ellos? ¿Adonde irán?, me pregunto yo.

—Pues a Florida o a Cuba, supongo.

—¿Tú crees?

—Probablemente.

—Bueno, pues no me importaría ir a Florida, pero no daría un paso por ir a Cuba. Smokey decía que los gansos eran sus amigos, y si le preguntábamos dónde había estado, contestaba: «Pues a donde van los gansos...».

Ambas siguieron las evoluciones de la bandada, hasta que ésta se perdió de vista, y continuaron paseando.

—¿A ti no te gustan los patos?

—Son bonitos, sí.

—A mí son las aves que más me gustan. Supongo que es porque no soy imparcial en materia de plumas...

— ¿Qué?

—Pájaros, pajaritos y pajarracos...

—Ya.

—Cleo y yo solíamos tomar café en la parte de atrás del porche, todas las mañanas, y veíamos salir el sol y oíamos a los pájaros cantar... Siempre nos tomábamos tres o cuatro tazas de caracolillo con mezcla *súper* y tostadas con gelatina de melocotón o de pimiento verde, y hablábamos... es decir, yo hablaba y él escuchaba. No sabes qué pájaros tan bonitos venían a posarse en casa: petirrojos, cardenales y unas palomas preciosas... Ya no se ven pájaros tan bonitos como antes.

»Un día, al salir Cleo, señaló hacia arriba, hacia los mirlos, que siempre se posaban en un cable de teléfono enfrente de casa, y me dijo: "Vete con tiento con lo que digas por teléfono, Ninny, que se suben ahí a escuchar lo que dices. Oyen con las patas". ¿A ti te parece que puede ser verdad?

—No, creo que sólo le estaba gastando una broma, Mrs. Threadgoode —dijo Evelyn.

—Bueno, seguramente sí, pero siempre que tenía que hablar de algo reservado, miraba por la ventana para asegurarme de que no estaban allí posados. Se lo podía haber callado, sabiendo lo que me gusta a mí colgarme del teléfono. Hablaba con toda la ciudad.

»Creo que hubo una época en la que llegamos a ser más de doscientos cincuenta habitantes en Whistle Stop. Pero, desde que suprimieron casi todas las líneas férreas que pasaban por allí, la población se dispersó como los pájaros con el viento...

Fueron a Birmingham, o a cualquier otra parte; y ya no volvieron.

»Donde estuvo el café pusieron una tienda; y un supermercado, junto a la autopista, que a Mrs. Otis le gustaba mucho porque coleccionaba cupones. Pero yo nunca encontraba allí nada que me interesase, aparte de que tienen una iluminación que me molesta mucho, así que me daba un paseo hasta Troutville e iba a comprar a la tienda de Ocie lo poquito que necesitaba.

Mrs. Threadgoode se interrumpió un instante antes de proseguir.

—Oh, Evelyn, ¿no hueles? Alguien está haciendo carne a la barbacoa...

—No, encanto —dijo Evelyn—, me parece que queman rastrojo.

—Pues a mí me huele a barbacoa. A ti te gusta la carne a la barbacoa, ¿no? A mí me pirra. No sé qué daría por una barbacoa como las de Big George; o por una tarta de limón helada, como las hacía Sipsey. Nadie hacía la barbacoa como Big George.

»Primero hervía la carne en una enorme olla de hierro, en la parte de atrás del café, y se olía a quilómetros a la redonda, sobre todo en otoño. Yo la olía desde casa. Smokey dijo que un día iba él en el tren y la olió a diecisiete quilómetros de Whistle Stop. Venían desde Birmingham por la barbacoa. ¿Adonde vais tú y Ed para la barbacoa?

—Casi siempre al Golden Rule o al Olli's.

—Bueno, lo hacen bien. No sé qué opinarás tú, pero yo creo nadie hace la carne a la barbacoa como los negros.

—Casi todo lo hacen mejor —dijo Evelyn—. Ojala fuese negra.

—¿Negra-negra?

—Sí.

Mrs. Threadgoode se quedó estupefacta.

—Dios santo, cariño, ¿pero por qué? Si casi todos ellos quieren ser blancos; se pasan la vida aclarándose la piel y estirándose el pelo.

—Ya no.

—Bueno, puede que ahora ya no, pero antes sí. Ya puedes dar gracias a Dios por haberte hecho blanca. No concibo que nadie quiera ser negro si no le ha tocado serlo.

—Ah, pues no sé; porque a mí me parece que se llevan mejor...; que se lo pasan mejor, o yo qué sé. Siempre me he sentido... como agarrotada, o cohibida, no sé, y en cambio ellos, creo que se divierten mucho más.

Mrs. Threadgoode lo pensó un poco.

—Bueno, puede que eso sí sea cierto. Se divierten mucho, saben desmelenarse cuando quieren, pero también tienen sus penas, como todo el mundo. No habrás visto nunca nada más triste que un funeral de gente de color. Gritan y gimen como si alguien les arrancase el corazón. Creo que el dolor les afecta más que a nosotros. A Onzell tuvieron que sujetarla entre tres hombres cuando enterraron a Willie Boy. Estaba como loca, y trató de saltar al interior de la tumba con él. No pienso asistir a un entierro así en mi vida.

—Ya sé que todo tiene su lado bueno y su lado malo —dijo Evelyn—, pero no puedo evitar envidiarlos en muchas cosas. Me gustaría ser tan natural y abierta como ellos.

—Pues mira, no sé yo qué decirte —dijo Mrs. Threadgoode—. Me conformaría con una barbacoa y un trozo de tarta.

WHISTLE STOP
(ALABAMA)

15 DE OCTUBRE DE 1949

Pájaro Travieso tenía dieciséis años cuando puso por primera vez los ojos en Le Roy Grooms. En seguida supo que era el hombre de su vida; y así se lo dijo. Trabajaba de cocinero en *The Crescent*, que pasaba por Whistle Stop, destino Nueva York, vía Atlanta. Un año después nació una niña a quien Le Roy puso el nombre de Almondine, en honor a la «Trucha Almondine» de la carta del restaurante del coche-cama.

Le Roy era un joven bien parecido, y de buen carácter, que viajaba mucho y paraba en muchos puertos, por así decirlo; y, al descubrir Pájaro Travieso que se había liado con una ochavona casi blanca de Nueva Orleans, por poco se muere del disgusto.

Se desesperaba al ver los anuncios del *Slagtown News:*

¿PIEL DEMASIADO OSCURA?
¿DESEA UNA TEZ SEDUCTORA?
Consulte al Dr. Fred Palmer, blanqueador.

UNA PIEL SONROSADA DESEABLE PARA BESAR
A los hombres les atrae una piel suave y clara. Use EL UNGÜENTO DEL ÉXITO *para tener una piel más bonita y clara en cinco días.*

LA BELLEZA EMPIEZA POR UN CUTIS SONROSADO
Haga que aflore su natural belleza con crema White's Specific Face (blanqueadora).

¿PELO DEMASIADO ENSORTIJADO?
Deje que la ciencia moderna estire y alise esos rebeldes rizos.
Con el alisador capilar Genuine Black and White conseguirá un pelo sedoso de extraordinaria belleza.
Con el tratamiento acelerado Relaxa lo conseguirá en siete días.

Dígales
ADIÓS A LOS RIZOS
Si tiene el pelo corto y ensortijado, use desde hoy ANTI-RIZO. Alise su pelo temporalmente.

Pájaro Travieso probó absolutamente todos los productos, pero, al cabo de un mes, seguía siendo aquella aprendiza de peluquería de Whistle Stop, más negra que el carbón y con más rizos que una oveja. Y Le Roy seguía en Nueva Orleans, con su querida ochavona.

Así que llevó a su hija con Sipsey, volvió a su casa, y se metió en la cama dispuesta a dejarse morir de amor.

Nadie pudo disuadirla. Opal iba a verla y le rogaba que volviera a trabajar en la peluquería, pero Pájaro Travieso siguió allí, día tras día, bebiendo ginebra de garrafón y cantando siempre la misma canción. Sipsey decía que, para Pájaro Travieso, habría sido mejor que Le Roy hubiese muerto, en lugar de ir a vivir con otra mujer, porque después de dos meses seguidos bebiendo ginebra de garrafón, Pájaro Travieso no había experimentado ningún alivio.

Por fortuna, las palabras de Sipsey resultaron proféticas, porque Mr. Le Roy Grooms dejó este mundo por el del Más Allá al recibir un fuerte golpe, en la sien, con un metálico camión de juguete de uno de los hijos de la ochavona.

Al recibir Pájaro Travieso la trágica noticia, se levantó de la cama y fue al cuarto de baño a lavarse la cara. Se preparó un desayuno a base de huevos con jamón, salsa picante, tostadas con mantequilla, zumo de fruta y tres tazas de café caliente. Se dio un baño, se vistió, se puso un poco de brillantina, tres capas de colorete y rojo de labios y enfiló la puerta, dispuesta a darse un garbeo por Birmingham.

Regresó al cabo de una semana con un joven de expresión pasmada que llevaba un sombrero a cuadros con una pluma verde y un traje marrón de gabardina.

LA IGLESIA BAPTISTA MARTIN LUTHER KING MEMORIAL

1049,4.ª AVENIDA NORTE,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

21 DE SETIEMBRE DE 1986

Evelyn le había prometido a Mrs. Threadgoode que confiaría su desazón al Señor, y que le pediría al Señor que la ayudase a superar aquella mala racha. Desgraciadamente, Evelyn no sabía dónde estaba el Señor. Ni ella ni Ed habían pisado la iglesia desde que sus hijos eran pequeños, pero, aquel día, necesitaba desesperadamente ayuda, algo a lo que asirse. Así que se vistió y fue en el coche a la iglesia presbiteriana de la avenida Highland, que era a la que solían ir.

Al llegar, se pasó de largo sin saber por qué, y se encontró al otro lado de la ciudad, sentada en el parking de la Iglesia Baptista Martin Luther King Memorial —la iglesia más importante que tenían los negros en Birmingham—, preguntándose qué demonios estaba haciendo allí. Puede que hubiesen sido todos aquellos meses oyendo hablar de Sipsey y de Onzell. No sabía en realidad por qué.

Toda su vida se había considerado una persona liberal. Nunca había utilizado la palabra *nigger*, con la que despectivamente se referían a los negros. Pero su contacto con los negros había sido el mismo que el de la mayoría de los blancos de clase media antes de los 60: el que pudiera derivarse de tener una criada negra o de conocer a las criadas negras de los amigos.

Cuando era pequeña, iba a veces con su padre a acompañar con el coche a su criada a la parte sur de la ciudad, que es donde ella vivía. Estaba a sólo diez minutos, pero a ella le parecía como si fuese otro país: la música, la indumentaria, las casas... todo era distinto.

El Domingo de Resurrección iban a la parte sur de la ciudad a ver los vestidos nuevos que se ponían ese día: rosas, púrpuras y amarillos, con emplumados sombreros haciendo juego.

Por supuesto, todo el servicio que ayudaba en las casas era femenino. Y, en cuanto veía rondar un negro por las inmediaciones, su madre se ponía histérica y le gritaba que corriese a ponerse una bata, diciéndole: «¡He visto a un negro por aquí!». Y, pese a todo el tiempo transcurrido, Evelyn se sentía incómoda si había negros alrededor.

Por lo demás, la actitud de sus padres hacia los negros había sido como la de la mayoría de la gente de por entonces: en general, consideraban a los negros como gente divertida, sorprendente y algo infantil que había que proteger. Todo el mundo tenía siempre a punto alguna anécdota sobre lo que decía o hacía su criada; y todos meneaban la cabeza divertidos al comentar la gran cantidad de hijos que seguían teniendo. La mayoría les daba ropa usada y sobrantes de comida para su casa, y les ayudaban si tenían algún problema. Pero, al hacerse Evelyn un poco mayor, ya no volvió a ir a la parte sur de la ciudad, ni volvió a pensar en los negros, demasiado ocupada con su propia vida.

Así las cosas, al empezar los problemas en los años 60, tanto ella como la mayoría de los blancos de Birmingham se vieron sorprendidos por los acontecimientos. Y todos coincidían en lo mismo: «No son nuestros negros» los que provocan los disturbios. Lo achacaban a agitadores externos enviados desde el norte.

También solían dar por sentado que *sus* negros «eran felices tal como estaban». Años después, Evelyn se decía en qué habría estado pensando ella para no percatarse de lo que estaba sucediendo justo al otro lado de la ciudad.

Al ser Birmingham tan duramente atacada por la prensa y por la televisión, la gente se sintió confusa e irritada. Del sinfín de aspectos positivos que habían presidido el trato entre ambas razas, nada decían.

Pero veinticinco años después, Birmingham tendría un alcalde negro y, en 1975, Birmingham, otrora conocida como La Ciudad del Odio y el Miedo, fue calificada de Ciudad de Todos los Americanos por la revista *Look.* Que se habían tendido muchos puentes, decían; y que los negros que tiempo atrás se habían marchado al norte, habían vuelto a su lugar de origen; que todos habían andado mucho trecho para acortar las distancias.

Evelyn era consciente de ello pero, pese a todo, mientras estaba allí sentada en el parking, se quedó de piedra ante la gran cantidad de Cadillacs y Mercedes que salían y entraban en él. Naturalmente, había oído que en Birmingham había negros millonarios, pero nunca los había visto.

Mientras observaba cómo iban llegando los feligreses, la asaltó de pronto aquel antiguo temor a los nombres de color.

Echó una ojeada por el interior del coche para cerciorarse de que todas las puertas tenían puesto el seguro, e iba ya a arrancar para marcharse cuando un matrimonio y sus dos hijos pasaron junto al coche riendo entre sí. Aquello la hizo volver a la realidad y se calmó. Y, al cabo de unos minutos, se armó de valor y entró en la iglesia.

Pero incluso después de que el ujier, con el clavel en la solapa, le sonriese y le diese los buenos días, mostrándole el camino hacia un asiento libre pasillo adelante, aún estaba temblando. Le latía el corazón aceleradamente y sentía como si las piernas no la sostuviesen. Había pensado sentarse atrás, pero el ujier la había acomodado justo en el centro.

Al cabo de unos instantes, Evelyn empezó a sudar a mares y a quedarse sin aliento. No parecía atraer muchas miradas. Algunos niños ladearon la cabeza y la miraron. Ella les sonrió, pero ellos no le devolvieron la sonrisa. Ya había decidido marcharse cuando un hombre y una mujer se sentaron uno a cada lado de donde ella estaba. Así que ya estaba otra vez, atrapada en el medio, como siempre. Era la primera vez en su vida que se veía rodeada sólo por gente de color.

De pronto, se sintió muy poquita cosa, menos que la cola de un ratón, como una imagen sin color en un libro de cuentos para colorear, como una mustia flor en un jardín.

La joven esposa que se sentaba a su lado era despampanante, vestida de una manera que Evelyn sólo había visto en las revistas. Habría podido ser perfectamente una modelo de alta costura de Nueva York, con su vestido de seda cruda color gris perla, y zapatos y bolso de piel de serpiente. Al pasear la vista por la nave, Evelyn se percató de que nunca había visto tanta gente bien vestida en ninguna parte, en todos los años de su vida. Seguía inquieta por la presencia de los hombres —con unos pantalones demasiado ajustados—, así que se concentró en las mujeres.

Siempre las había admirado; había admirado su fortaleza y su compasión. Siempre le había maravillado que pudiesen querer y desvivirse por los niños blancos, y cuidar de ancianos y ancianas blancos con tanto mimo y dedicación; mucho mejor de lo que ella se creía capaz.

Se fijó en la manera que tenían de saludarse, en su maravillosa y total desinhibición; en la gracilidad de sus movimientos, incluso de las más gruesas. No habría querido tenérselas que ver con ninguna de ellas, desde luego, pero sí le hubiese encantado que alguien se hubiese atrevido a llamarlas *vacas.*

Cayó en la cuenta de que había visto a muchas negras en toda su vida sin fijarse realmente en ellas. Allí había mujeres realmente guapas, estilizadas morenitas con pómulos como reinas egipcias; y las más robustas tenían un aspecto magnífico, con un pecho opulento.

Y pensar que había tantos que, antiguamente, querían parecer blancos; debían de desternillarse en la tumba ante todos esos cantantes blancos, tan del gusto de la clase media, empeñados en

cantar como los negros; y ante tanta chica blanca con trenzas y peinados a lo «afro». Se habían vuelto las tornas...

Evelyn empezó a relajarse y a sentirse un poco más cómoda. No sabía por qué, pero había imaginado el interior de aquella iglesia muy distinto. Al mirar en derredor, Evelyn se dijo que habría podido ser cualquiera de las docenas de iglesias de Birmingham a las que iban los blancos. Y entonces, de pronto, sonó el órgano y los 250 miembros del coro, con túnicas de vivos colores, rojo y marrón, se levantaron y empezaron a cantar con una fuerza e intensidad que la dejó casi sin aliento:

Oh happy day...
Oh happy day...
When Jesús washed my sins away...
He taught me how to sing andpray...
And Uve rejoicing every day...
Oh happy day...
Oh happy day...
When Jesús washed my sins away...
Oh happy, happy day...

Después volvieron todos a sentarse y el reverendo Portor, un hombre alto y fornido con un vozarrón que atronaba en la iglesia, se levantó de su silla y empezó su sermón, titulado *La dicha de amar a Dios*. Y lo dijo con total convicción. Evelyn sintió como si aquellas palabras impregnasen toda la iglesia. El reverendo acompañaba su sermón moviendo la cabeza hacia adelante y hacia atrás, con exclamaciones o risas de felicidad. Y sus feligreses lo secundaban acompañados al órgano.

Evelyn se dijo que había estado en un error: no es que aquella iglesia fuese como cualquier iglesia frecuentada por blancos; es que no tenía nada que ver con los secos y desangelados sermones a los que estaba acostumbrada.

El entusiasmo que ponía el reverendo al hablar del Señor era contagioso y prendía como una llama por toda la nave. Les decía, les aseguraba, con patente y poderosa autoridad, que su Dios no era un Dios vengativo, sino un Dios de amor... Y de bien... Y de perdón... Y de *gozo*. Y empezó a bailar y a sacar pecho y a cantar, conmovido como estaba, con el sudor humedeciéndole el rostro que, de vez en cuando, se enjugaba con un pañuelo blanco que llevaba en la mano derecha.

A cada frase que cantaba, toda la iglesia le contestaba:

—NO PODRÉIS SER DICHOSOS SI NO AMÁIS A VUESTROS SEMEJANTES...

—*Verdad es, Señor.*

—AMAD A VUESTROS ENEMIGOS...

—*Les amaremos, Señor.*

—OLVIDAD LOS VIEJOS AGRAVIOS...

—*Los olvidaremos, Señor.*

—ALEJAD DE VOSOTROS AL VIEJO DEMONIO DE LA ENVIDIA...

—*Lo alejaremos, Señor.*

—¿ACASO NO NOS PERDONÓ EL SEÑOR?

—*Sí, nos perdonó.*

—¿Y NO VAMOS A PERDONAR NOSOTROS?

—Perdonaremos, Señor.

—ERRAR ES HUMANO... PERDONAR, DIVINO...

—*Así es, Señor.*

—NO HABRÁ RESURRECCIÓN PARA LOS CUERPOS CORROÍDOS POR LOS GUSANOS DEL PECADO...

—*No la habrá, Señor.*

—PERO DIOS PUEDE REFORMARNOS...

—*Verdad es, Señor.*

—DIOS ES BUENO.

—*Nuestro Señor bondadoso.*

—¡QUÉ BONDADOSO ES NUESTRO DIOS!

—*Verdad es, Señor.*

—JESÚS ES NUESTRO GRAN AMIGO.

—*Verdad es, Señor.*

—POR MÁS QUE NOS BAUTICEN O NOS CIRCUNCIDEN, NADA SIGNIFICA SI NO SOMOS CIUDADANOS DE LA GLORIA...

—*Verdad es, Señor.*

—¡GRACIAS, JESÚS! ¡GRACIAS, JESÚS! ¡NUESTRO BUEN DIOS TODOPODEROSO! ¡ALABAMOS TU NOMBRE ESTA MAÑANA Y TE DAMOS LAS GRACIAS, JESÚS! ¡ALELUYA! ¡ALELUYA, JESÚS!

Cuando el reverendo hubo terminado, toda la iglesia estalló en «¡aleluyas!» y «amenes», y el coro empezó de nuevo hasta que toda la iglesia vibró con él...

—LA BENDITA SANGRE DEL CORDERO... QUE REDIMIÓ NUESTROS PECADOS... DECIDME, OH, CRIATURAS DE DIOS.... ¿CONOCÉIS UN SACRIFICIO MAYOR?

Evelyn no había sido nunca una persona religiosa, pero, aquel día, se sintió como transportada desde su asiento, más allá de los temores que la lastraban y cohibían.

Sintió abrirse su corazón y llenarse del prodigio de estar viva y consciente de ello.

Se sintió flotar hacia el altar, donde un blanco Jesús, pálido y delgado, con una corona de espinas, la miraba desde el crucifijo diciendo: «Perdónalos, hija mía, porque no saben lo que hacen...».

Mrs. Threadgoode tenía razón. Había confiado su desazón al Señor, y Él la había aliviado.

Evelyn respiró profundamente y, con su aliento, despidió toda la carga de resentimiento y odio, y a la propia Towanda. ¡Al fin era libre! Y, en aquel mismo momento, perdonó al joven del supermercado, al médico de su madre, y a las chicas del parking... y se perdonó a sí misma. Era libre. *Libre;* igual que todas aquellas personas que estaban allí con ella y que, pese a haber sufrido tanto, no habían dejado que el odio y el temor aniquilasen su capacidad de amar.

El reverendo Portor pidió entonces que todos los feligreses allí presentes estrechasen la mano de quienes tuviesen a su lado. La hermosa joven que se sentaba junto a Evelyn se la estrechó y le dijo: «Que Dios la bendiga». Evelyn se la estrechó a su vez fuertemente y le dijo emocionada: «Gracias. Muchísimas gracias».

Al salir de la iglesia, volvió la cabeza mirando hacia la puerta a modo de despedida. Puede que hubiese entrado allí aquel día tratando de comprender cómo era ser negro. Y comprendió entonces que ni ella ni aquellos en cuya compañía acababa de estar, nunca comprenderían cómo era ser blanco. Sabía que nunca iba a volver allí. Aquel lugar era de ellos. Pero, por primera vez en su vida, había sentido alegría. Verdadera alegría. Era alegría lo que ella veía en los ojos de Mrs. Threadgoode, pero no había sabido reconocerla. Se dijo que acaso nunca volviese a sentirla.

Pero, por lo menos, la había sentido una vez, y no olvidaría aquella sensación por más años que viviese. Habría sido maravilloso poderles decir a todos los que estaban en la iglesia cuánto había significado aquel día para ella También habría sido maravilloso que Evelyn hubiese sabido que la joven cuya mano estrechó era la hija mayor de Jasper Peavey, mozo de los coches-cama que, al igual que ella, había conseguido también superarse.

BOLETÍN DE LOS
FERROCARRILES
DEL SUR

1 DE JUNIO DE 1950

EL EMPLEADO DEL MES

«Sólo se preocupa de que la gente esté contenta y de hacerle el viaje más agradable. No olviden, por favor, a este gran empleado de los Ferrocarriles al votar por el Empleado del Mes.»

Así se expresó el pasajero del *Silver Crescent,* Cecil Laney, al referirse al mozo de los coches-cama Jasper Q. Peavey.

Este afable empleado no ha recibido más que elogios desde que empezó a trabajar para los Ferrocarriles a la edad de diecisiete años, en un principio como mozo en la estación terminal de Birmingham, Alabama. Desde entonces ha sido, sucesivamente, cocinero, mozo de carga en los mercancías, camarero del vagón-restaurante, mozo del coche-salón, y fue ascendido a mozo de los coches-cama en 1935. En 1947 fue nombrado Presidente de la Sección de Birmingham de la Hermandad de Mozos de Coches-Cama.

El pasajero Mr. Laney comentó también: «Las pequeñas atenciones de Jasper empiezan en el instante mismo en que el pasajero sube al tren. Pone especial cuidado en que todo el equipaje esté en su sitio y, durante el trayecto, está atento a cualquier detalle que pueda hacer el viaje más agradable, con su ancha y omnipresente sonrisa, y riendo a veces del modo más alegre.

»Pocos minutos antes de llegar a la estación, siempre anuncia: "Dentro de unos minutos llegaremos a... Si desean que les ayude con el equipaje, lo haré con mucho gusto".

»Para nosotros es como un amigo en quien se puede confiar, un amable anfitrión, un vigilante siempre alerta, servicial y dispuesto a hacerte un favor. Entretiene a los niños y ayuda a sus madres si las ve abrumadas; y es sumamente cortés, solícito y eficiente. Los pasajeros le estamos profundamente agradecidos por todo ello. No es frecuente encontrar un hombre así en los tiempos que corren.»

Jasper es pastor laico de la Capilla Baptista de la calle 16 de Birmingham y padre de cuatro hijas. Dos de ellas son maestras, una estudia para enfermera y la menor proyecta estudiar música en Nueva York.

Felicitamos a Jasper Q. Peavey, Empleado del Mes de los Ferrocarriles.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

27 DE AGOSTO DE 1955

CIERRAN LAS COCHERAS

Como pueden imaginar, todos estamos muy tristes por el cierre de las cocheras. Después de que nos han suprimido casi todos los trenes, encima ahora perdemos a los buenos amigos de las cocheras, trasladados a otros lugares. Sólo nos resta confiar en que repongan el servicio. No es justo que pasen tan pocos trenes por aquí.

Grady Kilgore, retirado ya de su trabajo como inspector-vigilante en los Ferrocarriles L & N, dice que esta tierra no puede vivir sin sus trenes, y que es sólo cuestión de tiempo que el Gobierno lo comprenda así. Yo creo que la L & N recuperará el sentido común y volverá a poner la línea en servicio.

Primero la Georgia Pacific Seabord, y ahora la L & N. Sólo nos queda la línea de la Southern Railroad... Parece como si ya no quisiesen pasajeros.

Además, hemos oído que probablemente el café cerrará. Porque dice Idgie que la cosa va muy de baja.

Por cierto, mi otra mitad dice que eso de los tres días de subida y tres de bajada de la gripe no va con él: que él tiene los seis de subida. *De su vida*... diría yo. ¡Hombres...!

DOT WEEMS

EN LAS AFUERAS
DE ROANOKE
(VIRGINIA)

COCHE-CAMA N.° 16

23 DE DICIEMBRE DE 1958

Jasper Peavey iba tranquilamente sentado, durante la calma nocturna, mientras el tren se deslizaba por el nevado paisaje y la luna proyectaba su resplandor por la blanca campiña.

El frío era intenso al otro lado de la helada ventana, pero el vagón era acogedor y cálido. A aquella hora era cuando se sentía más a gusto y a sus anchas, sin tener que estar sonriendo continuamente como durante el día...; allí, tan tranquilo.

Veía cambiar los semáforos a cada parada y, al amanecer, cómo iban encendiéndose, una a una, las luces de las pequeñas ciudades.

Le faltaba un mes para retirarse, con una buena pensión de la Southern Railroad. Jasper se había instalado en Birmingham un año después que su hermano Artis y, aunque eran gemelos y la legalidad vigente los clasificase como negros, habían tenido una vida muy distinta.

Jasper quería a su hermano, pero apenas le veía.

Artis se hizo en seguida con un sitio en la bulliciosa 4.ª Avenida Norte, donde el jazz era de lo más ardiente y los dados no paraban ni de día ni de noche. Jasper había ido a vivir a una residencia cristiana, que estaba a cuatro manzanas de la Avenida, y fue a la Iglesia Baptista de la calle 16 el primer domingo que pasó en Birmingham. Allí fue donde Miss Blanch Maybury le echó el ojo y los tejos a aquel morenito pecoso. Blanch era hija única de Mr. Charles Maybury, respetado ciudadano, prestigioso educador y director del Instituto de Enseñanza Media para negros. A través de Blanch, Jasper fue automáticamente aceptado en la distinguida clase media-alta de los negros.

El matrimonio, que en cierto modo pudo disgustar al padre de Blanch por la escasa cultura de Jasper y por el poco lustre de su linaje, le satisfizo en cambio por el color de su piel y por su buena educación.

Jasper empezó a trabajar con ahínco después de casarse; y, mientras Artis gastaba todo su dinero en ropa y mujeres, Jasper se conformaba viviendo en los fríos barracones infestados de ratas en los que la empresa alojaba a los mozos cuando tenían que pernoctar fuera de la ciudad. Ahorró hasta que él y Blanch pudieron ir a la casa de pianos y comprarse uno al contado. Tener un piano en casa tenía su importancia. Le daba el diez por ciento de su sueldo a la Iglesia, y abrió una cuenta de ahorro en el Penny Saving Bank destinada a la educación de sus hijas. Jamás probó una gota de alcohol, ni pidió prestado un centavo, ni contrajo deuda alguna. Fue uno de los primeros negros de Birmingham en ir a vivir al barrio blanco de Enon Ridge, conocido después como Dynamite Hill. Cuando el Ku Klux Klan hizo saltar por los aires las casas de ladrillo visto de Jasper y otros vecinos, algunos optaron por marcharse, pero él se quedó. Había soportado muchos años de «eh, Sambo», «eh, chico», «eh, tú»; de vaciar escupideras, limpiar retretes, lustrar zapatos, y cargar con tantas maletas que ya no podía dormir del dolor en la espalda y en los hombros. Incluso había llorado de humillación al ver que, cuando le robaban a alguien en el tren, los inspectores-vigilantes de los Ferrocarriles registraban a los mozos de los coches-cama antes que a nadie.

Se había pasado la vida diciendo «sí, señor» y «sí, señora», sonriendo y yendo por una copa para algún viajante bocazas en plena noche; se había tenido que morder la lengua ante la arrogancia de las mujeres blancas y de los niños que se referían a él despectivamente. Había

tenido que soportar que algunos conductores blancos lo tratasen como si fuera una mierda y que otros mozos le robasen las propinas. Había tenido que limpiar vómitos de extraños, y había pasado centenares de veces por Cullman County, bajo aquel letrero que decía: GUÁRDATE, NEGRO, DE ESTAR AQUÍ AL PONERSE EL SOL.

Había soportado todo eso. Pero...

La póliza que cubría los gastos para las honras fúnebres de su familia estaba más que pagada. Les había dado una carrera a sus hijas, y ninguna de ellas tendría que vivir nunca de propinas. Conseguir todo eso era lo que le había dado fuerzas para deslomarse trabajando durante todos aquellos años.

Eso y los trenes. Si su hermano Artis se había enamorado de una ciudad, Jasper se había enamorado de los trenes. *Los trenes,* con su brillante mobiliario de caoba y sus asientos tapizados de terciopelo rojo. Los poéticos nombres de los trenes... *The Sunset Limited... The Royal Palm... The City of New Orleans... The Dixie Flyer... The Fire Fly... The Twilight Limited... The Palmetto... The Black Diamond... The Southern B'elle... The Silver Star...*

Y aquella noche iba en el *The Great Silver Comet*, tan aerodinámico como un plateado avión... de Nueva Orleans a Nueva York, ida y vuelta; uno de los últimos grandes expresos que todavía quedaban en servicio. Había guardado luto por todos aquellos grandes trenes que, uno tras otro, habían sido retirados del servicio y dejados oxidar en alguna cochera, como los antiguos aristócratas, languideciendo; como reliquias de otros tiempos. Y aquella noche se sintió como uno de aquellos viejos trenes... anticuado... decadente... inútil... desechado.

Justo el día anterior, oyó de pasada que su nieto Mohammed Abdul Peavey le decía a su madre que no quería ir a ninguna parte con su abuelo, porque le ponía en evidencia con sus zalamerías con los blancos, y por su manera de comportarse en la iglesia, cantando todavía aquella *ragtime gospel music* propia de la negritud de otros tiempos.

Para Jasper estaba claro que su tiempo había pasado, igual que sus viejos amigos los trenes, oxidándose en las cocheras. Habría querido que las cosas hubiesen sido distintas. Había salido adelante de la única manera que sabía. Pero había salido adelante.

HOTEL ST. CLAIR,
BIRMINGHAM

HOTEL SIN RESERVAS, 411,2.ª AVENIDA NORTE

23 DE DICIEMBRE DE 1965

Smokey estaba en la acera de enfrente del apeadero que tenía en el centro de la ciudad la línea de los ferrocarriles L & N. En realidad, estaba en la habitación de un hotel que, treinta y cinco años antes, puede que no estuviese mal, pero que, entonces, no tenía más que una cama, una silla y una bombilla de 40 pendiendo de un cordón. La habitación era más oscura que la boca de un túnel, con un panel de cristal esmerilado en el dintel que dejaba pasar una pálida luz amarillenta sobre una maciza y alta puerta de madera esmaltada de color marrón.

Smokey estaba allí sentado, solo, fumando un cigarrillo y mirando a través de la ventana hacia la fría y húmeda calle, pensando en los tiempos en que el halo de la luna se orlaba de estrellas y el agua de los ríos y el *whiskey* sabían como es debido. Cuando podía respirar a pleno pulmón sin toser hasta echar el hígado por la boca. Cuando Idgie, Ruth y Muñón seguían viviendo en la parte de atrás del café, y todos los trenes pasaban por allí. Qué tiempos aquéllos, ya tan lejanos y, sin embargo, a un solo instante de su memoria.

Sus recuerdos seguían intactos y, aquella noche, estaba allí sentado, rememorándolos, como siempre, asiéndose al más tenue rayo de luz; a veces, parecía asirlo de verdad y viajar con él como por arte de magia. Una vieja canción sonaba una y otra vez en su mente:

¿Dónde irán las volutas?
¿Dónde irán las volutas que exhalo?
¿ Esos rizados bucles
que me hablan de ti?

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

22 DE SETIEMBRE DE 1986

Al entrar Evelyn Couch al salón, Mrs. Threadgoode estaba dormida y, en aquel momento, la vio tan vieja como en realidad era. Evelyn se percató entonces de cuántos años llevaba aquella mujer a la espalda, y se aterró. La zarandeó suavemente.

—¡Mrs. Threadgoode!

Mrs. Threadgoode abrió los ojos y se dio unas palmaditas en el pelo.

—Oh, Evelyn. ¿Hace mucho que estás aquí?

—No, acabo de llegar.

—No se te ocurra nunca dejarme dormir en día de visita, ¿eh? ¿Prometido?

Evelyn se sentó y le pasó a su amiga una bandejita de cartón, con un «pepito» de carne a la barbacoa y un trocito de tarta de limón helada, además de un tenedor y una servilleta.

—¡Oh, Evelyn! —exclamó Mrs. Threadgoode incorporándose—. ¿Dónde lo has comprado? ¿En el café?

—No, lo he hecho especialmente para usted.

—¿De verdad? Pero qué buena eres.

Evelyn había notado que, en el último par de meses, su amiga perdía cada vez con más frecuencia la noción del tiempo y, a veces, la llamaba Cleo. Por lo general, conseguía contener la risa, pero últimamente se le escapaba muy a menudo.

—Perdona que estuviese así a la pata la llana. Pero no soy la única, ¿eh?; que estamos ya todos muy agotados por aquí.

—¿Por qué? ¿No duerme bien por las noches?

—Ay, encanto, hace semanas que aquí nadie pega ojo. A Vesta Adcock le ha dado por pasarse las noches colgada del teléfono. Llama a todo el mundo, desde el alcalde al presidente. La otra noche incluso llamó a la reina de Inglaterra quejándose de no sé qué. Se enfurruña y se pasa toda la noche merodeando por ahí como una gata vieja.

—¿Y por qué no cierra por lo menos la puerta?

—Sí que la cierra.

—¿Y por qué no le quitan el teléfono del dormitorio?

—Pero si se lo quitaron, pero ella todavía no se ha enterado. Y sigue llama que te llama.

—¡Ay, Dios! O sea... ¿que se ha vuelto loca?

—Bueno, podríamos llamarlo así —dijo Mrs. Threadgoode gentilmente—. Sigue con los pies en la tierra, pero ya no sabe por dónde pisa.

—Claro, por fuerza; a ver si no.

—Oye, encanto, me gustaría beber algo fresco con la tarta. ¿Podrías traerme un refresco? Iría yo, pero ya no acierto a ver la ranura.

—Claro que sí, perdone; tenía que habérselo preguntado.

—Toma la moneda.

—Déjelo, mujer, no sea tonta. Yo la invito. No faltaría más.

—Que no, Evelyn —porfió Mrs. Threadgoode—; toma el dinero... No quiero que te quedes sin cambio por mí —insistió—. No me lo beberé si no me dejas que lo pague.

Evelyn aceptó al final los cinco centavos, con los que compró el refresco de setenta y cinco centavos..., como hacía siempre.

—Gracias, encanto... ¿Te he dicho alguna vez, Evelyn, que detesto las coles de Bruselas?

—No. ¿Y por qué no le gustan las coles de Bruselas?

—Pues no sé. Ni idea. Me gustan todas las demás verduras; aunque ni congeladas ni en lata. Me gustan frescas; y el maíz, las habitas, los guisantes, y los tomates verdes fritos...

—¿A que no sabía que el tomate es un fruto? —dijo Evelyn.

—¿De verdad? —dijo Mrs. Threadgoode sorprendida.

—Y tan de verdad.

Mrs. Threadgoode la miró perpleja.

—Pues ésta sí que es buena. Me he pasado todos los años de mi vida convencida de que era verdura... Siempre se ha utilizado como verdura. ¿O sea que el tomate es un fruto?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Lo recuerdo porque nos lo enseñaron en las clases de Economía Doméstica.

—No diré que no lo haya oído, no puedo asegurarlo, pero no me hago a la idea. Pero, las coles de Bruselas sí son verdura, ¿no?

—Ah, sí, eso sí.

—Menos mal. Me quitas un peso de encima... ¿Y las judías verdes? No irás a decirme que también son fruta, ¿verdad?

—No. Eso también es verdura.

—Bueno, menos mal —dijo tomando el último bocado de tarta y recordando algo que la hizo sonreír.

—Sabes, Evelyn, anoche tuve un sueño precioso. De lo más real. Soñé que papá y mamá Threadgoode estaban de pie en el porche de la vieja casa, haciéndome señas para que me acercase... Y, al instante, Cleo, Albert y todos los Threadgoode salieron al porche y empezaron a llamarme. Yo me moría de ganas de ir, pero sabía que no podía. Y les dije que no podía ir, por lo menos hasta que Mrs. Otis se encontrase mejor, y entonces mamá me dijo con aquella voz tan dulce que tenía: «Bueno, pero date prisa, que estamos todos esperándote».

Mrs. Threadgoode se interrumpió y miró a Evelyn.

—A veces me impaciento por ir al cielo. Se me hace la espera interminable. Lo primero que haré será ver si doy con Bill el del Ferrocarril... porque es que nunca llegaron a descubrir de quién se trataba. Claro que debía de ser negro, pero estoy segura de que está en el cielo. ¿No te parece a ti, Evelyn?

—Seguro que sí.

—Porque si hay alguien que merezca ir es él. Espero reconocerlo cuando lo vea.

CAFÉ DE
WHISTLE STOP

WHISTLE STOP (ALABAMA)

3 DE FEBRERO DE 1939

El local estaba atestado de empleados del ferrocarril a la hora del almuerzo, así que Grady Kilgore optó por asomarse a la cocina a pedir lo suyo.

—Ponme un plato de tomates verdes fritos y té frío, ¿quieres, Sipsey?, que tengo prisa.

Sipsey le pasó un plato a Grady y él fue a sentarse con su almuerzo.

En 1939, Bill el del Ferrocarril llevaba cinco inviernos consecutivos saqueando los trenes. Al pasar Kilgore por su lado, Charlie Fowler, un mecánico de la Southern Railroad, le saludó.

—Eh, Grady, he oído que Bill el del Ferrocarril limpió anoche otro tren. ¿Es que no vais a atrapar nunca a ese tipo?

Todos los presentes se echaron a reír al sentarse Grady a comer en la barra.

—Podéis reír todo lo que queráis, pero no tiene gracia. Ese hijoputa ya ha limpiado cinco trenes en las dos últimas semanas.

Jack Butts rió entre dientes.

—Ese negro de mierda —dijo— os lleva de cabeza, ¿eh?

Wilbur Weems, que estaba a su lado, sonrió mordisqueando un palillo.

—He oído que vació todo un vagón lleno de latas de conservas entre aquí y Anniston, y que los negros salieron a recogerlas antes de amanecer.

—Sí, y no sólo eso —dijo Grady—. Ese hijoputa lanzó desde el tren diecisiete jamones propiedad del Gobierno de los Estados Unidos, y en pleno día.

Sipsey no pudo contener la risa a la vez que le servía el té frío.

—Pues no tiene ninguna gracia, Sipsey —dijo Grady alcanzándose el azúcar—. Va a venir un inspector del Gobierno desde Chicago, y me la voy a cargar yo. Tengo que salir ahora mismo a recibirlo a Birmingham. Joder. Y eso que ahora han puesto seis agentes más. Al final me van a echar por culpa de ese hijoputa.

—Lo que nadie se explica —dijo Jack— es cómo sube a los trenes y cómo sabe cuáles llevan comida; ni cómo baja de los trenes sin que tus chicos logren atraparlo.

—Grady —añadió por su parte Wilbur—, es que lo gordo es que parece que ni siquiera habéis estado nunca a punto de cogerlo.

—¿Cómo que no? Art Bevins casi lo detiene la otra noche en las afueras de Gate City. Se le escapó por dos minutos. Tiene los días contados; acuérdate de lo que te digo.

—Eh, Grady —dijo Idgie al pasar—, si quieres os mando a Muñón para que os ayude. No me extrañaría que él lo atrapase antes.

—Mira, Idgie —dijo Grady—, calla la boca y tráeme más —añadió tendiéndole el plato vacío.

Ruth estaba detrás de la barra dándole el cambio a Wilbur.

—La verdad, Grady —le dijo—, es que no veo qué daño hace. Esa pobre gente se muere de hambre, y de no ser porque él les viene echando carbón, muchos habrían muerto congelados.

—En cierto modo, estoy de acuerdo contigo, Ruth. Poco pueden importarle a nadie unas cuantas latas de alubias y un poco de carbón. Pero es que la cosa se está desorbitando, tanto que,

entre aquí y la línea estatal, la compañía ha puesto a doce hombres más, y yo tengo que doblar el turno por la noche.

Smokey Lonesome, que estaba al otro extremo de la barra tomando café, metió baza.

—¿Doce agentes para un pobre negro? Eso es como matar moscas a cañonazos, ¿no te parece?

—No te preocupes —dijo Idgie, dándole a Grady una palmadita en la espalda—. Sipsey me ha dicho que es natural que tus chicos no puedan detenerlo, porque se convierte en zorro o en conejo siempre que quiere. ¿Qué te parece? Igual es verdad, ¿no, Grady?

Entonces Wilbur preguntó a cuánto ascendía la recompensa.

—Pues mira —contestó Grady—, hasta esta mañana eran doscientos cincuenta dólares, pero no me extrañaría que llegase a quinientos.

—Coño —dijo Wilbur, meneando la cabeza—, eso es mucho dinero... ¿Qué aspecto creéis que tiene?

—Bueno, según los agentes que lo vieron, es un joven negro corriente con un gorro de punto.

—Y tan corriente —apostilló Smokey.

—Bueno. Muy bien. Pero, mira lo que te digo: en cuanto coja a ese negro hijoputa no va a poder correr más. Coño ya; que llevo semanas que no puedo dormir en casa ni en broma.

—Bueno, no te pongas así, Grady —dijo Wilbur—, que según tengo oído eso no es nuevo.

Todos se echaron a reír.

—Sí, tiene que ser un fastidio —metió baza Jack Butts, que era también miembro de la Peña del Hinojo—, porque también he oído quejarse a Eva Bates —añadió, haciendo que las risas subiesen de tono.

—Hombre, Jack—dijo Charlie—, debería darte vergüenza insultar a Eva de esa manera.

Grady se levantó entonces y miró en derredor.

—¿Sabéis lo que os digo? Que todos vosotros sois unos ignorantes de mierda en este café. ¡Más que ignorantes!

Fue entonces hacia el perchero a coger su sombrero y se dio la vuelta.

—A este local tendrían que llamarlo el Café de los Ignorantes. Terminaré por ir a otro sitio.

Y todos, incluido el propio Grady, rieron con ganas, porque en Whistle Stop no había ningún otro local. Grady enfiló entonces la puerta, hacia Birmingham.

EN EL 1520 DE WILLINA LANE

ATLANTA (GEORGIA)

27 DE NOVIEMBRE DE 1986

Muñón Threadgoode que, pese a sus cincuenta y siete años, era todavía un hombre bien parecido, había ido a casa de su hija Norma para la cena del Día de Acción de Gracias. Acababa de ver el partido de rugby Alabama-Tennessee y estaba sentado a la mesa con el marido de Norma, Macky, su hija Linda, y su novio, un joven enclenque con gafas que estudiaba para masajista. Estaban ya con el café y la tarta.

—Yo tenía un tío, que se llamaba Cleo —dijo Muñón dirigiéndose al novio— y que era masajista. Claro que nunca ganó un centavo..., porque atendía a toda la ciudad gratis. Pero eso fue durante la Gran Depresión. Nadie tenía dinero.

»Mi madre y la tía Idgie tenían un café. No era más que un negocio familiar de lo más modesto, pero fíjate bien: nunca nos faltó un trozo de pan, ni a nadie que fuese allí pidiendo comida...; blancos y negros por igual. Nunca vi a la tía Idgie cerrarle la puerta a nadie, y todo el mundo sabía que tampoco negaba una copa a quien la necesitaba...

»Siempre llevaba una petaca en el bolsillo del delantal. "No haces más que fomentar las malas costumbres de la gente", le decía a menudo mamá. Pero la tía Idgie, a quien también le gustaba darle, le contestaba: "Mira, Ruth, no sólo de pan vive el hombre".

»No menos de diez o quince temporeros sin trabajo paraban por allí todos los días. Pero, ¡ojo!, que ésos no tenían miedo de herniarse por trabajar un poco a cambio. Que no eran como los de hoy en día. Cortaban el césped, o barrían la acera. La tía Idgie siempre les dejaba que hiciesen algo para no herir su orgullo. A veces, incluso les dejaba entrar a la vivienda de la parte de atrás a vigilarme un rato, para que tuviesen la sensación de estar trabajando. Casi todos eran buena gente; tipos que no habían tenido suerte, sin más. El mejor amigo de la tía Idgie era precisamente uno de aquellos antiguos temporeros sin trabajo. Se llamaba Smokey Lonesome. Habrías podido confiarle hasta tu propia vida. Jamás tocó nada que no le perteneciese.

«Aquella gente tenía su código de honor. Me contó Smokey que había oído que, una vez, unos sorprendieron a otro que había robado piezas de la vajilla de plata de una casa, y lo mataron allí mismo y fueron a devolver lo robado... Si es que entonces ni siquiera teníamos que cerrar nada con llave. Esos que te encuentras ahora por las carreteras y rebuscando por los contenedores son de otra raza. Vulgares vagabundos y drogadictos que te limpian a la que te descuidas.

»A la tía Idgie, por lo menos, nunca le robaron nada —añadió riendo—, aunque, claro, bien pudiera ser por la escopeta que tenía junto a su cama... que Idgie era de armas tomar, ¿eh, Peggy?

—¡Menuda! —confirmó Peggy desde la cocina.

—Aunque no vayas a creer, que se le iba mucho el aire por la boca. Pero, ojo con que no le cayeses bien. Siempre se llevaron como el perro y el gato con aquel viejo predicador de la Iglesia Baptista donde mamá enseñaba catequesis, y le hacía perder los estribos. El predicador era abstemio y, un domingo, dedicó el sermón a atacar a Eva Bates. Aquello le sentó tan mal a la tía Idgie que nunca se lo perdonó. Siempre que un forastero llegaba a la ciudad tratando de comprar *whiskey*, ella salía con él hasta la acera del café, señalaba hacia la vieja casa del reverendo Scroggins y decía: «¿Ve esa casa verde de allí? No tiene más que ir y llamar. No lo hay mejor en toda Alabama». Y también se los enviaba a su casa cuando alguien iba en busca de *otra cosa*.

Peggy salió entonces de la cocina y se sentó.

—No tendrías que contarles esas cosas, Muñón —dijo.

—Es la pura verdad —dijo él, riendo—. Siempre le hacía alguna barrabasada a aquel hombre. Aunque, como te he dicho, se le iba mucho el aire por la boca, para que los demás creyesen que era dura... pero en el fondo era una malva. Tanto es así que el propio hijo del predicador, Bobby Lee, a quien arrestaron una vez, pidió que la llamasen a ella para sacarlo.

»Bobby Lee había ido a Birmingham con dos o tres muchachos amigos suyos, agarraron una tajada de aúpa y él empezó a correr por los pasillos en calzoncillos y a tirar jarras de agua desde un séptimo piso. Las jarras eran de agua, sí, pero Bobby Lee llenó una de tinta que puso perdida a la esposa de un notorio concejal, y armaron una zapatiesta de mil demonios en la habitación del hotel.

»A la tía Idgie le costó doscientos dólares sacarlo de la celda, y otros doscientos dólares que no lo fichasen, para que no tuviese antecedentes y su padre no llegase a enterarse... Yo fui con ella a buscarlo y, de regreso a casa, ella le dijo que si le decía a alguien que ella había intervenido, le arrancaría ya sabes qué. No soportaba que se supiese cuándo hacía una buena acción; y menos aún, tratándose del hijo del predicador.

»Toda aquella pandilla de la Peña del Hinojo era igual. Hacían muchas buenas obras sin que nadie lo supiese. Lo más gracioso del caso es que Bobby Lee llegó a ser un gran abogado, y acabó siendo nombrado Fiscal General del gobernador Folsom.

Su hija Norma salió entonces a retirar los platos que quedaban en la mesa.

—¿Por qué no les cuentas lo de Bill el del Ferrocarril, papá?

Linda le dirigió a su madre una mirada de exasperación.

—¿Bill el del Ferrocarril? —dijo Muñón—. Dios... ¿De verdad queréis oír lo de Bill el del Ferrocarril?

—Me encantaría oírlo —dijo el novio, aunque, en realidad lo que quería era salir, cuanto antes, y llevar a Linda con el coche a algún rincón.

Macky le sonrió a su mujer. Habían oído la historia cientos de veces, pero sabían que a Muñón le encantaba contarla.

—Bueno, pues fue durante la Gran Depresión, y lo que hacía el tal Bill el del Ferrocarril era saquear los trenes de suministros del Gobierno y lanzarlo todo junto a las vías, para que la gente de color lo recogiese. Y luego saltaba del tren antes de que lo atrapasen. La cosa duró años, pero ya al poco tiempo los negros empezaron a propagar toda clase de historias acerca de él. Aseguraban que alguien lo había visto convertirse en zorro y correr más de treinta quilómetros sobre una alambrada de espino. Quienes llegaron a verlo, decían que llevaba siempre un abrigo negro y un gorro de punto negro también. Incluso le sacaron una canción... Y decía Sipsey que todos los domingos, en la iglesia, rezaban para que a Bill el del Ferrocarril no le pasase nada.

»La empresa del ferrocarril ofreció una fuerte recompensa; pero en Whistle Stop, aunque hubiesen sabido de quién se trataba, no lo hubiesen entregado. Todo eran cábalas y conjeturas.

»Yo me sospechaba que Bill el del Ferrocarril era Artis Peavey, el hijo de nuestro cocinero. Era de la estatura que decían y rápido como el rayo. Incluso estuve siguiéndolo una temporada noche y día, pero nunca lo sorprendí. Yo debía de tener por entonces nueve o diez años, y habría dado cualquier cosa por verlo en acción, porque me comía la curiosidad.

»Y, una mañana, al amanecer, tuve que levantarme para ir al lavabo. Iba medio dormido y, al llegar al cuarto de baño, allí estaban mamá y la tía Idgie, con el grifo del lavabo abierto. Mamá me miró sorprendida y dijo: "Un momento, cariño», y me cerró la puerta.

»"¡Date prisa, mamá, que no me puedo aguantar!", dije yo. Cosas de niños, ya sabéis. Oí que hablaban y, al poco, salieron, la tía Idgie secándose las manos y la cara. Y al entrar en el lavabo, vi que quedaban aún restos de hollín. Y, en el suelo, detrás de la puerta, había un gorro negro de punto.

»Entonces caí en la cuenta de por qué la veía a ella y a Grady Kilgore, que además de *sheriff* era inspector vigilante del ferrocarril, siempre de secreto. Y resultó que era él quien le informaba del cargamento y horario de los trenes; y la tía Idgie quien subía a saquearlos.

—¿Pero estás seguro de que eso es verdad, abuelo? —dijo Linda.

—Y tan verdad. Tu tía Idgie hacía verdaderas locuras —dijo Muñón, dirigiéndose luego a Macky—. ¿Te he contado alguna vez lo que hizo cuando Dot y Wilbur Weems se casaron, y fueron a pasar la luna de miel a un gran hotel de Birmingham?

—No, me parece que no.

—Anda, Muñón —dijo Peggy—, no cuentes esas cosas delante de las niñas.

—Deja, mujer, que no pasa nada. Veréis: Wilbur era de la Peña del Hinojo e, inmediatamente después de la boda, la tía Idgie y una pandilla cogieron el coche y fueron a Birmingham a toda velocidad y sobornaron al recepcionista del hotel, para que los dejase entrar en la *suite* de los recién casados, y yo qué sé qué cantidad de cosas les metieron en la cama... Vaya Dios a saber...

—Muñón... —le advirtió Peggy.

—Coño —dijo él, riendo—, si no sé lo que era. El caso es que volvieron a casa con el coche y, al regresar Wilbur y Dot, le preguntaron a Wilbur si les había gustado la *suite* de los recién casados del hotel Redmont. Y se llevaron un buen chasco, porque se habían equivocado de hotel. Así que fue otra pobre pareja de recién casados la que cargó con el muerto.

—Desde luego... —dijo Peggy meneando la cabeza.

—Papá —dijo Norma, asomando la cabeza por debajo del carrito de servir—, cuéntales lo de los bagres que pescabais en el río Warrior.

A Muñón se le iluminó la cara.

—Ah, sí. No podéis imaginar lo grandes que eran aquellos bagres. Recuerdo que un día estaba lloviendo y picó uno con tal fuerza que me arrastró por la orilla y me las vi y me las deseé para no caer al agua. Caían rayos y me estaba jugando la vida, pero después de cuatro horas saqué a aquel grandullón fuera del agua, y os aseguro que debía de pesar por lo menos diez quilos, y era *así de* largo...

Muñón extendió su único brazo, como hacía de pequeño, y aquel canijo aspirante a masajista lo miró con cara de idiota tratando de imaginar la longitud del bagre.

—¡Pero, abuelo! —exclamó Linda exasperada, llevándose la mano a la cadera.

A Norma se la oyó reír en la cocina.

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

28 DE SETIEMBRE DE 1986

Aquel día lo amenizaron con un nuevo menú: una bolsa de patatas fritas, colas y, de postre —otro caprichito que Mrs. Threadgoode le pidió—, higos secos. Le dijo a Evelyn que Mrs. Otis se comía todos los días tres higos secos desde hacía treinta años y siempre había ido como un reloj.

—Yo los como simplemente porque me gustan. Pero, aparte de eso, te aseguro que van muy bien. Cuando estaba en casa, y no me apetecía cocinar, iba a la tienda de Ocie, me traía unos cuantos y, con un poco de almíbar por encima, ya tenía la cena. Y son baratos. Tendrías que probarlos.

—¿A que no sabe lo que está buenísimo, Mrs. Threadgoode? Los buñuelos con miel helados.

—¿Buñuelos helados?

—Sí, son como los pestiños pero con canela... Sí, mujer.

—Ah, sí. Me encantan los pestiños con canela. ¿Por qué no traes un día?

—Hecho.

—¿Sabes, Evelyn?, me alegro mucho de que ya no sigas con ese régimen tuyo. Tanto crudo hubiese acabado matándote. No había querido decírtelo, pero Mrs. Adcock por poco palma por culpa de uno de esos regímenes para adelgazar. Comía tantas cosas crudas que tuvieron que llevarla al hospital, a corre prisa, con fuertes dolores de estómago, y practicarle una intervención exploratoria. Y me contó que, mientras el médico la examinaba por dentro, cogió el hígado para verlo más de cerca, se le cayó al suelo y dio cuatro o cinco botes antes de que se lo volviesen a colocar. Y dice Mrs. Adcock que desde entonces tiene fuertes dolores de espalda por culpa de eso.

—Oh, Mrs. Threadgoode, ¿no irá usted a creerla, verdad?

—Pues, no sé. Pero eso es lo que nos contó el otro día mientras cenábamos.

—Eso se lo ha inventado, cariño. El hígado está pegado al cuerpo.

—Bueno, a lo mejor se hizo un lío y fue un riñón o yo qué sé, pero yo que tú no comería más cosas crudas.

—Está bien, Mrs. Threadgoode, si usted lo dice —dijo Evelyn masticando una patata frita—. Hay una cosa que siempre he querido preguntarle, Mrs. Threadgoode. ¿No me dijo usted una vez que algunos creían que Idgie había matado a un hombre? ¿O son figuraciones mías?

—No, no, encanto. Mucha gente creyó que lo había hecho ella. Claro, ¿no ves que ella y Big George tuvieron que ir a juicio en Georgia acusados de asesinato?

Evelyn se quedó de piedra.

—¿De verdad? —dijo.

—Pero, ¿no te lo he contado ya?

—Qué va. Nunca.

—Uh; ¡fue horrible! Recuerdo aquella mañana como si fuera hoy. Yo estaba fregando los platos, mientras oía el programa *El Club del desayuno*, cuando llegó Grady Kilgore a buscar a Cleo. Parecía que viniese de un funeral. Y le dijo a Cleo: «Daría el brazo derecho por no tener

que hacer lo que voy a hacer. Pero no tengo más remedio que detener a Idgie y a Big George, y quiero que me acompañes».

»Y es que Idgie era una de sus mejores amigas, y aquello por poco lo mata. Le dijo a Cleo que había pensado dimitir, pero que la idea de que fuese un extraño a arrestar a Idgie todavía se le hacía más cuesta arriba.

»"Dios santo, Grady, pero ¡qué ha hecho!", exclamó Cleo.

»Y Grady le dijo que ella y Big George eran sospechosos de haber asesinado a Frank Bennett el año 30. Yo ni siquiera sabía si había muerto o si había desaparecido.

—¿Y por qué sospecharon de Idgie y de Big George? —preguntó Evelyn.

—Bueno, pues porque parece que Idgie y Big George le habían amenazado de muerte un par de veces, y la policía de Georgia ya tenía constancia de ello. Así que, al encontrar el coche, tuvieron que ir a por ellos...

—¿Qué coche?

—El coche de Frank Bennett. Rastreaban la posibilidad de que el cuerpo de Frank Bennett estuviese en el río, y encontraron el coche, no lejos de la casa de Eva Bates. Así que era evidente que había estado por Whistle Stop en 1930.

»Grady se puso hecho una furia por la estupidez del que llamó a Georgia dando la matrícula del coche... Ruth llevaba muerta ocho años; y Muñón y Peggy ya se habían casado y vivían en Atlanta. Así que debió de ser por el 55 o el 56.

»Al día siguiente, Grady llevó a Idgie y a Big George a Georgia, y Sipsey los acompañó; no hubo manera de convencerla de que no fuese. Pero Idgie no habría dejado que la acompañase ninguna otra persona más que ella, así que todos tuvimos que quedarnos en casa a esperar.

»Grady trató de calmar las cosas. Y en la ciudad nadie hablaba del asunto, aunque estuviese al corriente... Ni siquiera Dot Weems: no escribió una sola línea en el semanario.

»Recuerdo perfectamente la semana del juicio. Albert y yo fuimos a Troutville a hacer compañía a Onzell, que estaba aterrorizada porque sabía que si condenaban a Big George por la muerte de un blanco, iría a parar a la silla eléctrica como Mr. Pinto.

Justo en aquel momento, Geneene, la enfermera, entró a descansar un poco y se sentó a fumar un cigarrillo.

—Ah, Geneene —dijo Mrs. Threadgoode—, es mi amiga Evelyn, la que te dije que lo estaba pasando tan mal con la menopausia.

—Encantada.

—Mucho gusto.

Y entonces Mrs. Threadgoode empezó a pegar la hebra con Geneene, deshaciéndose sobre lo bonita que Evelyn le parecía, y diciéndole si no creía que podía ser vendedora de los cosméticos Mary Kay.

Evelyn no veía el momento de que Geneene se marchase, para que Mrs. Threadgoode le acabase de contar la historia; pero no hubo manera. Y cuando Ed pasó a recogerla, se sintió muy contrariada, porque iba a tener que esperar otra semana para saber en qué acabó el juicio.

—No olvide dónde se ha quedado, ¿eh? —le dijo Evelyn a Mrs. Threadgoode al marcharse.

—¿Que no olvide qué? —inquirió Mrs. Threadgoode, mirándola perpleja—. ¿Lo de los cosméticos?

—No; lo del juicio.

—Ah, sí. Menudo fue aquello...

JUZGADO DEL CONDADO

VALDOSTA (GEORGIA)

24 DE JULIO DE 1955

Fue poco antes de que empezase una tormenta. En la sala el aire era caliente y la atmósfera estaba muy cargada.

Idgie dirigió la mirada en derredor; le sudaba la espalda. Su abogado, Ralph Root, un amigo de Grady, se aflojó la corbata y tomó aliento.

Era el tercer día de la vista, y todos los que estuvieron en la barbería de Valdosta el día que Idgie amenazó con matar a Frank Bennett, habían prestado ya testimonio. En ese momento acababa de subir al estrado Jake Box.

Idgie volvió a mirar en derredor buscando a Smokey Lonesome. ¿Dónde demonios se habría metido? Grady se había encargado de hacerle saber que Idgie tenía problemas y lo necesitaba. Algo había pasado. Tenía que haber estado allí. Empezó a temer que hubiese muerto.

Justo en aquel momento, Jake Box señaló a Big George.

—Es él —dijo—. Ése es el que se fue por Frank con la navaja; y ésa es la mujer que estaba con él.

Un murmullo de desasosiego recorrió toda la sala, ante la idea de que un negro amenazase a un blanco. Grady se rebulló en el asiento. Sipsey, que era la única otra persona de color que había en la sala, gemía y rezaba por su hijo, que por entonces ya tenía sesenta años.

Sin ni siquiera molestarse en interrogar a Big George, el fiscal se dirigió inmediatamente a Idgie, que subió al estrado.

—¿Conocía usted a Frank Bennett?

—No, señor.

—¿Está usted segura?

—Sí, señor.

—¿Pretende usted decir que no conocía al hombre cuya esposa, Ruth Bennett, fue su socia durante dieciocho años?

—Exactamente.

El fiscal giró en redondo con los pulgares bajo el chaleco, mirando hacia el jurado.

—¿Pretende usted decir que nunca entró usted en la barbería de Valdosta, en agosto de 1928, y que no tuvo una acalorada conversación, en la que usted amenazó con matar a Frank Bennett, a quien, según usted, no conocía?

—Fui yo, sí. Creí que lo que usted quería saber era si nos conocíamos, y la respuesta vuelve a ser que no. Yo amenacé con matarlo, pero, no sé cómo lo expresaría usted, nunca fuimos formalmente presentados.

Parte del público, que detestaba el pomposo estilo del fiscal, se echó a reír.

—O sea, en otras palabras: usted reconoce haber amenazado de muerte a Frank Bennett.

—Sí, señor.

—¿Y no es cierto, también, que se presentó usted en Valdosta, con su criado de color, en septiembre de 1928, y que se marcharon llevándose a la esposa y al hijo de Frank Bennett con ustedes?

—Sólo a su esposa; el niño tardó más.

—¿Cuánto más ?

—Pues, lo normal; nueve meses.

El público volvió a estallar en carcajadas. El hermano de Frank, Gerald, fulminó a Idgie con la mirada desde la primera fila.

—¿Es cierto que le dijo usted a la esposa de Frank Bennett que éste tenía muy mal carácter, haciéndole creer que no tenía buena catadura moral? ¿La convenció usted de que su marido no estaba en condiciones para serlo?

—No, señor; de que él no estaba en condiciones ella estaba al corriente.

La respuesta de Idgie provocó más risas en la sala, y el fiscal empezó a sulfurarse.

—¿La obligó usted a seguirla a Alabama amenazándola con una navaja?

—No fue necesario. Ella ya había hecho las maletas y estaba lista para marcharse cuando nosotros llegamos.

El fiscal hizo como si no hubiese oído esta última afirmación.

—¿No es cierto que Frank Bennett fue a Whistle Stop, Alabama, a tratar de recuperar lo que por derecho era suyo, a su esposa y a su hijito, y que usted y su criado de color lo mataron, para evitar que ella regresase a un hogar feliz y que su hijo volviese con su padre?

—No, señor.

El orondo fiscal, que no había dejado de sacar pecho durante toda la sesión, estaba ya que se subía por las paredes.

—¿Es usted consciente de que destrozó lo más sagrado que hay en este mundo, o sea, una familia cristiana, con un padre solícito, una madre y un hijo? ¿De que usted deshizo el sacrosanto matrimonio entre un hombre y una mujer, un matrimonio sancionado por Dios en la Iglesia Baptista Morning Dove, aquí mismo en Valdosta, el primero de noviembre de 1924? ¿De que usted fue la responsable de que una buena cristiana quebrantase la Ley de Dios y sus votos esponsales?

—No, señor.

—Usted sedujo a aquella débil mujer prometiéndole dinero y alcohol, haciéndole perder el control de sus sentidos, momentáneamente, y cuando su esposo fue a buscarla para volver con ella a casa, ¿qué hicieron, usted y su criado de color, sino asesinarlo a sangre fría para impedir que ella se marchase?

El fiscal, que había estado mirando al jurado, la miró entonces con fijeza y gritó:

—¿DÓNDE ESTABA USTED LA NOCHE DEL TRECE DE DICIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS TREINTA?

Idgie sudaba ya a mares.

—Pues, mire usted, señor, estaba en casa de mi madre, en Whistle Stop.

—¿Y quién más estaba con usted?

—Ruth Jamison y Big George. Él fue con nosotras a casa aquella noche.

—¿Podría Ruth Jamison testificarlo?

—No, señor.

—¿Por qué no?

—Porque murió hace ocho años.

—¿Y su madre?

—Ella también murió.

El fiscal pareció bajar del pedestal por un instante y se volvió hacia el jurado tratando de ser más diplomático.

—Bien, Miss Threadgoode, ¿y espera usted que doce hombres inteligentes la crean?, ¿con dos supuestos testigos que ya han muerto y un tercero que es un hombre de color que trabaja para usted, y que estaba con usted el día que usted abdujo a Ruth Bennett de su feliz hogar, un negro conocido por sus embustes? ¿Les va a pedir a estos hombres que crean en su palabra, simplemente porque usted así lo dice?

Por más nerviosa que Idgie estuviera, el fiscal tenía que haberse mordido la lengua antes de insultar a Big George delante de ella.

—Así es, majadero, soplagaitas, caraculo, más que hijoputa.

La sala se convirtió en un clamor, mientras el juez llamaba inútilmente al orden dando con la maza.

Esta vez fue Big George quien gimió y no su madre. Él le había rogado que se negase a comparecer en juicio, pero ella estaba decidida a proporcionarle a Big George una coartada para aquella noche. Idgie sabía que ella era la única posibilidad que tenía él. Una mujer blanca podía salir mucho mejor librada, sobre todo, teniendo en cuenta que la verdadera coartada de Big George dependía de la palabra de otro negro. No estaba dispuesta a dejar que Big George fuese a la cárcel aunque le costase la vida, que bien podía ser.

El juicio estaba tomando mal cariz para Idgie, y cuando el último día se presentó un testigo sorpresa, Idgie pensó en lo peor. El testigo cruzó la sala con un talante tan pío y santurrón como siempre...; su enemigo jurado, el hombre a quien ella había mortificado durante años.

«Estoy lista», pensó Idgie.

—Diga su nombre, por favor.

—Reverendo Herbert Scroggins.

—¿Ocupación?

—Pastor de la Iglesia Baptista de Whistle Stop.

—Ponga su mano derecha sobre la Biblia.

El reverendo Scroggins dijo entonces que muchas gracias, pero que había traído su propia Biblia, sobre la que puso la mano derecha y juró decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, con la ayuda de Dios.

Idgie se quedó perpleja. Porque cayó en la cuenta de que había sido su propio abogado quien había presentado el testigo. ¿Por qué no se lo había consultado? Ella le habría dicho que aquel hombre nada bueno podía decir de ella.

Pero ya era demasiado tarde. El reverendo estaba ya en el estrado.

—Reverendo Scroggins, ¿podría decir usted ante el juez y el jurado, por qué me puso usted anoche una conferencia y qué me dijo?

El reverendo se aclaró la garganta.

—Sí. Le llamé para decirle que tenía información sobre dónde estuvieron Idgie Threadgoode y George Pullman Peavey la noche del trece de diciembre de 1930.

—¿No estuvieron ella y su criado de color en casa de su madre aquella noche, tal como se ha dicho aquí durante la vista?

—No, no estuvieron allí.

«Oh, mierda», pensó Idgie.

Pero su abogado prosiguió el interrogatorio.

—¿Afirma usted, reverendo Scroggins, que la procesada ha mentido acerca de dónde se encontraba aquella noche?

El reverendo frunció los labios.

—Bien, señor, como cristiano no podría asegurar que ella haya mentido. Creo que, simplemente, se ha equivocado de fecha —dijo abriendo su Biblia, por las páginas del final, y mirando a una en particular—. Desde hace muchos años tengo la costumbre de anotar todas las fechas y actividades de la iglesia en mi Biblia y, ojeándola el otro día, vi que la noche del trece de diciembre fue el primer día de los campamentos anuales que organiza la iglesia, en un recinto que es propiedad de la Iglesia Baptista. Y la hermana Threadgoode estaba allí, junto a su criado de color, George Peavey, que se encargó del tenderete de refrescos... tal como ha venido haciéndolo a lo largo de los últimos veinte años.

El fiscal saltó de su asiento.

—¡Protesto! Eso no significa nada. El asesinato pudo tener lugar en cualquier otro momento durante los dos días siguientes.

El reverendo Scroggins lo miró con suficiencia y se volvió hacia el jurado.

—En efecto. Pero da la casualidad de que nuestros campamentos duran tres días y tres noches.

—¿Y está usted *seguro* de que Miss Threadgoode estuvo allí? —preguntó el abogado.

El reverendo Scroggins pareció ofendido de que alguien dudase de su palabra.

—Naturalmente que estaba allí—dijo dirigiéndose al jurado—. La hermana Threadgoode no ha faltado jamás a las actividades de la iglesia y es una de las principales voces del coro.

Por primera vez en su vida, Idgie se quedó sin habla, muda, pasmada y perpleja. Durante todos aquellos años, los de la Peña del Hinojo habían rivalizado a ver quién decía la mentira más gorda, inventando toda clase de patrañas y creyéndose consumados expertos de la bola, y ahora, en cinco minutos, el reverendo Scroggins los dejaba a todos en mantillas. Había resultado tan convincente que incluso ella había estado a punto de creérselo.

—Tanto es así —apostilló el reverendo Scroggins—, en tal estima tenemos a la hermana Threadgoode en nuestra iglesia, que ha venido toda la congregación en autocar para prestar testimonio.

Y, al punto, las puertas de la sala se abrieron e irrumpió el más abigarrado grupo que quepa imaginar: Smokey Lonesome, Jimmy Harris *el Liante,* Al *el Tripa,* Sackett *el Cascajo,* Inky Pardue, Jake *el Potax*, Elmo Williams, Warthog Willy, etc., y todos con un hermoso corte de pelo que les había hecho Opal en la peluquería y con trajes prestados... Vaya, unos cuantos de los temporeros sin trabajo a quienes Idgie y Ruth habían dado de comer durante años y que Smokey había podido reunir a tiempo.

Uno a uno, fueron subiendo al estrado a prestar testimonio con todo detalle, y sin vacilaciones, respecto de cómo transcurrieron las jornadas de campamentos de la Iglesia Baptista en diciembre de 1930.

Y en último lugar, aunque no en importancia, apareció Eva Bates con un sombrero floreado y bolso. Subió al estrado, y casi le parte el corazón al jurado, recordando cómo la hermana Threadgoode se había inclinado hacia ella la primera noche de campamentos, comentándole cuan henchida de la palabra de Dios se había sentido aquella noche, gracias al *inspirado* sermón del reverendo Scroggins sobre las malas consecuencias del *whiskey* y de la lujuria.

El juez, que era menudito y canijo, que tenía un cuello como un brazo, ni siquiera aguardó al veredicto del jurado. Dio con la maza y se dirigió al fiscal.

—Percy, me parece que no hay lugar al proceso. En primer lugar, no se ha encontrado el cuerpo. En segundo lugar, se han prestado testimonios incontestables. Y todo lo que hay no son más que palabras vacías. El tal Frank Bennett debió de emborracharse, caer al río y en el río perecería. Debemos considerar, por tanto, que se trató de una muerte por accidente. Es sobre lo único sobre lo que podemos pronunciarnos —concluyó volviendo a dar con la maza—. ¡Caso sobreseído!

Sipsey se puso a bailar entre el público y Grady suspiró aliviado.

El juez, el Ilmo. Curtís Smoote, sabía perfectamente que no había habido ningún campamento de la Iglesia Baptista en aquel diciembre. Y, desde donde estaba sentado, había podido ver perfectamente que lo que el reverendo tenía entre las manos y sobre lo que había jurado no era una Biblia. En su vida había visto un semejante hatajo de farsantes. Y, además, la hija del juez acababa de morir hacía dos semanas, casi en plena juventud, llevando una miserable vida en las afueras de la ciudad por culpa de Frank Bennett. Así que le importaba un comino quién hubiese matado a aquel hijoputa.

Cuando todo hubo terminado, el reverendo Scroggins se acercó a estrecharle la mano a Idgie.

—La veré el domingo en la iglesia, hermana Idgie —le dijo guiñándole el ojo. Y se marchó sin más.

Su hijo Bobby se había enterado del juicio y le había llamado para contarle lo de aquella ocasión en que Idgie lo sacó de la cárcel. Así que Scroggins, a quien había mortificado durante todos aquellos años, había terminado salvándola.

Idgie se quedó como apabullada por todo aquello durante bastante rato. Pero, de vuelta a casa en el coche, no pudo evitar decir: «¿Sabéis? Lo he pensado y no sé qué es peor, si ir a la cárcel o tener que ser amable con el predicador el resto de mis días».

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

9 DE OCTUBRE DE 1986

Evelyn estaba muy impaciente por llegar a la Residencia aquel día. Había estado apremiándole a Ed para que corriese más durante todo el trayecto. Entró, como siempre hacía, en el dormitorio de su suegra y le ofreció unos buñuelos pero, como de costumbre, su suegra no quiso aceptarle nada.

—Seguro que me pondría a morir —dijo— si me los comiese. No me cabe en la cabeza que puedas comer esa porquería.

Evelyn se excusó y enfiló el pasillo en dirección al salón.

Mrs. Threadgoode, que se había puesto su floreado vestido verde, saludó a Evelyn con voz cantarina.

—¡Feliz Año Nuevo! —dijo.

Evelyn se sentó mirándola con cara de preocupación.

—Pero, cariño, ¡que aún faltan tres meses! Aún no hemos llegado a Navidad.

—Ya lo sé —dijo Mrs. Threadgoode echándose a reír—, pero quería adelantarme un poco a los acontecimientos. Por bromear. Todos están aquí siempre tan tristes, vagando de un lado para otro como almas en pena. Es horrible.

Evelyn le dio a Mrs. Threadgoode lo que le había traído.

—Oh, Evelyn, ¿son los pestiños?

—Aja. ¿Recuerda que lo comentamos?

—Tienen un aspecto —dijo Mrs. Threadgoode cogiendo uno—. Saben un poco como los donuts hechos en casa. Gracias, encanto; ¿no has comido nunca donuts hechos en casa? Aunque hay sitios en los que los hacen muy bien. Yo solía decirle a Cleo: «Si pasas cerca del Dixie Cream Donut, tráenos una docena para mí y para Albert. Seis glaseados y seis rellenos». También me gustan los planos, que son como tortas, ya sabes. No sé cómo los llaman...

Evelyn estaba ya que se mordía las uñas de impaciencia.

—Cuénteme lo que pasó en el juicio, Mrs. Threadgoode.

—¿En el juicio de Idgie y de Big George?

—Sí.

—Menudo fue aquello... Teníamos todos un susto de muerte. Creíamos que ya no volvían a casa, pero, al final, los declararon inocentes. Me dijo Cleo que habían probado, sin el menor asomo de duda, dónde estuvieron cuando se suponía que había tenido lugar el asesinato, y que, por lo tanto, no habían podido ser ellos. Y me dijo también que la única razón por la que Idgie no se negó a comparecer en juicio fue para proteger a otra persona.

—¿Y qué *otra* persona podía querer matarlo? —dijo Evelyn tras reflexionar unos instantes.

—Mira, encanto, no se trata de quién quisiese, sino de quién lo hiciese. Ésa era la cuestión. Unos decían que había podido ser Smokey Lonesome; otros que Eva Bates y la pandilla del Club de Pesca... que bien sabe Dios que eran de armas tomar; además de los de la Peña del Hinojo... cualquiera sabe. Además... —añadió Mrs. Threadgoode— de la propia Ruth.

—¿Ruth? —exclamó Evelyn sorprendida—. Pero ¿dónde estaba Ruth la noche del asesinato? Alguien debía de saberlo.

—Pues ahí duele precisamente, encanto —dijo Mrs. Threadgoode, meneando la cabeza—. Nadie lo sabe con seguridad. Según Idgie, ella y Ruth estuvieron en la casa a visitar a su madre, que estaba enferma. Y yo la creo. Pero hay quienes lo ponen en duda. Todo lo que sé es que Idgie se dejaría matar antes que permitir que el nombre de Ruth se relacionase con el asesinato.

—¿Y llegaron a averiguar quién lo hizo?

—No.

—Bueno, pues si ni Big George ni Idgie lo hicieron, ¿quién cree usted que lo hizo?

—¡Uy!, eso es tan difícil de contestar como esas preguntas del «doble o nada».

—¿Y a usted no le pica la curiosidad?

—Toma, claro; ¿y a quién no? Es de lo más misterioso. Pero, mira, encanto, no creo que nadie lo sepa nunca, salvo quien lo hizo y Frank Bennett. Y, ya sabes lo que dicen: que los muertos no hablan.

HOGAR DEL HERMANO
JIMMY HATCHER

345, CALLE 23, JUNTO A LA AVENIDA SUR
(BIRMINGHAM)

23 DE ENERO DE 1969

Smokey Lonesome estaba sentado en una cama de hierro del Hogar, tosiendo entre calada y calada a su primer cigarrillo del día.

Tras cerrar el café, Smokey había estado vagando por el campo una temporada. Luego encontró un empleo de pinche de cocina en el Streetcar Diner n.° 1, de Birmingham, pero le pudo más la bebida y acabaron echándolo.

Dos semanas después, el hermano Jimmy lo encontró, aterido de frío, bajo el viaducto de la calle 16, y se lo llevó al Hogar. Ya estaba demasiado viejo para ir vagabundeando, tenía mala salud y apenas le quedaban dientes. Entonces, el hermano Jimmy y su esposa lo asearon, le dieron de comer y consiguieron que el Hogar fuese lo más parecido a un verdadero hogar para él durante aquellos últimos quince años.

El hermano Jimmy era un buen hombre; había sido también un borrachín pero, en sus propias palabras, «había recorrido el largo trecho que separa a Jack Daniel's de Jesús», y había resuelto consagrar su vida a ayudar a los desheredados.

Puso a Smokey al cargo de la cocina, que básicamente se nutría de sobrantes de alimentos congelados procedentes de donaciones; barritas de pescado rebozadas y puré de patatas liofilizado eran la base. Pero nadie se quejaba.

Cuando no estaba en la cocina o borracho, Smokey pasaba el día arriba, tomando café y jugando a las cartas con los demás. Había visto muchas cosas en aquel Hogar... Había visto a un hombre, ya completamente derrotado, encontrarse allí con su hijo, a quien no había visto desde que nació. Padre e hijo, ambos en la miseria, coincidiendo en el mismo sitio y al mismo tiempo. Había visto pasar por allí hombres que habían sido médicos con dinero, y abogados, e incluso a uno que había sido senador por Maryland.

Smokey le había preguntado a Jimmy cuál era la razón de que hombres así se hundiesen de aquella manera.

—Yo diría que la razón principal es que la mayoría de ellos se han sentido desilusionados en uno u otro sentido —dijo Jimmy—. A veces, por algún desengaño amoroso; quizá por haber perdido a una mujer, o por no haber tenido nunca a la que ellos querían... O, simplemente, por haber perdido la brújula. Y, por supuesto, el *whiskey* también influye lo suyo. Pero, después de ver pasar por aquí a tantos hombres durante todos estos años, yo diría que el desencanto es la causa principal.

Pero, hacía ya seis meses que Jimmy había muerto y, debido a las obras de remodelación del centro de Birmingham, el Hogar iba a ser derribado.

Smokey tendría que marcharse dentro de poco, quién sabe adonde...

Acababa de salir del Hogar y se encontró con un día frío y despejado, con un cielo azul que lo invitó a pasear.

Pasó frente a la salchichería de Gus y fue hacia la calle 16, más allá de la vieja terminal, pasando por debajo del viaducto Rainbow, siguiendo la vía del tren, hasta que se vio caminando en dirección a Whistle Stop.

Smokey nunca había sido más que un vagabundo, un impenitente trotamundos, un espíritu libre que había visto muchas estrellas fugaces desde los vagones de los mercancías. Su idea de cómo le iban las cosas al país se medía por el tamaño de las colillas que recogía en la calle. Había vivido a la intemperie desde Alabama a Oregón. Lo había visto todo; lo había hecho todo, pero no tenía a nadie. No era más que un vagabundo, un borracho. Pero él, Smokey Jim Phillips, que jamás había levantado cabeza, no había amado más que a una mujer, y le había sido fiel durante toda su vida.

Ciertamente, se había acostado con mujeres de toda catadura en pensiones de mala muerte, en pleno campo, o en las cocheras. Pero no había amado a ninguna de ellas. Para él no había existido más que una mujer.

Se había enamorado de ella desde el primer momento en que la vio, allí de pie en el café, con aquel vestido de organdí estampado de lunares; y nunca había dejado de amarla.

La había amado incluso borracho, vomitando en el callejón trasero de cualquier tasca; o medio muerto en alguna pensión infecta, rodeado de tipos llagados, con ataques de etilismo agudo, gritando y quitándose de encima imaginarios insectos o ratas. La había amado en aquellas noches de crudo invierno, bajo la lluvia, sin más que un sombrero y unos zapatos empapados y hechos trizas; y cuando aterrizó en un hospital de ex combatientes y perdió un pulmón, o cuando un perro le destrozó media pierna, o en el Hogar del Ejército de Salvación de San Francisco, aquella Nochebuena, mientras unos extraños le daban palmaditas en la espalda, cigarrillos y un pavo duro como la suela de un zapato para cenar.

La había amado echado allí en la cama cada noche, en el Hogar, sobre ese delgado y desgastado colchón procedente, quizá, de un antiguo hospital, viendo parpadear el luminoso de color verde que proclamaba JESÚS ES LA SALVACIÓN, y oyendo el ruido que armaban los borrachos abajo, estrellando botellas contra la pared, y pidiendo a gritos entrar para no helarse afuera. En todos aquellos malos momentos no tenía más que cerrar los ojos para verse entrar en el café y encontrársela a ella allí, sonriéndole.

Podía reproducir mentalmente muchas imágenes... Ruth riendo con Idgie... de pie en la barra... abrazando a Muñón... echándose el pelo hacia atrás... Ruth con mirada de preocupación cuando se hizo daño.

«Smokey, ¿no crees que necesitarías otra manta esta noche? Han dicho que va a helar. Preferiría que no te marchases así; nos dejas muy preocupadas...»

Nunca la había tocado, salvo para estrecharle la mano. No la había abrazado ni la había besado, pero sólo le había sido fiel a ella. Habría matado por ella. Era la clase de mujer por la que uno mataría; y la sola idea de que algo o alguien pudiese hacerle daño lo ponía enfermo.

En toda su vida sólo había robado una cosa: la fotografía que le hicieron a Ruth el día de la inauguración del café. Estaba de pie en la entrada, sujetando al niño con un brazo y protegiéndose los ojos del sol con la otra mano. Aquella fotografía le había acompañado a todas partes. La llevaba en un sobre prendido de la parte interior de su camisa, para no perderla.

Incluso después de muerta seguía viva en su corazón. Para él nunca moriría. Era curioso. Tantos años, y ella sin enterarse. Idgie lo sabía, pero nunca dijo una palabra. No era de la clase de gente capaz de hacer que alguien se sintiese avergonzado de amar; pero lo sabía.

Había hecho lo indecible por localizarlo, al enfermar Ruth, pero él andaba por ahí, vagabundeando. Cuando regresó, Idgie lo llevó al lugar donde reposaba. Cada uno sabía muy bien lo que sentía el otro. Era como si, a partir de entonces, ambos hubiesen guardado luto. Y no es que se lo dijesen. Quienes más sufren son quienes menos lo dicen.

RUTH JAMISON

1898-1946

A QUIEN DIOS QUISO ACOGER EN SU SENO

EL BIRMINGHAM
NEWS

JUEVES, 26 DE ENERO DE 1969. PÁG. 38

MUERE CONGELADO

El cuerpo de un blanco de unos setenta y cinco años, aún sin identificar, fue descubierto el miércoles por la mañana junto a la vía del tren, a poco menos de 2 km de Whistle Stop. La víctima, que no llevaba más que un mono y una chaqueta ligera, murió al parecer por congelación durante la noche. Salvo la fotografía de una mujer, no llevaba encima nada que pudiera identificarlo. Pudiera tratarse de un vagabundo.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

9 DE DICIEMBRE DE 1956

CIERRE DE LA ESTAFETA DE CORREOS

Después de que cerrasen el café y la peluquería, ya tenía que haber imaginado qué iba a ser lo siguiente. He encontrado la notificación en el correo. La estafeta cerrará y todo pasará por la Estafeta de Correos de Gate City.

Va a ser un día muy triste para mí. Pero voy a seguir con el Boletín, así que pueden llamarme o enviarme las noticias a casa; o dárselas a mi otra mitad, si lo ven por la ciudad.

Como Essie Rue ha encontrado empleo de organista en la pista de patinaje Dreamland, en el distrito norte de Birmingham, están pensando en venirse a vivir aquí. Espero que no lo hagan... Con Julián y Opal ausentes, yo, Ninny Threadgoode y Biddie Louise Otis es todo lo que queda del grupo.

Esta semana lamento tener que informar de que a Vesta Adcock le entraron en casa y le robaron todas las figuritas de pajaritos que tenía en la vitrina, donde guarda los objetos de porcelana, además de un poco de dinero suelto que tenía en un cajón.

Para acabarlo de arreglar, estaba yo en el cementerio, poniendo flores en la tumba de mi madre, y alguien me robó el bolso que tenía en el coche. Desde luego, los tiempos han cambiado. Qué clase de persona puede hacer una cosa así, me pregunto yo.

Por cierto, ¿hay algo más triste que un juguete sobre una tumba?

DOT WEEMS

RESIDENCIA
ROSE TERRACE

ANTIGUA AUTOPISTA MONTGOMERY,
BIRMINGHAM (ALABAMA)

12 DE OCTUBRE DE 1986

Evelyn se levantó temprano, se metió en la cocina y empezó a prepararle un banquete a Mrs. Threadgoode. Calentó la bandeja justo antes de salir hacia la Residencia, la envolvió en papel de aluminio y la guardó en una bolsa termo para que se mantuviese caliente. Y, de nuevo, achuchó a Ed para que corriese mientras cruzaban la ciudad con el coche.

La anciana estaba aguardando, y Evelyn le hizo cerrar los ojos mientras desenvolvía la bandeja y levantaba la tapa de la jarra de té frío con menta.

—Ahora ya puede mirar.

Al ver Mrs. Threadgoode lo que había en la bandeja, empezó a batir palmas, tan entusiasmada como un niño con zapatos nuevos. Allí delante tenía una bandeja de primorosos tomates verdes fritos, maíz, seis lonchas de beicon, un cuenco de habitas tiernas y —pero sólo la corteza— cuatro panecillos de Viena.

Evelyn casi se echa a llorar al ver la cara de felicidad de su amiga. Le dijo a Mrs. Threadgoode que empezase a comer antes de que se enfriase, se excusó un minuto y fue al pasillo a hablar con Geneene.

Le dio cien dólares en un sobre, y veinticinco dólares para ella, y le pidió si podía hacerle el favor de que Mrs. Threadgoode pudiese comer lo que quisiera mientras ella estuviese ausente.

—Ah, yo no quiero dinero —dijo Geneene—; no, maja. Es una de mis preferidas. No tiene por qué preocuparse, Mrs. Couch. Yo cuidaré de ella por usted.

Al volver Evelyn al salón, su amiga había dejado la bandeja vacía.

—Oh, Evelyn, no sé qué he hecho yo para que me mimes así. Es lo mejor que he comido desde que cerró el café.

—Usted se lo merece todo.

—Pues, no sé qué quieres que te diga. No sé por qué eres tan buena conmigo, pero te lo agradezco. Ya lo sabes que sí. Y le doy gracias a Dios todas las noches y le pido que vele por ti cada día.

—Ya lo sé.

Evelyn se sentó a su lado, le cogió la mano y le dijo al fin que iba a estar fuera de la ciudad una temporada, pero que volvería y le traería una sorpresa.

—¡Uy!, me encantan las sorpresas. ¿Cómo de grande es la sorpresa?

—Eso no se lo puedo decir. Entonces ya no sería una sorpresa, ¿no?

—Eso es verdad... Pero no me tardes mucho, ¿eh?, que ya sabes lo impaciente que voy a estar. ¿Una caracola? ¿Vas a Florida? Opal y Julián me enviaron una caracola de Florida.

—No, no es una caracola —dijo Evelyn meneando la cabeza—. Pero no me sonsaque. Tendrá que esperar un poco —añadió dándole un trozo de papel—. Este es el número de teléfono, y la dirección donde voy a estar; y me llama si me necesita, ¿de acuerdo?

Mrs. Threadgoode dijo que así lo haría, y siguió sin soltarse de su mano hasta que Evelyn tuvo que irse. Luego fueron ambas hacia la entrada, donde Ed estaba aguardando.

—¿Qué tal está hoy, Mrs. Threadgoode? —le preguntó él.

—Oh, estupendamente, encanto... llena de tomates verdes fritos y habitas tiernas que la moza ésta me ha traído.

Evelyn estaba ya dándole un abrazo de despedida cuando una mujer pechugona en combinación y con pieles de zorro fue hacia ellos proclamando a voz en grito: «¡Todos ustedes, largo! ¡Mi marido y yo hemos comprado el edificio y tendrán que haberse marchado todos a las seis!».

Y siguió pasillo adelante, aterrorizando con lo mismo a todos los ancianos de la Residencia.

—¿Vesta Adcock? —preguntó Evelyn mirando a Mrs. Threadgoode.

Mrs. Threadgoode asintió con la cabeza.

—Ella es, sí. ¿Qué te había dicho yo? Esa pobrecita no tiene ni un tornillo en su sitio.

Evelyn rió y se despidió saludándola con la mano. Su amiga correspondió de la misma manera y le gritó: «Anda, corre, pero... oye... Le enviarás una postal a una anciana alguna que otra vez, ¿no?».

VUELO 763 DE LA UNITED AIRLINES

DE BIRMINGHAM A LOS ÁNGELES

14 DE OCTUBRE DE 1986

Siete años atrás, Evelyn Couch había ido de compras al Paseo y había entrado en el Centro Audiovisual Goldboro, y vio, en uno de los escaparates, varias pantallas de televisión con la imagen de una mujer gorda que le resultaba vagamente familiar. Estuvo tratando de recordar de quién se trataba, y de qué iba la película. La mujer parecía mirarla directamente a ella. Y entonces cayó: *¡Dios santo, pero si soy yo!* Había estado viéndose a sí misma en un monitor de TV. Y se aterró.

Era la primera vez que se percataba de lo gorda que estaba. Había ido engordando poco a poco a lo largo de los años y, de pronto, allí estaba, igualita que su madre.

A partir de entonces probó todos los regímenes imaginables, pero no había manera de que se ciñese a ninguno. Incluso había fallado —por dos veces— con uno que decían que era algo así como el último recurso.

Se había hecho socia de un gimnasio, pero lo dejó porque se sentía tan agotada al quitarse aquellos horribles leotardos que tenía que ir a casa y meterse en la cama.

Había leído, en *Cosmopolitan,* un artículo en el que se decía que la medicina estaba ya en condiciones de eliminar la grasa extrayéndola directamente del cuerpo. Y se habría puesto en manos de los médicos de no ser por el temor que le inspiraban ellos y los hospitales.

Así que había optado por comprar en la Stout Shop, y se regocijaba al ver que las había más gordas. Para celebrarlo, terminaba entrando en la pastelería de dos manzanas más abajo.

Sólo pensaba en comer; y los caramelos, los bombones, los pasteles y las tartas eran lo único dulce en su vida...

Pero entonces, después de todos aquellos meses de ver a Mrs. Threadgoode todas las semanas, las cosas habían empezado a cambiar. Ninny Threadgoode había hecho que se sintiese joven. Había empezado a verse a sí misma como una mujer que tenía aún media vida por delante. Su amiga la creía de verdad capaz de ser una buena vendedora de los cosméticos Mary Kay. Nadie había creído nunca que fuese capaz de hacer algo, ni había tenido fe en ella; y, menos que nadie, la propia Evelyn. Cuanto más escuchaba a Mrs. Threadgoode, y cuanto más pensaba en todo ello, menos le tentaba aquella Towanda que arremetía con todo, y empezaba a verse estilizada y feliz... al volante de un Cadillac.

Y además, aquel domingo en la Iglesia Baptista Martin Luther King Memorial, había tenido un efecto milagroso: por primera vez en muchos meses había dejado de pensar en matarse, o en matar a alguien, y había llegado a la conclusión de que quería vivir. Así que, con el ánimo aún levantado por aquel día en la iglesia, había hecho acopio de todo su valor y, con la ayuda de los Valiums, se había decidido a ir al médico. Resultó ser un joven encantador que le reconoció ya ni se acordaba de cuántas cosas, pero el caso era que no le encontró ninguna anomalía. Su nivel de estrógenos era bajo, tal como Mrs. Threadgoode había sospechado. Y aquella misma tarde fue a comprar su primera receta, Premarin-625 mg, y empezó a sentirse mejor casi de inmediato.

Un mes después tuvo un orgasmo tan aparatoso que el pobre Ed se llevó un susto de muerte.

Diez días después, Ed se inscribió en los ejercicios espirituales de la Asociación de Jóvenes Católicos.

Y, dos semanas después de recibir el muestrario de productos de belleza Mary Kay, ya había estudiado y aprendido el Manual de instrucciones para las vendedoras, había firmado un contrato

con la empresa de los productos Mary Kay, y empezaba a dar clases de cuidados faciales. Al poco, en una simpática reunión, la jefe de ventas de su zona le regaló un alfiler por su magnífico comienzo, y lo lucía con orgullo. Incluso se había olvidado de almorzar (en una ocasión).

Los acontecimientos se precipitaban, pero no tanto como Evelyn hubiese querido. Así que cogió cinco mil dólares de los ahorros del matrimonio, hizo las maletas y, aquel mismo día, subió a bordo de un avión rumbo a un centro de adelgazamiento de California, leyendo el folleto que le habían enviado, tan nerviosa como un niño en su primer día de parvulario.

PROGRAMA DIARIO DE ACTIVIDADES
EN EL BALNEARIO

7.00: Una hora de caminata enérgica, alternando campo y zona urbana.

8.00: Café y cien gramos de jugo de tomate sin sal.

8.30: Ejercicios para espabilarse al son de *¡Qué entusiasmada estoy!,* interpretada por las Pointer Sisters.

9.00: Clase de estiramiento y flexión, utilizando los siguientes aparatos: pelotas, mazas y aros.

11.00: Esparcimiento en la piscina, con patos y pelotas.

12.00: Almuerzo... 250 calorías.

13.00: Tiempo libre para masaje y cuidados faciales... con opción al tratamiento con aceites calientes para manos y pies.

18.00: Cena... 275 calorías.

19.30: Artes y oficios... Clases de pintura a cargo de Mrs. Jamie Higdon (naturalezas muertas sólo con fruta artificial).

SÓLO LOS VIERNES: Mrs. Alexander Bagge nos enseñará a hacer tiestos con pelotas de plastilina (no comestible).

WHISTLE STOP
(ALABAMA)

7 DE NOVIEMBRE DE 1967

Hank Roberts había cumplido apenas los veintisiete años y ya tenía una empresa constructora. Aquella mañana, él y su compañero Travis, que llevaba el pelo largo, habían empezado un nuevo encargo. La enorme y amarilla pala mecánica atronaba el vacío solar contiguo a la vieja casa de los Threadgoode, en la calle principal. Se disponían a levantar un anexo de ladrillo visto en la Iglesia Baptista.

Travis, que ya se había fumado dos porros aquella mañana, andaba por allí dándole a los desniveles con la puntera de la bota y murmurando para sí: «Jo, tú, qué mierda... Pero... ¡Qué coño...!».

Al poco, Hank paró para almorzar, y Travis le gritó desde lejos.

—¡Eh, tú, *mira* cuánta mierda hay aquí!

Hank se acercó a mirar la parte del solar que había estado removiendo. Estaba llena de cabezas de pescado, casi todo espinas y dientes, cráneos de cochinillos y huesos de pollo que habrían servido de cena a gente que seguro que ya habría pasado a mejor vida.

Hank era un chico de campo y acostumbrado a ver esas cosas, así que se limitó a mirar.

—Vaya, fíjate en eso —dijo no obstante.

Pero volvió sobre sus pasos a sentarse, abrió su fiambrera de aluminio, en la que llevaba el almuerzo, y empezó a comer uno de los cuatro sándwiches. Travis aún estaba impresionado por lo que acababan de descubrir, y siguió removiendo tierra, pisando huesos, cráneos y dientes.

—¡Cristo! —exclamó—; ¡debe de haber la tira! ¿Y qué hacen aquí?

—¡Y yo qué coño sé!

—Mierda, tío, ¿no irás a decirme que no es raro?

—¡No son más que cabezas de cerdo, leche! —exclamó Hank, con expresión de asco—. ¡No me vengas con cosas raras!

Travis le dio con la puntera a algo y se detuvo en seco.

—Eh, Hank —dijo, con una extraña voz, al cabo de unos instantes.

—¿Qué?

—¿Sabes de algún cerdo con un ojo de vidrio?

Hank se levantó y se acercó a mirar.

—Pues, ni idea, chico, ni idea —dijo.

CAFÉ DE WHISTLE STOP

WHISTLE STOP (ALABAMA)

13 DE DICIEMBRE DE 1930

Idgie y Ruth salieron del café y fueron a la otra casa a ver a mamá Threadgoode, que estaba enferma. Sipsey había bajado para quedarse con el niño, como hacía a menudo. Aquella noche, había bajado con Artis, uno de los gemelos, al que le azuleaban las encías, y que tenía entonces once años; así podría luego acompañarla a casa. Era un diablillo, pero tenía debilidad por él.

Eran las ocho y Artis estaba acostado en la cama, durmiendo.

Sipsey estaba escuchando la radio y comiendo un poco de torta con melaza.

, «... y ahora, patrocinado por Rinso Blue, les ofrecemos...»

En el exterior no se oía más que el crepitar de hojas de los árboles caídas en el suelo, al paso de un coche con matrícula de Georgia que fue a estacionarse en la parte trasera del café con las luces apagadas.

Dos minutos después, Frank Bennett, que iba borracho, le dio una patada a la puerta de atrás e irrumpió en la cocina. Amenazó con un revólver a Sipsey y se fue derecho hacia la cuna. Ella se levantó y trató de coger al niño, pero él la agarró por el vestido y la lanzó al otro lado del dormitorio.

Ella se rehizo y saltó hacia Frank.

—¡Deje al niño! ¡Al hijo de Ruth no lo toca usted!

—¡Aparta, negra! —le espetó él, dándole un violento golpe en la cabeza que la hizo desplomarse y sangrar por una oreja.

—¡Abuela! —gritó Artis, que se había despertado, y fue corriendo hacia ella mientras Frank Bennett enfilaba la puerta de atrás con el niño.

Aquella noche había luna nueva; y la claridad justa para que Frank acertase a rehacer sus pasos hacia el coche. Abrió la puerta y metió al niño —que no había emitido el menor ruido— en el asiento delantero. Iba ya Frank a subir cuando, de pronto, oyó un ruido a su espalda... como si algo muy pesado, cubierto con una colcha, hubiese golpeado el tocón de un árbol. El ruido no era otra cosa que el que acababa de producir una sartén de más de tres quilos sobre su poblada cabellera de irlandés, o sea, una centésima de segundo antes de que le abriesen la cabeza. Estaba muerto antes de caer al suelo, y Sipsey volvió dentro en seguida con el niño.

—Nadie va a llevarse a este niño, no *señó;* no mientras yo viva.

Frank Bennett no había contado con que ella se recuperase y se levantase del suelo, después de estamparla contra la pared. Tampoco había contado con que aquella menudita mujer negra llevaba manejando sartenes de más de tres quilos —dos a la vez— desde que tenía once años. Un fatal error de cálculo.

Al pasar Sipsey junto a Artis, que se había quedado helado y sin habla, pudo ver la iracunda expresión de sus ojos.

—Ve por Big George. Acabo de matar a un blanco; lo he dejado tieso.

Artis fue de puntillas hacia donde Frank estaba caído, junto al coche, y al inclinarse para verlo más de cerca, vio el ojo de vidrio brillar a la luz de la luna.

Fue luego corriendo junto a la vía del tren, tan deprisa que se olvidó de respirar, y a poco deja de hacerlo definitivamente antes de llegar a casa. Big George estaba dormido, pero vio que Onzell estaba aún levantada, en la cocina.

Entró a la carrera, doliéndose de flato y jadeante.

—¡Tengo que decirle una cosa a papá!

—No se te ocurra despertar a tu padre ahora, si no quieres que te arranque el pellejo —dijo Onzell.

Pero Artis hizo caso omiso, y estaba ya en el dormitorio zarandeando a su padre.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Levanta! ¡Tienes que venir conmigo!

Big George se despertó sobresaltado.

—¿Qué? ¿Qué te pasa, chico?

—No te lo puedo decir. ¡La abuela quiere que vayas en seguida al café!

—¿La abuela?

—¡Sí! *¡En seguida!* ¡Me ha dicho que te diga que vayas en seguida!

—Como sea una broma... —dijo Big George poniéndose los pantalones—, te la vas a ganar.

Onzell, que se había quedado en la puerta del dormitorio escuchando, fue a ponerse un suéter para ir con ellos, pero Big George le dijo que hiciese el favor de quedarse en casa.

—No estará enferma, ¿no? —dijo Onzell.

—No, chica —dijo Big George—, ¡qué va a estar enferma! Tú quédate aquí.

Jasper asomó a la salita medio dormido.

—¿Qué... pasa?

—Nada, cariño, vuelve a la cama —dijo Onzell—, y no despiertes a Willie Boy.

—Papá, la abuela ha matado a un blanco —dijo Artis cuando hubieron salido de la casa.

La luna se había ocultado entre las nubes y Big George no podía verle la cara a su hijo.

—A ti sí que te voy a matar yo si me la estás jugando —dijo él.

Sipsey estaba de pie en el patio cuando ellos llegaron. Big George se agachó y palpó el frío brazo de Frank, que asomaba de la sábana con que ella lo había cubierto. Se enderezó entonces y puso los brazos en jarras. Volvió a mirar el cuerpo y meneó la cabeza.

—Hummmm. Hummmm. ¡Pues sí que la has hecho buena esta vez, mamá!

Pero, mientras meneaba la cabeza, Big George ya estaba pensando en qué hacer.

No había defensa para una persona de raza negra que matase a un blanco en Alabama; así que ni por un instante pensó en otra cosa más que en lo único que podía hacer.

Cogió el cuerpo de Frank y se lo cargó a la espalda.

—Vamos, chico —dijo, cruzando el patio con el cuerpo a cuestas, y yendo a meterlo bajo el cobertizo de madera.

Lo dejó en el suelo.

—Tú, quédate aquí hasta que yo vuelva —añadió—; y no te muevas. Tengo que hacer desaparecer el coche.

Una hora después, poco más o menos, cuando Idgie y Ruth llegaron a casa, el niño volvía a estar en su cuna y profundamente dormido. Idgie llevó a Sipsey en el coche a casa y le comentó lo preocupada que estaba por la salud de mamá Threadgoode. Sipsey no le dijo ni palabra de lo cerca que habían estado de quedarse sin el niño.

Artis se quedó en el cobertizo toda la noche, nervioso e impaciente, allí de pie, balanceando el cuerpo.

Sobre las cuatro de la madrugada no pudo resistir la tentación: abrió su navaja y, en plena oscuridad, le asestó al cuerpo una cuchillada, y otra, tres, cuatro, hasta hartarse.

Al amanecer, vio que la puerta se abría y se hizo pipí encima.

Era su padre. Había hundido el coche en el río, más allá del Club de Pesca Wagon Wheel, y había vuelto a pie; casi diecisiete quilómetros.

—Tenemos que quemar sus ropas —dijo Big George, retirando la sábana a la vez que padre e hijo se miraban con fijeza.

El sol acababa de filtrarse por las grietas del cobertizo.

Artis miró a Big George con los ojos como platos y boquiabierto.

—Papá —dijo—, este blanco no tiene cabeza.

Big George meneó la suya.

—Hummmm. Hummmm...

Su madre le debía de haber cortado la cabeza para enterrarla por algún sitio.

Sin perder más tiempo que el justo para cerciorarse de la tremenda realidad, Big George le dijo a su hijo que le ayudase a quitarle las ropas.

Artis no había visto nunca a un blanco desnudo. Era sonrosadito, igual que los cochinillos después de hervidos, sin pelo ninguno.

Big George le dio a Artis la sábana y las ensangrentadas ropas, y le dijo que fuese al bosque, se adentrase bastante y lo enterrase todo bien hondo, y que luego volviese a casa sin decir nada. A nadie. Bajo ningún concepto. Nunca.

Mientras Artis excavaba para hacer un buen hoyo, no pudo evitar sonreír.

Era depositario de un secreto. Un gran secreto que guardaría mientras viviese. Algo que lo confortaría cuando su ánimo decayese. Algo que sólo él y el demonio conocerían. La idea le hizo sonreír con regocijo. Ya no le afectarían ni la ira ni los insultos, ni ninguna humillación, nunca. Aquello le hacía distinto, alguien especial: alguien que había acuchillado a un blanco.

Siempre que los blancos le hiriesen podría sonreír para sus adentros y decirse: «Que ya he acuchillado a uno de los vuestros...».

A las siete y media, Big George ya había empezado a descuartizar los cochinillos y había puesto a hervir la enorme olla negra de hierro; temprano, ciertamente, pero no a deshora.

Luego, por la tarde, cuando Grady y los dos detectives georgianos interrogaron a su padre acerca de la desaparición de un blanco, Artis estuvo a punto de desmayarse al ver que uno de ellos se acercaba y miraba al interior de la olla.

Estaba seguro de que el agente habría visto un brazo, entre borbotón y borbotón, hirviéndose con los cochinillos. Pero, evidentemente, no lo vio, porque dos días después el georgiano gordo le dijo a Big George que era la mejor carne a la barbacoa que había comido nunca y le preguntó cuál era su secreto.

—Gracias, *señó* —dijo Big George sonriendo—, la verdad es que el secreto está en la salsa.

EL SEMANARIO
DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

10 DE NOVIEMBRE DE 1967

CALAVERA ENCONTRADA EN UN JARDÍN

Felicitamos a nuestra nueva gobernadora, Mrs. Lurleen Wallace, que obtuvo un triunfo electoral aplastante sobre su oponente. Estaba encantadora en la toma de posesión, y prometió pagarle a su marido, George, un dólar anual para ser su principal consejero... Buena suerte, Lurleen.

Casi tan interesante como nuestra nueva gobernadora ha sido el descubrimiento, hecho el jueves por la mañana, de un cráneo humano en un solar contiguo a la vieja casa de los Threadgoode.

El forense del Juzgado asegura que no se trata de un indio, a tenor de la edad. Tenía un ojo de vidrio y, quienquiera que fuese, fue decapitado. Pudo tratarse de un linchamiento, dijo el forense del Juzgado. Todo aquel interesado en la desaparición de una persona con un ojo de vidrio puede ponerse en contacto con el *Birmingham News*, o llamarme, y me encargaré de ponerme en contacto con el periódico. El ojo es azul.

Mi otra mitad me la jugó el sábado pasado. Va y le da un ataque al corazón y casi me muero del susto. Luego el médico dijo que no era tan grave, pero que iba a tener que dejar de fumar. Así que ahora tengo a un oso gruñón todo el día en casa y me paso el día mimándolo, tanto que Mr. Wilbur Weems lleva ya una semana desayunando en la cama. Así que, paisanos, si alguien quiere venir a levantarle un poco la moral, que venga... pero sin cigarrillos, porque trataría por todos los medios de apoderarse de ellos. Lo digo porque a mí me ha quitado un paquete. Así que me temo que voy a tener que dejar de fumar yo también.

En cuanto se ponga un poco mejor, me lo llevo de vacaciones.

DOT WEEMS

HOTEL DE LUXE
HABITACIONES PARA
CABALLEROS

8.ª AVENIDA NORTE, BIRMINGHAM (ALABAMA)

2 DE JULIO DE 1979

Un caballero de color preguntó por otro caballero de color que estaba sentado en el vestíbulo, riendo.

—¿Está loco ese negro, o qué? ¿De qué se ríe? No hay nadie hablando con él.

—Bah, no necesita hablar con nadie —repuso el morenito, picado de viruelas, que estaba en la recepción—. Se le aguó el cerebro hace ya mucho.

—¿Y qué hace aquí?

—Lo trajo una mujer hace dos años.

—¿Y quién paga?

—Ella.

—Hummmm...

—Viene a vestirlo todas las mañanas y a acostarlo todas las noches.

—Qué vida.

—Vaya que sí.

Artis O. Peavey, que era el tema de la conversación, estaba sentado en un sofá tapizado en rojo de cuyos muchos agujeros, cortes y grietas, producto de los años, asomaban grumos y mechones de borra.

Sus nebulosos ojos marrones parecían estar fijos en un reloj de pared inscrito en un circular tubo de neón rosa. Eso era todo lo que había en la pared, aparte de un anuncio de cigarrillos, en el que se veía a una atractiva pareja de color fumando un salem, con un lema que aseguraba que el humo era tan fresco como un manantial tras el deshielo. Artis echó la cabeza hacia atrás y volvió a reír, dejando ver aquellas encías que azuleaban y en las que, tiempo atrás, se asentaban varios relucientes dientes de oro.

Para los demás, Mr. Peavey estaba sentado en el vestíbulo de una pensión de mala muerte, sobre una toalla proporcionada por la dirección, ya que sabían que, con frecuencia, se hacía el pipí encima, que le goteaba pese a los pantalones impermeables que la mujer le ponía todas las mañanas. Pero, para el propio Mr. Artis O. Peavey, corría el año de 1936 otra vez... y, en aquel momento, iba paseando por la 8.ª Avenida Norte, con un terno de color púrpura, unos bastos zapatones verdes de cincuenta dólares, y el pelo recién alisado y rezumando brillantina. Y, de su brazo, concretamente aquel sábado noche, iba Miss Betty Simmons, que era, según las notas de sociedad del *Slagtown News,* la reina de ébano de Birmingham.

Acababan de pasar frente al Centro Masónico y se dirigían sin duda a Ensley, en el tranvía, para asistir al Baile de Gala, donde Count Bassie —¿o era Cab Calloway?— iba a tocar.

No es extraño que estuviese riendo. Y a Dios podía dar gracias de que no le permitiese recordar los malos tiempos, cuando no era nada divertido ser un *nigger* los sábados por la noche. Aquellas largas y duras noches que había pasado en el Penal de Kilbey, molido a golpes y a patadas y acuchillado por internos y funcionarios por igual; donde había que dormir con un ojo abierto y estar dispuesto a matar, o a dejarse matar, en cualquier momento. Últimamente la mente de Artis era igual que el Frolic Theater: no ponía en escena más que comedias ligeras y

románticas protagonizadas por él y una cohorte de acaneladas bellezas de cimbreantes caderas y ojos chispeantes....

Le dio una palmada al otrora brillante —y entonces deslustrado— brazo cromado del sofá y volvió a reír. En su mente, la película iba entonces de su estancia en Chicago, en donde tan popular se había hecho por todo lo que contaba, hasta la saciedad, de los famosos artistas que había visto: Ethel «Momma Strinbean» Waters, The Inkspots, Lena, Louis... Había sido capaz de olvidar los insultos, y lo vejado que se había sentido como hombre ante los blancos. Pero, en cierto modo, el olvido había ido parejo con una venganza, al solo objeto de demostrar que había sido un hombre.

«¿Desear a una mujer blanca? ¡Nunca he deseado a ninguna blanca! Tenía que ser por lo menos mulata.»

La verdad es que le gustaban muy mujeronas y negras... que, como decían, cuanto más negra la mora, más dulce.

Y seguro que tenía más hijos de los que habría podido reconocer. Había tenido que sonreír y aguantar, pero nunca le preocupó; porque tenía un secreto...

Sí, la vida era un lecho de rosas: mujeres, importantes conversaciones, Los Caballeros de Pitias, el Gran Potentado, el derecho al pavoneo, pegando la hebra en los porches, las mejores colonias para hombre, mujeres de malva satén —la combinación— y vestidos cuajados de pedrería hasta el suelo, elegantes hongos marrones y chaquetas con solapas de piel, de terciopelo verde, o marrón o púrpura; esculturales morenitas besándote a medianoche, puros de La Habana, un reloj de oro que podía uno sacar para mirar la hora o para impresionar... Vaya contoneos... Qué buenos ratos aquellos en el Black Shadow Lounge. Aclárate la piel, para que se parezcan más. Si eres blanco, das siempre en el blanco. Si eres morenito, fallarás por poquito. Si eres amarillo, pase, chiquillo. Pero si eres negro... lo tienes bien negro.

La película andaba entonces por los 50. Estaba frente al Drugstore del Centro Masónico, haciendo sonar calderilla en el bolsillo. El tacto de los billetes nunca le sedujo; no había caído sobre él la maldición del ferviente deseo de partirse el espinazo para ganarse unos verdes.

Se sentía igualmente feliz con el bolsillo lleno de monedas de a diez y de a veinticinco centavos ganados en lo que en los callejones de los barrios bajos se conocía como juego *ful*, con tres cartas o tres cubiletes y una bolita. Pero, las más de las veces, era su parte haciendo de «gancho».

Cuando, ya con ochenta años perdió facultades, debido al normal deterioro de la vista y el oído, más de una en Slagtown lo lamentó. Porque Artis era un raro y precioso artículo: un hombre por quien se pirraban las mujeres.

La película avanzaba a gran velocidad y las imágenes y los sonidos se precipitaban: *mujeres de ciento cincuenta quilos, estremeciéndose y gritando en la iglesia... y en la cama... «¡AY, JESÚS, QUE ME CORRO!»... Mr. Artis O. Peavey y varias mujeres pronunciándose los votos esponsales... charlando en el Agate Café, hablando con su amigo Baby Shepard... «Esa mujer me ha hecho polvo la cabeza»... «He oído decir que ha sido su marido»... «Te habría defendido, Odetta, pero cuando un hombre lleva en la mano un argumento contundente y el dedo en el gatillo, no hay bromas que valgan»... «Dame unas cortezas de cerdo y un botellín de cerveza»... «Tengo el mundo en un garrafón y en mi mano el tapón»... «¡Oye, que no eres la única almeja, pendeja!»... Los Blue Shadows y los White Gardenias, ambarinas boquillas para puros... Professor Fess Whatley'sjazz Demons... ¿Orquitis? Emplastos de menta Feena Mint... Princess Pee Wee Sam and Scram... Salón de Baile Fairyland Park... Hartley Toots muerto en el autobús... Me casé sin mi consentimiento, por así decirlo... «Aquella mujer me dominaba»... Todo el mundo te da la espalda cuando estás hundido... Ojo... No vayáis por ahí... Eh, no, que esos blancos se van a poner furiosos... hechos unas fieras... No, no, yo no tengo nada que ver con ellos, jefe, que son unos pendencieros... Sí señó...* «¡Apéese de este autobús!»

Artis golpeó el suelo tres veces con el pie y, por arte de magia, cambió la película. Entonces era pequeño, y su mamá estaba cocinando en el café... *Pero, ¿quieres quitarte de en medio?, que te van a dar con la puerta*.... Ahí están Pájaro Travieso y Willie Boy... y el cariñoso Jasper... La abuela Sipsey, ahí, bañando el maíz en miel... Miss Idgie y Miss Ruth... *te miman como si fueras blanco*... y Muñón... y Smokey Lonesome...

Luego, el anciano, que hacía sólo un instante parecía alterado, empieza a sonreír y a relajarse. Está en la parte de atrás del café, ayudando a su padre con la barbacoa... y se siente feliz... tenemos un secreto.

Su padre le da una porción y un zumo de uva y él va corriendo al bosque a comérselo, en una exuberante y umbría fronda donde las agujas de los pinos no pinchan....

El hombre picado de viruelas del vestíbulo del hotel se acercó al sonriente Artis O. Peavey, que estaba allí plácida y tranquilamente, y lo zarandeó un poco.

—¿Qué le pasa?

Pero, nada más preguntarlo, dio un salto hacia atrás.

—¡Dios santo! ¡Este negro está muerto! —dijo volviéndose hacia su amigo de la recepción—. Y, encima, se ha meado en todo el suelo.

...Pero Artis estaba a muchas leguas de allí, en el bosque, con su barbacoa.

CENTRO DE
ADELGAZAMIENTO DEFINITIVO

MONTECITO (CALIFORNIA)

5 DE DICIEMBRE DE 1986

Evelyn llevaba ya casi dos meses en el Centro y había perdido más de diez quilos. Pero en otro aspecto había ganado. Había encontrado a su grupo, al grupo que había estado buscando durante toda su vida. Allí las tenía: hormiguitas, marujitas, divorciadas, maestras solteronas, bibliotecarias..., todas esperanzadas en empezar una nueva vida de delgadez saludable.

No había imaginado que pudiese ser tan divertido. Para Evelyn Couch y sus colegas *en deslastre,* por así decirlo, la más importante preocupación allí era conjeturar sobre con qué loca... especialidad les saldría el cocinero aquella noche para postre. ¿Tarta de calabaza a 55 calorías por ración? ¿Batido de fruta de 50 calorías? ¿0 tocaría aquella noche su postre preferido, el «flan flaco», de una increíble transparencia de sólo 80 calorías?

Nunca le había pasado por la cabeza a Evelyn que el solo hecho de que hiciese buen día podía alegrarle el corazón de aquella manera, y eso que no era de las que más madrugaban para ir al Acuapark.

Pero es que se había producido otro fenómeno que ni en sueños había imaginado. ¡Se había convertido en una persona muy solicitada y estimada! Cuando llegaba alguna nueva al Centro, en seguida alguien le preguntaba: «¿Te han presentado ya a esa mujer tan simpática de Alabama? ¡Ya verás! Es una delicia oírla hablar, y tiene un acento encantador, y mucha personalidad».

Evelyn no había creído nunca que pudiera resultar simpática ni que tuviese un bonito acento; pero, por lo visto, en cuanto abría la boca las demás se partían de risa. Evelyn disfrutaba lo suyo viéndose tan estimada, y lo explotaba a fondo quedándose de tertulia por la noche junto a la chimenea. Con quienes más había intimado era con tres amas de casa de Thousand Oaks, una que se llamaba Dorothy y dos que se llamaban Stella. Las cuatro formaban la peña de las gordas, y prometieron reunirse una vez al año durante el resto de sus vidas; Evelyn estaba segura de que lo cumplirían.

Después de la sesión de estiramiento y flexión, se ponía su nuevo chándal azul marino y pasaba por recepción a recoger el correo.

Ed le enviaba puntualmente toda la correspondencia rutinaria y, por lo general, no recibía ninguna carta importante. Pero aquel día encontró una con matasellos de Whistle Stop, Alabama. Y la abrió preguntándose quién podía escribirle desde allí.

Querida Mrs. Couch:

Lamento comunicarle que el pasado domingo, sobre las 6.30 de la mañana, su amiga Mrs. Threadgoode falleció en su casa. Tengo algunas cosas que ella quiso que fuesen para usted. Mi marido y yo estaremos encantados en llevárselas a Birmingham, o puede venir usted a recogerlas si así lo prefiere. Nuestro teléfono es el 555 87 60. Estoy en casa todo el día.

Cordialmente,

MRS. JONNIE HARTMAN

La alegría de aquellas semanas se le esfumó en un instante, y sólo sintió deseos de volver a casa cuanto antes.

WHISTLE STOP
(ALABAMA)

8 DE ABRIL DE 1986

Evelyn no fue a ver a Mrs. Hartman hasta el primer día soleado de primavera. Le desagradaba la idea de ver Whistle Stop por vez primera en pleno invierno. Llamó a la puerta y una mujer bien parecida de pelo castaño salió a abrir.

—Ah, Mrs. Couch, pase usted. Me alegro mucho de conocerla. Mrs. Threadgoode me habló muchísimo de usted, es como si ya la conociese.

Hizo pasar a Evelyn a una inmaculada cocina, donde tenía ya preparados dos servicios de café y un bizcocho recién hecho, sobre la mesa verde de fórmica de la rinconera.

—Sentí mucho tener que escribirle aquella carta, pero sabía que usted preferiría saberlo.

—Se la agradecí mucho. No tenía ni idea de que hubiese dejado Rose Terrace.

—Ya lo sé. Su amiga Mrs. Otis murió una semana después de marcharse usted.

—Oh, no. No lo sabía... ¿Por qué no me lo diría ella?

—Ya le dije yo que tenía que decírselo, pero ella me dijo que usted estaba de vacaciones y no quiso preocuparla. Así era ella, siempre pensando en los demás...

»Hemos sido vecinas puerta por puerta desde poco después de morir su marido, cuando nos mudamos, así que la he tratado durante más de treinta años, y nunca la oí quejarse, ni una sola vez; y no tuvo una vida fácil. Su hijo, Albert, era como un niño. Pero ella lo levantaba todos los días, lo afeitaba, lo bañaba, lo empolvaba y le colocaba el cinturón ortopédico de su hernia... igual que si fuese un bebé, y era ya bien mayor... Dudo que haya habido un hijo más querido por su madre. Que Dios la bendiga. La echo mucho de menos, y ya sé que usted también.

—Sí, sí que la echo de menos; y me reprocho no haber estado aquí. Quizás hubiese podido hacer algo, llevarla al médico, o no sé.

—No, encanto. No hubiese podido usted hacer nada. No tenía ninguna enfermedad. Siempre la llevábamos con nosotros a la iglesia los domingos y, por lo general, cuando íbamos a recogerla, nos la encontrábamos ya vestida y aguardando, sentada en el porche. Pero aquel domingo por la mañana, al ir ya a salir, vimos que no estaba allí; cosa muy rara. Así que Ray, mi marido, fue a llamar a la puerta, pero ella no salió a abrir. Entonces entró y al cabo de un momento salió, pero solo. «¿Dónde está Mrs. Threadgoode, Ray?», le pregunté yo. Y él me contestó: «Mrs. Threadgoode ha muerto, cariño», y se sentó en el porche llorando. Murió mientras dormía, en una total placidez. Creo que ella sabía que su momento estaba cercano, porque siempre que yo pasaba, me decía: «Mira, Jonnie, si alguna vez me sucede algo, quiero que Evelyn se quede con estas cosas». La adoraba a usted. Siempre se deshacía en elogios sobre usted y decía que estaba segura de que un día se presentaría usted a llevarla a dar un paseo en Cadillac. Pobrecita, murió casi con lo puesto, sin más que cuatro cosas. Que, por cierto, se las voy a traer.

Mrs. Hartman volvió al poco con una fotografía de una niña desnuda columpiándose, con un fondo de azules nubes; una caja de zapatos y un jarrón con lo que parecía gravilla en su interior.

—¿Y esto qué es? —preguntó Evelyn al coger el jarrón.

—Son las piedras de su vesícula —dijo Mrs. Hartman riendo—. Dios sabe por qué creería ella que usted las querría.

Evelyn abrió la caja de zapatos. En el interior encontró la partida de nacimiento de Albert, el título de Masajista Diplomado que obtuvo Cleo en la Palmer School, en Davenport, Iowa, en 1927, y unas quince esquelas. También encontró un sobre lleno de fotografías. La primera era la fotografía de un hombre y de un niño con traje de marinero, sentados en una media luna. Otra era

una fotografía escolar de 1939, de un niño rubito, y al dorso decía: «Muñón Threadgoode, 10 años». Otra de las fotos era un retrato de la familia Threadgoode hecha en 1919. Evelyn tenía la sensación de que fuesen algo suyo. Reconoció a Buddy de inmediato, con aquellos ojos chispeantes y su amplia sonrisa. Allí estaba Essie Rue, y los gemelos, y Leona, con pose de reina, y la pequeña Idgie, con su gallo de juguete. Y, al fondo, con un largo delantal blanco, estaba Sipsey, posando muy seria.

La foto siguiente era de una joven con vestido blanco, de pie en el mismo patio, protegiéndose los ojos del sol con la mano y sonriéndole a la persona que sacaba la foto. Evelyn se dijo que era una de las caras más bonitas que había visto nunca, con aquellas largas pestañas y esa dulce sonrisa. Pero no la reconoció. Le preguntó a Mrs. Hartman si sabía quién era.

Mrs. Hartman se puso las gafas que llevaba colgando de un cordón alrededor del cuello y observó la fotografía unos instantes, perpleja.

—Ah, sí, ¡ya sé quién es! Es una amiga suya que vivió aquí mucho tiempo. Era de Georgia, Ruth... no sé qué más.

Dios mío, pensó Evelyn; Ruth Jamison. La foto debía de ser del primer verano que había pasado en Whistle Stop. Volvió a mirarla. Nunca había imaginado que Ruth fuese tan hermosa.

La siguiente fotografía era de una mujer de pelo cano, con gorra de montería, sentada en las rodillas de Papá Noel, con un «Felices Fiestas 1956» escrito al dorso.

—¡Uy!, ésta es la loca de Idgie Threadgoode, la que llevaba el café de aquí —dijo Mrs. Hartman cogiendo la fotografía y riendo.

—¿La conoció usted?

—¿Y quién no? Era una polvorilla; nunca había forma de saber por dónde te iba a salir.

—Mire, Mrs. Hartman, aquí hay una fotografía de Mrs. Threadgoode.

Era una fotografía que le habían hecho en los almacenes Loveman's, unos veinte años atrás. Mrs. Threadgoode ya tenía canas y un aspecto muy parecido al de la última vez que Evelyn la vio.

Mrs. Hartman cogió la fotografía.

—Alma de Dios, recuerdo muy bien este vestido. Era azul marino con lunares estampados. Debió de llevar este vestido por lo menos treinta años. Dijo que, cuando muriese, quería que todas sus prendas fuesen para el Ropero de la Parroquia. Pero la verdad es que no tenía nada aprovechable, pobrecilla, sólo un viejo chaquetón y algunos vestidos de estar por casa. Se llevaron los pocos muebles que tenía, salvo el columpio de frente al porche. No me dio la gana de que se lo llevasen. Ella siempre se sentaba en el columpio, día y noche, a ver pasar los trenes. No me pareció bien que fuese a parar a manos de extraños. La casa se la dejó a nuestra hija Terry.

Evelyn seguía sacando cosas de la caja.

—Mire, Mrs. Hartman, aquí hay un viejo menú del café Whistle Stop. Debe de ser de los años treinta. Parece mentira, qué precios. Una ración de carne a la barbacoa por diez centavos... ¡y una cena, treinta y cinco centavos!... ¡y una tarta, cinco centavos!

«Asombroso. Hoy en día un cubierto normalito no te sale por menos de cinco o seis dólares, incluso en un *snack,* y encima te cobran la bebida y el postre aparte.

Antes de acabar de rebuscar, Evelyn encontró una fotografía de Idgie con una de esas gafas con nariz postiza, en un grupo, todos con indumentarias de lo más extravagante. Al dorso decía: «Peña del Hinojo, Función Anual, 1942»; y había también una postal que Cleo envió por Pascua, la que Evelyn le envió desde California, un menú del vagón-restaurante de un tren de la Southern Railroad de los 50, un lápiz de labios, una fotocopia del salmo 90 y un brazalete de hospital en el que decía:

MRS. THREADGOODE
ANCIANA DE 86 AÑOS

Y, en el fondo de la caja, Evelyn encontró un sobre dirigido a *Mrs. Evelyn Couch.*

—Anda; debió de escribirme una carta —dijo Evelyn, abriéndola.

Evelyn:

Te he anotado algunas de las recetas de Sipsey. No sabes lo que he disfrutado con ellas. He pensado en pasártelas, sobre todo la de los tomates verdes fritos.

Con todo mi cariño, queridísima Evelyn. Sé feliz. Yo lo soy.

Tu amiga,

NINNY THREADGOODE

—Alma de Dios —dijo Mrs. Hartman—; le hacía ilusión dártelas.

Evelyn dobló la nota, contristada, y volvió a meterlo todo en la caja. Dios mío, pensó: una persona de carne y hueso, viviendo durante ochenta y seis años, y esto es todo lo que queda; una caja de zapatos llena de papeles.

Entonces le pidió a Mrs. Hartman que le dijese por dónde se iba a donde estuvo el café.

—Son sólo dos manzanas calle arriba. Estaré encantada en acompañarla, si quiere.

—Se lo agradecería mucho, si le es posible.

—No faltaba más. Sólo retiro una cacerola que tengo al fuego con alubias y meto el pollo en el horno. Es un momento.

Evelyn fue a dejar la caja de zapatos y la fotografía enmarcada —la de la niña del columpio— en el coche y, mientras aguardaba, se acercó al patio de Mrs. Threadgoode. Alzó la vista y se echó a reír. Todavía enredada en la frondosa copa de un abedul plateado estaba la escoba que Mrs. Threadgoode les había lanzado a los arrendajos, creía recordar que había dicho; y, posados en el cable del teléfono, los mirlos que Mrs. Threadgoode creía que escuchaban sus conversaciones telefónicas. La casa era tal como Mrs. Threadgoode la había descrito, con sus macetas de geranios, en una hilera que llegaba hasta unos rosales.

Cuando Mrs. Hartman estuvo lista, fueron con el coche hasta unas pocas manzanas de allí y le mostró dónde había estado el café, apenas a veinte metros de la vía del tren. Justo detrás había una pequeña casa de ladrillo, también abandonada, pero Evelyn acertó a ver un descolorido rótulo en la ventana: PELUQUERÍA OPAL. Todo era tal como ella lo había imaginado.

Mrs. Hartman le enseñó el lugar donde estuvo la tienda de papá Threadgoode; entonces habían puesto allí una farmacia, y en la planta de arriba estaba la sede del Club de los Alces.

Evelyn le preguntó si podían ir a Troutville.

—Pues, claro. Está nada más cruzar la vía.

Al internarse por la pequeña población de gente de color, a Evelyn le sorprendió lo pequeña que era, tan sólo unos pequeños grupos de desvencijados barracones. Mrs. Hartman señaló a una casita, con unas sillas de tubo metálico pintadas de verde, ya muy descoloridas, frente al porche, y le dijo que allí era donde habían vivido Big George y Onzell hasta que se mudaron a Birmingham con su hijo Jasper.

Siguieron con el coche y pasaron frente a la tienda de Ocie, contigua a lo poco que quedaba de una barraca de tiro pintada de azul celeste. La fachada de la tienda estaba llena de descoloridos rótulos de los años treinta: BEBA... MILLONES DE MINUTOS DE SABOR.. .

Evelyn recordó de pronto algo de su infancia.

—¿Cree usted que aquí tendrán refrescos de fresa, Mrs. Hartman?

—Apostaría a que sí.

—¿Y si entrásemos?

—Claro. Muchos blancos compran aquí.

Evelyn aparcó y entraron. Mrs. Hartman se dirigió al anciano tendero, que llevaba una camisa blanca y tirantes, y le gritó al oído.

—¡Ocie! Es Mrs. Couch. ¡Una amiga de Ninny Threadgoode!

En cuanto Ocie oyó el nombre de Mrs. Threadgoode, sus ojos se iluminaron, se levantó y fue a abrazar a Evelyn.

A Evelyn, a quien en toda su vida no la había abrazado un negro, aquello la pilló desprevenida Ocie empezó a hablar sin parar, pero Evelyn no entendió una palabra, porque el anciano no tenía dientes.

Mrs. Hartman le volvió a gritar.

—Que no es su hija. Es su amiga Mrs. Couch, de Birmingham...

Ocie siguió sonriéndole, pese a todo.

Mrs. Hartman empezó a rebuscar entre los refrescos de la nevera y sacó uno de fresa.

—¡Mire! ¡Aquí lo tiene!

Evelyn iba a pagar, pero Ocie seguía hablando sin parar, y ella sin entender una palabra.

—Dice que ni hablar, Mrs. Couch; que quiere invitarla.

Evelyn se sintió un poco abrumada, pero le dio las gracias a Ocie y él las acompañó al coche, sin dejar de hablar ni de sonreír.

—¡ADIÓS! —le gritó Mrs. Hartman, volviéndose luego hacia Evelyn—. Está sordo como una tapia.

—Ya. ¿Por qué se ha venido a abrazarme de esa manera?

—Bueno, es que adoraba a Mrs. Threadgoode. La conocía desde niña.

Volvieron a cruzar las vías con el coche.

—Si tuerce a la derecha —dijo Mrs. Hartman—, le enseñaré dónde estaba la vieja casa de los Threadgoode.

Y, nada más doblar la esquina, la vio: una casa de madera de dos plantas, pintada de blanco, totalmente rodeada por un porche. La reconoció por las fotografías.

Evelyn detuvo el coche enfrente y bajaron.

Casi todas las ventanas estaban rotas y tapiadas, y la madera del porche estaba pandeada y carcomida, de tal manera que no pudieron subir. Parecía como si la casa fuese a venirse abajo de un momento a otro. Fueron por detrás.

—Qué lástima que dejen esto en ruinas —dijo Evelyn—. Debió de ser preciosa.

—Fue la casa más bonita de Whistle Stop —convino Mrs. Hartman—. Pero todos los Threadgoode han muerto, así que supongo que la echarán abajo cualquier día.

Al llegar al patio trasero, Evelyn y Mrs. Hartman se sorprendieron mucho al ver que el viejo emparrado de rejilla, que se había vencido y estaba apoyado en la pared, estaba totalmente cubierto de miles de rosas de pitiminí, como si aún no se hubiesen enterado de que ya no quedaba nadie dentro para admirarlas.

Evelyn se asomó por una de las rotas ventanas y vio una agrietada mesa esmaltada de blanco. Se preguntó cuántos miles de bizcochos habrían desfilado por aquella superficie.

Al devolver a Mrs. Hartman a su casa, le dio las gracias por haberla acompañado.

—Ah, lo he hecho con mucho gusto; casi nunca tenemos visitas por aquí, sobre todo desde que suprimieron los trenes. Lamento que hayamos tenido que conocernos en estas circunstancias, pero me ha gustado mucho conocerla. No deje de volver siempre que quiera.

Aunque era ya tarde, Evelyn decidió regresar volviendo a pasar por la vieja casa. Oscurecía ya al enfilar la calle, y los faros del coche iluminaron las ventanas de una manera que le dio la impresión de que hubiese alguien dentro andando por allí... y, de pronto... habría jurado que oía a Essie Rue aporreando el piano en el salón....

«Mocitas de Buffalo, venid esta noche, mocitas...»

Evelyn detuvo el coche y se quedó allí sentada, sollozando y deshecha, preguntándose por qué tenían las personas que envejecer y morir.

EL SEMANARIO DE DOT WEEMS

SEMANARIO DE WHISTLE STOP (ALABAMA)

25 DE JUNIO DE 1969

QUÉ DIFÍCIL ES DECIR ADIÓS

Lamento tener que informar que éste es el último día del semanario. Desde que se me ocurrió llevar a mi otra mitad de vacaciones al sur de Alabama, cogió la perra de querer vivir allí. Hemos encontrado una casita junto al mar, en la bahía, y nos mudamos dentro de un par de semanas. Así, este viejo trasto de marido podrá pescar día y noche. Ya sé que lo tengo muy consentido pero, pese a todo lo cabezota que es, sigue siendo un buenazo. No sé cómo despedirme, así que poco voy a decir. Los dos nos criamos en Whistle Stop, y hemos vivido momentos maravillosos con amigos maravillosos. Pero la mayoría ya no están. Esto ya no es lo mismo y, ahora, con tanta autopista, ya no se sabe dónde termina Birmingham y dónde empieza Whistle Stop.

Al mirar ahora hacia atrás, me parece que, desde que cerró el café, el corazón de Whistle Stop dejó de latir. Es curioso que un pequeño local tan modesto como aquél uniese a tantas personas.

Nos queda por lo menos el recuerdo y, a mí, el consuelo de Wilbur.

DOT WEEMS

P. D. Si alguien va alguna vez a Fairhope, Alabama, que pregunte por nosotros. La que esté detrás de un porche limpiando pescado, seguro que soy yo.

CEMENTERIO DE WHISTLE STOP

WHISTLE STOP (ALABAMA)

19 DE ABRIL DE 1988

El segundo domingo de Resurrección, después de que Mrs. Threadgoode muriese, Evelyn decidió ir al cementerio. Compró unas varas de nardos y fue con su nuevo Cadillac; y se puso también el alfiler de oro de catorce quilates en forma de abeja con ojos de esmeralda, que era un nuevo premio por sus ventas.

A media mañana se había reunido con su grupo de vendedoras de Mary Kay para el *brunch* y, después del prolongado desayuno-almuerzo, se puso en la carretera y llegó ya bien entrada la tarde. La mayoría de la gente había cumplido ya con su visita y se había marchado, pero el cementerio rebosaba de ramos de flores de todos los colores.

Evelyn tuvo que dar varias vueltas con el coche hasta que localizó el lugar donde se encontraban las tumbas de la familia Threadgoode. La primera que encontró fue la de Ruth Jamison. Siguió adelante y vio la doble lápida con el ángel:

WILLIAM JAMES
THREADGOODE
1850-1929

ALICE LEE CLOUD
THREADGOODE
1856-1932

QUERIDOS PADRES
NUNCA PERDIDOS
SINO ADELANTADOS
HACIA EL LUGAR DONDE VOLVEREMOS
A ENCONTRARNOS

Al lado había otra lápida que decía:

JAMES LEE (BUDDY) THREADGOODE
1898-1919
EN PLENA JUVENTUD, SIGUE VIVIENDO
EN NUESTROS CORAZONES

Y también allí encontró las tumbas de Edward, Cleo y Mildred; pero no daba con la de su amiga, y un temor la asaltó. ¿Dónde estaba Mrs. Threadgoode?

Al fin, una hilera más allá, a la derecha, vio otra lápida:

ALBERT THREADGOODE
1930-1978
NUESTRO ÁNGEL EN LA TIERRA
A SALVO AL FIN EN BRAZOS DE JESÚS

Miró al lado de la tumba de Albert, y allí estaba:

MRS. VIRGINIA (NINNY) THREADGOODE
1899-1986
DE VUELTA A CASA

El recuerdo y la dulzura de la anciana la inundaron de nuevo al instante, y comprendió cuánto la echaba de menos. Las lágrimas rodaron por sus mejillas mientras colocaba las flores, y luego despejó un poco el derredor de la tumba de unas zarzas que habían crecido. Se consoló pensando que una cosa era segura: si el cielo existía, Mrs. Threadgoode había ido allí derecha. Se preguntaba si cabía pensar en alguien con un alma más pura e inmaculada que la suya... Lo dudaba.

Es curioso, pensó Evelyn. Gracias a haber conocido a Mrs. Threadgoode no le temía tanto a envejecer ni a morir como antes; y la muerte ya no le parecía algo tan ajeno al mundo de los vivos. Incluso entonces, allí, era como si Mrs. Threadgoode estuviese detrás de una puerta.

Evelyn empezó a hablarle sosegadamente a su amiga: «Siento no haber venido antes, Mrs. Threadgoode. No sabe cuántas veces he pensado en usted deseando hablarle. No dejo de reprocharme no haberla vuelto a ver antes de morir. Nunca pude imaginar que no volvería a verla. Ni siquiera tuve ocasión de darle las gracias. De no haber sido por cómo me hablaba usted una semana tras otra, no sé lo que hubiese hecho».

Evelyn guardó silencio unos instantes, y luego prosiguió: «Ya tenemos Cadillac, Mrs. Threadgoode. Pensé que conseguirlo me haría feliz, pero la verdad es que no significa ni la mitad ir en él sin poder ir con usted. Muchas veces he deseado venir a recogerla un domingo para dar un paseo, o para ir a Ollie's a comer carne a la barbacoa».

Fue a situarse entonces al otro lado de la tumba y siguió arrancando zarzas: «Me han pedido que colabore con un grupo de ayuda a los enfermos mentales, en el Hospital de la Universidad... y puede que lo haga», dijo riendo. «Porque, como le he dicho a Ed: algo sabré de una enfermedad que he padecido.»

»Y, no se lo va a creer, Mrs. Threadgoode, pero ya soy abuela. Y por dos veces. Porque Janice tuvo gemelas. Y, ¿recuerda a mi suegra? La cambiamos de residencia, a Meadowlark Manor, y le gusta mucho más, algo de lo que me he alegrado mucho, porque detestaba ir a Rose Terrace después de haber muerto usted. La última vez que fui, Geneene me dijo que Vesta Adcock sigue tan loca como siempre, muy afectada todavía por la marcha de Mr. Dunaway.

»Todo el mundo la echa a usted de menos: Geneene, sus vecinos los Hartman... Fui allí a recoger lo que usted me dejó, y utilizo continuamente las recetas. Ah, y, por cierto, he perdido más de veinte quilos desde la última vez que usted me vio. Aún tendría que perder un par más.

»Y, hay que ver, su amigo Ocie murió el mes pasado... pero sospecho que usted ya lo sabe. Y... ya sabía yo que quería decirle otra cosa: ¿recuerda la fotografía que se hizo con el vestido de lunares en los almacenes Loveman's? La he hecho enmarcar y la tengo en una mesita del cuarto de estar y, al verla una de mis clientas, me dijo: "Evelyn, ¡es usted igualita que su madre!"... Algo querrá decir eso, ¿no, Mrs. Threadgoode?»

Evelyn le contó a su amiga todo lo sucedido durante el último año, y no se marchó hasta que tuvo el íntimo convencimiento de que Mrs. Threadgoode se quedaba con la certeza de que estaba bien.

Sonriente y feliz, volvió sobre sus pasos hacia el coche; pero, al pasar junto a la tumba de Ruth, se detuvo. Había allí algo que antes no estaba. Junto a la lápida había un jarrón de cristal

lleno de rosas de pitiminí recién cortadas. Junto al jarrón había un sobre en el que, con una letra muy fina e irregular, había escrito:

PARA RUTH JAMISON

Sorprendida, Evelyn cogió el sobre. En el interior había una anticuada felicitación de Pascua, con la fotografía de una niña pequeña que llevaba una cestita llena de huevos multicolores. Abrió la felicitación:

PARA UNA PERSONA TAN ENCANTADORA
COMO TÚ, AMABLE Y CONSIDERADA EN
TODO,
LA MÁS CABAL Y HONESTA,
LA MÁS CARIÑOSA Y SINCERA.
TODA TÚ MARAVILLOSA.

Y, al pie:

SIEMPRE TE RECORDARÁ
TU AMIGA,
LA ENCANTADORA DE ABEJAS.

Evelyn se quedó allí de pie con la felicitación en la mano, mirando en derredor del cementerio. Pero no había nadie.

EL BIRMINGHAM
NEWS

17 DE MARZO DE 1988

ANCIANA DESAPARECIDA

Mrs. Vesta Adcock, de 83 años de edad, domiciliada en la Residencia Rose Terrace, salió ayer a dar un paseo, después de comentar que necesitaba aire fresco, y no ha regresado.

La última vez que fue vista llevaba una bata de felpilla de color rosa y una piel de zorro, unas pantuflas acolchadas de color azul marino, y es posible que llevase también un gorro rojo de punto y un bolso negro con lentejuelas.

El conductor de un autobús recuerda que una persona que responde a esa descripción subió al autobús muy cerca de la Residencia, a última hora de ayer, preguntando por una combinación.

Se ruega a quienes hayan visto a alguien que responda a la referida descripción, se ponga en contacto con Mrs. Virginia Mae Schmitt, directora de la Residencia, llamando al teléfono 555-7760.

El hijo de la anciana, Mr. Earl Adcock, de Nueva Orleans, cree que su madre puede haber perdido el sentido de la orientación.

EL BIRMINGHAM
NEWS

20 DE MARZO DE 1988

LA ANCIANA DESAPARECIDA, ENCONTRADA EN UN *MEUBLÉ*

Mrs. Vesta Adcock, la anciana de 83 años dada por desaparecida de la Residencia Rose Terrace hace cuatro días, ha sido localizada en el Bama Motel de East Lake. Su acompañante, Mr. Walter Dunaway, de 80 años, de Birmingham, sufrió un leve ataque al corazón y ha sido ingresado en el Hospital Universitario, en observación, a primeras horas de hoy.

Mrs. Adcock pidió volver a la Residencia y se mostró sumamente decepcionada porque, según sus palabras: «Walter no es el hombre que yo creí que era».

Mr. Dunaway ha sido reconocido y se encuentra perfectamente.

AUTOVÍA 90

MARIANNA (FLORIDA)

22 DE MAYO DE 1988

Bill y Marión Neal, y su hija de ocho años, Patsy, llevaban viajando en el coche todo el día cuando pasaron junto a un tenderete, instalado al pie de la autovía, con unos letreros que anunciaban: HUEVOS FRESCOS, MIEL, FRUTA Y VERDURA FRESCA, BAGRE FRESCO, REFRESCOS.

Y, como tenían sed, Bill dio la vuelta y pararon enfrente. Pero, al bajar, les pareció que allí no había nadie, aunque luego vieron a dos viejos con mono sentados bajo un enorme roble que estaba detrás del tenderete. Uno de los viejos se levantó y empezó a caminar hacia ellos.

—Buenas a todos. ¿Qué se van a llevar?

Al oír la voz, Marión notó que no se trataba de un viejo, sino de una vieja de cabellos blanquísimos y la piel muy curtida por el sol.

—Tres colas, por favor.

Patsy no les quitaba ojo a las jarras de miel que había en un estante.

Mientras la anciana abría las tres botellas, Patsy señaló a una de las jarras de miel.

—¿Y en ésa qué hay? —preguntó.

—Pues un panal, directamente de la colmena. ¿No habías visto nunca ninguno?

—No, señora —dijo Patsy fascinada.

—Y, ¿de dónde son ustedes?

—De Birmingham —dijo Marión.

—Pues yo también. Yo vivía en una pequeña población de las afueras. A lo mejor ni siquiera la han oído nunca nombrar: es una pequeña población que se llama Whistle Stop.

—Claro que sí —dijo Bill—. Es donde estaban antes las cocheras. Había un merendero donde hacían barbacoas, creo recordar.

—Efectivamente —dijo sonriendo la anciana.

—Lo que no sabía es que hubiese bagre por estas latitudes —dijo Bill, señalando al letrero.

—Ya lo creo, bagre de mar; pero hoy no tengo —dijo la anciana mirando a la rubita, a ver si escuchaba—. La semana pasada pesqué uno, pero era tan grande que no pudimos sacarlo del agua.

—¿De verdad? —dijo Patsy.

Los azules ojos de la anciana se iluminaron.

—Ya lo creo. Era un bagre tan grande que le sacamos una fotografía, y sólo la fotografía pesó más de veinte quilos.

La niñita ladeó la cabeza tratando de hacerse una idea.

—¿En serio? —dijo.

—Y tan en serio. Pero si no me crees... —dijo, dirigiéndose al viejo que estaba en el patio—. Eh, Julián. Ve a casa y trae la fotografía del bagre que pescamos la semana pasada...

—No puedo... que pesa demasiado para mí. Me hace polvo la espalda... —le contestó él, perezosamente.

—¿Lo ves? Lo que te decía.

Bill se echó a reír y Marión pagó los refrescos. Iban ya a marcharse cuando Patsy le tiró del vestido a su madre.

—Mamá, ¿por qué no nos llevamos una jarra de miel?

—Pero, cariño, si tenemos mucha miel en casa.

—Oh, mamá... con panal no tenemos ninguna jarra. ¿Eh?

Marión miró a su hija un instante, y cedió.

—¿Cuánto vale la miel?

—¿La miel? Pues a ver —dijo la anciana empezando a contar con los dedos—. No me van a creer, pero están de suerte, porque hoy... es totalmente gratis.

—*¿De verdad?* —dijo Patsy con los ojos como platos.

—Aja.

—Ah, pero es que no podemos permitirlo, mujer. Algo, por lo menos, cóbreme.

La anciana meneó la cabeza.

—No. Es gratis. Se la han ganado, y bien ganado. Porque lo que ustedes no saben es que esta hija suya hace el cliente un millón en lo que va de mes.

—¿Yo?

—Así es: un millón.

—Bueno. Si se empeña... —dijo Marión sonriéndole a la anciana—. ¿Qué se dice, Patsy?

—Gracias.

—De mil amores. Y, oye, Patsy, si alguna vez vuelves por aquí, no dejes de parar a verme.

—Sí señora, sí.

Al arrancar, Bill tocó el claxon y la niñita se despidió saludando con la mano.

La anciana se quedó allí de pie en la cuneta, y no dejó de saludar con la mano hasta que el coche se perdió de vista.

LAS RECETAS DE SIPSEY
POR GENTILEZA DE
EVELYN COUCH

BIZCOCHO DE SUERO DE MANTEQUILLA

2 tacitas de harina
2 cucharaditas de levadura
1/2 tacita de aceite
1 tacita de suero de mantequilla
1/4 de cucharadita de bicarbonato
2 cucharaditas de sal

Cerner juntos los ingredientes secos. Añadir el aceite y mezclar bien hasta conseguir un aspecto homogéneo. Añadir el suero de mantequilla y mezclar. Extender la masa hasta formar una capa fina y cortar según el tamaño deseado. Meter en el horno en una fuente ligeramente untada de mantequilla, a 230°, hasta que se dore.

¡A Pájaro Travieso le pirraba!

TORTA DE MAÍZ «A LA SARTÉN»

1/4 de cucharadita de levadura
11/2 de suero de mantequilla
2 tacitas de pan rallado de maíz
1 cucharadita de sal
1 huevo
1 cucharada sopera de manteca de cerdo fundida

Disolver la levadura en el suero de mantequilla. Mezclar el pan de maíz rallado con la sal, el huevo y el suero de mantequilla. Añadir la manteca de cerdo fundida bien caliente. Verter en una sartén de hierro ligeramente untada con mantequilla y meter en el horno a 190°, hasta que se haga.

¡Para relamerse!

TARTA DE COCO

3 yemas de huevo
1/3 de tacita de azúcar
1/4 de cucharadita de sal
2 1/2 cucharaditas de fécula de maíz
1 cucharadita de mantequilla fundida
2 tacitas de leche caliente
1 tacita de coco rallado
1 cucharadita de vainilla o de ron
1/4 de cucharadita de nuez moscada
Tartera de unos 30 cm

Bata las yemas de huevo. Vaya añadiendo, por este orden, el azúcar, la sal, la fécula de maíz y la mantequilla, sin dejar de batir la mezcla. Eche la leche y remueva hasta conseguir una masa homogénea. Caliéntelo al baño María sin dejar de remover hasta que se espese. Añada el coco y deje enfriar. Añada la vainilla o el ron, y la nuez moscada y viértalo en la tartera. Cúbralo con las claras de los huevos a punto de nieve y téngalo en el horno de 15 a 20 minutos a 150°.

Ñam, ñam.

TARTA DE PACANA

Tartera de unos 30 cm
1 cucharadita de vainilla
2 tacitas de rodajitas de pacana
1 tacita de azúcar, blanco o moreno
1 tacita de almíbar de maíz
1/4 de cucharadita de sal
3 huevos
1 cucharadita de harina
2 cucharaditas de mantequilla

Cubra la tartera con las rodajas de pacana. En un cuenco, mezcle el azúcar, el almíbar de maíz, la harina, la vainilla y la sal hasta formar una masa homogénea. Añada los huevos, uno a uno, sin dejar de batir. Viértalo en la tartera cubierta de pacana y añada un poco de mantequilla. Téngalo en el horno aproximadamente una hora, a 180°.

¡De pecado mortal! ¡A Muñón le pirraba!

EL POLLO FRITO DE SIPSEY
AL ESTILO DEL SUR

1 sartén bien grande
sal y pimienta
Leche
11/2 tacitas de harina

Trocear el pollo a cuartos. Frotarlo bien con sal y pimienta. Dejarlo un rato para que se impregne. Tenerlo a remojo en leche durante media hora. Echar la harina, un poco de sal y pimienta en una bolsa de plástico y agitar hasta que los cuatro cuartos queden bien impregnados. Freírlo con manteca bien caliente, a 200° por lo menos, hasta que se dore.

¡No dejarán ni los huesos!

POLLO CON TROPEZONES

2 tacitas de harina
3 cucharaditas de levadura
1 cucharadita de sal
2/3 de tacita de leche
1/3 de tacita de aceite
1 cacerola con pollo estofado

Mezclar la harina, la levadura y la sal. Añadir la leche y el aceite hasta conseguir una masa homogénea. Ir echándola cucharada a cucharada (sopera) y dejar hervir con el estofado durante quince minutos, removiendo a menudo.

¡Enloquece hasta el tenedor!

JAMÓN FRITO EN SU SALSA

Corte el jamón a lonchas de medio centímetro. Fríalo a fuego lento en una sartén hasta que se dore por ambos lados. Espolvoree las lonchas con azúcar por ambos lados mientras se fríen. Remueva y no lo deje enfriar, añada 1/2 tacita de agua o de café. Déjelo reducir hasta que la salsa adquiera un color rojizo. Remueva y bañe las lonchas en su misma salsa.

¡Menudo bocado!

MIGAS

2 *cucharaditas de mantequilla*
1 cucharadita de sal
5 tacitas de agua hirviendo
1 tacita de fécula de maíz

Poner agua a hervir con la mantequilla y la sal. Verter la fécula y remover. Tapar y cocer a fuego lento durante 30 o 40 minutos, removiendo de vez en cuando.

Va muy bien para ir siempre como un reloj.

BAGRE FRITO

1 kg de bagre limpio y sin piel
1/2 tacita de harina
3 cucharaditas de manteca de cerdo o de aceite
Sal y pimienta a discreción
1/3 de tacita de harina de maíz

Pulir el bagre con un paño húmedo. Mezclar la harina, la sal, la pimienta y la harina de maíz. Rebozar el bagre y freírlo hasta que se dore bien por un lado. Luego darle la vuelta y dorarlo por el otro (de 8 a 10 minutos en total).

¡Loado sea Dios!

SALSA DE LECHE

Aproveche el aceite de freír pollo o chuletas de cerdo. Por cada tres cucharaditas de este aceite añada tres cucharaditas de harina y mézclelo bien. Téngalo en el fuego hasta que se dore. Añada, a poquitos, de 1 1/2 a 2 tacitas de leche. Déjelo hervir removiendo hasta que espese.

Va bien con todo.

CHULETAS DE CERDO EN SALSA

4 lonchas de beicon
4 chuletas bien grandes
Sal y pimienta
11/2 tacita de leche
1/3 de tacita de harina

Primero fría el beicon y luego reboce las chuletas con la harina, la sal y la pimienta. No tire la harina sobrante. Fría las chuletas con lo que quede de freír el beicon hasta que se dore por ambos lados. Reduzca el fuego, tape y déjelo hasta que las chuletas estén bien hechas y tiernas (unos 30 minutos). Mezcle la harina sobrante con el aceite hasta que se dore. Vierta la leche sobre las chuletas y deje hervir a fuego lento hasta que espese.

Big George se comía ocho de una tacada.

JUDÍAS VERDES ESTILO SIPSEY

1 hueso de jamón, cocido
1 kg de judías verdes
1 cucharadita de azúcar moreno
Unas cuantas guindillas
Sal a su gusto

Echar el hueso de jamón en una cacerola con agua que cubra las judías. Quíteles los hilos a las judías y trocéelas. Échelas en la cacerola con el azúcar y las guindillas. Cocer a fuego medio 1 hora.

Judías pero que muy sabrosas.

GUISANTES ESTILO SIPSEY

11/4 de tacita de guisantes
4 tacitas de agua
1 cebolla a rodajas
1 trozo de lomo de cerdo u ocho lonchas de beicon
Un poco de pimentón

Eche todos los ingredientes en una cacerola y cueza a fuego lento unas tres horas.

Inmejorable si se come al día siguiente.

MAÍZ A LA CREMA

6 mazorcas de maíz tierno
2 cucharaditas mantequilla
1/2 a 1 tacita de leche con agua
Sal y pimienta

Desgrane las mazorcas, repélelas con el dorso del cuchillo para apurar lo que quede. Cuézalo con la mantequilla a fuego lento y vaya añadiendo poco a poco la leche, el agua, la sal y la pimienta. Remueva durante unos 10 minutos.

Delicioso.

HABITAS TIERNAS

1 kg de habitas tiernas
Sal y pimienta a su gusto
1 buen trozo de lomo o seis lonchas de bacon

Eche el agua justa para cubrir las habitas. Llévelo a ebullición y déjelo cocer a fuego lento hasta que estén bien cocidas. Añada sal y pimienta a su gusto.

Para chuparse los dedos.

BONIATOS AL CARAMELO

1/3 de tacita de mantequilla
2/3 de tacita de azúcar moreno
6 boniatos medianos, hervidos, pelados y a rodajas
1/2 cucharadita de sal
1/3 de tacita de agua
2 pulgaradas de canela

En una sartén grande, preferentemente de hierro, caliente la mantequilla y el azúcar moreno hasta que se fundan y formen una masa homogénea. Añada las rodajas de boniato y déles vueltas hasta que estén bien impregnadas por ambos lados. Añada la sal, el agua y la canela; tápelo y déjelo cocer a fuego lento hasta que los boniatos estén bien tiernos.

Más dulce que el caramelo.

BOLONDRÓN FRITO

Lave bien el bolondrón y quítele los tallos. Córtelo a trocitos de 1 cm. Rebócelos con harina de maíz y fríalos con aceite de freír beicon y manteca de cerdo hasta que estén bien doraditos. Escúrralo con una servilleta de papel y luego espolvoree con sal y pimienta. Sírvalo caliente.

Mejor que las palomitas.

NABOS CON COL

Lávelo todo bien y no deje más que el corazón de la col. Hierva un hueso de jamón o un buen trozo de tocino. Añada los nabos y la col, una guindilla, sal y pimienta, y azúcar a su gusto. Tape bien y déjelo cocer hasta que los nabos y la col estén bien tiernos. Escurra y póngalo en una

bandeja; no tire el caldito. Sirva el caldito en una salsera para mojar con pan, de lo cual se infiere que está de

Toma pan y moja.

TOMATES VERDES FRITOS

1 *tomate de ensalada mediano por persona*
Aceite de freír beicon
Pimienta
Sal
Harina de maíz

Corte el tomate a rodajas de 1 cm, aderece con sal y pimienta y rebócelo con la harina de maíz. En una sartén grande de hierro, caliente suficiente aceite de freír bacon para cubrir el fondo, y fría los tomates hasta que estén ligeramente dorados por ambos lados.

La cosa tiene tomate... ¡y sabe a gloria!

TOMATES VERDES FRITOS CON SALSA DE LECHE

3 cucharaditas de aceite de freír beicon
4 tomates de ensalada bien firmes, a rodajas de medio cm
Leche, sal y pimienta
Huevos batidos
Cortezas de pan seco

Harina

Caliente el aceite de freír beicon en una sartén grande. Reboce los tomates en el huevo y luego con la corteza de pan seco. Fríalos a fuego lento con el aceite de freír beicon hasta que se doren por ambos lados. Ponga los tomates en una bandeja. Por cada cucharadita del aceite sobrante de la sartén, eche 1 cucharadita de harina y mézclelo bien; luego añada 1 tacita de leche caliente y deje cocer hasta que se espese sin dejar de remover. Añada sal y pimienta a su gusto. Eche los tomates y sírvalo caliente.

De lo bueno, lo mejor.